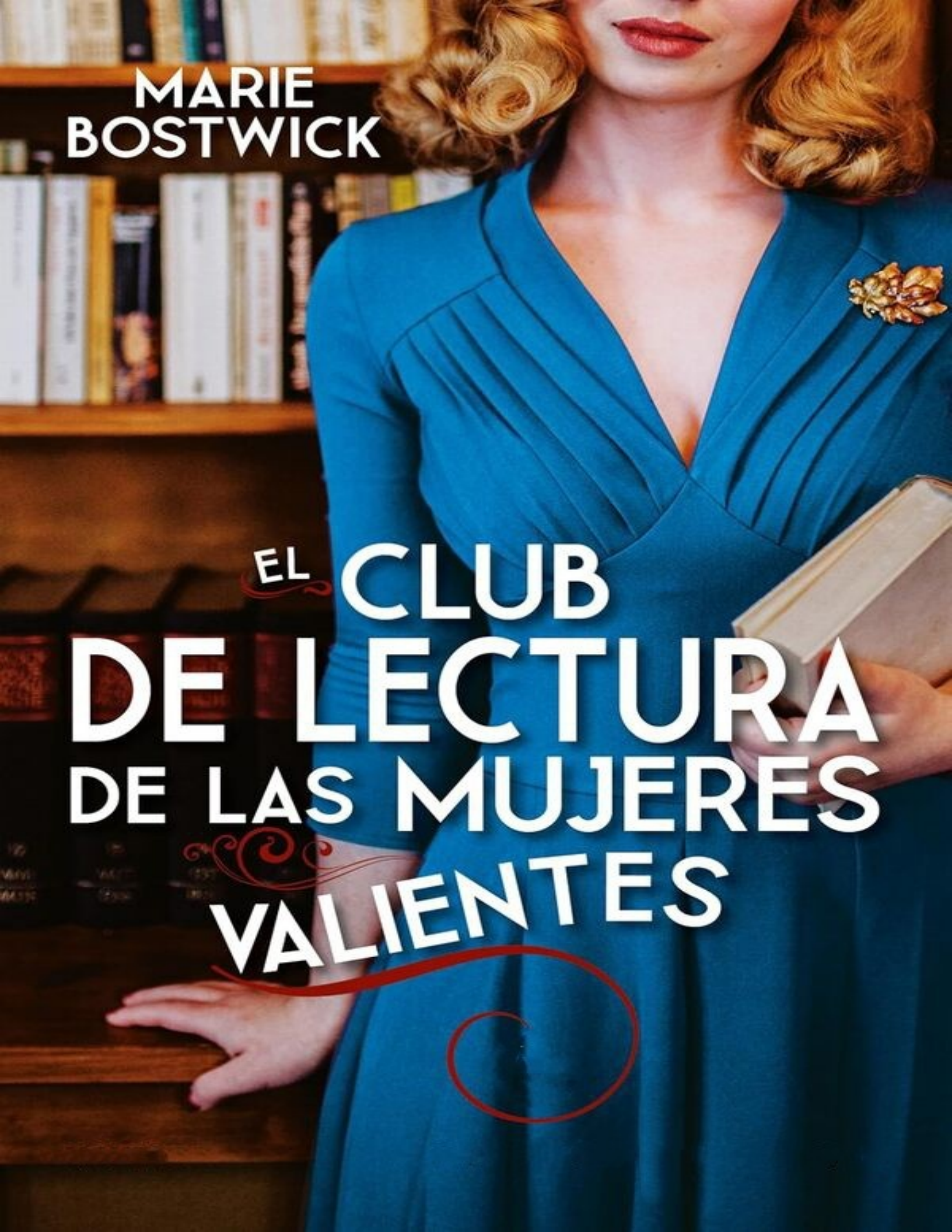

MARIE
BOSTWICK
EL CLUB
DE LECTURA
DE LAS MUJERES
VALIENTES

Una historia de mujeres valientes que desafiaron las normas de su tiempo.

Margaret Ryan parece tenerlo todo en la próspera América de los años sesenta: un marido, tres hijos, un coche familiar nuevo y una casa perfecta en Concordia, una urbanización exclusiva del norte de Virginia. Sus días transcurren entre cafés con las vecinas y los consejos de A Woman's Place, la revista para amas de casa que le dicta cómo vestir, qué comprar y qué desear. Pero Margaret siente un vacío que no sabe explicar. La llegada de Charlotte Gustafson, una vecina enigmática, segura de sí misma y distinta a las demás, despierta en ella preguntas que ya no puede ignorar. Para acercarse a Charlotte, Margaret organiza un club de lectura e invita también a Bitsy y Viv, dos mujeres que tampoco encajan del todo en el ideal de esposa perfecta. Mientras leen La mística de la feminidad y otros libros que harán tambalear sus certezas, se bautizarán como «las Bettys» y empezarán a cuestionar sus sueños, sus matrimonios y el papel que se les ha impuesto.

Marie Bostwick

El club de lectura de las mujeres valientes

Título original: *The Book Club for Troublesome Women*
Marie Bostwick, 2025
Traducción: Noelia Pousada, 2026

Revisión: 1.0

11/11/2026

Este libro se lo dedico a la Margaret a mi Margaret, a mi madre, que me inspiró a emprender este camino con su ejemplo y con estas palabras: «No sé si te lo he dicho alguna vez, pero ese libro me cambió la vida».

El 19 de febrero de 1963, una mujer problemática, imperfecta y controvertida llamada Betty Friedan publicó un libro problemático, imperfecto y controvertido titulado *La mística de la feminidad*.

El libro no resolvió el problema.
Pero sí le puso un nombre, proyectando una luz que ayudó a mujeres que se sentían aisladas e impotentes a encontrarse las unas a las otras y a encontrar sus voces.

Así han comenzado todas revoluciones.

Capítulo 1
Miembros del club

Marzo de 1963

Un miércoles por la mañana en marzo de 1963, a cuarenta kilómetros pero a un mundo entero de la capital estadounidense y del fragor del cambio que comenzaba a notarse ahí, en un barrio residencial en el norte de Virginia llamado Concordia, tan nuevo que los retoños plantados por consenso general de la asociación seguían pugnando por echar raíces, y con un plano urbano tan meticuloso que cuando llegó para quedarse la primera oleada de residentes un año antes, las tiendas, la biblioteca y la iglesia abrieron el mismo día, como si Dios hubiera abierto la tierra y hubiera emergido de la grieta un barrio residencial plenamente formado, Margaret Ryan se encontraba en una cocina soleada con encimeras de formica y electrodomésticos a juego de color yema, tratando de decidir qué servirles a las tres mujeres que vendrían a la primera reunión de su nuevo club de lectura.

Beth Ryan, de once años, la mayor de los tres hijos de Margaret, echó un vistazo por encima del hombro de su madre, sacudiendo la cabeza al reparar en la pequeña pila de recetas que Margaret había sacado de su amplia colección de revistas de mujeres.

—¿Por qué vas a preparar tantos platos? ¿Y si haces unas galletas de avena y punto, como cualquier madre normal? —Beth

sacó un recorte de receta del montón—. ¿Canapés de boquerones y queso crema? Si esto va a ser la cena, me voy a casa de Melanie.

Todas las familias tienen una sabidilla. En su caso, era Beth.

Con su cabello rubio rojizo y largas pestañas envidiables, Beth era la viva imagen de su padre. Pero tenía las mismas mejillas que Margaret y toda su persona era una venganza por los pecados que había cometido su madre en la juventud, estaba segura. Cuando la propia madre de Margaret seguía con vida, la había maldecido innumerables veces diciéndole: «Cuando seas mayor, espero que tengas una hija tan espabilada como tú. Ya verás entonces, ya».

Ahora lo veía, y no estaba tan mal. A Margaret le gustaba que su hija estuviese tan segura de lo que pensaba y que no tuviera miedo de expresarlo. Era una cualidad infravalorada entre las mujeres, una que a menudo se iba desvaneciendo con la edad.

A los diecisiete, Margaret había jurado que de mayor no se parecería lo más mínimo a su madre. Tras un comienzo prometedor, el fruto de sus primeros intentos había acabado por marchitarse. Ahora, a los treinta y tres años de edad, se preguntaba en ocasiones si todas las mujeres estaban destinadas a convertirse en sus madres con el paso del tiempo. Últimamente, no obstante, las cosas habían empezado a cambiar.

Y no solo para Margaret.

Como si de un seísmo se tratara, algunas notarían el impacto con mayor intensidad que otras y las reacciones serían de lo más variadas. Algunas apoyarían el cambio. Otras lo reprobarían. Algunas mirarían para otro lado y fingirían que no había sucedido nada. No sería inmediato, por supuesto. Los cambios que de verdad importan rara vez lo son. Habría más fragor, más ondas, más altercados durante las siguientes décadas. Pero, con la ventaja que brinda el paso del tiempo, nadie podía negar que los paisajes y las vidas se habían transformado de manera irrevocable.

Así y todo, Margaret no era del todo consciente todavía. Tampoco sabía que los impulsos por los que se había dejado llevar durante los últimos tres meses y los secretos que guardaba —incluida la

presencia de una máquina de escribir color verde mar que había alquilado y escondido en lo más hondo del armario de la ropa— cambiarían a su familia, su futuro y la percepción que tenía de su propia persona. Hoy simplemente estaba entusiasmada con el club de lectura, contenta de ser el punto de unión entre las otras tres mujeres que habían aceptado participar, algunas con más renuencia que otras, y decidida a que su primera reunión fuera inolvidable.

Sin la ayuda de un despertador, a Margaret se le habían abierto los ojos de par en par como a las cinco de la mañana. Walt no había vuelto a casa del club de la organización Veteranos de Guerras en el Extranjero hasta pasada la medianoche, de modo que con toda probabilidad no lo molestaría, pero, aun así, salió con sigilo de la cama y recorrió el pasillo de puntillas en dirección al baño. ¿De qué valdría poner en riesgo el buen humor con una discusión absurda?

Al cabo de media hora, salió con el cabello castaño rizado, peinado con laca y con una onda a la altura del hombro, con pintalabios, tacones y un jersey negro de tela escocesa por encima de una blusa color crema, tan elegante y acicalada como cualquier modelo de revista que se precie. Después de bajar a la planta inferior para desayunar, los niños se habían quedado revoloteando en la entrada de la cocina, desconcertados al verla tan arreglada a aquellas horas de la mañana.

—¿Estamos a domingo? —le susurró Susan, de seis años, a Beth, la cual negó con la cabeza, pero no se movió del marco de la puerta.

Bobby, que tenía ocho años, pero ya era el más alto de la clase y siempre estaba hambriento, rompió la magia del momento:

—¿Mamá? ¿Podemos comer gofres? ¿Y beicon?

—Los gofres son para los sábados —le dijo Margaret, mordiéndose el labio mientras repasaba la lista de ingredientes para un pavo con rollos de champiñones—. Probad los cereales, que había una marca nueva en el supermercado.

Bobby correteó hasta la encimera y se le escapó un chillido.

—¡La conozco! ¡Es la que sale en la tele! ¡Eres la mejor madre del mundo mundial!

Le rodeó la cintura con los brazos y Margaret le dio unas palmadas en la espalda. Era muy fácil de contentar.

—Añádeles un plátano por encima —le dijo.

A pesar de que la marca de los cereales aseguraba que eran ricos en vitaminas, no se sentía la mejor madre del mundo por darle de comer a su progenie un desayuno azucarado con el dibujo de un capitán en el paquete. Mañana les prepararía unos huevos revueltos.

—Suzy —dijo, reparando en que a la niña se le había olvidado abrochar un botón de la chaqueta de punto—, ven aquí.

Susan, que era la que más se parecía físicamente a Margaret, se bajó de la banqueta de un brinco. Se quedó quieta como una estatua cuando Margaret se arrodilló para abrocharle la chaqueta, observando el rostro de su madre.

—¿Por qué vas tan bien vestida? ¿Vas al médico?

—Esta noche se inaugura mi club de lectura, ¿te acuerdas? Es nuestra primera reunión y estoy muy ilusionada.

—No se te ve ilusionada. Más bien nerviosa.

—Bueno… —Apartó una pelusa de la chaqueta de punto de la niña—. Conocer a gente nueva y darte a conocer siempre da un poquito de miedo, ¿no te parece? Así que, sí, estoy un poco nerviosa. Pero también ilusionada.

—¿Como yo el primer día en el nuevo colegio?

—Algo así. Venga, termínate el desayuno.

Beth señaló con un gesto del mentón el libro de un color rojo brillante que descansaba al lado de la cafetera eléctrica que el banco les había dado de regalo a Walt y Margaret por abrir una nueva cuenta corriente.

—¿Vais a leer ese libro de ahí?

—Ajá. —Margaret, cayendo en la cuenta de que a Beth no le faltaba la razón con el tema de los boquerones, puso la receta de los canapés en la pila de las opciones descartadas—. Se publicó hace solo un mes.

Beth cogió el libro, moviendo en silencio los labios mientras trataba de entender el título.

—¿Qué significa *mística*?

Margaret vaciló. El pedido de la librería había llegado con retraso, por lo que solo había tenido tiempo de leer los primeros capítulos. Aun así, las declaraciones que encontró en su interior le resultaron eléctricas, devolvieron a la vida una parte amortajada, una parte aletargada de su cerebro con unas ideas que le parecían del todo novedosas pero también extrañamente familiares. Al leer acerca de esa extraña inquietud y de ese problema sin nombre, al comprender que no era la única que se preguntaba por qué con «tenerlo todo», en cierta manera, no era suficiente, la había embargado una oleada de alivio y una sensación inesperada de reivindicación, semejante a la primera vez que vio a Charlotte Gustafson en el supermercado —una completa extraña que, por aquel entonces, a duras penas podría considerar conocida suya— y, de alguna manera, supo que eran almas afines.

Charlotte había definido el libro como «una obra pionera», y Margaret estaba de acuerdo. ¿Se sentirían igual las demás, como si les hubieran quitado un secreto vergonzoso, como si las hubieran liberado de un largo exilio, solitario e injusto?

—¿Mamá? ¿Qué significa *mística*?

—Es… una especie de aura, una sensación de misterio o poder, una suerte de reputación mágica atribuida a una persona o a un grupo. Pero no creo que la autora se refiera a eso en este caso. Me parece que lo que quiere decir es que la mística puede ser una mentira o incluso una especie de distracción.

—Vaya tostón. —Beth dejó el libro—. ¿Quiénes estáis en el club?

—Por ahora, solo estamos Viv, Bitsy, la señora Gustafson y yo.

—¿La señora Gustafson? ¿La vecina nueva? La gente anda diciendo por aquí que es un poco rarita.

—No deberías hacer caso de lo que anda diciendo la gente por ahí. Ni repetirlo —le dijo Margaret—. En fin, Charlotte no es rara. Lo que pasa es que es diferente, tiene una vena artística, es una librepensadora. Desde luego, en Concordia no nos vendría nada mal tener a más gente como ella.

Beth frunció el ceño.

—¿Qué tiene de malo Concordia? A mí me gusta este lugar.

—No tiene nada de malo —dijo Margaret, acariciándole el cabello a su hija—. A mí también me gusta. Lo que pasa es que a veces la gente de aquí puede llegar a ser un poquito…

Trató de escoger una palabra con la que resumir los sentimientos encontrados que le suscitaba su nuevo hogar, pero la facilidad que tenía desde siempre para el lenguaje, facilidad que había perfilado incluso más durante los últimos tres meses, le falló. ¿Cómo iba a explicarle la relación de amor y odio que tenía con Concordia a su hija si ni ella misma la entendía del todo?

Aquella misma mañana, Charlotte Gustafson, de treinta y nueve años de edad, se llevó un cigarrillo de la marca Newport a los labios, dejando una marca de color rojo intenso en el filtro. Levantó el mentón y exhaló, contemplando cómo el humo se elevaba hacia el techo de la consulta del doctor Ernest Barry.

Su consulta se ubicaba en la planta baja de un edificio de ladrillo de tres plantas en Alexandria, Virginia. Charlotte tenía que conducir durante cuarenta minutos de ida y otros tantos de vuelta dos veces por semana para acudir a las citas porque no había ningún psiquiatra en Concordia y su anterior médico de Nueva York le había recomendado la consulta de Barry. No le importaba. Alexandria no era Manhattan, pero había unas pocas tiendas de antigüedades buenas y una zapatería decente y poseía cierto encanto. Por otro lado, el doctor Barry, que tenía una actitud jactanciosa y mucho pelo en la nariz, era menos encantador, desde luego. Pero le servía cualquier cosa con tal de escapar de esa vida mundana tan propia de los barrios residenciales.

Charlotte dio otra calada y cruzó los tobillos (llevaba unos zapatos de tacón de cuero italiano del mismo color zafiro que el vestido ajustado y un abrigo con vuelo a juego), buscando una postura más cómoda.

—Charlotte, no es la primera vez que te pido que no fumes. —El doctor Gould me dejaba fumar.

—El doctor Gould no tiene asma. —Le tendió un cenicero sobre la mesa. Charlotte dio una rápida calada y apagó el cigarrillo, al tiempo que el médico cogía la pluma—. ¿Has tenido sueños esta semana?

—Ya te he dicho que yo no sueño.

—Todo el mundo sueña.

—Vale —dijo, cerrando el puño con los dedos con los que tendría que estar sosteniendo el cigarrillo—, pues lo que pasa es que no me acuerdo —recalcó— de ningún sueño.

—Entiendo. Pasemos a otro tema. ¿Qué tal ha ido la semana? ¿Alguna novedad?

—Nada nuevo. —Se encogió de hombros—. Howard y yo seguimos odiándonos como siempre. Mi padre lo sigue prefiriendo a él antes que a mí, trata a mi marido como al hijo que nunca tuvo y a mí como a una pelirroja chiflada. Denise sigue sin levantar la nariz de sus libros ni para hablar conmigo ni con nadie más y sigue empeñada en marcharse a Oxford después de graduarse. Yo no la culpo por querer escapar, pero ¿por qué tiene que irse a Inglaterra? No para de llover, no tienen calefacción central y los hombres tienen dentaduras horribles. ¿Por qué no se va a un lugar más de moda, donde haga buen tiempo y la gente tenga mejor aspecto? ¿Por qué no se escapa a Roma o aunque sea a Los Ángeles?

Charlotte torció el cuello hacia un lado, como si de verdad se esperara una respuesta. El doctor tomó nota en la libreta y ella suspiró, lamentándose de no haber traído el reloj, para así ver la hora y saber cuánto faltaba para que terminase la sesión y pudiera fumarse otro cigarrillo.

—Supongo que a Junior le está yendo bien en la escuela militar, pero hace semanas que no me escribe, así que a saber. Laura y Andrew siguen siendo un encanto, pero, como tienen doce y once años respectivamente, tampoco es de extrañar. Yo maduré pronto, claro, pero me parece que la mayoría de la gente no empieza a odiar a sus padres hasta la adolescencia, ¿no crees? A ver… ¿qué otras

novedades hay?

Tamborileó los dedos en el cuero marrón del sillón de terapia, que más bien era una tumbona.

—¡Ah, sí! Me ha rechazado otra galería de arte. Esta vez, el dueño hasta me llamó personalmente para decirme que mis cuadros le parecían poco originales y más propios de una aficionada. Qué bien que se haya tomado la molestia, ¿no te parece? Y eso es todo. No hay más novedades.

»Oh, espera —dijo, y chasqueó los dedos—. Sí que hay algo más. Me he unido a un club de lectura de mujeres.

—¿A un club de lectura? —Barry se inclinó hacia delante en el sillón orejero color borgoña en el que estaba sentado—. Bueno, eso está muy bien, Charlotte. ¿Conoces a las demás mujeres? —Solo a una, Margaret Ryan. Se presentó a mi puerta sin previo aviso con un plato de galletas para invitarme a que me uniese.

—Qué bien. Conectar con otras amas de casa puede llegar a ser muy terapéutico y ayudarte a adaptarte a tu papel. ¿Crees que llegarás a trabar amistad con esta mujer?

—Ya veremos —dijo Charlotte, apretando los labios—. Quizá sea muy fina. Sus gustos literarios, desde luego, son muy finos. Si accedí a unirme al club fue porque me permitió escoger el libro.

—¿Y qué libro has escogido?

Si el doctor Barry tuviera la capacidad de entender a Charlotte tan bien como pensaba —algo que ella tenía pensado evitar que sucediera, pasase lo que pasase—, se habría fijado en la forma en la que arqueó ella los labios y se habría dado cuenta de que era la sonrisa de una mujer que disfrutaba echando el anzuelo y viendo cómo se tragaban la púa entera.

—*La mística de la feminidad*, de Betty Friedan —dijo con dulzura —. ¿Lo has leído?

Barry enarcó las cejas blancas y puntiagudas en un gesto de desaprobación.

—Con lo que he oído decir sobre ese libro, me llega. Desde un punto de vista terapéutico, Charlotte, no creo que…

—Oh, tienes que leerlo —lo interrumpió, tumbándose de lado y penetrándolo con sus ojos de color verde esmeralda—. El capítulo cinco en especial, «El solipsismo sexual de Sigmund Freud», me pareció muy esclarecedor. Seguro que a ti también te lo parecería. ¿Quieres que te preste mi ejemplar?

—No, gracias —dijo Barry, tenso, y garabateó otra anotación en la libreta.

El bolso de Charlotte descansaba al lado del sillón. Hurgó en su interior en busca de más cigarrillos.

—Lo siento —le dijo cuando él la fulminó con la mirada—, no puedo evitarlo. No puedo estar con la boca quieta, como entenderás. —Se reincorporó hasta sentarse y encendió el cigarrillo —. Me parece que ya se ha terminado la sesión, pero hemos avanzado mucho, ¿no? —Se puso en pie—. Ah, una cosa más: voy a necesitar otra receta. La que me prescribió el doctor Gould está a punto de caducar. Pero no tiene por qué ser hoy. Ya me la darás el próximo día. Nos vemos —canturreó, despidiéndose con un leve gesto de la mano al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

El sol de finales de la tarde brillaba en el parque Rock Creek, bañando las hojas de los árboles que flanqueaban el sendero de los caballos de un verde luminoso.

Cuando el final del camino ecuestre quedó a la vista, Bitsy Cobb —cuyo cabello a lo paje, que se había apartado del rostro con un fino lazo rojo de terciopelo, era tan negro y reluciente como el pelaje de su montura— aflojó las riendas, para que Delilah avanzara a galope sostenido los últimos metros del sendero. Aunque tenía los mismos veintitrés años que su jinete, el caballo se movía con agilidad.

—Sigues como una rosa, ¿eh, chica? —le dijo Bitsy cuando se acercaron al establo y Delilah ralentizó la marcha.

El caballo, al fijarse en una mujer bien vestida de mediana edad que se encontraba cerca de la valla, estiró las orejas y, apurando el

paso, fue trotando hasta ella, quien le habló en un murmullo cargado de afecto cuando Delilah se detuvo.

—Hola, bonita —dijo la mujer, sacando media manzana del bolsillo de su elegante chaqueta de *tweed* y ofreciéndosela al caballo —. Los años te sientan mejor a ti que a mí, ¿a que sí?

Bitsy bajó de la silla.

—Señora Graham, ¿estaba esperando por mí? Lo siento, no sabía que tenía pensado salir a cabalgar.

—Hoy no tengo tiempo para eso, por desgracia. Van a venir a cenar dos docenas de editores, con sus respectivas esposas y novias. Mañana les toca a los congresistas nuevos, tanto demócratas como republicanos. Voy a sacar las fundas de los muebles por si hay un derramamiento de sangre —dijo, y se echó a reír.

Katharine Graham era una heredera, la esposa de Phil Graham, editor del periódico *Washington Post* y una de las anfitrionas más influyentes de Washington D. C. Sin embargo, aunque Bitsy solo llevaba unas pocas semanas trabajando en el establo, se había dado cuenta de que la señora Graham era una persona humilde y amable.

—Solo he venido a saludar a mi chica —dijo Katharine, acariciándole el cuello a Delilah, mientras esta masticaba la manzana —. ¿Te he dicho que fue un regalo de boda de mi padre? Me hizo más emoción recibir a Delilah que esos dieciocho servicios de mesa de Limoges, que no te quepa la menor duda. —Sonrió—. Gracias por cuidar tan bien de ella.

—Oh, no hay de qué —dijo Bitsy, con ese hablar lento tan propio del estado de Kentucky—. A veces me cuesta creer que tenga tanta suerte, que me paguen, ni más ni menos, por montar a caballo. Si le digo la verdad, hasta lo haría gratis, pero no se lo diga a mi jefe.

—Será nuestro secreto. Pero haces muchas más cosas aparte de sacar a los caballos. También los cepillas, les das de beber y de comer, entre otras tareas menos divertidas. —La señora Graham desvió la mirada hacia una pala para el estiércol que había cerca—. Y siempre con una dedicación infalible; me he dado cuenta.

Poco habituada como estaba a tantos cumplidos, Bitsy notó que

se le sonrojaban las mejillas.

—Bueno, es que crecí rodeada de caballos. Mi padre trabajó de jefe de cuadras en Prescott Farms durante treinta años antes de fallecer.

—¿En Lexington? ¡Qué me dices! De ahí vienen caballos pura sangre muy buenos y también de raza cuartos de milla. El abuelo de Delilah es de ahí. Deberías sentirte orgullosa.

Bitsy no cabía en sí de gozo.

—Sí, señora, lo estoy. Desde que era así de alta —dijo, marcando con la palma de la mano la altura por debajo de la rodilla—, iba detrás de mi padre y siempre lo ayudaba en lo que podía en el establo. Mi madre quería que me convirtiera en toda una dama, pero lo único que me interesaba a mí eran los caballos y los libros.

Delilah le tocó el hombro con el hocico y la señora Graham se lo acarició.

—Ya me parecía a mí. No le veía el sentido a que, siendo la esposa de un veterinario equino de renombre, te pusieras a trabajar en esto por dinero.

—Bueno, todavía no ha terminado de instalar su consulta —dijo Bitsy—, pero, sí, no nos falta de nada. Hemos comprado una casa en Concordia. No está mal, aunque no tiene nada que ver con Lexington. Soy la mujer más joven del vecindario y la única que no tiene hijos, así que no encajo del todo. King es mayor que yo y tiene muchas ganas de formar una familia (y yo también, claro), pero, por ahora, no ha habido suerte. Bueno… —murmuró luego, temiendo haber hablado más de la cuenta y recordando que la señora Graham tenía cosas que hacer, pero, en vez de aprovechar para marcharse, Katharine asintió.

—Hay mucha presión, ¿verdad? Mira, pasaron casi tres años hasta que Phil y yo tuvimos a nuestro primer hijo. Mi madre me llamaba todos los días para preguntarme por qué tardábamos tanto.

Bitsy se quedó boquiabierta.

—¡Igual que la mía! Ya no me dice ni hola. Me saluda con un «¿Y bien?». ¡Me saca de quicio!

Cuando dejaron de reírse, la señora Graham le dio unas palmadas a Bitsy en el brazo.

—Las cosas pasan cuando y como deben. Ya verás. Y, en cuanto a las mujeres de tu vecindario, no te vendas para gustarle a todo el mundo; es mejor que busques a dos o tres almas afines que te aceptarán como eres y que permanecerán a tu lado pase lo que pase. Conocidos hay muchos, pero los amigos de verdad son difíciles de encontrar y vale la pena esperar por ellos.

—Acabo de unirme a un club de lectura —comentó Bitsy—. Tal vez ahí haga alguna amiga. Vamos a leer *La mística de la feminidad*; parece interesante.

—Y controvertido. —La señora Graham asintió, en señal de aprobación—. Ya me caen bien esas mujeres.

—Y a mí. Por ahora.

—Tú dale tiempo —dijo Katharine, antes de echar un vistazo al reloj de pulsera—. Hablando de tiempo…

Bitsy condujo a Delilah hacia el establo y la señora Graham se dirigió al sedán. Después de arrancar el motor, acercó el coche a la valla y bajó la ventanilla.

—¿Bitsy? —gritó—. Cuando te llame tu madre, dile que ser una apasionada de los caballos y de los libros no solo es compatible con ser una dama, sino que ¡según Katharine Graham es casi un requisito indispensable!

Después de dejar el peine de púas en la encimera y de darle otra capa de laca al pelo rubio abombado, Vivian Buschetti, de cuarenta y un años, subió el volumen de la radio del cuarto de baño, con la esperanza de que la voz de Eydie Gormé cantando «*Blame It on the Bossa Nova*» tapara el bullicio de sus seis hijos, cuya pelea por la televisión estaba al rojo vivo.

Consciente de que solo disponía de unos pocos instantes más antes de que los niños se pusieran a dar golpes a la puerta del cuarto de baño exigiendo justicia, Viv se puso el lápiz de ojos y se

metió un vestido negro de nailon y de encaje por la cabeza, tirando de él para realzar su pecho prominente y sus atractivas curvas. Llamaron a la puerta.

Bajó la radio.

—No me obliguéis a bajar —los advirtió al otro lado de la puerta cerrada con pestillo—. Porque como baje, aquí nadie vuelve a ver nada en la televisión durante una semana entera. ¿Vince? ¿Andrea? ¿Me oís?

—Alto y claro. Pero no soy Vince. Ni Andrea.

Viv sonrió y se secó el pintalabios rosa con un pañuelo.

—¿Quién eres, entonces?

—El hombre de tus sueños, pero no se lo digas a tu marido, que tengo entendido que se pone loco de los celos.

Viv abrió la puerta. Tras dieciocho años casados, cuando veía a Anthony Buschetti, alto, moreno y apuesto como era, con su uniforme bien planchado de la Marina, con sus ojos del color del chocolate fundido y su sonrisa burlona, seguían temblándole un poco las rodillas.

—Serás tonto —le dijo, negando la cabeza.

—Y tú un bombón. —Tony la miró—. ¡Estás cañón!

Cruzó la puerta y la cerró con pestillo antes de apoyarla contra la encimera y acariciarle el cuello con la nariz.

—Para, cariño. —Viv soltó una risita—. No podemos. Por los niños.

—No te preocupes por ellos. Les he dicho que salieran a esperar al repartidor de la *pizza*.

—¿Has pedido *pizza*?

—Ajá. —Tony desplazó los labios del cuello al escote—. Así puedes prepararte para tu noche de chicas sin tener que preocuparte por hacer la cena. ¿Soy un príncipe azul o no?

—Sí. Pero es un club de lectura, no una noche de chicas. Y no he terminado de prepararme, Tony. De verdad.

—¿En serio? —preguntó, levantando la cabeza y gruñendo al ver que ella asentía—. Bueno…, vale. Pero procura volver a casa

temprano. Porque estás despampanante. Irresistible.

Ella se volvió hacia el espejo para arreglarse el pintalabios. Tony se sentó en la encimera y la observó. Viv suspiró.

—Yo no me siento irresistible. Lo que estoy es hinchada, de mal humor y agotada. Si no fuera porque a Margaret le iba a sentar mal, hoy no iría. Si accedí a unirme fue porque se la veía muy ilusionada y porque ese estúpido doctor me cabreó de verdad —dijo, cada vez más irritada—. ¡Hay que tener cara! Mira que negarse a recetarme la píldora a no ser que vayas tú en persona a firmar. Como si yo fuera una niña pequeña, en lugar de una mujer adulta. ¡Y como si un oficial destinado en el Pentágono tuviera tiempo para ir a las citas médicas de su mujer! —Clavó el lápiz de cejas en el aire—. Si no fuera el único ginecólogo en Concordia…

—Lo sé —dijo Tony—, pero no le des más vueltas. El martes voy a tomarme el día libre. Iremos a ver al médico, nos dará la receta y asunto resuelto. Si eres lista, puede que te lleve a comer por ahí después.

Ella sonrió.

—¿Sabes qué, Anthony Buschetti? Sí que eres el príncipe azul.

Tony abrió las manos.

—¿Qué es lo que te digo yo siempre?

Su hijo mayor, Vince, de diecisiete años, los interrumpió en mitad de un beso cuando llamó a la puerta para decirles que ya había llegado la *pizza*.

—Bajamos ahora —le dijo Tonny, antes de mirar a Viv a la cara—. Sí que estás cansada, ¿verdad? Quizá deberías replantearte lo de volver a trabajar.

—¡No! —Viv dejó el lápiz de cejas en la encimera con un golpe sordo—. Siempre hemos dicho que volvería a trabajar de enfermera en cuanto los niños empezaran el colegio. Que solo sería a tiempo parcial. Como Vince empieza la universidad el año que viene, necesitamos el dinero. Y yo necesito…

—¿Qué necesitas tú?

Tony la atrajo hacia sí, colocando las manos en las curvas de sus

caderas. Viv frunció los labios: cuando retomó la palabra, le salió la voz ronca.

—Yo necesito sentirme importante de nuevo. Era una buena enfermera, Tony.

—La mejor de la base. La mejor de todo el maldito Teatro de Operaciones Europeo —dijo—. El comandante me amenazó con degradarme por apartarte. Y eres importante, Viv. Eres la que mantiene unida a esta familia. —Le acarició la mejilla con un dedo—. Eso lo sabes, ¿verdad?

Viv asintió. Lo sabía. Le gustaba ser madre y estaba orgullosa de haber criado a seis niños maravillosos, respetuosos, decentes y muy estadounidenses: Vince, Andrea, Mike, Nick, Mark y la pequeña Jenny. No había ni un solo delincuente entre ellos. Pero ahora quería algo más.

Viv nunca había sido una gran lectora, y ese libro que Margaret la había convencido que leyera para el club de lectura le parecía tan aburrido que hasta le daba sueño. Pero hubo una parte —una entrevista con un ama de casa que afirmaba que, un día, se dio cuenta de que ya había realizado todas las hazañas que se esperaba de ella como mujer y que no tenía nada más que hacer— que caló hondo.

Tony le colocó detrás de la oreja un mechón de cabello que, de alguna manera, había esquivado la laca.

—¿Sabes lo que te digo? Me parece que a ti lo que te hace falta es un descanso. El sábado les prepararé unas tortitas a los niños para que tú puedas dormir y, luego, los llevaré a alguna actividad y volveré a hacerte compañía. ¿Qué te parece?

¿Tener la casa para ti y para mí durante dos horas enteras? El paraíso.

—Bien. Tenemos una cita.

Tony bajó las escaleras para pagar la *pizza*, dejando la puerta del cuarto de baño entreabierta. Viv abrió un paquete de pantis que había encargado en la cadena Sears; era la primera vez. Se sentó en la taza del inodoro para ponérselos, maravillada con lo ligeros que

eran en comparación con una faja. ¿La ceñirían igual? Probablemente no, pero ¿qué más daba? Margaret la había animado a probarlos y tenía toda la razón: ¡eran muy cómodos!

Se puso en pie para subírselos. Por el aire se vertía la algazara de unos niños famélicos que abrían cajas de *pizza*, junto con el olor punzante a peperoni grasiento que se le metió primero en la nariz y después en el estómago. Le dieron arcadas, se giró hacia el inodoro, se agachó y vomitó dos veces, antes de caer de rodillas, embargada por una sensación de debilidad que conocía muy bien.

—No, no, no —murmuró, con voz ahogada y ronca—. Otra vez no. ¡Ahora no!

—¿Viv? —La voz de Tony llegaba desde la planta de abajo—. ¿Vienes? Te hemos guardado peperoni.

Peperoni. La palabra en sí le daba náuseas. Cerró los ojos con fuerza y tragó bilis.

—No hace falta —gritó—. Que se lo coman los niños. No tengo hambre.

Se acercó al lavabo, arrancó un poco de papel con dibujos de flores del dispensador de la pared y se lavó la boca. Al cabo de un minuto, apareció Tony en la puerta.

—¿Estás bien?

—Claro —le dijo Viv, enroscando la tapa del tubo de la pasta de dientes—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Has dicho que no tienes hambre.

—¿Y qué? Es que llego tarde, nada más. No esperéis por mí.

Se puso de lado para tratar de pasar por la puerta, pero Tony extendió una mano para detenerla, ceñudo.

—Sí, pero, cariño…, te encanta la *pizza*.

—Tony —se echó a reír—, más italiano que tú, imposible. Que una persona no tenga hambre no quiere decir que se encuentre mal. Es que prefiero reservarme para el club de lectura, Te apuesto lo que quieras a que Margaret lleva cocinando desde que salió el sol para servirnos algo especial. ¿Te acuerdas de lo que pasó en Navidad? Sé que intentó quitarle hierro al asunto, pero me parece que lo de Walt

le sentó muy mal. Desde entonces está rara, como si ocultara algo.

Viv bajó la mirada, hablando más para sus adentros que con su marido.

—Margaret es mi mejor amiga en Concordia, mi única amiga. Si la volviese a ver decepcionada, no lo podría soportar.

Capítulo 2
Una Navidad trascendental

Finales de diciembre de 1962
Tres meses antes

Walt le dijo que se le estaba yendo la mano. Quizá sí, pero era su primera Navidad en la casa nueva y quería que fuese inolvidable. ¿Qué tenía eso de malo?

—Es un día como otro cualquiera, Maggie —le recordó Walt cuando ella llegó a casa con kits de bordado para hacer calcetines de Navidad para los tres niños—. ¿No crees que alterarte tanto te va a terminar pasando factura?

No era una inquietud infundada.

Las cosas a las que Margaret se entregaba en cuerpo y alma casi nunca llegaban a cuajar. Y, si cuajaban, al final eran menos satisfactorias, especiales o duraderas de lo que se imaginaba. Siempre menos. Tener expectativas casi siempre desembocaba en toda una decepción, sobre todo en Navidad.

Pero no tenía por qué ser así esta vez.

La Navidad de 1945, cuya celebración su madre había retrasado hasta el 11 de enero de 1946, el día en el que su padre salió del Ejército, seguía siendo en los recuerdos de Margaret un día perfecto, símbolo de una felicidad extraordinaria. Si tuviera que escoger un día que revivir una y otra vez, sería ese.

No tenían nada de dinero. A su madre la habían despedido de la empresa de productos tecnológicos National Cash Register, que se había reinventado para fabricar detonadores, miras de pistolas y piezas de aeronaves durante la guerra. Pero todo el mundo tenía problemas de dinero por aquel entonces; el *boom* económico de la posguerra no llegó de verdad hasta la década de los cincuenta. En el 46, seguían racionando el azúcar, pero, de haber sido de otro modo, no habrían tenido dinero para comprar mucho más. Hubo unos pocos regalos, de esos que demuestran que, en el fondo, la intención es lo que cuenta, pero nada caro. El regalo que le había dado su padre —un silbato de madera que había fabricado él mismo con la rama de un tilo alemán— seguía descansando en el tocador de Margaret. E incluso pasado todo este tiempo, el aroma a pícea recién cortada seguía recordándole a las guirnaldas frescas y a las coronas navideñas que su madre había hecho a mano para aquel día perfecto.

Lo que sintieron aquellas Navidades, lo que sintieron los unos por los otros, fue lo más importante de todo. Durante cuatro años tan inciertos como arduos, todos habían cumplido con su parte y puesto su granito de arena, remando en la misma dirección pese a estar separados, y habían llegado a la otra orilla unidos por el mismo objetivo y juntos de nuevo, como una familia.

No duró mucho, por supuesto. ¿Cómo iba a durar?

Cuando Margaret se sentaba para peinarse el cabello por la noche, instintivamente rozaba con los dedos el regalo simbólico de su padre. Mirándose al espejo, veía los ojos ingenuos de una muchacha de quince años que estaba convencida de que podría volver a asir ese momento y quedárselo para siempre si se esforzaba lo suficiente, si hacía lo suficiente…, si era lo suficiente.

Por eso, dos días antes de la Navidad, mientras volvía a casa desde la granja con un pavo encargado para la ocasión en el hueco para las piernas del asiento del copiloto y al reparar en un cúmulo de píceas a unos cuarenta y cinco metros de la carretera, Margaret frenó de golpe, salió del coche familiar y trepó una valla de alambre

de espino para arrancar algunas ramas. Se le enganchó el jersey a la valla y se le mancharon los zapatos de barro, pero valía la pena por llenar el coche de hojas perennes. Sería una Navidad mágica. Una fiesta que recordarían el resto de sus vidas.

Cuando giró a la derecha en la calle Laurel, Margaret vio su casa, una construcción de estilo colonial con un pasillo que dividía en dos la vivienda por el centro, revestida de blanco, con postigos de color verde bosque y dos abedules raquíticos plantados en el jardín delantero. Habría preferido que los postigos fueran azules y los árboles, cornejos en flor, pero en Concordia había normas para todo, por lo que los postigos azules y los cornejos no estaban permitidos, como no estaba permitido nada que no hubiera sido aprobado previamente en el plan maestro.

Aun así, en muchos sentidos, era un vecindario de ensueño, una casa de ensueño.

A Margaret le encantaba su casa. Tras pasar una década en viviendas alquiladas en mal estado con manchas de humedad en los techos, lo que más le gustaba era lo nuevo que estaba todo, el haber sido la primera de todas en guardar una botella de leche en la nevera y que la moqueta desprendiera un leve olor a químico, una mezcla de limpiador multiusos y aceite, cuando pasaba la aspiradora.

La primera vez que cruzó el umbral y sus pasos hicieron eco en las habitaciones vacías que olían a pintura, a Margaret la embargó una sensación de expectación tan luminosa como arrebatadora. Visualizó en lo que podría llegar a convertirse la casa, el aspecto que tendría la sala de estar vacía cuando la amueblaran con nuevos sofás y sillas, imaginó las maravillosas conversaciones que tendría con sus interesantes amistades en torno a una mesa de teca que había visto en una revista. En su mente ya había empapelado las paredes y personalizado las habitaciones, creando un hogar agradable, acogedor y con estilo.

No pasaría de la noche a la mañana, pero no importaba. Sería paciente.

Aprovechó los recursos de los que disponía: pintó los dormitorios

por su cuenta y colocó plantas en macetas junto a las ventanas. Fabricó estanterías con bloques de hormigón y tablas, las llenó de libros prestados de la biblioteca y volúmenes deteriorados que había comprado de la mesa de descuentos en la librería Best Books del matrimonio Babcock, además de un ejemplar impoluto de *Regalo del mar*, de Anne Morrow Lindbergh, que había comprado cuando fue a la librería por primera vez, la misma semana en la que se mudaron. Sabía que había sido un despilfarro, pero Margaret no pudo resistirse. Sentía que comprar ese libro era como pagar un anticipo por la vida que esperaba tener.

Pero ahora, casi un año después de la mudanza, para su frustración, aquellas esperanzas seguían sin cumplirse.

Cada vez que Margaret insinuaba que podrían reemplazar los muebles de segunda mano que habían heredado de los padres de Walt, este negaba con la cabeza.

—Nos gastamos todos nuestros ahorros al comprar la casa. No deberíamos incurrir en ningún gasto innecesario hasta que volvamos a estar como antes.

Sabía que él tenía razón, y tampoco eran la única familia en Concordia que había tenido que vaciar la cuenta del banco para comprarse una casa que no podían permitirse amueblar, pero ella y Walt no siempre habían tenido conceptos tan diferentes de lo que era y no era necesario.

Se conocieron durante el primer año de Margaret en la Universidad Estatal de Ohio. Los dos se habían matriculado en una asignatura llamada «Grandes Novelas Estadounidenses», junto con otros setenta exsoldados.

Cuando terminó la guerra, hombres como el padre de Margaret, que tenía treinta y un años cuando lo reclutaron y antes de Pearl Harbor había trabajado durante años en una fábrica, volvieron a sus antiguos empleos. A los veteranos más jóvenes les costó más encontrar trabajo. Gracias a la ley de reparación de los militares, los exsoldados atestaron los campus universitarios para graduarse en campos lucrativos con la esperanza de mantener a una familia.

Eran una generación impaciente. La guerra había interrumpido sus vidas, de modo que ardían en deseos de compensar el tiempo perdido y estaban ansiosos por aprobar las asignaturas indispensables para graduarse, incluida la clase de literatura avanzada, que era obligatoria. Eran hombres buenos, trabajadores y centrados, pero a la mayoría de ellos las grandes novelas estadounidenses o, la verdad sea dicha, las novelas en general, les traían sin cuidado.

Walter Ryan era una excepción.

Tenía preguntas, muchísimas preguntas. Siempre era el primero en levantar la mano, algo que sucedía con tanta frecuencia que los otros soldados convertidos en estudiantes gemían cuando veían que Walt meneaba el brazo. También hacía comentarios. Algunos eran más reveladores que otros, y no todos estaban relacionados con el contenido en cuestión. En ocasiones, ponía a prueba la paciencia del profesor. Pero nadie ponía en duda que Walt sentía curiosidad por la literatura y por la vida en general.

Margaret no se fijó de verdad en él hasta que entró en la cafetería un día y lo vio sentado solo en una mesa, rodeado de libros y de unos cincuenta paquetes de galletas saladas, que se podían coger gratis de la mesa de los condimentos. Abría los paquetes uno a uno, hundiendo las galletas en un pequeño vaso de papel lleno de kétchup y mascando mientras leía detenidamente un ejemplar de *Adolescencia y cultura en Samoa*, de Margaret Mead.

Debió de notar que ella lo miraba, ya que levantó la cabeza.

—Disculpa —dijo Margaret, notando que se le ruborizaban las mejillas cuando sus ojos azules, con un matiz grisáceo, se cruzaron con los suyos—. No pretendía molestarte. Veo que estás empollando.

—¿Empollando? —Parpadeó y, entonces, cerró el libro—. Oh, no. Esto lo leo por placer.

—¿No eres estudiante de Antropología?

—Antes sí, pero me cambié a Filosofía, aunque solo un semestre. Después, probé con Ciencias Políticas. Ahora mismo todavía no me

he decidido, pero estoy pensando en Literatura Inglesa. O quizá Historia Europea. No me decido. ¿Te gustaría sentarte?

Margaret no lo tenía claro. Era un joven extraño, pero mucho más apuesto de lo que le había parecido a primera vista.

En una época en la que se consideraba que el hombre ideal debía ser alto, moreno y bien parecido, Walt no era ni alto ni bajo y era esbelto, musculoso pero cimbreño, de piel pálida y entre pelirrojo y rubio. Sí que era bien parecido, decidió entonces —cuando sonreía, le recordaba al actor Van Johnson, y su rostro lo iluminaba un alegre carisma— y no se podía negar que le causaba curiosidad.

Margaret dejó la bandeja de la cafetería sobre la mesa y tomó asiento. Walt limpió las migas de las galletas saladas de la superficie, como para dar un aspecto más presentable.

—¿Cuál es tu especialización? —Quiso saber.

—Todavía no lo he confirmado, pero probablemente vaya a ser Filología Inglesa. No sé muy bien que haré con el diploma. Dar clase, supongo, a no ser que…

Margaret dio un rápido sorbo a la leche para disimular el titubeo, y agradeció haberse interrumpido antes de decir que la enseñanza sería su último recurso si no encontraba un marido antes de graduarse. Aunque hubiera estado interesada en él, lo cual no era el caso ni de lejos, una chica no debía mostrarse demasiado ansiosa. Dejó sobre la bandeja el cartón de leche.

—¿Tú en qué curso estás?

—En segundo. Debería estar en penúltimo, pero…

—No paras de cambiar de especialización —dijo Margaret, riéndose y completando la frase—. Pero al final tendrás que tomar una decisión, ¿no crees? Es decir, no puedes ser estudiante para siempre.

—No, tienes razón —dijo, agachando la cabeza, y Margaret se lamentó de haberse reído—. Llegado el momento, tendré que graduarme y ponerme a trabajar, pero ¿cuándo se me volverá a presentar una ocasión como esta? La oportunidad de reflexionar, de

estudiar, de analizar ideas y…, bueno, de vivir. De vivir de verdad.

Ahí estaba otra vez: un entusiasmo ingenuo, una sinceridad entrañable. Sin embargo, Walt Ryan era un joven que ya había visto muchas cosas.

—Me uní al Ejército en el 43 —le explicó—. Dos días después de cumplir los diecisiete años, junto con una panda de amigos del instituto. El oficial encargado del reclutamiento sabía que no teníamos la edad suficiente, pero estaba dispuesto a hacer la vista gorda. Muchos no volvieron. Algunos que sí regresaron no volverán a ser los mismos. Aunque, si lo pienso, yo tampoco soy el mismo. Nunca se me han dado muy bien los estudios. Los más listos no mienten con la edad para unirse al Ejército, ¿a que no? Pero ahora es que…

Extendió los brazos para abarcar los libros que se amontonaban a su alrededor como muros de una fortaleza, sin dejar de sonreír y girando la cabeza de un lado a otro, como si estuviera saludando a viejos amigos.

—Bueno, lo único que quiero es leerlo todo, aprenderlo todo y hacerlo todo. No sé si lo hago por mí o por los chicos que no han podido llegar hasta aquí. Lo único que sé es que ahora para mí todo es distinto. Lo que digo no tiene sentido, supongo, pero es la verdad.

Walt se encogió de hombros, hundió una galleta salada en el kétchup y se apresuró a dar un bocado, como si de pronto temiera haber hablado más de la cuenta.

Pero Margaret lo entendía. La guerra había cambiado a muchas personas. Y había cosas peores que volver del combate con hambre de vivir y de aprender. Le tendió mitad del sándwich de jamón.

—Ten.

—¿Estás segura? —preguntó él, y aceptó el sándwich cuando ella le dijo que sí—. Gracias.

Casi todos los estudiantes de la Universidad Estatal de Ohio tenían un presupuesto limitado y Walt no era el único que se aprovechaba de las galletas saladas y los condimentos gratuitos.

Pero Margaret jamás había visto a nadie alimentarse solo a base de eso en el almuerzo y suponía que debía de estar en la ruina de verdad. Señaló con un gesto de la cabeza los envoltorios vacíos de las galletas.

—Estamos a fin de mes, ¿eh?

Negó con la cabeza.

—Estoy ahorrando para comprar una guitarra. Si solo como una vez al día, tendré suficiente al final del semestre.

—¿Tocas la guitarra?

—Aún no —dijo, esbozando una sonrisa mientras devoraba un bocado del sándwich—, pero la tocaré.

Se casó con él dos años después, cuando ella tenía veinte años y él, veinticinco.

La guitarra seguía con ellos, guardada en un rincón del garaje. Pero Walt ya nunca la tocaba ni leía por placer, y el hombre curioso y bien parecido que no paraba de sonreír y hablaba más de la cuenta ya no existía. Se sentía agradecida por el hombre en el que se había convertido, por supuesto, y en la vida que les había dado a los dos. De no ser por la disciplina y la cautela de Walt, seguirían viviendo de alquiler.

Pero, en ocasiones, echaba de menos a ese muchacho, ese muchacho extraño, hambriento, indeciso y de lo más impulsivo.

Margaret abrió la puerta trasera del coche familiar y empezó a sacar las ramas, apiladas hasta casi el techo, justo cuando Viv, cuya casa azul estilo rancho de dos niveles se ubicaba enfrente, sacaba la basura.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó la vecina, que se había acercado hasta detenerse a su lado después de cruzar la calle corriendo.

—¡Voy a hacer guirnaldas!

—¿Cuántas? Tienes ramas de sobra para decorar todo el vecindario.

—Voy a enroscarlas en los balaustres. Siempre hacen falta más de lo que parece.

—Maggie, yo no sé de dónde sacas tú la energía.

—No te sorprendas tanto —le dijo Margaret, amontonando más y más ramas en los brazos—, al menos por el momento. Voy a tener que hacer malabares para terminar antes de que vuelvan los niños del colegio. Oye, ¿podrías prestarme la ponchera? En la *Revista de amas de casa* aparecía una receta de ponche de huevo que me gustaría probar.

Viv se adelantó para abrirle la puerta a Margaret y se hizo a un lado para que pudiera pasar.

—¿Guirnaldas caseras, ponche de huevo casero…? Si me dices que también has horneado una casita de galletas de jengibre, me corto las venas con la espátula oxidada de los glaseados.

Margaret frunció el ceño y se colocó de lado para pasar, no sin dificultad, por la puerta.

—No es una competición. Lo único que quiero es que esté todo bonito. Por los niños. Y por Walt.

—No, si eso lo entiendo. También es lo que quiero yo. Pero, a veces, me pregunto si… —Viv ladeó la cabeza—. ¿Crees que alguien se fija de verdad?

Resulta que nadie se fijó.

Por la tarde, instantes después de que los niños volvieran a casa de la escuela para empezar las vacaciones de Navidad, Suzy vomitó en el suelo de parqué recién encerado. Los tres se contagiaron de la gripe. Margaret se pasó las vacaciones yendo de un dormitorio a otro, llevando galletas y *ginger-ale*, cubos y fregonas, así como palabras de consuelo. No había tenido tiempo para preparar la cena de Navidad, y probablemente era mejor así. Apurada y entusiasmada como estaba por preparar las guirnaldas, se había olvidado del pavo y lo había dejado en el coche familiar durante horas. Tal vez la carne no se había estropeado, pero no valía la pena correr el riesgo, de

modo que lo metió en una olla, lo hirvió a más no poder y preparó una sopa. La casa se había convertido en un espacio de ecos apagados y sábanas húmedas, donde el aire olía a desinfectante.

Después de que los niños se quedaran dormidos el día de Navidad, Margaret y Walt se comieron la sopa con parte del pan de maíz que tenía pensado utilizar para el relleno; luego, se sentaron en el sofá hundido que habían heredado de los padres de él, con cuidado de evitar el muelle del centro, y se dieron los regalos.

Margaret le dio un mechero nuevo y un juego de gemelos chapados en oro para los puños. Podría haber usado el dinero para los gastos domésticos que recibía por semana para comprarlos, pero le parecía un engaño, como si Walt tuviera que pagar por sus propios regalos, de modo que optó por intercambiar su colección de puntos S&H Green Stamps, la moneda clandestina de las amas de casa estadounidenses. Con cada compra en las tiendas o gasolineras que participaban, ganaban puntos que podían pegar en folletos e intercambiar por toda clase de productos, desde platos, juguetes, electrodomésticos o artículos de deporte hasta muebles.

—¿No estabas ahorrando para unas lámparas? —le preguntó Walt, colocando los gemelos en los puños.

Sí. Con un folleto más, habría bastado.

—Lo de las lámparas no corre prisa —dijo, orgullosa de su pequeño sacrificio.

—Bueno, me encantan. —Levantó la muñeca para evaluar su regalo—. Pero ahora me siento un poco avergonzado de mi regalo. No he tenido tiempo de empaquetarlo. Espero que no te importe.

Cuando Walt sacó el sobre de la chaqueta, a Margaret la invadió una oleada de emoción. Porque ¿qué otra cosa podía ser aparte de dinero o si acaso un cheque para comprar muebles? ¿Qué otra cosa metería una persona en un sobre blanco por Navidades? Pasó los dedos por debajo del cierre y, entonces, extrajo una postal con la imagen impresa de una mujer eufórica que vestía unos tacones y una bata de casa con lunares y con un escrito rojo que decía con efusividad: «¡Un regalo! ¡Para ti!».

—Sé que te encantan las revistas —dijo Walt—. Esta la vi en la sala de espera del dentista y me pareció que podría gustarte. —Cambió de postura, apoyándose en un costado, y sacó un número de *A Woman's Place* de debajo del cojín del sofá, donde lo había escondido—. Con esto tendrás suficiente hasta que empiece la suscripción. Solo lo han leído unas pocas veces.

Mientras Walt hablaba —al parecer sin darse cuenta de lo decepcionada que estaba—, esa sensación vacía, hueca, que se apoderó de su ser al abrir el sobre se transformó en un sentimiento de ira duro, pesado y palpable, una piedra con la que no podía hacer nada salvo lanzarla.

—No tenías por qué —le dijo Margaret.

—Al dentista no le va a importar. Tiene para dar y tomar. —Walt sacó un cigarrillo de la marca Pall Mall de una cajetilla que guardaba en el bolsillo de la camisa—. Bueno, no hay de qué. Será como recibir un regalo todos los meses.

Abrió el mechero y colocó la punta del cigarrillo en la llama. Margaret se lo quedó mirando y el resentimiento fue a más mientras contaba los segundos que le llevó a él notar el calor ardiente que destilaba su mirada, mirarla al fin y reparar en lo mucho que había metido la pata.

—Walt —le dijo con voz quebradiza—, no tenías por qué —recalcó.

Él pensaba que se estaba portando como una persona ridícula, desagradecida y quisquillosa.

—Cuando yo era pequeño, la Navidad solo era para los críos. Durante cuarenta años, ¡mis padres nunca se hicieron regalos! ¿Por qué no me lo agradeces aunque sea un poco? ¡Al menos algo te he dado! ¡Y te encantan las revistas!

Sí, pero la cuestión no era esa. Parecía que se le había ocurrido la idea para el regalo en el último momento. ¿Siempre la dejaba para el último momento? Si no se hubiera quedado atrapado en la sala de espera del dentista, ¿le habría regalado algo?

Walt se marchó echando chispas a dormir en la sala de estar con

una botella de *whisky* de la marca Jack Daniel's como compañía. Margaret subió las escaleras y cerró la puerta del dormitorio de un portazo; se sentía furiosa, pero también ingenua.

Y, sí, pequeña. Sola, pequeña y de poco valor. De poco valor.

El día después de Navidad, Walt se marchó a trabajar temprano, mascullando que el último contratado siempre era el primer despedido. Margaret llamó al pediatra y, después, fue a la farmacia que había dentro del local de Mayer a por la receta.

Barb Fredericks salía justo cuando ella entraba.

—Será mejor que te pongas cómoda a leer una revista —le aconsejó Barb, anudando la bufanda por debajo del mentón—. Debe de haber unas veinte personas haciendo cola para la farmacia. Medio pueblo tiene el bicho.

Barb era una recién llegada en Concordia, como todos los demás, pero parecía conocer a todos los del pueblo y a qué se dedicaban.

—Clark, Wilkerson, Trowbridge —dijo, contando a las familias infectadas con los dedos enguantados—. Bitsy y King están bien, pero eso no le sorprende a nadie, ¿no? Sin hijos, no hay gérmenes. Oye, ¿adivina qué? He visto un camión de mudanza enfrente de la casa modelo de Nottingham. Me parece que más tarde me pasaré por ahí a invitarla a nuestras quedadas para el café. Bueno, tengo que irme. ¡Feliz año nuevo! Después de desearle lo mismo a ella, Margaret entró en la farmacia y se dirigió hacia el pasillo central, soltando un suspiro al reparar en la cola que había. No le gustaba dejar solos a los niños tanto tiempo, pero no tenía otra opción.

Se colocó al final de la cola, detrás de una mujer con la cabeza descubierta y una masa de rizos pelirrojos: fumaba un cigarrillo y llevaba puesto un abrigo de visón estupendo que le llegaba a los tobillos. Los abrigos de piel eran un símbolo de estatus social, la prueba del éxito de un hombre, y también de una mujer. Demostraban que ella tenía la capacidad de apoyarlo en su carrera tan bien que él hasta podía permitirse lujos como aquel y que lo

complacía tanto que se desvivía por mimarla…. Al menos, eso es lo que decían los anuncios. Unas pocas amigas suyas tenían abrigos de visón, pero ninguno era tan elegante como este, y nunca se lo ponían para hacer recados ni siquiera en un día frío de diciembre. Margaret se acercó lo suficiente para notar el tacto lujoso del pelaje, parecido a la seda, cuando le rozó unos instantes el antebrazo. ¡Qué suave era!

Sin ser consciente de la presencia de Margaret, la mujer emitió un sonido de impaciencia a medio camino entre un gruñido y un suspiro y se estiró para coger un ejemplar de *Atlantic Monthly*. Durante unos instantes, Margaret se planteó coger el mismo número del expositor y entablar conversación con ella, pero tenía la sensación de que no era la clase de mujer que tuviera por costumbre charlar con desconocidas.

Se decantó por un ejemplar del *Saturday Evening Post* y hojeó los anuncios de relojes Longines: «¡Los más prestigiosos del mundo!», y de la escuela de arte Famous Artists School —que alardeaba de tener una facultad en la que «trazaban el camino de la pobreza a la riqueza»— hasta llegar a un supuesto estudio exhaustivo de las mujeres estadounidenses. Margaret comenzó a leer la biografía de Eleanor Courter, un ama de casa que, en muchos sentidos, podría haber sido su hermana gemela.

Eleanor tenía treinta y cuatro años, mientras que Margaret tenía treinta y tres, y también era madre de tres hijos. Vivía en un barrio residencial de clase media cerca de Washington D. C., aunque en Maryland, en vez de en Virginia. Tenían la misma relación con la religión: Eleanor decía que la fe era importante para ella, al igual que Margaret. Walt se quedaba a dormir los domingos, pero ella y los niños iban a la iglesia todas las semanas. Eleanor Courter era rubia y Margaret, morena, pero las dos tenían una complexión atlética, un poco andrógina, ojos azules y una nariz respingona salpicada de pecas.

Hasta ahí llegaban las semejanzas.

Eleanor era una mujer feliz y realizada, se contentaba con pasar

los días limpiando, cocinando y llevando a los niños al club de los *scouts* y sostenía que se sentía útil y «orgullosa del papel que le había tocado». Según el *Saturday Evening Post*, no era la única. En una encuesta en la que habían participado mil ochocientas mujeres casadas, el treinta y nueve por ciento declaraba estar «bastante feliz» con su matrimonio. El cincuenta y siete por ciento decía que era «extremadamente feliz». Al sumar las cifras y comprender que ella formaba parte de una minoría muy pequeña, Margaret sintió que se abría un agujero en su interior.

¿Cuál era su defecto?

Algo había, ¿no? Alguna lacra en su personalidad, en su naturaleza o en su infancia. Si el noventa y seis por ciento de las mujeres de la encuesta se sentían satisfechas, realizadas y… normales, por regla de tres, ella tenía que…

Al notar un nudo en la garganta, Margaret parpadeó con rapidez y devolvió la revista a su sitio, antes de coger la que estaba al lado, que resultaba ser *A Woman's Place*. El número que Walt había traído a casa del dentista tenía varios meses de antigüedad. En el último número, aparecía una imagen brillante de la señora Rose Kennedy, la madre del presidente, con perlas y una sonrisa beatífica. Margaret tenía que admitir que parecía una revista interesante, pero, hasta que empezó a leer cuidadosamente, no se hizo una idea de lo interesante que era de verdad.

Entre una receta de pollo *bula* y una entrevista a la señora Kennedy, Margaret vio el anuncio de un concurso de historias con un premio de cien dólares para la ganadora.

«¿Cien dólares? ¿Solo por escribir una historia?».

Aunque prácticamente llevaba años sin coger un bolígrafo, Margaret había escrito mucho en la universidad. Más de un profesor la había alabado por sus redacciones, le había dicho que tenía talento. Un premio de cien dólares atraería cientos de propuestas, pero el tercer premio —un par de lámparas de latón que estaba tan bien, por no decir mejor, como el juego por el que había ahorrado los puntos—… podría ser factible, ¿no?

«¿No crees que alterarte tanto te va a terminar pasando factura?».

Justo cuando estaba a punto de darle la razón, el eco de la voz de Walt en su mente se vio interrumpido por otra voz, tajante y real, una voz que desbordaba cautela y autoridad.

—Pero ¿qué dice? Llevo años y años tomándola.

Margaret alzó la mirada y se sorprendió al encontrarse ya al comienzo de la cola. La mujer del abrigo de visón estaba en el mostrador, fumando un cigarrillo con impaciencia y hablando con el señor Mayer con acento neoyorquino, de la zona alta de la ciudad más que de la baja.

El farmacéutico se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Sí, pero tal vez no sea buena idea. Se puede llegar a desarrollar una adicción. Algunos estudios insinúan que el meprobamato…

—Venga ya. —La mujer dio una calada, levantó el mentón y exhaló el humo hacia lo alto—. ¿Intenta usted impresionarme con su dominio de nombres en pseudolatín acuñados por los equipos de *marketing* de las farmacéuticas? Miltown —dijo inexpresiva—. Llámelo Miltown. Es como lo llama todo el mundo. Y todo el mundo se lo toma, por cierto: Lauren Bacall, Milton Berle ¡Lucille Ball, sin ir más lejos! Si fuera algo malo, ¿se cree usted que permitirían que Lucy se lo tomara? ¡Si la gente adora a Lucy! Hasta le dedicaron una serie entera. ¡Todo el santo mundo adora a Lucy!

»Bueno, todo el mundo menos yo; a mí su personaje me parecía una idiota —añadió la mujer, dando otra calada—. Pero eso ahora no importa. Mi doctor, el mío, Alvin Gould, receta Miltown todo el rato. Tiene una consulta en la Quinta Avenida, una licenciatura en Medicina de la Universidad de Columbia y privilegios en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Ese —recalcó— es el hombre que me ha escrito la receta. Bueno, ¿me la va a dar o no?

Apartando el magnífico abrigo de visón, la mujer se llevó un puño a la cadera y el codo a la otra, con el brazo flexionado y el cigarrillo bien sujeto entre los dedos, adoptando una postura que

evidenciaba que estaba dispuesta a quedarse ahí plantada el tiempo que hiciera falta. El farmacéutico, acorralado, lanzó una mirada a la cola, que cada vez era más larga, y deslizó una bolsa de papel de color blanco por el mostrador. La mujer lanzó unos pocos billetes arrugados a la superficie y se giró en dirección a la puerta, aferrando la bolsa de papel en la mano.

—Quédese con la vuelta.

Margaret siguió con la mirada a la mujer, que se contoneaba por el pasillo y dejaba un olor a tabaco y a Chanel Nº 5 a su paso. Al acercarse a la salida, estiró el brazo hacia delante, abrió la palma y empujó con fuerza la puerta, como empeñándose en dejar la huella de la mano en el cristal para dejar claro que se marchaba.

—¿Señora Ryan? Señora Ryan, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Mmm? Oh, perdón. —Margaret se acercó—. Bobby se ha despertado con una infección de oído. El doctor Babcock dijo que le llamaría para darle la receta.

—Sí, sí, lo recuerdo. Deme un minuto para que la encuentre.

Mientras el farmacéutico rebuscaba entre los estantes, Margaret se volvió hacia la parte frontal del local y la puerta por la que había desaparecido la mujer. Un rayo de sol se filtraba por el cristal; iluminaba una huella leve pero visible. Aunque no se habían hablado, estaba convencida de que aquella mujer tampoco entraba dentro del noventa y seis por ciento. Pero resultaba admirable la forma en la que se negaba a que la intimidaran, la forma en la que se mantenía firme hasta que conseguía lo que deseaba. ¿Cómo sería ser así, una mujer que no tenía miedo de exigir nada o de dar problemas? A Margaret le costaba imaginarse haciendo algo de ese estilo, pero, durante el brevísimo instante en el que sí lo imaginó, se le aceleró el latido del corazón y notó un hormigueo en la piel.

El señor Mayer volvió con las pastillas. Margaret hurgó en el bolso en busca del dinero para pagar los medicamentos. El farmacéutico, entretanto, señaló con un gesto de la cabeza la revista que había dejado ella en el mostrador.

—¿También se la lleva?

Caían unos copos de nieve grandes, húmedos, que se posaban sobre el suelo y se deshacían o se sumaban a los cúmulos de nieve derretida que los comerciantes habían retirado con palas hacía un rato. Con un ejemplar doblado de *A Woman's Place* asomando por el bolso, Margaret recorrió el centro de la ciudad apresurada, trotando enfrente de las tiendas donde seguían puestos los adornos de las fiestas, mientras pensaba en la mujer de la farmacia.

Aunque habría sido una lástima interrumpir su salida triunfal, le habría gustado detenerla cuando pasó por su lado, preguntarle cómo se llamaba y confesarle que a ella tampoco le había gustado Lucy jamás.

Se levantó una repentina ráfaga de viento fría y persistente. Se estremeció y se arrebujó en el abrigo. Por el callejón silbaba un aire gélido y Margaret torció la cabeza hacia la izquierda para evitar el impacto. Fue entonces cuando reparó en la máquina de escribir que había en el escaparate y en el cartel que anunciaba: DE REBAJA.

—¿Qué es? —le preguntó al vendedor—. Nunca he visto una máquina de escribir como esta.

Él esbozó una sonrisa, frotándose las manos.

—Es, ni más ni menos, una IBM Selectric, la mejor máquina de escribir eléctrica del mercado. Tiene una bola de tipos en lugar de teclas individuales, que se puede cambiar con facilidad si se quiere emplear otra tipografía.

Se explayó al explicarle las numerosas ventajas de la máquina. A Margaret, más que los detalles, lo que le interesaba era una pregunta crucial.

—¿Cuánto cuesta?

—El precio normal es de 350 $, pero, rebajado, sale por 299 $.

Eso era más de lo que pagaban de hipoteca.

—Oh, entiendo. Gracias.

Margaret se abrochó el abrigo, oyendo la voz de Walt, que la regañaba por ilusionarse una vez más con cosas que eran

inalcanzables. Pero, al acercarse a la puerta, la imagen de la mujer con el abrigo de piel que no aceptaba un no por respuesta volvió a su mente. Se dio la vuelta.

—No tienen más modelos rebajados, ¿verdad? ¿Alguno que sea más asequible?

El vendedor asintió.

—Ahora todo el mundo quiere máquinas eléctricas, de modo que estamos retirando algunos de los modelos manuales. Le puedo dejar un buen modelo portátil de la marca Royal en 140 $, con caja incluida.

—Ah, vale. Bueno, gracias de todos modos.

—Puede alquilarla en plazos de un mes, por cierto. Y, al cabo de dos años, es suya.

—¿Por cuánto?

—Por ocho dólares al mes.

En el bolso tenía diecisiete dólares y algo de cambio, reservados para la compra y para los gastos de la casa. Tenían que durarle hasta que Walt volviera a darle la paga. ¿Sería justo alimentar a su familia a base de pasta con atún durante la próxima semana solo para alquilar una máquina de escribir y redactar una historia que seguramente acabaría sin leer en un montón junto con las propuestas de cientos de amas de casa esperanzadas? ¿Qué diría Walt si llegara a enterarse?

Claro que si nunca llegara a enterarse…

—¿Puedo llevármela a casa hoy?

El vendedor esbozó una amplia sonrisa.

—Se la llevó al coche.

Capítulo 3
Lo que piensan las vecinas

Febrero de 1963

Cuando Margaret vio el anuncio del concurso, el plazo de seis semanas le había parecido más que suficiente para escribir una breve historia. Pero, a medida que pasaban los días, descubrió que se trataba de una tarea más ardua, y también más estimulante, de lo que se había imaginado. Cuando entregó el sobre con la propuesta al empleado de correos, la embargó una ilusión palpitante y se sintió realizada como hacía años que no se sentía.

Al salir de la oficina de correos, condujo hasta la papelería para devolver la máquina de escribir.

—¿Está usted segura?

El dependiente enarcó una ceja de una forma que le dio a entender a Margaret que, de una forma u otra, sabía que ella había terminado pensando en la máquina como en una amiga, que le había puesto nombre. —Sylvia— y que el clic clac de las teclas y el animado sonido de la palanca le levantaban el ánimo como ninguna otra cosa.

—¿Sabe qué? —le propuso él, juntando las manos, como si acabara de atrapar una mosca—. ¿Qué le parece si le rebajo el alquiler a siete dólares y usted se la queda pasados doce meses? ¿Qué me dice?

Margaret no podía negar que se sentía tentada. Pero siete dólares no dejaban de ser siete dólares y el concurso ya había terminado. ¿De qué valdría gastar dinero que no tenía en algo que no volvería a utilizar?

Se mordió el labio.

—No debería, de verdad.

El dependiente se la quedó mirando, a la espera.

Margaret abrió el bolso.

En la universidad, Margaret era ese tipo de estudiante que hacía que a los demás alumnos se les escapase un gemido cuando la veían el primer día de clase porque sabían que su presencia pondría el listón muy alto y reduciría las posibilidades de sacar un sobresaliente sin mucho esfuerzo. Si se hubiese quedado para cursar el último año en vez de casarse con Walt, se habría graduado con honores. Aun así, nadie se había sorprendido tanto como la propia Margaret de que se hubiera adaptado con tanta naturalidad a la vida académica.

Creció en un vecindario modesto de familias obreras que trabajaban en las fábricas de Dayton. Aunque en el instituto sacaba notables altos, nunca se le pasó por la cabeza ir a la universidad, como la mayoría de las chicas de su clase de último curso. Las que tenían novios tenían bodas programadas para el verano o el otoño. Las demás pensaban trabajar y quedarse en casa hasta que encontraran un marido, como era el caso de Margaret.

Luego, una semana después de terminar el instituto, falleció su madre.

En lugar de buscar un empleo, Margaret se pasó el verano atendiendo a la casa y cuidando de sus hermanos pequeños, tomándole el relevo a su madre para que su padre pudiera seguir trabajando. Así habrían seguido las cosas, si acaso, de no ser porque su mejor amiga, Ethel Chenault, la llamó por teléfono a finales de agosto, en un mar de lágrimas y llevada por la rabia, para contarle

que había sorprendido a su prometido, Cliff, en la fila del fondo del cine con Cherry Schaffer, la fresca del barrio.

—¡Cherry Schaffer! ¿Te lo puedes creer?

Margaret se lo creía. Cliff era la clase de hombre que le guiñaba el ojo a todo lo que se menea, pero ¿qué le vas a hacer cuando tus amigas se enamoran de las personas equivocadas?

—Le eché la cocacola encima de la cabeza y le dije que habíamos terminado, ¡que se fuera olvidando de la boda!

—Oh, Ethel, cuánto lo siento.

—Menos mal que me he enterado ahora y no después, ¿verdad? —Sorbió por la nariz; no parecía nada convencida—. En fin, quería contártelo antes de que te compraras la tela para el vestido de dama de honor.

Demasiado tarde. Ahora tenía tres metros y medio de gasa de color melocotón que no le servía para nada.

—¿Puedo ayudarte en algo? Cuando vuelva mi padre del trabajo, podríamos salir a hacer algo divertido para que te distraigas un rato. Al cine no, claro, pero…

Ethel volvió a sorber por la nariz, pero también se rio, como esperaba Margaret.

—Gracias, pero estoy haciendo las maletas. No puedo quedarme en Dayton con todo lo que ha pasado. Acabo de hablar por teléfono con el departamento de admisión de la Universidad Estatal de Ohio. Me han dicho que lo único que tengo que hacer es acercarme hasta allí y matricularme en el semestre de otoño, así que mamá me va a llevar en coche hasta Columbus. ¿Por qué no te vienes? ¡Será divertido!

—¿Cómo? ¿A la universidad, quieres decir? No puedo.

—¡Cómo no vas a poder! ¿Por qué ibas a quedarte aquí y casarte con un mecánico cuando tienes a menos de doscientos kilómetros un campus lleno de universitarios solteros? ¡Venga, va, Maggie! ¿No te gustaría salir de aquí? ¿Ver mundo?

Lo de ver mundo iba más allá de los límites de la imaginación de Margaret, pues nunca había ido más lejos que Indianápolis. Pero, sí,

ay, sí, ardía en deseos de marcharse de Dayton, de aquella casa marcada por el dolor, y de huir del futuro insignificante, normal y corriente que la aguardaba.

Aun pasados tantos años, Margaret se seguía sintiendo culpable por haber abandonado su puesto, pero su padre lo había entendido.

—Tú vuelve a casa los fines de semana —le dijo este cuando la dejó en la estación de autobuses en septiembre, y ella le prometió que sí, aunque rara vez volvió y por eso también se sentía culpable.

Pero le encantó la universidad, en especial el hecho de estar rodeada de desconocidos; nadie, aparte de Ethel —que se quedó embarazada de un estudiante de ingeniería durante el semestre de primavera y dejó los estudios para contraer matrimonio—, sabía nada de ella ni de su familia. También le encantaban las clases, se matriculaba en las asignaturas más duras en las que conseguía meterse y se dejaba la piel, concentrándose de lleno en temas profundos y maravillosamente impersonales. Su análisis moral de *Mansfield Park*, seguramente la novela menos legible de Austen, fue muy laborioso y se merecía el sobresaliente que le pusieron. Pero ¿acaso importaban, aquí y ahora, las reflexiones de una muchacha de diecinueve años a propósito de una novela de ciento treinta y cinco años de antigüedad?

Para nada. Bueno, dejando a un lado la nota.

Coleccionar sobresalientes era otra cosa que le encantaba de la universidad, lo cual reveló una vena competitiva que no sabía que tenía y que surgió una vez más en el momento en el que le entregó al dependiente de la papelería los ocho dólares para el primer mes de alquiler de la máquina de escribir.

No le había contado a nadie lo del concurso de historias —ni siquiera a Viv, con quien normalmente lo compartía todo—, y tecleaba con furia borradores mientras los niños estaban en la escuela y Walt, en la oficina. Las reglas estipulaban que los envíos debían redactarse a doble espacio, que no podían superar las mil doscientas palabras de extensión y que debían llevar por título «Unas vacaciones para el recuerdo». La debacle de la Navidad le

proporcionaba material de sobra para escribir.

Se le habían atrofiado mucho los músculos de redacción desde la universidad, pero siguió esforzándose al máximo día tras día. Gastó media resma de papel a lo largo de varias semanas antes de redactar un borrador que transmitiera con mayor nitidez sus impresiones acerca de las Navidades pasadas y futuras, vinculándolas de una manera que hasta ella misma se sorprendía. Era un escrito de calidad, conmovedor y honesto, henchido de anhelo por lo inalcanzable. Pero, en cuanto comenzó a llegarle la suscripción y Margaret se puso a estudiar el contenido de la revista con mayor detenimiento, se dio cuenta de que una honestidad conmovedora como la suya no superaría el sesgo editorial de *A Woman's Place*.

Empezó de cero, haciendo hincapié en el sentido del humor y expresando en unos pocos párrafos las esperanzas que había puesto y el esfuerzo heroico que había hecho para celebrar unas vacaciones mágicas que descarriaron en un abrir y cerrar de ojos, algo con lo que pensaba que podrían identificarse la mayoría de las mujeres.

La sección del medio era una descripción de lo más acertada del devenir de los acontecimientos, incluida la parte en la que se había dejado el pavo en el coche y había cocinado una sopa con carne que quizá estaba en mal estado. Ahora que lo pensaba, había sido un episodio bastante gracioso. Entonces, pasaba de la comedia al romance y cambiaba el desenlace para que fuera más dulce, porque ¿a quién le apetece leer una historia navideña cargada de palabras mordaces y con un marido que duerme en la sala de estar?

Lo que hizo fue introducir un giro argumental al estilo más O. Henry en su relato *El regalo de los Reyes Magos*, cuyo matrimonio protagonista se las ingenia para hacerse regalos pese a disponer de muy pocos recursos. Escribió que había sacrificado su preciada colección de puntos verdes para regalarle a Walt unos nuevos palos de golf y que él había vendido los palos para comprarle a ella las lámparas y, por si fuera poco, una cómoda de madera de arce. La historia concluía con un beso frente al crepitar del fuego de la

chimenea, que justo dio la casualidad de coincidir con el lejano tañido de las campanas de la iglesia y con la nieve que caía con delicadeza.

A Margaret esta versión la convencía más. No porque estuviera mejor escrita que el anterior borrador. Sabía que no era así. Pero lo que quería no solo era escribir bien: quería… ganar. Por supuesto, el dinero le vendría muy bien, pero ¿acaso no sería maravilloso ver sus palabras y su nombre impresos en una revista nacional, en una que leían miles de mujeres?

Margaret fue la última en llegar a la quedada para el café. Si no supiera que Barb la llamaría para pedirle explicaciones con tanta dulzura como insistencia, se la habría saltado esta semana. No es que Barb ni ninguna otra mujer del vecindario le resultasen desagradables. Cuando se mudó a Concordia, se había sentido agradecida por entrar en contacto con mujeres con las que tenía tantas cosas en común y que, al igual que ella, deseaban forjar nuevas amistades. Con el paso del tiempo, no obstante, comenzó a pensar que quizá tenían demasiadas cosas en común. No hablaban de otra cosa que no fueran los hijos, los maridos y las recetas. Y Margaret era tan culpable como las demás.

¿Qué había sido de ella? Antes era una persona interesante.

Habían dejado la puerta delantera entreabierta. Margaret entró a un vestíbulo amplio revestido de *toile de Jouy* azul marino. El estilo moderno danés era la última moda, pero Barb se inclinaba más por el estilo colonial de Virginia, con muchas flores y madera oscura. Margaret colgó el abrigo en el perchero del recibidor y se dirigió hacia la sala de estar atestada, donde hacía mucho calor. Olía a café tostado, a cigarrillo y a Shalimar.

—¡Aquí estás! —dijo Barb, levantando la cafetera en una suerte de saludo cuando Margaret entró en la estancia—. Empezábamos a preguntarnos qué te habría pasado.

—Disculpad. Había cola en la oficina de correos.

—No pasa nada. Siéntate, que te sirvo un café. Ellen, Dorothy, Iris —dijo, dirigiéndose a las tres mujeres que estaban sentadas en el sofá—, hacedle sitio a Margaret.

A Margaret la había decepcionado constatar que era Iris Rasmussen, y no la misteriosa mujer de la farmacia, la que se había mudado a la casa modelo de Nottingham justo después de las navidades. Dos meses después, seguía sintiéndose decepcionada. Iris se mostraba muy ansiosa por agradar y sus intentos por ganarse la aprobación de las demás y hacer amigas rozaban lo obsequioso. Pero, en cierto sentido, ¿acaso no eran todas así?

Viv, la única mujer a la que Margaret consideraba una amiga de verdad, era la excepción. Tal vez se debía a que era la esposa de un militar y ella misma había prestado sus servicios durante la guerra, pero poseía una franqueza que Margaret valoraba mucho. «Un gramo de pretensión equivale a un kilo de estiércol», acostumbraba a decir. ¿Y quién iba a negarlo? Los vecinos de la puerta de al lado eran una lotería; te podía tocar cualquier cosa. Con Viv, Margaret sentía que había ganado el gordo.

Viv se sentaba en uno de los dos sillones orejeros color carmesí que se encontraban a ambos lados de la chimenea de Barb, agarrando un cigarrillo encendido entre los dedos y sosteniendo una bandeja de galletas en las rodillas. El segundo sillón estaba vacío, pero ahí se sentaba siempre Barb.

La pequeña Bitsy Cobb, a la que llamaban así porque de niña había sido muy menuda antes de que en la adolescencia creciera hasta convertirse en una jovencita larguirucha de metro ochenta, se sentaba cerca de la ventana en una silla de terciopelo en la que a duras penas cabía. Era la más joven e introvertida del grupo, de modo que Margaret la conocía incluso menos que a las demás. Pero no le pasó desapercibido que siempre se sentaba con las extremidades muy juntas, como si quisiera ocupar el menor espacio posible. Margaret se acercó al sofá de cuadros de color carmesí y crema e Iris apagó el cigarrillo de la marca Pall Mall en el cenicero y se movió para dejarle sitio.

—¿Estás cómoda? —le preguntó Iris—. Puedo moverme un poco más.

—No hace falta. Sobra espacio.

Barb le tendió una taza a Margaret y, entonces, señaló una bandeja de galletas con tres niveles que descansaba en la mesa baja, dándole a entender que podía servirse lo que quisiera.

—A ver, que te ponemos al día. La mesa de comedor que ha pedido Iris sigue agotada. Tom le ha dicho a Dorothy que quiere que su madre venga a vivir con ellos. Y el bebé de Ellen, erre que erre, sigue sin dormir por las noches. —Barb soltó un gemido en señal de simpatía—. En serio, Ellen, prueba a darle cereales de arroz antes de dormir. A mí me funcionó con los tres.

—Lo probaré —dijo Ellen, bostezando—. Si el pediatra no está conforme, pues que venga él en persona a darle de comer a las tres de la madrugada.

Barb se llevó la taza hasta el sillón orejero y tomó asiento.

—Viv se ha ofrecido voluntaria para dirigir el mercado de galletas de la tropa de chicas *scouts* de Andrea y dice que todas debemos comprar, como mínimo, cuatro cajas.

—Lo digo en serio —intervino Viv, levantando un puñado de formularios cuando las demás se echaron a reír—. De aquí no se va nadie sin hacer un pedido.

Margaret esbozó una sonrisa y cogió una barra de limón de la bandeja. Viv se inclinó para soltar la ceniza del cigarrillo en el cenicero y le guiñó el ojo.

—Te toca, Margaret. —Barb hizo una pausa para tomar un sorbo de café—. ¿Alguna novedad?

Una parte de Margaret daba brincos como si fuera una niña de seis años que tenía un secreto. Gritaba una y otra vez: «¡Sí, sí, sí! ¡He escrito una historia para un concurso! Si gano, ¡miles y miles de personas lo leerán!». La parte más madura y sensata de su persona se mordió la lengua.

—Ninguna, la verdad. He probado una nueva receta de pastel de carne: hay que sustituir la mitad de la carne picada de ternera por

carne picada de cordero. —Se encogió de hombros—. A Walt no le ha gustado.

—Después me la pasas, ¿sí? A Jim le encanta el cordero. —Bar volvió la mirada hacia la silla situada cerca de la ventana—. ¿Bitsy? ¿Qué tal el torneo de tenis? ¿Llegaste a la final?

—Oh…, eh, al final no participé.

Barb chasqueó la lengua.

—A ver si lo adivino: a King le ha dado por pensar que el tenis es muy arriesgado.

Kingsley Cobb, conocido como King y diecinueve años mayor que Bitsy, era un veterinario equino que se estaba haciendo una cartera de clientes entre los aficionados a los caballos de Virginia. Bitsy lo conoció en Lexington y se casó con él unas pocas semanas después de que falleciese el padre de ella. King estaba ansioso por formar una familia, lo que tal vez no era de extrañar, teniendo en cuenta su edad. Hacía poco, en un evento ecuestre celebrado un fin de semana en el condado de Loudoun, le había prohibido a Bitsy galopar, dejándose llevar por el miedo irracional a que una actividad como esa le impidiese concebir.

—Bitsy —le dijo Barb en un tono de voz inexpresivo y autoritario —, eres una mujer joven y sana. Jugar un poco al tenis no impedirá que te quedes embarazada. King debería saberlo, siendo un experto en medicina como es.

Bitsy, que estaba encantadora con un vestido estilo Mary Quant de grandes margaritas blancas sobre un fondo negro, jugueteaba con el dobladillo.

—No, si eso lo sé. Es decir, lo sabe. Pero no…

—Hombres. Siempre le dan mil vueltas a todo —interrumpió Viv, trazando círculos con el cigarrillo en dirección a Bitsy—. Lo que tenéis que hacer tú y King es compraros una botella barata de *chianti*, poner música de Sinatra y que la naturaleza siga su curso. Siempre funciona, te guste o no. Con seis hijos, a mí me lo vais a decir.

Ellen negó con la cabeza.

—No siempre, Viv. Stan y yo lo intentamos tres años antes de tener a Debbie. Miel y canela —dijo con cierto secretismo, inclinándose hacia Bitsy—. Dos cucharadas antes de dormir. Ese fue el truco que nos funcionó a nosotros.

—Y no te levantes nada más terminar —le aconsejó Iris—. Sostén las piernas contra el pecho durante treinta minutos. No sé dónde lo he leído —dijo cuando Viv se la quedó mirando—. Por intentarlo no pasa nada.

Al igual que Viv, Margaret pensaba que lo único que tenían que hacer Bitsy y King era calmarse un poco, pero no le dijo nada. Desvió la mirada hacia su figura esbelta en esa silla que le quedaba pequeña: retorcía la servilleta entre las manos como si le estuviera retorciendo el cuello a un pollo. ¿Es que no veían las demás lo incómoda que se sentía?

Consciente de que así se terminaría el debate sobre la vida sexual de Bitsy, Margaret se planteó contarles lo del concurso de historias, pero, entonces, Bitsy soltó otro anuncio:

—¡He conseguido un empleo!

La pausa incómoda que siguió a la exclamación de Bitsy amenazaba con apagar el brillo de entusiasmo que ardía en sus ojos marrones color *whisky*.

Margaret fue la primera en intervenir.

—¡Qué bien, Bitsy! ¡Enhorabuena! ¿Qué clase de trabajo es?

Barb la interrumpió antes de que Bitsy pudiera responderle.

—¿Por qué te ha dado por ponerte a trabajar? ¿A King no le va bien en la consulta?

Bitsy pareció algo confundida por la pregunta.

—No, no es por eso. Pero, como no tengo nada que hacer durante al día, me ha parecido buena idea ponerme a trabajar.

—Ah, bueno, tiene sentido —dijo Dorothy—. Yo trabajé de cajera en un banco después de casarme con Brian. Por supuesto, lo dejé en cuanto me quedé embarazada. Pero, mientras no tengas niños a los que perseguir de aquí para allá, nada te impide aportar algo de dinero extra.

Iris asintió con la cabeza.

—Yo trabajé a tiempo completo en una compañía telefónica durante una temporada. Queríamos ahorrar un poco antes de formar una familia. En teoría, iban a ser dos años. Ese era el plan. Pero ya sabéis como son estas cosas —dijo, soltando una risita—. Apareció Sarah dieciocho meses después del día de la boda.

—¿Dónde vas a trabajar? —le preguntó Ellen mientras encendía otro cigarrillo—. ¿Y va a ser a tiempo parcial o completo?

—A tiempo parcial. En los establos del parque Rock Creek. El trabajo consiste en cuidar y alimentar a los caballos, en limpiar las cuadras e incluso en entrenarlos un poco.

Barb frunció el ceño en un gesto de desconcierto y desaprobación.

—¿Vas a trabajar de… mozo de cuadra? —Recalcó.

—Sí —dijo Bitsy—. Es el trabajo que tenía en Kentucky, cuando ayudaba a mi padre. Siempre he tenido mano con los caballos. De hecho —dijo, levantando el mentón y devolviéndole la mirada a Barb —, a veces me gustan más que las personas.

Barb se sonrojó y Margaret apretó los labios para reprimir la risa. Cuando la mirada de Viv se cruzó con la suya, cayó en la cuenta de que estaban pensando lo mismo. ¡Bitsy era de armas tomar! ¿Quién lo iba a decir?

—No lo decía a malas —respondió Barb, tras recobrar la compostura—. Me ha sorprendido, nada más. ¿Qué piensa King de todo esto?

—Le parece muy bien.

—Bueno, ¿y por qué no iba a parecerle bien? —dijo Viv, mojando un trozo de galleta en el café—. Bitsy se codeará con algunos de los individuos más ricos de la zona. Si sus caballos necesitan un veterinario, sabrá a quién recomendarles, ¿verdad?

—Exacto —dijo Bitsy.

—Chica lista —comentó Margaret, sonriéndole antes de cambiar de tema—. Barb, tú no nos has contado nada todavía. ¿Tienes alguna novedad? ¿Al final Jim ha conseguido esa ruta nueva de

Florida?

El marido de Barb, Jim, era piloto en el aeropuerto Dulles, que se había inaugurado hacía poco. Suspiró.

—Sigue a la espera. Pero sí tengo noticias: se ha mudado alguien a la nueva casa modelo de Oxford.

Tan solo había doce modelos de casas en Concordia, todas ellas con nombres de lugares de Inglaterra. —York, Rye, Exeter y demás —, así que las mujeres sabían a qué casa se refería en concreto. Los modelos de Oxford eran con mucho los más espaciosos; incluso eran más grandes que el modelo de Cambridge de Barb.

—Qué extraño que se hayan mudado en mitad del año escolar —dijo Ellen, frunciendo el ceño—. ¿Tienen hijos? Si se han decantado por una vivienda tan grande, entiendo que sí. Son seis dormitorios, ¿verdad?

—Bueno, si no tienen —dijo Viv, encendiendo otro cigarrillo—, yo les presto un par de hijos encantada. Todos los problemas que tienen se resolverían si fueran hijos únicos. ¿Piensas invitarla a las quedadas para el café?

—No creo —dijo Barb, remilgada—. Con la de cosas que he oído de ella…

—¿Como qué? —Quiso saber Margaret.

—Como que ha pasado una temporada en el loquero. Y, después de verla, vaya si me lo creo. —Barb se inclinó hacia delante, mirando a los ojos a sus oyentes ensimismadas antes de proseguir—: Cuando pasé en coche por su casa, estaba en la entrada, dirigiendo a los empleados de la mudanza con un abrigo de visón largo hasta los pies. ¡Un abrigo de visón! ¡En pleno día! —Abrió los ojos como platos —. ¡Hay que ver! ¿A quién se le ocurre?

Menos de dos horas después, Margaret bajaba deprisa por la calle con un plato de galletas calientes. Los que debían ser polvorones de canela se habían convertido en galletas de azúcar porque, atolondrada como estaba por conocer a la nueva vecina, se

había olvidado de echar el crémor tártaro.

¡Tenía que ser la misma mujer sí o sí! ¿Cuántas mujeres podía haber en Concordia que vistieran un abrigo de visón a plena luz del día?

Había habido un instante, mientras iba sacando las galletas del papel de horno, en el que Margaret seguía oyendo en la mente la palabra *loquero*. Sabía que la mujer consumía meprobamato, de modo que Barb podía tener razón en lo referente a su supuesta inestabilidad mental, aunque también podía estar haciendo circular rumores infundados. No sería la primera vez.

Además, el profesor de psicología que había tenido Margaret en la universidad sugería que casi todo el mundo padecía algún tipo de desequilibrio y que las mujeres, en especial, eran susceptibles a toda clase de neurosis y trastornos nerviosos. La gente no solía hablar de este tema, pero a Margaret no le sorprendería enterarse de que algunas de sus amigas tomaban tranquilizantes.

Como había dicho la mujer, todo el mundo tomaba meprobamato.

¿Y por qué vestir un abrigo de piel durante el día hacía de una persona un paria social? ¿Acaso era tan terrible ser diferente, extravagante incluso? Para Margaret, era un punto a favor. Estaba cansada de tener siempre las mismas conversaciones, de estar en compañía de mujeres sin personalidad con las que se sentía en la necesidad de tragarse sus opiniones y camuflar su forma de ser.

Al doblar la esquina, Margaret vio una casa de tres plantas que casi parecía señorial, con vigas falsas de estilo Tudor y parteluces en las ventanas. Recorrió deprisa la acera, se alisó el cabello con la mano y llamó al timbre. Tras un buen rato, se abrió la puerta y vio a una mujer alta con rizos pelirrojos sin laca.

Era ella.

Seguía sosteniendo un cigarrillo en la mano, pero no llevaba el abrigo de piel puesto, sino un jersey negro de cuello alto que se ceñía a sus senos grandes, así como pantalones pitillo de color negro que le estrechaban incluso más las caderas, ya delgadas de por sí.

Era una apariencia un tanto bohemia para Concordia, pero tampoco fuera de lo normal. Desde que *Desayuno con diamantes* llegó a la gran pantalla, eran muchas las mujeres que se inspiraban en el estilo de Audrey Hepbum… pero aquí había algo más.

Todo su conjunto, incluido el cabello, estaba salpicado de docenas de colores, como si la hubieran rociado de confeti como a un gran mariscal en un desfile triunfal. Incluso los pies, que llevaba descalzos, estaban manchados de azul, naranja, color albaricoque y ocre.

Margaret estaba más intrigada que nunca. ¿Acaso era artista? ¿O había decidido volver a pintar el interior de todas las habitaciones de la casa, cada una de un color diferente?

—¿Qué querías? —dijo la mujer, interrumpiendo el silencio y la mirada atónita de Margaret.

—Oh… ¡Hola! Soy Margaret Ryan. Vivo abajo, al final de la calle Laurel, en la casa modelo de Stratford de color blanco con postigos verdes. Solo venía a darte la bienvenida al barrio.

Margaret le tendió el plato. La mujer se lo quedó mirando unos instantes, antes de mirarla a ella de arriba abajo. Dio una rápida calada al cigarrillo antes de aceptar la oferta y de dejar el plato encima de una caja que le quedaba a mano.

—Soy Charlotte Gustafson.

—¡Como la hermana Brontë! —canturreó Margaret, encantada, sin saber por qué, de haberse enterado de cómo se llamaba—. Bienvenida a Concordia, Charlotte. ¿Tienes hijos?

Charlotte entrecerró los ojos y se llevó el cigarrillo a los labios.

—Dos chicas y dos chicos.

—¡No me digas! ¿Cuántos años…?

Charlotte exhaló una columna de humo.

—Gracias por las galletas. Seguro que a los críos les encantan. Pero vas a tener que disculparme; tengo unas cuantas cajas que vaciar.

—Oh, claro. Cómo no. Lo de mudarse es un incordio, ¿verdad? En cuanto te instales, espero que te unas a nuestra quedada

semanal para…

Margaret estaba a punto de decir «para tomar el café», pero se interrumpió antes de que le salieran las palabras. Charlotte Gustafson no parecía la clase de persona a la que le gustase quedar para tomar un café.

—¿Para…? —La urgió Charlotte, girando el cigarrillo en el aire.

Margaret se mordió el labio.

—¡Para el club de lectura! —dijo al fin—. He decidido empezar un club de lectura.

—¿Ah, sí? —Charlotte se rodeó el cuerpo con un brazo y colocó el codo encima del puño de la otra mano, con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Qué libro vais a leer?

Margaret seguía reservando algo de tiempo para la lectura y tenía el objetivo de terminar un libro nuevo cada mes, de modo que esta debería ser una pregunta sencilla, pero algo tenía el tono de voz de Charlotte que le paralizó el cerebro durante un instante agónico que le pareció eterno. Al fin, se le ocurrió un título y soltó el nombre de uno de sus favoritos.

—*Un árbol crece en Brooklyn*. Es un libro maravilloso; trata del crecimiento de una joven en Nueva York antes de la Primera Guerra Mundial. ¿Lo has leído?

—Sí, en el instituto. Todo el mundo lo leía en el instituto y le encantaba. Pero… —Se encogió de hombros—. Ya han pasado miles de años. ¿Qué sentido tendría volver a leerlo?

—Oh. Bueno, es que pensaba que…

Charlotte alzó la cabeza.

—A ver, Margaret. Te llamas así, ¿verdad? ¿Margaret? A ver, Margaret. Has sido muy amable por venir hasta aquí. Pero la verdad es que nunca me ha gustado mucho hacer cosas en grupo y no me veo…

Se detuvo de golpe, la miró con aire pensativo y resopló.

—Haz el favor de esperar un segundo. Ahora mismo vuelvo.

Tardó más de un segundo y más de un minuto en volver, lo que le dio a Margaret tiempo suficiente para quedarse de pie en la

escalera de la entrada, incómoda, moviendo los pies y sintiendo que había sido una tonta. Al fin, Charlotte regresó con mi libro de tapa roja que le puso en las manos.

—*La mística de la feminidad* —murmuró Margaret, leyendo el título—. ¿Está bien?

—Es un libro brillante —afirmó Charlotte—. Brillante por lo revolucionario, lo trascendental que es. Al menos, hasta el momento. Acaban de publicarlo y solo he leído los primeros capítulos, pero… —Desplazó el cigarrillo por encima de la cabeza, trazando una corona de humo en torno a sus rizos—. Si en tu pequeño club de lectura os apetece leer algo importante, algo como esto —recalcó—, entonces, sí, podría interesarme.

Charlotte le arrebató el libro de las manos y se apartó de la puerta.

—De lo contrario, ¿qué sentido tiene?

Capítulo 4
El pastel

Marzo de 1963

Margaret preparó cuatro aperitivos diferentes para el club de lectura: rollos de pavo y champiñones, canapés rellenos de ensalada de pollo, espárragos encurtidos envueltos en jamón y salmón ahumado con queso crema. Esto último consistía en una masa espesa de color rosa brillante a la que había dado forma de pez y decorado con aceitunas rellenas de pimiento, dando volumen a los bordes para que parecieran escamas. Ya que todavía tenía la ponchera de Viv, también preparó un ponche.

En el último momento, decidió que tendrían que tomar un postre y preparó una tarta de ambrosía de coco: un pastel de capas blancas con un relleno de piña, glaseado de esponjosas nubes de merengue y decorado con coco rallado, rodajas de piña en lata y cerezas al marrasquino. Walt llegó a casa de la oficina justo cuando estaba terminando de decorarlo.

Después de dejar la chaqueta azul marino en el respaldo de una de las sillas de la cocina, se aflojó la corbata y se colocó al lado de Margaret, rodeándole la cintura con un brazo mientras ella colocaba las cerezas con mucho cuidado en el centro exacto de cada rodaja de piña.

—¡Vaya! Si esto es el postre, qué ganas tengo de ver qué hay de

cenar. Qué elaborado para ser un miércoles por la noche.

Perdió el equilibrio con el abrazo de Walt y se le cayó el jugo de la cereza encima del coco. Margaret se separó de su brazo y se acercó más al pastel, entrecerrando los ojos y apartando el coco rallado manchado de color rosa con los dedos.

—Es para el club de lectura —le recordó—. Llegarán a las siete.

Walt reculó un paso, reparando en las bandejas que acababa de sacar de la nevera. Estaban rodeadas de setos de perejil verde y rosas de rábano rojo, sujetos con palillos de volantes para que el film transparente no se tocara, como los postes de una carpa de circo.

—Espero que no pienses darme picoteo para cenar. Me muero de hambre.

—Hay un sándwich de queso y algún que otro trozo de manzana en la nevera. Los niños ya han cenado. Tienes el plato justo delante —le dijo cuando él abrió la puerta de la nevera, y la impaciencia se fue apoderando de su voz mientras él se quedaba ahí de pie, observando las profundidades del electrodoméstico sin ver nada en realidad y con mala cara—. Justo ahí. Al lado de la leche.

—Un sándwich de queso. Yuju. Espero que no te haya dado mucho trabajo, Margaret.

Metió la mano en la nevera, haciendo caso omiso del sándwich y sacando una botella de cerveza. Margaret se apartó del pastel, lanzando la espátula para glasear que acababa de usar para disimular la mancha rosa contra la encimera, donde aterrizó de un golpe.

—¡Oh, por el amor de Dios! Solo por esta vez, ¿te vas a morir por cenar un sándwich? Llevo trabajando todo el día, tratando de preparar esta reunión…

—¿Y sabes qué llevo haciendo yo todo el día, Margaret? Trabajando, pero de verdad. Haciendo otra jornada más de diez horas para que tengamos dinero para la hipoteca, el préstamo del coche y todo lo demás, ¡incluida la comida para alimentar a un puñado de amas de casa cotillas que no tienen nada mejor que

hacer con su tiempo que sentarse tan tranquilas, comer pastel y quejarse de lo terribles que son los hombres!

Abrió un cajón de un tirón, sacó un abridor, quitó la tapa de la cerveza y dio un trago con rabia.

El comentario de «trabajar de verdad» fue la gota que colmó el vaso para Margaret, que ya andaba con los nervios a flor de piel. Le entraron ganas de enumerar todas las tareas desagradecidas, aburridas y no remuneradas de las que se encargaba a diario, desde lavarle la ropa interior y plancharle las camisas de vestir hasta encerar el suelo y descongelar el frigorífico. Pero la petulancia que transmitía su voz y su opinión indignante acerca de un libro que sabía que ni siquiera había leído la detuvo de pronto. ¿Se lo decía en serio?

—¿Toda esta pataleta viene por lo del libro? —Puso los ojos en blanco—. Increíble. ¿Y tienes la desfachatez de decir que aquí las quejicas son las mujeres? Para que lo sepas, ¡el libro no tiene nada que ver contigo! Aunque, claro, no sé de qué me sorprendo, porque los hombres siempre os pensáis que sois el centro del universo. Pero esta vez, no.

»El libro va de nosotras, de amas de casa, de mujeres como yo —dijo, ablandándose hasta casi rozar la súplica. Se llevó la palma abierta al pecho; temía haber sido demasiado mordaz y deseaba que su tono de voz le permitiera a él entenderlo. Se acercó, colocándose entre Walt y la puerta de la nevera, que seguía abierta—. Es por las cosas que anhelamos y que nos han negado, por los cuentos que nos han contado y las mentiras que nos hemos creído, y por la forma en la que nos han…

Mientras hablaba, él la esquivó y sacó el plato del sándwich. A continuación, cruzó la estancia y tiró la comida a la basura con aire ceremonioso, recto como un palo, con el rostro helado, carente de toda expresión. Margaret se quedó boquiabierta antes de gritar:

—¡Maldita sea, Walt! ¿Por qué te comportas como un crío?

Sin darle una respuesta, giró sobre sus talones como un centinela y se marchó, dejándola ahí, ignorándola, negándose a

escucharla, abandonándola. Margaret lo siguió, embargada por una fría sensación de ansiedad, conforme el miedo a haberse pasado de la raya reemplazaban la furia y la frustración.

—¿Adónde vas? ¿Walt?

Dejó la botella de la cerveza sobre la mesa de la cocina de un golpe y sacó la chaqueta del respaldo de la silla.

—Al club. No me esperes levantada.

—¿Por tercera vez en lo que va de semana? —Detestaba la dependencia que transmitía su voz, pero se alegraba de que le hubiera dirigido la palabra de nuevo—. Walt, por favor, no te pongas así. Te preparo algo caliente, ¿sí? ¿Qué te parecen unos huevos revueltos?

Negó con la cabeza sin pronunciar palabra y metió los brazos por las mangas de la chaqueta, frunciendo un poco el ceño cuando rozó con la mano el bolsillo y notó que había algo en su interior.

—Te ha llegado esto —dijo, dejando el sobre en la mesa y cogiendo las llaves del coche—. Si es otro anuncio para una suscripción de revista, la respuesta es no. Ya nos llegan bastantes, digo yo.

Walt se terminó la cerveza y Margaret abrió el sobre, con el corazón disparado y los dedos temblorosos, estremeciéndose de tal manera a causa de la anticipación y del miedo que casi estaba mareada. Sin ser del todo consciente de que Walt había vuelto a la nevera para sacar otra cerveza que tomarse de camino en el coche, extrajo una hoja de papel doblada tres veces del sobre, observando el reverso del papel de color crema durante un momento eterno y expectante que casi rozaba la devoción antes de desplegar el membrete.

Si la intensidad de los sueños fuera suficiente para torcer el curso del universo en la dirección de los deseos, Margaret habría visto su nombre escrito en el encabezamiento de la carta, seguido de felicitaciones y, si acaso, incluso un cheque con sus ganancias.

Pero no es así como funciona el mundo.

Después de echar un vistazo al saludo a la «querida

concursante» y a la fórmula genérica de rechazo, Margaret cerró los ojos y se obligó a olvidarse de esto. No tenía tiempo para compadecerse de sí misma ni mucho menos para ponerse a llorar porque sus invitadas llegarían de un momento a otro. Menos mal que se había resistido a la tentación de contarle a nadie lo que se traía entre manos. No quería que nadie, y menos Walt, supiera que había desperdiciado tiempo y dinero en un proyecto tan inalcanzable. Margaret arrugó la carta hasta formar una bola, tragó saliva con fuerza y abrió los ojos.

Walt se había marchado.

Había dejado la puerta de la nevera entreabierta y un cuchillo con manchas de glaseado en la encimera. Antes de marcharse, había cortado un triángulo asimétrico de pastel, dejando migas y restos de coco en el plato, así como un corte rojo cereza en el glaseado blanco como la nieve.

Capítulo 5
El suero de la verdad

Aquella tarde a las 19:40 h, todo parecía indicar que el club de lectura sería otro proyecto fallido de Margaret.

Al menos la comida estaba buena. Charlotte, que decía que jamás comía dulces, probó un trozo de pastel y aseguró que estaba de muerte. Margaret había hecho un apaño rápido: había limpiado las migas y cortando una porción uniforme con la que quedaba a la vista el relleno, como hacían en las revistas, dando a entender que esa había sido su intención desde el principio. Con eso se consoló un poco.

Pero, por lo demás, a la tarde le parecía faltar… algo.

Bitsy estaba incluso más callada que de costumbre y estaba tan demacrada que Margaret se llegó a preguntar si no se habría quedado embarazada al fin, pero, por supuesto, no se lo preguntó. Al principio del embarazo podía pasar cualquier cosa y no quería gafarla. Viv también parecía alicaída. ¿O distraída? Cuando Margaret le preguntó si le pasaba algo, le dijo que estaba de maravilla y le sonrió mientras daba un mordisco a un rollo de pavo y champiñones, lo cual le pareció extraño. Viv no era de las que daban mordiscos; Viv era de las que comían o, a veces, de las que devoraban, una mujer con un apetito voraz y opiniones firmes. Pero esta noche, no. Esta noche tenía muy poco que decir. Esto a Charlotte le parecía

frustrante.

—No puedes decir que no te gusta el libro y punto. Tienes que explicar por qué no te gusta exactamente.

Charlotte, que lucía una falda color crema de lana y seda y una chaqueta a juego con ribetes azul marino, conjunto que Margaret estaba convencida de haber visto en un anuncio de Chanel, se detuvo para dar una calada al cigarrillo. Chupó el filtro con tanta fuerza que se le hundieron las mejillas, como si estuviera tratando de sorber un batido espeso con una pajita de papel.

—La idea detrás de un club de lectura es hablar del libro. Así que vamos a probar otra vez, ¿sí? ¿Por qué —recalcó— no te ha gustado?

El tono de voz estridente de Charlotte, la forma en la que se sentaba mirando fijamente a Viv, con ojos como lanzas y un cuerpo combado como un arco mientras esperaba —no, exigía— una respuesta, estaba poniendo de los nervios a Margaret. Ella también se sentía decepcionada por que la charla no estuviera yendo a ningún lado, pero ¿por qué tenía que ser tan insistente? Viv también era muy insistente cuando hacía falta. Margaret se preparó para una respuesta mordaz de Viv y sus consecuencias, que podrían marcar la primera y última sesión del club de lectura.

Pero, en vez de devolverle el dardo a Charlotte, Viv se limitó a suspirar.

—Es que no me he sentido identificada. Yo no he tenido seis hijos porque mi marido sea sigiloso y yo tenga el sueño profundo, ¿sabes por dónde voy? Yo quería —enfatizó— ser esposa y madre.

—Desde luego. Yo también quiero a mis hijos. —Charlotte se encogió de hombros—. Bueno, la mayor parte del tiempo; era más fácil cuando eran pequeños. Pero ¿por qué se espera que el matrimonio y la maternidad sean toda nuestra existencia y nuestra estrella polar, el centro de toda satisfacción? ¿Acaso nunca has querido algo más? ¿Un logro que sea todo tuyo, fruto de tus capacidades y no solo de la biología?

—Pues claro —respondió Viv—. Pero eso ya lo he tenido. Trabajé

de enfermera durante la guerra; me destinaron a un hospital de campaña. Dimos servicio en Túnez, Italia, Francia y Alemania.

—¿De verdad? —Charlotte se reincorporó en el asiento, mirando a Viv con mayor interés—. Llevar a los niños a la liga infantil de béisbol y limpiar el homo tiene que ser muy aburrido si lo comparas. ¿No lo echas de menos?

Viv se hundió en el sofá, dando caladas al cigarrillo con una expresión sombría.

—Pensaba que habíamos venido para hablar del libro, no de nuestras vidas privadas.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Profundizar en pensamientos e ideas que podrían influir en tu vida es para lo que sirve la lectura, en especial tratándose de un libro como este, que no es *Cumbres Borrascosas* precisamente. Es un ensayo acerca de las condiciones y de los límites asfixiantes de la feminidad estadounidense —dijo, sacando su ejemplar de la mesa y sosteniéndolo en lo alto como un predicador blandiendo una Biblia—. Dos factores que se han visto muy deteriorados desde que arriesgaste tu vida para servir a tu país durante la guerra. ¿No te parece eso una cuestión personal?

—No me apetece hablar de esto —dijo Viv, hundiéndose incluso más en el sofá.

Charlotte dio una calada, irritada, y se volvió hacia Margaret.

—¿Y a ti? ¿Qué te ha parecido?

—Oh, me parece fantástico. Hubo momentos en los que me dio la sensación de que Betty Friedan me leía la mente. Lo de las revistas de mujeres me llegó muy adentro. Sí que han cambiado mucho con el paso de los años, ¿verdad? —dijo Margaret, con un tono de voz ingenuo propio de quien acababa de descubrir algo de lo más evidente y que no entendía cómo no se había dado cuenta antes—. Yo siempre leía las revistas de mi madre cuando era pequeña, antes de la guerra. Había artículos de política y asuntos internacionales, temas que casi nunca ves hoy en día. De niña no me interesaban, pero me encantaban las historias. Los personajes

eran valientes, tenían trabajos apasionantes, una vida y aventuras. En los tiempos que corren, casi todas las historias de revista son historias de amor y en casi ninguna aparecen heroínas que tengan una carrera profesional. Si es así, la dejan de lado para casarse y comer perdices.

—¡Exacto! —dijo Charlotte, levantando la mano en un gesto con el que parecía decir: «Por fin alguien lo entiende»—. Las revistas venden a las mujeres jabones, electrodomésticos y fajas, pero también venden la idea de que hay una única vía para alcanzar la plenitud como mujeres, y comienza y termina en el altar. Todas nos lo creemos, pero, cuando te das cuenta de que el matrimonio no es lo que te han vendido, ¡ya estás atada de pies y manos! ¿Tengo razón o no?

—Oh, no… no sé qué decirte —tartamudeó Margaret—. Es decir, todos los matrimonios tienen sus cosas buenas y sus cosas malas, ¿no crees? A fin de cuentas, el hombre perfecto no existe. Tampoco la mujer.

—Eso lo dirás por ti.

El tono de voz altivo de Charlotte y la forma en la que levantó el mentón y formó un círculo rojo con los labios para exhalar el humo le recordaron a Margaret lo que tanto la había intrigado cuando la vio por primera vez en la farmacia. Charlotte era perspicaz y decidida, muy segura de sí misma.

Pero… ¿sería así de verdad? ¿Una mujer que fuera decidida de verdad necesitaría una dosis de meprobamato?

Daba la impresión de que no era muy feliz en su matrimonio. Margaret tampoco podía decir que lo fuera, desde luego hoy no, pero no siempre era así. Lo que había dicho acerca de las cosas buenas y las cosas malas iba en serio. Últimamente, parecía haber más cosas malas, pero no tenía pensado confesarles eso a las demás como tampoco tenía pensado contarles lo del concurso de historias, admitir que las semanas en las que se había dejado la piel llevada por la esperanza no habían servido para nada. No podía permitirse pensar en ese tema ahora mismo, pero lo primero que

planeaba hacer en cuanto se despidiera de sus invitadas era subir al dormitorio y llorar lo que no está escrito.

—¿Y tú qué? —preguntó Charlotte, desviando la mirada hacia Bitsy, que se sentaba en una silla sin reposabrazos con los brazos cruzados con fuerza; vestía un jersey de cuello alto y una falda escocesa de color verde que le daba una apariencia más propia de una colegiala que de una esposa—. Tú has ido a la universidad, ¿verdad? ¿Has estudiado biología? Con todo el tiempo y el esfuerzo que has invertido en formarte, ¿te parece justo que la sociedad te diga que debes fingir que no ha sucedido nada y pasarte el resto de la vida cambiando pañales y preparando pastel de carne?

—No, pero… alguien tendrá que tener hijos, ¿no? Si se puede, quiero decir.

Bitsy tragó saliva y parpadeó una y otra vez. Margaret había tenido un aborto al principio de su matrimonio y, de pronto, se le ocurrió pensar que el aspecto demacrado de Bitsy podría deberse no a que estuviera embarazada, sino a que… ya no lo estuviera. Le colocó una mano en el hombro.

—¿Qué tienes, Bitsy? ¿Te ha pasado algo?

—La verdad es que no puedo decíroslo. A King no le gustaría.

—Ay, ¡qué coño! ¿Os cerráis todas en banda a hablar de cualquier cosa? —Charlotte apagó el cigarrillo en el cenicero y se puso en pie—. Tengo que beber algo.

—¡El ponche! —exclamó Margaret, reincorporándose del sofá—. ¡Ya se me olvidaba!

Se marchó apresurada a la cocina y regresó al cabo de un minuto con la ponchera de Viv. El ponche era de color rojo neón, tenía rodajas de naranja y en la superficie flotaba un círculo de arándonos rojos congelados.

—Vives por y para la decoración, ¿no? —Charlotte enarcó una ceja en señal de escepticismo cuando Margaret colocó la ponchera en la mesa—. Pero ¿esto qué es?

—Encontré la receta en el anuncio de una revista —le explicó Margaret, sirviendo cucharadas de la bebida en finas copas de cristal

—. Está hecho a base de jugo de arándano rojo, concentrado de zumo de naranja congelado, lima-limón y ron blanco. En la receta no ponía nada del ron —admitió—, pero he decidido añadir un poco, solo media copa. Para que el mal trago de las primeras impresiones no fuera para tanto. Pruébalo.

Charlotte dio un sorbo e hizo una mueca.

—Ay, por el amor de… —Dejó la copa en la mesa de un golpe—. ¿Dónde está la barra?

—No tenemos barra. La bebida la guardo en un armario encima de la estufa.

—¿Tienes vodka? ¿Una coctelera? —le preguntó Charlotte—. ¿Y licor de menta?

—Tal vez… —Margaret tenía la sensación de que acababa de suspender un examen sorpresa—. Walt es el barman de la familia. Pero puedo ir a echar un vistazo y…

—No te preocupes. Ya encontraré yo lo que necesito.

Charlotte se dirigió hacia la cocina, al tiempo que Viv la seguía con la mirada.

—¿Qué vas a preparar?

—El suero de la verdad.

Charlotte regresó al cabo de unos minutos con una bandeja de cuatro cócteles rebosantes, de un color verde amarillento como el del licor Chartreuse. Dejó la bandeja en la mesa, cogió una copa y se la tendió a Viv, que negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Ay, venga —le dijo Charlotte, sin esforzarse por camuflar lo exasperada que estaba—. El color es un poco raro, eso hay que admitirlo, pero está rico. Al menos pruébalo. Lo único que sé preparar son *vodka stingers*.

«El suero de la verdad» le venía como anillo al dedo porque, cuando Charlotte colocó la copa debajo de la nariz de Viv, soltó una confesión que ninguna de ellas se esperaba.

—No es por el color. Es por el olor. —Cerró los ojos con fuerza y torció la cara hacia un lado como una niña que se niega a comer espinacas—. Es muy fuerte y… y estoy embarazada.

Las otras tres mujeres se quedaron boquiabiertas y Viv rompió a llorar.

—Oh, Viv. —Margaret se sentó en el reposabrazos del sofá y le dio unas palmadas en la espalda—. ¿Estás segura?

Viv asintió con la cabeza y dijo que sí lo estaba, llorando como una magdalena. Bitsy le tendió un pañuelo de papel.

—¿De cuántas semanas estás?

—De pocas —dijo, secándose los ojos con la punta de los dedos —. Puede que de un mes.

—Bueno, entonces no lo sabes seguro, ¿no? —le dijo Margaret—. Tal vez sea falsa alarma. El médico no te pedirá que hagas una prueba con conejos hasta que te falte la menstruación dos veces, y después tendrás que esperar unos días más para obtener los resultados y ver si el conejo se muere o no.

—Ay, el conejo siempre se muere —dijo Bitsy con ingenuidad, colocando una mano en el brazo de Margaret—. Aunque la prueba dé negativo, el consejo muere igual. Es una crueldad. Si alguna vez me quedo embarazada, pienso esperar hasta que se me empiece a notar; nada de pruebas con animales. Pero Margaret tiene razón — se apresuró a añadir después de que Margaret la fulminara con la mirada—. Quizá solo te estés constipando.

—No —contestó Viv—. Después de seis asaltos, me ha quedado muy claro lo que se siente al estar embarazada.

Charlotte miró a Viv de arriba abajo.

—Pero ¿cuántos años tienes?

—Cuarenta y uno —dijo Viv, y, entonces, rompió a llorar de nuevo—. ¡Cuarenta y uno! —Recalcó.

—Hala —comentó Charlotte, anonadada—. No rompes el récord, pero casi. ¿De verdad estás segura de que no quieres beber nada? ¿Qué te parece un vodka sin más? No huele a nada.

Viv resolló y se pasó el pañuelo empapado por la nariz.

—No me gusta beber cuando estoy embarazada. No creo que al bebé le siente bien. Cuando trabajaba en el ala de maternidad del hospital antes de la guerra, me daba la sensación de que los bebés de las madres que bebían eran más pequeños y estaban menos sanos.

—Pero ¿qué dices? —dijo Charlotte, mofándose—. Mi médico dice que una bebida o dos sienta bien a las embarazadas, quelas ayuda a relajarse. Cuando me presenté en el hospital tres semanas antes de lo previsto para dar a luz a Andrew, me dieron vodka y zumo de naranja para ayudarme a detener el parto.

—Bueno, discúlpame, pero ahora mismo no me fío mucho yo de los médicos —dijo Viv, apretando la mandíbula—. Si ese médico al que fui a ver el mes pasado me hubiera dado la receta que le pedí en vez de insistir en que mi marido se tomara todo el día libre, se presentara a la cita en persona y firmara el consentimiento para que me administrara píldoras anticonceptivas, ¡quizá ahora no estaría metida en este lío!

—¿Se lo has dicho a Tony? —Quiso saber Margaret.

—Todavía no. En cuanto la gente se entera de que estás embarazada, empieza a tratarte como si fueras una inválida. —Soltó un suspiro, hundiendo los hombros—. Ahora que Jenny ha comenzado a ir a la escuela, yo iba a trabajar de enfermera otra vez. Pero con esto… —Levantó la mirada, observando sus rostros—. No se lo diréis a nadie, ¿verdad?

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo Bitsy, levantando la palma de la mano para sellar el juramento.

Margaret hizo lo mismo, asintiendo.

—Yo no diré nada.

—Yo tampoco —añadió Charlotte—. Pero ¡vaya pieza el doctor! ¡Qué cabronazo más arrogante!

Se bebió un trago del *stinger*, les tendió otra copa a Bitsy y a Margaret y volvió a coger el libro.

—Pero ¿es que no lo ves, Viv? Por eso el libro de la gran Betty es importante en tu vida, en todas nuestras vidas. Porque, llegado

cierto momento, toda mujer ha sido una Betty, acorralada por la biología, por la sociedad o por los antojos de un maldito hombre. Mira, no estoy diciendo que debas estar de acuerdo con todo lo que se dice en el libro, pero todas tenemos claro que hay un problema. Si no somos capaces de reconocerlo, ¿cómo va a cambiar nada?

—Bueno, Tony nunca se ha interpuesto en mi camino —le dijo Viv—. Ni una sola vez. Pero ¿por regla general? Te entiendo.

—Tendrías que haber visto a mi oficial al mando. —Enarcó las cejas en un gesto insinuante y le quitó el libro a Charlotte de las manos—. Tal vez le dé otra oportunidad.

—Así me gusta. —Charlotte levantó la copa—. Por Betty —dijo.

Las otras cogieron las copas, incluida Viv.

—Un solo sorbo —dijo, tapándose la nariz y brindando con las demás—. Por Betty. Y por el club de lectura de Betty Friedan.

Viv se encargó de servir las bebidas. Conforme los *stingers* corrían a raudales, fueron saliendo secretos a la luz. Solo hizo falta medio cóctel para que Bitsy, que una vez había estado castigada un mes entero cuando su madre la sorprendió bebiendo champán en la boda de un primo, desembuchara.

—A King le han dado un volante para un especialista en fertilidad de la Universidad Johns Hopkins —dijo, cogiendo la copa del cóctel como si fuera un cáliz mientras daba sorbos—. Me lo ha dicho esta tarde.

Viv rellenó el vaso de Charlotte.

—Bueno, quizá sea buena idea. Al menos así sabréis la verdad.

—Eso mismo pienso yo —dijo Bitsy, arrastrando las palabras y levantando la mano, como si estuviera en mitad de una votación—. Además de estudiar biología en la universidad de Kentucky, crecí en un establo. Sé muy bien cómo funciona la reproducción. Sin embargo, el señor Kingsley Cobb me ha comunicado que solo uno de nosotros irá a la consulta del doctor y que seré yo, la señora de Kingsley Cobb.

—¿Qué? ¿Por qué? —Margaret frunció el ceño—. El problema tanto lo puede tener él como tú. Tú has ido a la universidad, pero ¿estás segura de que King también? Quizá deberías pedirle el diploma de la facultad de veterinaria. Porque es la cosa más absurda que he oído en la vida.

—Es absurdo —concordó Charlotte—, pero también el pan de cada día. Mirad a Enrique VIII, por ejemplo. Después de pasar por seis esposas, ¿lo más normal no sería pensar que el problema era él? Pero no, tenían que ser las mujeres. ¡Que les corten la cabeza!

Levantó la copa con brusquedad, derramando gotas verdes por el borde. Bitsy se llevó la suya a los labios para dar otro sorbo.

—Pues no, en realidad el problema soy yo.

Viv soltó la coctelera.

—Eso no lo sabes.

—Oh, vaya si lo sé —contestó, meneando la cabeza despacio de un lado a otro, como una tortuga muy vieja y cansada—. Resulta que King ya ha tenido un hijo. Hace diez años, tuvo una aventura con una mujer casada y la dejó embarazada. Perdió al bebé, pero su marido, que era militar, estaba destinado en Corea, así que King sabía que era suyo. Y como él «no da puntada sin hilo», como me ha dicho con mucha delicadeza, que seamos un fracaso como pareja tiene que deberse a que yo sea un fracaso.

Margaret, tan molesta por el poco tacto con el que King le echaba la culpa como por la resignación de la propia Bitsy, dejó la copa vacía en la mesa de un golpe.

—Para ya, ¡tú no eres un fracaso!

—Es así como me siento.

—Bueno, pues no —le dijo Margaret—. Te voy a decir unas cuantas cosas acerca del fracaso.

Cogió la coctelera y, entonces, les contó toda la historia del concurso, la máquina de escribir que había alquilado, las horas que había pasado escribiendo y reescribiendo, las esperanzas ridículas que había albergado, la pelea con Walt y la carta de rechazo que había arrugado y que les entregó para que la inspeccionaran,

presentándola como la prueba condenatoria, «la prueba indiscutible de mi estatus como perdedora de primera clase y de pura cepa».

—Ay, no me vengas con esas —le dijo Charlotte, estirando las piernas y cruzando los pies a la altura de los tobillos—. Estás muy lejos de la primera clase. En los diez años que llevo pintando, he vendido dos cuadros, ni más ni menos, a gente que esperaba obtener una oportunidad para hacer negocios con mi padre. Además, todas las galerías principales de Nueva York han rechazado mi obra, como casi todas las pequeñas. Cuando lleves toda una década fracasando una y otra vez, ya hablaremos de estatus. ¿Viv? La coctelera está vacía. ¿Mezclas otra ronda?

—¿No te parece que ya has bebido suficiente?

—¿Por qué contentarse con lo suficiente cuando puedes tener más que suficiente?

Margaret y Bitsy la secundaron entre murmullos y le pidieron a Viv que no fuera una aguafiestas. Cogió la coctelera y se dirigió hacia la cocina.

—Mañana por la mañana vais a tener un dolor de cabeza de primera.

—Ya nos preocuparemos por eso mañana, ¿sí? —Charlotte se inclinó hacia adelante para coger la cajetilla casi vacía de Newport de la mesa baja y encender un cigarrillo—. Ahora que somos un club de lectura oficial, deberíamos establecer algunas normas básicas y refinar la estructura.

—¿Como por ejemplo…? —Quiso saber Bitsy.

—Como por ejemplo —dijo Charlotte, e hizo una pausa para inhalar—: ¿vamos a ser solo nosotras? ¿O deberíamos expandirnos?

Margaret negó con la cabeza.

—Ya se lo he pedido a las demás mujeres del vecindario. No están interesadas. Y me parece bien. Desde luego, no son como Betty.

—Vale, pues seguiremos siendo un club exclusivo. Las que no son como Betty, fuera. —Charlotte se quitó uno de los zapatos cerrados de tacón de color azul y dio un golpecito en la mesa baja con él,

para comunicar el fallo—. Quedaremos todos los meses, el tercer miércoles. Ya que no todas han terminado el libro y esta noche no hemos avanzado mucho —dijo, lanzando una mirada insinuante en dirección a la cocina y a Viv—, seguiremos con el debate de *La mística de la feminidad* el mes que viene.

Todas acordaron que era una buena idea.

—Pero ¿cómo vamos a decidir qué leer después? —Quiso saber Bitsy.

Sonó el teléfono de la cocina de fondo. Margaret le dijo a Viv:

—¿Te importa contestar? Si es Walt, dile que me he mudado. —Se volvió hacia el grupo—. ¿Y si le pedimos consejo a Babcock y lo sometemos a votación?

—Me encanta esa librería —dijo Bitsy, asintiendo—. La señora Babcock es muy simpática y sabe de lo que habla. Seguro que tiene buenas recomendaciones que damos.

Charlotte volvió a golpear la mesa con el tacón, confirmando la decisión que acababan de tomar. Viv apareció en el marco de la puerta, sosteniendo el auricular del teléfono. A causa del cable en espiral de un color amarillo brillante que unía el teléfono a la pared, no podía entrar en la habitación.

—¿Maggie? Es para ti.

Margaret se levantó con renuencia del asiento, estirando la mano para coger el teléfono.

—Es un tal Leonard Clement —le dijo Viv—. Parece mayor y un gruñón.

Margaret frunció el ceño. El nombre no le resultaba familiar. Pegó el auricular a la oreja.

—¿Diga? Soy Margaret Ryan.

—Le habla Leonard Clement. —Viv tenía razón; parecía un gruñón—. De la revista *A Woman's Place*.

Margaret soltó un gemido. Tendría que haberle dicho a Viv que lo dejara sonar.

—¿No le parece un poco tarde para una llamada de publicidad? Además, ya estoy suscrita, aunque pienso darme de baja lo antes

posible.

—No soy vendedor —dijo, al parecer ofendido—. Soy editor.

El subidón del *stinger* comenzaba a pasar y el dolor de cabeza que había predicho Viv estaba llegando antes de tiempo, de modo que Margaret también estaba bastante gruñona.

—Bueno, si me ha llamado para decirme que no he ganado el concurso de historias, ya es tarde. Hoy mismo me ha llegado la carta de rechazo, así que, si me disculpa…

—No la llamo por el concurso, señora Ryan —dijo, recalcando el «señora», como si la forma de tratamiento fuera más bien un insulto —. La he llamado para proponerle una oferta de trabajo, pero, oiga, me trae sin cuidado si no le interesa. Esto no ha sido idea mía, eso que le quede claro.

Margaret sacudió la cabeza en un gesto repentino y brusco que le dolió un poco y que fue del todo involuntario, una respuesta instintiva a una frase que estaba segura que había malentendido.

—Espere. ¿Acaba de decir que quiere darme un trabajo? ¿De qué?

Capítulo 6

A Woman's Place

Durante los primeros kilómetros del trayecto desde Washington hasta Nueva York, el tren de la empresa Pennsylvania Railroad serpenteó entre zonas urbanas descuidadas, pasando por almacenes con tejados oxidados y ventanas sucias y por hileras de casas de ladrillo ennegrecidas con porches traseros que daban a patios lamentables en los que casi no había nada salvo hierbajos, piedras y bidones de aceite oxidados.

Charlotte, que se sentaba enfrente de Margaret, estaba de buen humor, animada y habladora. Pero, cuando las poblaciones dieron paso a granjas y campos y el tren aumentó la velocidad, se tomó una pastilla del pequeño frasco marrón que llevaba en el bolso, se arrebujó en el abrigo de visón y se quedó dormida.

El conjunto elegante que llevaba puesto por debajo del abrigo de piel, un vestido violeta de Dior con botones de color marrón chocolate, un suave lazo de tafetán y guantes de terciopelo de la misma tonalidad, había consternado un poco a Margaret. Aunque esta última lucía sus mejores galas, un traje de punto *bouclé* verde con una falda lápiz, cuello asimétrico y botones grandes alineados en el lado izquierdo, se sentía como una prima venida del campo. Si en Nueva York todo el mundo vestía como Charlotte…

Mientras miraba sin ver por la oscura ventana del tren, Margaret

se recordó a sí misma que iba a una reunión laboral, no a un evento social, y que aparentar pragmatismo era más importante que aparentar elegancia. Además, el no tener ropa de diseñador era la última de sus preocupaciones.

Cuando el señor Clement le dijo que la llamaba para ofrecerle un trabajo, el corazón de Margaret le dio un vuelco con ese júbilo que siempre marcaba los momentos más señalados de su vida, como al ver su nombre en la lista de los alumnos más destacados, al ver a Walt sacar del bolsillo un anillo de compromiso con un diamante centelleante, al enterarse de que estaba embarazada de Beth, al recibir las llaves de la vivienda o al volver a casa en coche desde la papelería con la máquina de escribir que había alquilado en el maletero.

Pero Margaret, a estas alturas de la vida, sabía que los momentos señalados eran precisamente eso: pálpitos de júbilo que no solían durar mucho y que con frecuencia venían acompañados de imprevistos. La llamada de Leonard Clement no era una excepción.

Aun así, podría ser peor. Al menos, los niños estaban conformes.

Después de que Margaret les explicara que la cena estaría lista a las seis, como siempre, que seguiría llevando a Bobby a los *scouts*, a Suzy a *ballet* y a Beth a clases de confirmación y que escribiría las columnas en casa mientras ellos estaban en la escuela, los niños se habían hecho a la idea de que empezara a trabajar. Beth parecía impresionada de verdad.

—Serás reportera, como Brenda Starr —le dijo, refiriéndose a la protagonista de sus dibujos animados preferidos.

—No del todo. Lo mío es una columna humorística sobre la vida diaria de las amas de casas, no noticias de verdad.

—Pero te van a pagar de verdad, ¿no?

—Veinticinco dólares por número. Si es que les gustan mis historias —añadió Margaret, dudando.

—Les gustarán —le dijo Beth con una seguridad tajante que a Margaret le habría gustado compartir—. Oye, cuando te paguen, ¿puedo pedir una bicicleta nueva?

—No nos pongamos a hacer castillos en el aire, ¿vale?

Durante la conversación telefónica con el señor Clement, Margaret se había enterado de que su historia, en realidad, había estado entre las seleccionadas por el jurado que debía escogerla ganadora, pero que la suya la habían descartado por la temática. Las historias premiadas se publicarían en el número de Pascua, por lo que una historia de temática navideña no encajaba del todo. Sin embargo, a alguien de los de arriba en la cadena editorial le había gustado la obra de Margaret y le había pedido al señor Clement que la contratara como columnista. Tal y como le había dicho este, no era idea suya.

«Me da igual que solo sea una revista de mujeres. Deberían escribir escritores».

Ganarse a Clement no iba a ser tarea fácil. Por eso Charlotte la había apremiado para que organizara un viaje relámpago a Nueva York y a las oficinas de la revista.

—Es mucho más difícil despedir a una persona si ya la has visto cara a cara —le aconsejó Charlotte al día siguiente, cuando invitó a las Bettys a su casa para que vieran sus cuadros.

Los lienzos enormes con pinturas abstractas rebosaban colores y caos, una descripción que también se aplicaba a la casa en sí. Las habitaciones inmensas estaban llenas de libros, proyectos abandonados y cúmulos de cajas de cartón que, un mes después de que los Gustafson se mudaran a Concordia, todavía no habían desempaquetado.

—Míranos a nosotras, por ejemplo —le dijo Charlotte, esbozando una sonrisita mientras sacaba unas tazas de café desiguales de una caja—. Imaginaba que vosotras tres seríais un tostón de mujeres y que seríais tan palurdas como las del club de *bridge* de mi madre. Pero, después de conoceros en persona, cabe la posibilidad de que al final me caigáis bien. ¿Quién lo iba a decir?

—Bueno, nosotras aún no nos hemos pronunciado —dijo Viv, guiñándole el ojo antes de volverse hacia Margaret—. Pero tiene razón. ¿Y por qué ibas a dejar pasar un viaje a Nueva York? Yo

puedo recoger a tus renacuajos del colegio y vigilarlos hasta que Walt vuelva del trabajo, si es eso lo que te preocupa.

—Y yo me acercaré a ayudar a cuidarlos en cuanto vuelva de los establos —se ofreció Bitsy—. Estos días King trabaja hasta tarde. No le importará.

—¿Ves? —dijo Charlotte—. Ya está todo arreglado. Déjale a tu marido un cuenco de pienso, un pastel de carne o lo que sea, y casi no te echará de menos.

Margaret estiró las manos hacia delante, como para rechazar la propuesta.

—Esto es una locura. No puedo presentarme en la oficina de este hombre sin avisar.

—¿Por qué no? —Quiso saber Charlotte—. Llévale un plato de galletas. Conmigo funcionó. —Margaret la fulminó con la mirada y ella sonrió—. ¡Que estoy de broma! No puedes ir así, sin más, sin cita previa. Llámalo, dile que justo estarás en la ciudad y que te gustaría pasar por ahí quince minutos para pedirle consejo sobre la columna.

—Oh, se negará. —Margaret se mordió el labio inferior—. ¿No?

—Tú hazme caso, se lo va a tragar encantado. No hay nada que les guste más a los hombres que ponerse a explicarles cosas a las mujeres. —Charlotte desprendió la ceniza del cigarrillo en el cenicero —. Y, como es la primera vez que viajas a Nueva York, yo te acompañaré en calidad de guía. Te enseñaré la tumba de Grant, pararé taxis y demás. Incluso te iré a buscar y te llevaré en coche hasta la estación de tren. ¿Qué te parece?

—Que son muchos problemas para un solo día —dijo Margaret—. No habrá tiempo para ver la tumba de Grant ni nada más. Tendría que volver en el tren de la tarde. ¿Y tú qué harías mientras yo estoy en la reunión?

—Oh, ya buscaré entretenimiento: me pasaré a ver a mis padres, quedaré con viejas amigas, me acercaré hasta la tienda de Bergdorf Goodman y me vengaré de Howard por haberme obligado a mudarme… Tú no te preocupes por mí. Tú céntrate en entrar en la

oficina y enamorar a Leonard Clement.

Margaret se echó a reír.

—Ah, ¿así de fácil?

Conseguir que le dirigiera la palabra ya sería todo un reto, como para enamorarlo también. Y Clement no era el único que no estaba muy ilusionado con el nuevo empleo de Margaret.

—No lo entiendo —dijo la noche después de que la llamara Clement, cuando ella y Walt se estaban preparando para irse a la cama—. Tú eres el que no para de decir que deberíamos ahorrar más, el que se queja de los gastos…

—No me quejo —la interrumpió él—, simplemente digo lo que hay. Nos gastamos todo lo que gano; a veces más.

—¡Por eso mismo pensaba que te alegrarías de que vaya a aportar un poco más de dinero!

—Conque solo va a ser «un poco». Pues vale. —Walt escupió la pasta de dientes en el lavabo—. ¿Cuánto te llevó escribir la primera historia? ¿Esa que ni van a publicar ni por la que te van a pagar?

—Una semana, más o menos —dijo Margaret, reduciendo al máximo el tiempo.

—¿Una semana entera? ¿Para escribir una sola historia?

Margaret cogió el cepillo para el pelo.

—Probablemente fue menos. Es difícil de medir.

—Vale, pues tú haz el cálculo. El salario mínimo es de un dólar con veinticinco centavos. Si te lleva cuarenta horas escribir una columna, mejor será que te pongas a servir mesas. Te gastarás mitad del sueldo en billetes de tren y taxis en Nueva York, además de otros siete dólares al mes para alquilar una máquina de escribir. A ese ritmo, más que nada les pagarás tú a ellos, no al revés.

Margaret se pasó el cepillo por el cabello, lamentándose de no haber esperado a recibir el sueldo para contarle a Walt lo de Sylvia.

—Seguro que escribo más rápido cuando me acostumbre —dijo, haciendo un esfuerzo por mantener un tono de voz que, pese a no ser agradable, al menos era neutro. Después de la pelea por el pastel, había tomado la decisión de no montar más escenas ni de

volver a picar el anzuelo. Pero Walt no se lo estaba poniendo nada fácil—. Y Sylvia (es decir, la máquina de escribir) será mía dentro de un año y medio. Tú piensa en lo bien que nos vendrá cuando los niños sean mayores y tengan que redactar trabajos y demás. Y solo iré a Nueva York una vez, para conocer a mi editor y, con suerte, caerle en gracia.

Se pasó el cepillo por el cabello, que ahora estaba reluciente, una vez más. Acto seguido, se volvió hacia él, sonrió y le colocó con cuidado una mano en el antebrazo, con la esperanza de caerle en gracia a Walt también.

—Cariño, sé que no es nada comparado con lo que ganas tú. Pero cada granito de arena cuenta, ¿no? Y, ¿quién sabe?, quizá, con el paso del tiempo, consiga algo mejor, un trabajo a tiempo completo con un salario de verdad.

Walt bajó el brazo para separarse de la mano de Margaret.

—Tú ya tienes un trabajo a tiempo completo cuidando de la casa, de los niños y de mí. Si insistes en dedicarte a esto de la escritura… —Se encogió de hombros—. Mientras los niños no se vean afectados, yo no pienso interponerme. Puedes quedarte con el dinero que te doy para los gastos. A mí no me hace falta. Ahórralo para los muebles de los que hablas siempre. Pero recuerda que es un *hobby*, Margaret, no un trabajo. Será así siempre.

El insulto ardía en su interior como una cerilla encendida que amenazaba con calcinar la decisión que había tomado de mantener la paz. Antes de darle tiempo a que reaccionara, Walt reculó un paso, mirándola a los ojos con una expresión cansada, resignada.

—Lo siento. No quería decirlo así. Lo que pasa es que no soporto verte sufrir. Que te entregues en cuerpo y alma a cosas que no se harán realidad nunca.

Walt era esa clase de hombre que tenía la costumbre de expresar su arrepentimiento a través de sus actos: elogiaba el atuendo o el peinado de Margaret para pedirle disculpas y se encargaba de tareas que en situaciones normales evitaba en vez de pedirle perdón a viva voz. Por lo tanto, que ahora se hubiera disculpado no era baladí, y la

ira ardiente de Margaret se apagó. Se acercó, lo atrajo hacia sí y lo besó.

Rara vez tomaba ella la iniciativa a la hora de hacer el amor, no porque fuera una mojigata, sino porque casi nunca se sentía en la necesidad. Bajo la camisa almidonada de contable que llevaba Walt se ocultaba un hombre pasional, un amante generoso y confiado. Pero hubo algo en sus ojos y en el derrotismo de su tono de voz que la hinchió de ternura y del deseo de hacerle sonreír. Se apartó la tela sedosa del camisón de un hombro y le levantó la mano para que le acariciara la piel desnuda, invitándolo a través de la mirada a que le quitara el resto. Sin embargo, él retiró la mano y le acarició la mejilla.

—Buenas noches —dijo, y le dio un beso en la frente.

El edificio Christoph, sede de *A Woman's Place* y más empresas, no era ni la estructura más alta ni la más imponente de la calle. Pero, cuando Margaret se detuvo delante de las puertas dobles giratorias, rodeada de un flujo incesante de peatones que caminaban apresurados, la paralizó una mezcla de admiración e intimidación. Charlotte le apretó el hombro.

—Hemos llegado hasta aquí. No pierdas los nervios ahora.

—¿Cómo que perder los nervios? ¿Qué te hace pensar que alguna vez los he tenido bajo control?

—Ahora no puedes dar marcha atrás. Tienes una reunión con el señor Clement y yo, con el señor Bergdorf. Adelante —le dijo, dándole un leve empujón—. Nos vemos en la estación, delante del mostrador de la venta de billetes.

—El tren sale a las 15:15 h. Que no se te olvide.

—Ya —dijo Charlotte, agitando los dedos—, pero, en serio, ¿tan terrible sería que lo perdiéramos? Todavía no has visto la tumba de Grant. Ni el Blue Bar en el hotel Algonquin. Ahí preparan los mejores cócteles: mucho *vodka*, buen ambiente y una aceituna. Te encantaría.

—Me sorprendería mucho que Clement vaya a concederme más de quince minutos, así que quizá tenga tiempo para rendirle mis respetos al general Grant. Pero no podemos perder el tren, Charlotte. Si a las nueve no estoy en casa, Walt se acabará divorciando.

—Pfff. Maridos. —Agitó la mano—. En Nueva York están hasta debajo de las piedras. A los cinco minutos de entrar en el Blue Bar, encontrarás a uno que te guste tanto como el que tienes ahora o puede que incluso más. La frase original, «He'd only be a loaner, but...» podría traducirse como «Sería como un coche de sustitución, pero…», pero ¿quién te dice a ti que eso no sería un plus? ¿Qué me dices?

—No llegues tarde, Charlotte. Lo digo en serio.

La aludida soltó un suspiro.

—Ay, vale, como tú digas.

Se marchó, despidiéndose de espaldas con un gesto de los dedos enguantados. Margaret la observó hasta que llegó a la esquina, contando el número de hombres que giraban la cabeza cuando pasaba Charlotte. Pensó en la primera frase de *Lo que el viento se llevó* y comprendió que Charlotte era una Scarlett O'Hara moderna. Aunque en realidad no era hermosa, los hombres casi nunca se daban cuenta, cautivados como estaban por sus encantos.

Un viandante chocó contra Margaret, arrancándola de sus reflexiones y recordándole la misión que debía cumplir. Inhaló hondo, cerró los ojos y se adentró en aquel tiovivo que eran las puertas giratorias.

Al cabo de dos horas, Margaret volvió a salir a la calle.

Caminaba deprisa, llevada por cierto frenesí, y trataba de recordar si debía girar a la izquierda o a la derecha para volver a la estación Penn. Después de echarle la bronca a Charlotte, ¿no sería una vergüenza si al final perdían el tren por su culpa?

Lo de enamorar a Leonard Clement había quedado muy lejos.

Daba la misma impresión en persona que por teléfono: parecía un viejo periodista de pelo canoso, piel curtida y un ceño perpetuo. Sin embargo, gracias a la columna de muestra que había traído Margaret —y gracias a que la había descubierto mintiendo—, todo apuntaba a que estaba dispuesto a darle una oportunidad.

A Clement le gustó la historia que había escrito, que trataba sobre la mezcla preparada que usaba una mujer para hacer el pastel preferido de la infancia de su marido. Fingía que lo había hecho ella sola desde cero, pero él la descubría cuando salía a tirar la basura y veía la caja vacía de Betty Crocker. Era una historia divertida, superficial y completamente inventada, y eso era justo lo que buscaba Clement. De hecho, solo había introducido un cambio al tachar con una línea roja una pregunta que a ella le había parecido inofensiva: por qué era más fácil llegar al corazón de un hombre a través del estómago que, por ejemplo, a través de conversaciones profundas.

—Te pagamos para que seas graciosa, no para que te pongas filosófica —le dijo, dejando el lápiz rojo y mirándola por encima de las gafas de montura negra—. Por lo demás, no está mal. No es para tirar cohetes, pero tampoco es un desastre. Si me traes más cosas así, quizá esto funcione.

No era un apoyo rotundo, pero probablemente no podía esperarse más. Después de pasar otros quince minutos comentando ideas para futuras columnas, Margaret se puso en pie, le dio las gracias y recogió sus cosas.

—¿A dónde vas tan deprisa? —inquirió Clement.

—A la estación Penn. Debo coger el tren de las 15:15 h para volver a Washington.

Frunció el ceño unos instantes y, luego, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Ja! ¡Me la has jugado! No has venido a Nueva York para hacerle una visita a tu tía. Has venido para verme a mí y hacerme la pelota, ¿verdad?

Margaret trastabilló, notando que se le ponía la cara colorada, y

Clement volvió a reírse.

—Bueno, tienes agallas, eso te lo tengo que conceder. —Se puso en pie—. Ven. El jefe quiere conocerte.

—¿El jefe? Pero… —Margaret miró el reloj—. El tren…

—Todavía falta más de una hora. Tienes tiempo de sobra —dijo, y la condujo hasta el despacho de David Miles, director ejecutivo de *A Woman's Place*.

Miles era tan jovial como Clement malhumorado, encima era atractivo e iba mucho mejor vestido. La recibió con una sonrisa y muchos halagos, y le dijo que había sido idea suya incorporarla al equipo. Ella se sentía complacida, pero también un poco abrumada, en especial después de que la agarrara de la mano y un fotógrafo les sacara una foto. El *flash* era tan intenso que la cegó.

—Quisiera presentarte en el siguiente número —le explicó el señor Miles—, contarles a las lectoras que un ama de casa normal y corriente, alguien con quien se puedan sentir identificadas, trabaja para *A Woman's Place*. Una revista por y para mujeres. Es un gancho estupendo, ¿no te parece? Ven —dijo, haciéndole señas—, te voy a enseñar las instalaciones.

Sí era un gancho estupendo, eso tenía que admitirlo. Y en la revista trabajaba un buen número de mujeres. No obstante, mientras la visita seguía su curso a través del estudio de fotografía, de la cocina de pruebas y de los departamentos de edición, arte y producción, Margaret reparó en que la mayoría de las mujeres ocupaban cargos de bajo nivel, como secretarias y revisoras de textos. Conoció a un par de redactoras —incluida Selma Cantrell, autora de la columna de etiqueta «Selma dice», cuyo pelo inflado y lacado casi contaba como una escultura—, pero ni a una sola editora.

Aun así, había sido un día maravilloso, uno que no olvidaría. Mientras avanzaba a través del mar de peatones de Nueva York como si estuviera en su casa, Margaret era incapaz de reprimir la sonrisa. Clement la había alabado por tener agallas, pero la que la había animado a aprovechar esta oportunidad había sido Charlotte.

Por un milagro, y aunque Margaret no las tenía todas consigo, había valido la pena. Tenía ganas de contarle a su amiga todo lo que había sucedido y de darle las gracias.

Mientras esperaba con impaciencia en la esquina de la Calle 31 Oeste y de la Séptima Avenida a que cambiase el semáforo y admiraba el tamaño de la estación Penn, Margaret reparó en una mujer con un vestido de visón en la otra esquina, de espaldas al paso de peatones. Se sintió aliviada; tenía miedo de que fuera a ser muy complicado encontrar a Charlotte.

El semáforo se puso en rojo y el torrente del tráfico se detuvo. A medio camino en el paso de peatones, Margaret se dio cuenta de que Charlotte no estaba sola. Un hombre de ojos oscuros, con una mata de pelo grueso y gris peinada hacia atrás para apartarla de la frente amplia, permanecía de pie a su lado. ¿O era ella la que estaba al lado de él? La poca distancia que los separaba indicaba cierta intimidad, y la forma en la que Charlotte se estiró para apartar una pelusa del abrigo cruzado de lana de color azul oscuro no hizo más que confirmarlo. Era un gesto muy personal, muy íntimo, de esos que solo hacían las mujeres si un hombre les resultaba atractivo o si querían atraerlo.

Margaret se puso nerviosa y se preguntó si habría sido testigo de algo que no tendría que haber visto. Luego, trató de decidir si debería pasar de largo junto a Charlotte y su compañero y fingir que no los había visto, pero Charlotte se dio la vuelta y la saludó; no se la veía nada preocupada.

Debió de haber malinterpretado la situación. Con los pantalones chinos arrugados y la camisa vaquera de cuello abierto que llevaba por debajo del abrigo, aquel hombre no encajaba con el prototipo de conocido de Charlotte. Pero podía tratarse de un pariente, de un primo o de un hermano, tal vez.

—¡Aquí estás! —exclamó Charlotte—. Empezaba a preocuparme. Te presento a Lawrence Ahlgren, el pintor. —Margaret asintió; le sonaba el nombre, aunque no recordaba ninguno de sus cuadros—. Y, Lawrence, esta es Margaret, otra presa de la cárcel intelectual que

es Concordia, miembro de mi club de lectura y mi mejor amiga de toda la vida a la que acabo de conocer.

—Encantado —dijo él.

Le dio un fuerte apretón de manos; tenía un acento que Margaret asoció con el sueco. ¿O el holandés? No estaba segura. Sonrió y le respondió con las mismas palabras de cortesía.

—Bueno —dijo Charlotte, con cierta renuencia—. Supongo que tenemos que salir pitando.

Se puso de puntillas, le dio un beso a Ahlgren en la mejilla y le susurró algo al oído.

—De acuerdo —le contestó él con voz ronca, y a Margaret le dio la sensación de que no debería oírlo—. Pero no me hagas esperar mucho.

Se despidieron de Ahlgren y se dirigieron a la estación, pasando por las hileras de las altas columnas de piedra en dirección a la entrada. Cuando llegaron a la puerta principal, Charlotte vaciló y miró hacia atrás, hacia la esquina. Margaret la imitó.

Ahlgren seguía ahí de pie, mirando a Charlotte con una expresión tan descarada como hambrienta.

Capítulo 7
La definición de «divertido»

El viaje a Nueva York resultó ser más provechoso de lo que Margaret habría podido imaginar. Además de romper el hielo con Leonard Clement, también le habían mostrado los bastidores de una revista nacional y el director la había tratado como a una estrella, lo cual parecía augurar un futuro prometedor a su modesta columna.

Pero la sensación de estar en las nubes que la había embargado al salir del edificio se desvaneció cuando vio a Charlotte apartar una pelusa de la solapa de Ahlgren. Y la expresión voraz, casi lupina, de los ojos de él al ver a Charlotte alejarse había dejado a Margaret inquieta.

Estuvieron a punto de perder el tren. Charlotte la guiaba, abriéndose paso a base de empujones entre la multitud que se arremolinaba en la estación. El sonido de sus tacones hizo eco cuando atravesaron a la carrera el elegante vestíbulo de mármol, antes de descender a la planta de abajo por una escalera menos elegante que olía a orina y a grasa para ejes. Después de correr por el andén, entraron en el vagón más cercano instantes antes de que el tren se pusiera en movimiento. Entonces, atravesaron otros cuatro vagones antes de desplomarse en los asientos reservados.

Margaret estaba bañada en sudor, se había quedado sin aliento y la invadía una sensación de alivio, pero Charlotte parecía eufórica,

un poco atolondrada. Le brillaban los ojos verdes cuando sacó una cajetilla de Newport del bolso.

—¡Ay! Qué divertido, ¿verdad?

—¿Divertido? —Margaret parpadeó—. ¿Estás de broma? Hemos estado a esto de perder el tren.

—Pero al final no lo hemos perdido, ¿o sí? ¡Hemos llegado a tiempo! Por los pelos, pero sí. Eso es lo divertido: ponerte en una situación en la que todo podría irse de madre, pero, de alguna manera, salir de una pieza.

Margaret puso los ojos en blanco y Charlotte se echó a reír.

—Ay, Maggie, tienes que soltarte, te lo digo de verdad. ¡La vida es mucho más interesante con un poquito de riesgo! —Encendió el cigarrillo—. Y solo es un tren. Si lo pierdes, coges el siguiente y punto.

—Ya, pero Walt…

—Para ya —dijo, exhalando el humo e interrumpiéndola a mitad de frase—. No vuelvas a mencionar a Walt. Solo quiero que hablemos de ti. ¿Qué tal ha ido la reunión con el cascarrabias del señor Clement? Seguro que acabó rendido a tus pies.

—No. —La sonrisa de Margaret se fue ensanchando poco a poco —. Pero casi.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —Charlotte dio una calada triunfante—. Cuéntame todos los detalles. No te saltes nada.

Margaret no se saltó nada. Charlotte no paró de interrumpirla y de felicitarla a gritos, de hacerle preguntas, de urgiría para que le dijese más, de modo que iban a medio camino de Filadelfia cuando terminó de contarle toda la historia. A Margaret, contenta de tener la oportunidad de revivir la experiencia y de cimentar los recuerdos, no le importó, pero, al terminar, pensó en Charlotte y en Ahlgren, de pie en la esquina, y volvió a sobrevenirle una sensación de inquietud.

¿Cuánto tiempo llevaban ahí cuando llegó ella? ¿Se habían cruzado por casualidad? ¿O habían concertado el encuentro con anterioridad? ¿Quizá hacía mucho tiempo?

—Ya está bien de hablar de mí —dijo Margaret—. ¿Tú qué has

hecho hoy? —Lanzó una mirada al asiento vacío que había al lado de Charlotte—. No veo ninguna bolsa con compras. ¿No has visto nada que te gustara?

—Nada de nada —dijo, rehuyendo la mirada de Margaret y encendiendo otro cigarrillo. Iba por el cuarto—. Y, al final, no tuve mucho tiempo para ir de compras. Estaba a las puertas del local de Bergdorf, parando un taxi y pensando en ir a probar suerte a B. Altman, ¡y resulta que el que salió del taxi no fue otro que Lawrence! —Sonriendo, dio una rápida calada y formó un círculo con los labios al exhalar—. Me invitó a comer e insistió en acompañarme a la estación para despedirse. ¿Te lo puedes creer? Vaya coincidencia.

Desde luego.

Margaret se preguntó qué probabilidades había de que dos personas se cruzaran por casualidad en Manhattan un día cualquiera; tenía que haber una entre un millón, pero podía pasar. Lo improbable y lo imposible eran cosas distintas.

—¿De qué lo conoces, por cierto?

—¿A Lawrence? Ay, Dios. Lo conocí hace tanto tiempo que casi ni me acuerdo. Déjame pensar. —Charlotte dio otra calada, entrecerrando los ojos—. Que yo recuerde, la primera vez que se cruzaron nuestros caminos fue en la inauguración de una exposición de un artista con poco talento en la galería de arte del Village, hará ocho, diez años. Nos pusimos a hablar y, luego, él me invitó a tomar algo. Fuimos a un antro de mala muerte (muy sucio, hasta arriba de *beatniks* con jerséis de cuello alto y caras serias) y charlamos hasta las dos.

—¿Hasta las dos de la madrugada? ¿Qué te dijo tu marido?

Charlotte echó la cabeza hacia atrás para soltar el humo y una carcajada.

—¡Ay, Margaret! Eres un encanto. No te escandalices tanto, que Manhattan no es Concordia, ¿sabes? Y Lawrence no es más que un amigo, un muy buen amigo. Sí que me parece que, en parte, está enamorado por mí —dijo, antes de encogerse de hombros—, pero

¿qué le vamos a hacer?

Aunque no entendía el motivo, Margaret se ruborizó, lo que hizo que se sintiera ingenua, y temió que Charlotte volviera a reírse, que la acusara de ser una mujer sencilla de pueblo. Aun así, Margaret andaba con la mosca detrás de la oreja. Toda esta situación, pese a que no le parecía mal necesariamente, era… insensata, incluso peligrosa, pero Charlotte le caía tan bien que no se lo dijo.

Charlotte era esposa y madre. Aunque pudiera pensar que coquetear con el peligro era una diversión inofensiva, cuando las madres eran descuidadas o no pensaban bien las cosas, eran los hijos los que quedaban marcados, en ocasiones para toda la vida.

—Pero, Charlotte, si eso es cierto, si ese hombre está… —Margaret se detuvo, incapaz de pronunciar la palabra «enamorado», porque la expresión de Ahlgren indicaba sin duda todo lo contrario —. Si ese hombre tiene sentimientos por ti, ¿de verdad fue buena idea ir a comer los dos solos?

La llama verde que ardía en los ojos de Charlotte restalló y se apagó, cortando la conexión que había entre ellas. Margaret empezó a retractarse, pero era incapaz de dejarlo estar.

—Estoy segura de que fue un encuentro inocente, como tú has dicho, pero, aun así, ¿no te parece que le estás dando…, bueno, una idea equivocada?

En lugar de responder a su pregunta, Charlotte aplastó el cigarrillo.

—Necesito un Martini ya, desesperadamente —dijo, y se puso de pie.

Margaret también se levantó y la siguió hasta el vagón donde estaba el servicio de restauración, que estaba lleno de humo de cigarrillo y de hombres de negocios. Armaban todo un alboroto, gritándose los unos a los otros para hacerse entender.

No era un buen lugar para conversar.

Después del segundo Martini, Charlotte se tomó otra pastilla, se desplomó en una silla del bar y pasó el resto del trayecto durmiendo. Cuando llegaron a Washington, seguía tan grogui que Margaret le

cogió las llaves del coche y condujo. Llegó a casa unos minutos más tarde de lo prometido porque tuvo que llegar a pie desde la vivienda de Charlotte.

Walt estaba en la sala de estar, viendo un partido de béisbol en la televisión. En la mesa baja había un cuenco de palomitas y cinco botellas de cerveza vacías. Se llevó otra a los labios cuando Margaret entró en la habitación.

—¿Todo bien? —le preguntó, acercándose por detrás del sofá y colocándole la mano en el hombro—. ¿Los niños se han ido a la cama a la hora? ¿Beth ha lavado los platos, como le he pedido?

Sin apartar los ojos de la pantalla, dijo que sí, pero que Beth había dejado la bandeja del horno a remojo en el fregadero.

—No pasa nada. La lavaré por la mañana. ¿Tú qué tal? ¿Qué tal tu día? ¿Qué tal en el trabajo?

—En el trabajo, sin más. Lo mismo de siempre.

Margaret se quedó ahí unos instantes, a la espera de que le preguntase qué tal le había ido a ella. No sabía si estaba enfadado por haber llegado tarde o por haberse ido siquiera o si simplemente estaba absorto en el partido. Daba igual. Apartó la mano del hombro.

—Supongo que me voy a la cama. ¿Vienes?

—Más tarde —dijo, y volvió a dar otro trago a la botella de cerveza.

Margaret estaba agotada. Se quedó dormida nada más colocar la cabeza en la almohada, pero se despertó al cabo de pocos minutos al oír un ruido extraño, parecido al disparo de una pistola, procedente del piso de abajo. Se levantó, pensando que debería bajar a investigar.

Pero, cuando abrió la puerta del dormitorio, en lugar del rellano que la habría llevado a la escalera grande con la barandilla pintada de blanco, se adentró en un pequeño salón de techo bajo, donde había una chimenea de ladrillo rojo y un suelo de madera con

tablones estrechos de roble de color miel. El suelo estaba como los chorros del oro, como si alguien lo acabara de fregar bien y de encerar.

Al verlo, Margaret tensó los hombros y apretó la mandíbula. Se le hizo un nudo en el estómago a causa de la emoción: aprensión, temor, un miedo que rozaba el pánico y un deseo desesperado de salir de ahí.

Se dio la vuelta para marcharse, pero la puerta por la que acababa de entrar había desaparecido y la había reemplazado un pasillo oscuro, estrecho, sumido en el silencio. Lo atravesó, abrió la boca para pronunciar un nombre, pero se dio cuenta de que era incapaz de hablar. Los gritos permanecían atrapados en la garganta, pero hacían eco en su mente, más estridentes con cada paso que daba. Le dolían los oídos y tenía el corazón disparado.

Y, entonces, entró en una cocina reluciente con armarios blancos, un suelo de linóleo gris oscuro y una nevera achaparrada pasada de moda. Margaret se giró, trazando despacio un círculo, buscando a su alrededor, mientras el nombre que no lograba pronunciar seguía repitiéndose en su mente. Cuando se detuvo delante del congelador blanco, notó que el nudo que se había formado en sus entrañas se tensaba. Estiró la mano, rodeó el frío mango de metal y abrió la puerta del congelador para mirar el interior. El grito ahogado se liberó de su mente, de su cuerpo, de su garganta, inundando la habitación de alaridos y angustia.

Entonces, de pronto, una luz intensa iluminó la habitación, dos manos le agarraron los hombros, sacudiéndola con fuerza, y una voz le mandó abrir los ojos. El rostro de Walt estaba cerca del suyo, asustado y ceñudo, y le decía que solo había sido un sueño, que no pasaba nada, que no le pasaba nada.

Margaret parpadeó una y otra vez, acostumbrando los ojos a la luz intensa del techo del dormitorio. Inhaló hondo tres veces, despacio, para ralentizar los latidos de su corazón. Walt estaba sentado en el borde de la cama, con la camisa por fuera y el blanco de los ojos teñido de rosa. Olía a cerveza. Margaret alzó la mirada

hacia él.

—¿He despertado a los niños?

—No, siguen dormidos. ¿Fue el mismo sueño? ¿El que tenías siempre antes?

Margaret asintió.

—Qué extraño. No sé qué lo habrá provocado. Hacía años que no tenía ese sueño.

—Bueno, yo sí lo sé. Es por el estrés de ese trabajo; es demasiado para ti. Solo tienes ese sueño si estás intranquila por algún motivo. Esa estúpida columna ha vuelto a despertar las pesadillas.

Margaret se reincorporó hasta quedarse sentada.

—No es por eso.

—Claro que sí —insistió él, echándose hacia atrás para poner más distancia entre ellos—. ¿Qué otra cosa podría ser? No ha habido ningún otro cambio.

—No es por el trabajo, no. Si acaso, es lo único bueno de mi vida en estos momentos.

Walt se puso de pie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Se tumbó y se acurrucó de costado, al tiempo que decidía que no valía la pena—. ¿Vienes a la cama?

—En el partido han ido a entradas adicionales.

—Vale —dijo, antes de cerrar los ojos.

Él se quedó donde estaba unos segundos. Aun con los ojos cerrados, Margaret notaba su presencia, notaba que la estaba mirando. Entonces, Walt se dio media vuelta. Ella oyó el sonido susurrante de sus zapatos contra la alfombra de pelo largo.

—¿Te importaría apagar la luz?

La habitación se quedó a oscuras. Ella se sentó y le habló a la silueta de su esposo, que se recortaba en el marco de la puerta.

—Por cierto, sí, he pasado un buen día en Nueva York. A mi jefe le caigo bien y el director me enseñó las instalaciones; la visita se alargó tanto que Charlotte y yo casi perdemos el tren. Fue muy

divertido. Muchísimas gracias por preguntar.

Walt cerró la puerta despacio.

Margaret agarró una almohada y la abrazó contra el pecho, aferrando con los puños montones de plumas recubiertas de algodón y deseando que hubiera dado un portazo.

Capítulo 8
Amante del arte

Abril de 1963

Con el incómodo desenlace del viaje a la ciudad, Margaret temía que se hubiera enfriado su amistad con Charlotte, que justo acababa de florecer, e incluso que se hubieran estropeado las perspectivas de futuro del club de lectura.

Después de despedirse de los niños antes de que se fueran al colegio y de Walt antes de que se fuera a trabajar por la mañana —ni ella ni él hablaron de la pesadilla ni de la conversación irritante que habían tenido luego—, Margaret siguió adelante con su rutina. Pero estaba tan distraída que no se dio cuenta de que había puesto los pantalones rojos de Suzy en la pila de la colada equivocada, y terminó tiñendo los calzoncillos de Walt de rosa.

Los puso a remojo en el fregadero con una solución de lejía y, luego, encendió la aspiradora, con la oreja puesta por si sonaba el teléfono, pues temía que Charlotte llamaría para decirle que había cambiado de opinión y ya no le apetecía unirse a las Bettys. Durante dos días enteros, Margaret no supo nada de ella y Charlotte ni le respondía ni le devolvía las llamadas que le hacía.

Al tercer día, Charlotte al fin la llamó con una invitación.

—Después de fracasar estrepitosamente en Bergdorf y de no llegar a ir a B. Alunan, siento que necesito comprar algo, lo que sea.

Estoy pensando en probar suerte en algunas de las tiendas de Alexandria. ¿Quieres venir conmigo? Si no estás ocupada, claro.

Justo entonces, Margaret estaba leyendo el penúltimo capítulo de *La mística de la feminidad*, titulado «La anulación del ego». Además de terminar el libro antes de la siguiente reunión, quería leerlo entero una segunda vez. Tenía cita en la peluquería por la tarde y también necesitaba un hueco para escribir.

—No tengo nada que hacer —le dijo, prometiéndose que escribiría el doble al día siguiente.

Charlotte pasó a recogerla al cabo de media hora, tan alegre como siempre, haciendo como si se hubiera olvidado por completo del incidente en el tren. Margaret le estaba agradecida y se sentía aliviada.

Se lo pasaron en grande. Charlotte parecía comprar uno de cada tres artículos en los que se fijaba, mientras que Margaret, que no podía seguirle el ritmo, se contentaba con mirar los escaparates, pero no tardó en comprender que incluso ahí tenía que andar con cuidado. Cuando Margaret alabó un sombrero que no se podía permitir, Charlotte se ofreció a comprárselo y solo consiguió disuadirla cuando dijo que, pensándolo bien, el rosa era muy claro, como el Pepto-Bismol, y que el velo le recordaba a los funerales y a la ropa de luto. Al oírla, Charlotte se rio a mandíbula batiente y casi se le saltan las lágrimas.

—A mi madre le encantan los velos.

Tres días después (cuando quedaban dos semanas para la siguiente reunión del club de lectura, que Charlotte se había ofrecido a celebrar en su casa) volvió a llamarla.

—Como se me da fatal cocinar, me he autoproclamado la barman oficial de las Bettys. Pero, como necesito ampliar mi repertorio más allá de los *vodka stingers* antes de la reunión, justo acabo de mezclar varios cócteles *sidecar*. ¿Te gustaría ser mi catadora?

Era una idea mucho más atractiva que limpiar el homo, y Margaret le dijo que ahora mismo iba. Cuando llegó, Charlotte la condujo por la casa hasta el patio trasero.

—Prométeme que no vas a mirar —le dijo justo antes de pasar por la sala de estar—. Sigue todo hecho un desastre.

Margaret no pudo evitar echar un vistazo. Charlotte no se lo decía ni por falsa modestia ni porque se sintiera orgullosa de su casa; lo cierto es que estaba todo hecho un desastre. Había cajas de la mudanza abiertas pero aún llenas desperdigadas por doquier, como cajas de bombones en las que habían rebuscado para coger solo los que contenían frutos secos y caramelo. Daba la impresión de que Charlotte no había seguido desempaquetando desde que se reunieron las Bettys hacía dos semanas.

—Lo ordenaré todo antes del club de lectura —le dijo—, pero me gusta ir con calma con este tipo de cosas. Basta con poner algo en el lugar equivocado para que se quede ahí el resto de la eternidad.

Margaret era una firme defensora de hacer las cosas bien desde el principio, por lo que para ella tenía todo el sentido, pero, aun así…

—Tienes muchas cosas preciosas —le dijo, lo cual era cierto. Margaret nunca había visto una casa tan llena de muebles, alfombras y accesorios caros. Su sala de estar parecía un almacén vacío en comparación—. Pero es un esfuerzo monumental. ¿Estás segura de que no necesitas ayuda? Yo te echaría una mano con mucho gusto.

—Muchas gracias por ofrecerte, pero la cosa no está tan mal como parece —dijo Charlotte con ánimo, tendiéndole a Margaret una copa de cóctel escarchada con un gajo fino de naranja en el borde —. La verdad es que ya casi está todo listo. No debería llevarme más de dos o tres horas, una vez que me ponga a ello. Solo tengo que ponerme manos a la obra y centrarme. Además, ya me ayuda Denise.

Margaret no las tenía todas consigo.

Ya había conocido a los hijos de Charlotte, a todos salvo a Howard júnior, que estudiaba en la academia militar. Había sido idea de su padre y de su abuelo, según le había dicho Charlotte, quien le había dejado claro que no estaba de acuerdo y que deseaba que su hijo regresase a casa. Aunque esta última a veces gastaba bromas

sarcásticas acerca de «las alegrías de la maternidad», Margaret sabía que adoraba a sus hijos. Resultaba evidente por la sonrisa, que le llegaba a los ojos cada vez que entraban en la habitación. Los pequeños, Laura y Andrew, eran muy tiernos y claramente la adoraban a ella de la misma forma.

Pero la hija mayor de Charlotte era… diferente.

Denise era estudiosa y reservada, lo contrario a Charlotte en todos los aspectos salvo en la inteligencia y en cierta fijación por la irreverencia, si bien carecía del sentido del humor de su madre. Los ojos de la joven eran solemnes y su mirada estaba alerta, como si tomase nota mentalmente de todo lo que la rodeaba. Margaret tenía la sensación de que se pasaba la vida esperando una desgracia, lo cual le parecía extraño tratándose de alguien tan joven.

Pero lo que más la desconcertaba era la forma en la que a veces le hablaba Denise a Charlotte, con una impaciencia que rayaba en la falta de respeto. Lo que era incluso más desconcertante era que Charlotte, por regla general, lo dejaba pasar, porque Charlotte nunca dejaba pasar nada.

Margaret entendía mejor que nadie que las relaciones entre madre e hija podían ser complicadas y contradictorias, pero no se imaginaba a Denise ayudando a Charlotte a desempaquetar, no de buena gana. En todo caso, se recordó que no era asunto suyo.

Se llevó la copa del cóctel a los labios para probar el *sidecar*.

—Ooh, qué rico. ¿Qué lleva?

—Zumo de limón, licor de naranja y coñac —dijo Charlotte, que dio un sorbo al suyo antes de echarse a reír—. El coñac siempre me recuerda a Suiza.

—¿A Suiza? Pensaba que el coñac venía de Francia.

—Sí, pero lo probé por primera vez en Suiza —le dijo, y procedió a darle los detalles.

Al parecer, después de que la expulsaran de casi todas las escuelas privadas de Nueva York, los padres de Charlotte la enviaron a una escuela de señoritas en Suiza. Tres días después de llegar, robó medio jamón y una botella de coñac de las cocinas del colegio

y desapareció dos semanas.

—Espera un momento —le dijo Charlotte, que interrumpió la historia para dirigirse apresurada hacia la puerta—. Quiero enseñarte una cosa.

Volvió un par de minutos después con una fotografía enmarcada. Era una instantánea de cuando tenía dieciséis años, posando en una cumbre alpina con una botella de coñac en los labios. Según Charlotte, era una de sus posesiones más preciadas.

—Dos días después de sacar esta foto, madame Bergé descubrió mi paradero y me escoltó personalmente en tren hasta Le Havre. Me metió en el primer barco con destino Nueva York. —La lentitud con la que se fue ensanchando la sonrisa de Charlotte, como cuando la mantequilla se va fundiendo sobre una tostada, le reveló a Margaret que aquella había sido su intención desde el comienzo—. Terminar, terminé los estudios, pero no de la forma en la que querían mis padres.

Charlotte siempre tenía alguna ocurrencia que decir y anécdotas divertidas que contar, pero luego, cuando Margaret las repasaba en la mente, a veces percibía un matiz en el que no se había fijado en el momento. En ocasiones, quería ahondar más con Charlotte, pero se contenía. A pesar de ser tan reciente, su amistad se había convertido en algo importante para Margaret.

Viv, por supuesto, era la amiga más íntima que tenía en Concordia, una de las amigas más íntimas que había tenido nunca, lo cual tenía sentido: vivían en el mismo bloque de viviendas, se habían mudado el mismo día y habían hecho migas al instante.

Sin embargo, su amistad pasó a ser algo más aproximadamente un mes después de la mudanza, cuando Viv le dijo que el sarpullido que tenía Suzy en el estómago era escarlatina y le aconsejó a Margaret llamar al médico sin más dilación. La escarlatina podía llegar a ser peligrosa si no se trataba y Margaret le estaba tan agradecida que preparó una *pavlova* de fresas y se la llevó a los Buschetti para darles las gracias. Viv insistió para que se quedara y comiera un trozo, y terminaron hablando durante más de tres horas.

Contar con una enfermera en el vecindario era toda una bendición. La gente no paraba de pedirle consejo médico. Pero había algo más: Margaret y Viv provenían de familias trabajadoras y se enfrentaban a la vida con el mismo enfoque, con pragmatismo y determinación. Era natural que fueran amigas.

Por el contrario, Margaret y Charlotte casi no tenían nada en común. Cosa rara, ahí residía parte del atractivo. Charlotte era misteriosa e impredecible. Hacía y decía cosas que sorprendían e incluso ponían a prueba a Margaret, cuyo cerebro se iluminaba de ideas que hasta entonces ni se le habían ocurrido. Si bien Charlotte no era tan comunicativa como Viv, las cosas que sí dejaba entrever hacían que sintiera curiosidad por saber más. No obstante, la forma en la que se cerró en banda cuando Margaret se extralimitó en el tren le había enseñado a andar con pies de plomo. Esta primera transgresión tan solo había dado pie a un silencio temporal, pero siempre cabía la posibilidad de que una puerta cerrada no volviera a abrirse.

El cóctel improvisado en el patio trasero marcó otra nueva fase en su relación. A partir de entonces, comenzaron a pasar más tiempo juntas, a hablar por teléfono casi todos los días y a verse en persona un par de veces por semana. Quedaban para comer sándwiches de ensalada de pollo y batidos de fresa en la barra de refrescos del local de Mayer o un café de la marca Folgers y polvorones de canela (ahora sí, con crémor tártaro) en la cocina de Margaret.

Y cuando faltaban cuatro días para la segunda reunión del club de lectura, Charlotte la llamó para decirle que le gustaría llevar a todas las Bettys de excursión.

El sedán de Charlotte (un Buick Riviera azul claro con asientos deportivos tapizados de color blanco tanto delante como detrás) era nuevo y contaba con todo tipo de lujos, incluido aire acondicionado. Mientras cruzaban el Memorial Bridge, Viv, que iba sentada detrás

con. Bitsy, asomó la cabeza por el hueco entre los dos asientos delanteros.

—¿Adónde vamos?

—A Washington D. C. —Dijo Charlotte.

—Ya, pero ¿adónde exactamente? Has dicho que volveríamos antes que el autobús escolar, ¿recuerdas?

—Y volveremos antes —le aseguró—, siempre y cuando no nos perdamos. Margaret, vuelve a consultar el mapa. ¿Qué ruta hay que coger para Dupont Circle?

Margaret le dio la vuelta al mapa, donde había una imagen más detallada de la ciudad.

—Veamos… O la Calle 23 en sentido New Hampshíre o bien por Constitution hasta la 17 y, luego, en sentido Connecticut. —Me da igual. Escoge la que quieras.

Charlotte descargó la palma de la mano contra el claxon y, entonces, pisó el acelerador, acercándose hacia la defensa del Oldsmobile que tenía delante. Viv ahogó un grito.

—¡Ve con cuidado! ¡Te estás pegando mucho!

—Pues porque este de aquí conduce como una tortuga —contraargumentó Charlotte, pero, aun así, desaceleró—. Hablando de ir pegadas, Vivían, ¿quieres hacer el favor de sentarte bien? Me estás poniendo de los nervios.

Viv resopló, pero obedeció. Charlotte torció la cabeza hacia Margaret.

—¿Y bien?

—Coge la 17. Se ve la Casa Blanca de camino.

—Ya es tarde. Nos hemos saltado el desvío.

Era una rotonda, no un desvío; podrían haber dado otra vuelta, pero conducir en el tráfico de la ciudad parecía sacar a la neoyorquina que Charlotte llevaba dentro, de modo que Margaret no se puso a discutir. Tal y como estaban las cosas, lo único que quería era llegar a donde fuera que iban sin provocar un accidente.

—La 23 nos sirve. Esta de aquí, aquí.

Charlotte salió por la carretera que le indicaba Margaret y, de

inmediato, se metió en el carril izquierdo para adelantar al Oldsmobile que conducía despacio. Bitsy, que llevaba callada casi todo el viaje, se inclinó hacia delante, pero no tanto como Viv.

—¿Podemos pasar por la Casa Blanca a la vuelta?

—¿Por qué? —Quiso saber Charlotte—. ¿Nunca la has visto?

—Sí. King y yo dedicamos un fin de semana a ver monumentos cuando nos mudamos, pero me gustaría pasar por allí otra vez, de ser posible. Es un día precioso y quizá el presidente y su familia salgan. El vicepresidente Johnson le ha dado de regalo a Caroline un poni de las Shetland encantador, Macaroni. He visto una foto suya montando a caballo en los campos de la Casa Blanca y al presidente sosteniendo las riendas del animal.

—Estoy segura de que todo fue un montaje para sacarse la foto —dijo Charlotte, saltándose un semáforo que, aunque no se había puesto claramente rojo, ya estaba rosa—. Pero faltaría más, a la vuelta pasamos por ahí.

—¡Gracias! —dijo Bitsy con alegría, antes de recostarse y de soltar un grito de la sorpresa.

—¿Qué tienes? —Charlotte posó la mirada en el espejo retrovisor —. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo con voz ansiosa—. Me parece que… que te he estropeado el coche. He puesto el brazo en el reposabrazos y la ventana se ha bajado sola.

Charlotte esbozó una sonrisa.

—No te preocupes, que no has roto nada. Son ventanas automáticas. Has debido de darle al botón con el codo o algo así.

—¿Ventanas automáticas? Vaya, a este coche no le falta de nada, ¿verdad?

—Pues a no ser que tenga baño incluido —dijo Viv; volviendo a asomar la cabeza entre los asientos delanteros—, vamos a tener un buen problema dentro de cinco minutos. Os lo juro, hoy este bebé ha decidido plantarse encima de la vejiga.

—No hay problema —dijo Charlotte, deteniendo el sedán junto al bordillo—. Ya hemos llegado.

Margaret contempló por la ventana un edificio alto y gris, como los demás.

—¿Y dónde estamos?

—En la Galería de Arte Moderno de Washington —dijo, apagando el motor—. Y, antes de que me lo preguntes, sí, Viv, hay baño.

Mientras Viv iba corriendo al aseo, Charlotte compró las entradas, insistiendo en que pagaba ella. Margaret y Bitsy se adentraron en la primera sala de exposición.

El interior de la galería resultaba mucho más interesante que el exterior. Ubicada en una gran cochera reformada de principios de siglo, contaba con techos altos, amplias paredes blancas y una iluminación diáfana y brillante. Las anchas tablas del suelo, de color miel, mostraban un desgaste suficiente como para sugerir que podrían ser las originales, pero las habían pulido hasta dejarlas brillantes. Las ventanas eran transparentes, pero el sol, al brillar a través de ellas, arrojaba sobre el suelo cuadrículas de luz alargadas, lo que daba a las salas un aspecto semejante al de una catedral: eran espacios que infundían humildad y que animaban a hablar en voz baja.

Y, efectivamente, durante la hora en la que Charlotte les hizo de guía privada, dándoles explicaciones detalladas de la inspiración, la temática, las composiciones y las técnicas de varias obras, adoptó un tono henchido de reverencia nada propio de ella. De hecho, solo hizo un comentario sarcástico durante la visita en la galería, mientras nombraba a varios de los artistas cuyas obras estaban expuestas.

—Ellsworth Kelly, Robert Indiana, Marcel Duchamp, Jasper Johns… Todos hombres. Alice Denney cofundó la galería y Adelyn Breeskin es la directora, pero el arte sigue siendo un club de chicos. Las mujeres tienen permitido ayudar a pagar las facturas y a mantenerlo todo ordenado, pero bajo ningún concepto se pueden unir —dijo, con una amargura inconfundible que se apresuró a

disimular con una sonrisa—. Pero, eso sí, de visita sí podemos venir, lo cual es una maravilla. Como podéis observar —dijo, extendiendo del todo los brazos hacia los lienzos de ambas paredes—, aquí hay varias obras extraordinarias.

Viv giró la cabeza a la izquierda y a la derecha antes de sacudirla con discreción.

—¿Cómo las diferencias? Es decir, ¿qué se supone que representan? La mayoría las podría haber pintado mi Jenny, y eso que solo tiene cinco años.

La cara que puso Charlotte en respuesta a los comentarios de Viv sumió a Margaret en la misma sensación de inquietud que la había embargado cuando empezaron a discutir en la reunión del club de lectura. Pero se sorprendió para bien cuando Charlotte, en lugar de decir algo cortante, inhaló aire, aguantó la respiración unos tres segundos, exhaló y sonrió.

—Si eso es verdad, me encantaría comprar algunas de las obras de Jenny. Porque, tú hazme caso, valdrán mucho dinero el día de mañana.

—Oye, ahora ya nos vamos entendiendo —dijo Viv, sonriéndoles a Margaret y a Bitsy.

—El arte moderno puede parecer simple a primera vista, pero requiere de técnicas de verdad. En cuanto a qué es lo que representan… —Charlotte se encogió de hombros y levantó las manos—. Bueno, eso lo tenéis que decidir vosotras. La clave no es tanto lo que os parezca que representa como lo que os haga sentir. El arte bueno, el mejor arte, siempre provoca una reacción, y no tiene por qué ser positiva. Tal vez os haga sentir en paz, felices o despierte vuestra curiosidad. Pero también podría enfadaros, avergonzaros o asustaros. La respuesta varía dependiendo de la persona. Pero si la obra despierta un sentimiento sincero, en carne viva, habrá cumplido su cometido. Tenedlo en cuenta conforme paséis por la galería —prosiguió, observando sus rostros—. Mejor aún, abrid la mente. Quizá veáis más cosas de las que os pensabais.

Aunque no lo habría dicho en voz alta, la primera reacción de

Margaret ante la colección de la galería no difería mucho de la de Viv.

«¿Qué es? ¿Qué se supone que representan?».

Pero, cuando siguió el consejo de Charlotte y abrió la mente ante las sensaciones que le suscitaban los cuadros, comenzaron a parecerle interesantes, aunque no necesariamente agradables. Al cabo de una hora, Margaret se dio cuenta de que todas ellas estaban delante de los cuadros, incluida Viv, y que, si no los apreciaban directamente, al menos los observaban en serio.

Viv decidió que su preferida era una obra titulada *Red White*, un cuadro enorme de Ellsworth Kelly con una única figura de color rojo brillante sobre un fondo blanco. Cuando Charlotte le preguntó qué era lo que le gustaba, Viv se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, es que siempre me ha gustado el color rojo. Y esa cosa en el medio me recuerda a un par de pantalones cortos rojos que tenía Vince de pequeño. Le quedaban tan bien, con las piernas larguiruchas y las rodillas llenas de rasguños…

A Margaret le llamaban la atención dos obras de Jasper Johns. La primera, titulada *Map*, con pinceladas gruesas, al parecer presurosas, de color azul, rojo, amarillo y naranja, se parecía *grosso modo* al mapa de los Estados Unidos, pero con las fronteras difuminadas y solapadas. En la segunda, *False Start*, con manchas caóticas de bordes pronunciados de color azul, rojo, amarillo, gris, blanco y naranja, aparecían los nombres de los colores encima de las manchas, pero casi nunca coincidían con el color de la palabra. Margaret no tenía claro qué significaba todo aquello, pero le gustaban los colores brillantes y alegres. Aunque no lo diría en voz alta por miedo a ofender a Charlotte, en el fondo sí le parecían un poco infantiles, pero eso era precisamente lo que más le gustaba. Poseían cierto carácter juguetón, esa clase de entusiasmo espontáneo que suele desintegrarse con la edad o acabar sepultado decepción tras decepción.

La valoración de Bitsy de la obra Johns era más precisa.

—Es un embaucador: intenta confundir nuestras mentes pintando

el mundo de un color diferente, obligándonos a mirar dos veces para cerciorarnos de que hemos visto bien. O un bromista —dijo, acercándose más para contemplar el lienzo—, un niño malo que garabatea en las paredes porque sabe que no lo van a castigar. ¿O tal vez un filósofo? Nos pone a prueba para que nos enfrentemos al hecho de que las fronteras no son más que líneas arbitrarias marcadas por una persona que se despertó un día y decidió ponerlas ahí. O posiblemente las tres cosas a la vez. Es difícil de decir.

Reculó dos pasos, contemplando ambos lienzos.

—Independientemente de las demás cosas que sea, desde luego, es una persona con confianza. —Giró la cabeza a la izquierda y a la derecha, mirando las obras de otros artistas—. Como todos, ¿no os parece?

Margaret se giró a su alrededor, contemplando las paredes y comprendiendo que Bitsy estaba en lo cierto. Independientemente de las sensaciones, el mensaje, la paleta o la técnica, todos los lienzos de la sala desbordaban confianza, como si ni uno solo de los artistas dudara de sí mismo jamás o cuestionara su derecho a estar ahí.

«¿Cómo debe de sentirse una al ser así?».

El tiempo pasaba veloz. Todavía no habían recorrido todas las salas cuando Bitsy, muy a su pesar, les recordó que deberían ir pensando en marcharse.

—Por el autobús escolar, ¿recordáis? Y nunca se sabe el tráfico que puede haber en la autopista.

Viv decidió que debería ir al baño otra vez antes de marcharse y Bitsy fue con ella. Margaret y Charlotte, a su vez, vieron la última galería juntas. Había un pequeño cuadro en la esquina, más o menos del tamaño de una hoja de papel. Charlotte fue directamente hacia allí, ignorando las demás obras, y Margaret la siguió.

El fondo le recordaba a leche cortada, agria y grisácea. En el primer plano había manchas de color, sobre todo rojas, así como una miríada de cortes negros que, dependiendo de la forma en la que los mirases, podrían ser cabezas sin cuerpo, extremidades cortadas o lo

que se te ocurriera. En la esquina inferior derecha, también de color negro, había una firma pequeña, recalcada, de una confianza arrogante: «L. Ahlgren».

Charlotte se quedó mirando el lienzo un buen rato, como había hecho con los demás. A pesar de que Margaret jamás había visto aquella expresión en su rostro, la reconoció. Ahlgren la había mirado de la misma forma cuando Charlotte se alejaba: una mirada codiciosa, hambrienta, lujuriosa, ardiendo de deseo por lo inalcanzable.

Margaret comprendió de pronto por qué habían venido a la galería.

Ese habría sido el momento idóneo (no existía nada más que ellas dos, el cuadro y la sala vacía) para colocarse a su lado, con la mirada fija en el lienzo y no en el rostro de Charlotte, y preguntarle en un hilo de voz: «¿De qué lo conoces?». Con lo que querría decir: «¿Por qué lo conoces?».

Pero no se lo preguntó.

Con una amistad nueva, preciosa y perfecta, a veces hay cosas que prefieres no saber.

Capítulo 9
Se busca personal (femenino)

El sedán Bel Air plateado de 1957 de Viv tenía el radio de giro de un tanque. Para meterlo en la única plaza de aparcamiento disponible que había encontrado, a cuatro manzanas de donde iba, le hicieron falta cinco intentos. Apagó el motor y se quedó sentada al volante, frotándose el cuello, que le dolía por mirar hacia atrás al maniobrar, mientras pensaba que esta entrevista podría acabar siendo una pérdida de tiempo monumental.

¿De verdad que estaba dispuesta a conducir hasta Washington D. C. por un trabajo a tiempo parcial?

Pero ya era tarde para echarse atrás, de modo que salió del coche, se cercioró de que las puertas estaban cerradas y emprendió la marcha.

El vecindario no tenía mal aspecto exactamente, pero era diferente al entorno de reglas inflexibles al que se había acostumbrado en Concordia, donde todo era igual. Había casas con hierbajos en los jardines, vallas en las que faltaban postes y porches inclinados junto a otras viviendas que presumían de capas de pintura frescas, de céspedes bien cuidados y de jardineras en las ventanas. Saltaba a la vista que aquí no tenían un plan maestro, como tampoco tenían una paleta de colores permitidos, y le gustaba que fuera así. Le recordaba al vecindario en el que creció en Tacoma,

Washington. Sin embargo, a diferencia del hogar de su infancia, la paleta de los residentes de Brookland era tan variada como sus viviendas. En la acera, pasaba por su lado gente de todos los colores, a lo suyo y sin mostrar el menor interés en ella.

Al cruzar la calle y adentrarse en una zona más comercial, vio su destino, un local en un edificio bajo de piedra con un escaparate frontal pintado en el que ponía: «F. E. Giordano, medicina general».

La sala de espera de la doctora Giordano estaba atestada y había mucho ruido, una cacofonía de toses, estornudos, bebés llorando y conversaciones, algunas en inglés y otras no. La recepcionista era una mujer delgada y enjuta de cincuenta y pico años que, como no podía ser de otra manera, estaba agobiada. Cuando Viv le dijo su nombre y el motivo de su visita, la mujer, que se presentó como Dorothea Harris, le sonrió y le dijo que anunciaría su llegada a la doctora.

Todas las sillas estaban ocupadas, de modo que Viv se recostó contra una pared para esperar. Cerca se sentaba una madre muy joven con un inquieto bebé de ojos oscuros que no paraba de tirarse de la oreja (supuso que tendría una infección de oído). Después de cruzar la mirada con el pequeño, Viv levantó las manos para cubrirse los ojos y jugar al cucutrás.

El bebé dejó de removerse, pero no respondió a las dos primeras rondas del juego, sino que se la quedó mirando con escepticismo. Al fin, a la tercera, el bebé soltó una risa deliciosa y se llevó los dedos regordetes a los ojos para tomar la iniciativa del juego tres rondas más, hasta que Dorothea asomó la cabeza para decirle a la enfermera Buschetti que la médica la estaba esperando.

Al cabo de unos minutos, Viv estaba sentada en una silla de plástico delante de una mesa llena de carpetas, historiales médicos y revistas de medicina, en plena entrevista con su futura jefa, la doctora Francesca Elena Giordano.

La doctora Giordano era un poco más alta que Viv; debía de

medir un metro setenta. Tenía una nariz alargada y elegante, un tupido cabello rizado entrecano que parecía empeñarse en escapar del moño, una piel morena que a Viv le recordaba al color del té recargado o al de antiguos pergaminos y arrugasen las esquinas de los grandes ojos marrones y de los labios carnosos.

Contemplándola en silencio mientras Giordano estudiaba su currículum, a Viv se le ocurrió pensar que, con un poco de pintalabios, colorete y un buen tarro de crema facial para suavizar las arrugas, la doctora podría ser hermosa. A esto lo siguió rápidamente otro pensamiento: no, así la médica tendría el mismo aspecto que las demás, normal y corriente. Y de normal y corriente la doctora Francesca Elena Giordano no tenía nada.

Viv sabía que existían mujeres doctoras, por supuesto. Había dos en el hospital donde había hecho las prácticas, una que trataba a niños enfermos de polio y otra que investigaba en un laboratorio, pero nunca había consultado a una doctora y nunca se habría imaginado que acabaría trabajando para una.

¿Cuál era la historia de la doctora Giordano? ¿Cómo había terminado estudiando medicina? ¿Y cómo sería trabajar para una mujer doctora?

Viv había estado a las órdenes de varias mujeres oficiales durante la guerra, como todas las enfermeras. Algunas eran buenas personas, pero, a veces, le daba la sensación de que eran rígidas, serias, duras sin motivo, mujeres que actuaban como si tuviesen algo que demostrar. No les faltaba la razón: los líderes siempre deben demostrar su valía. El problema era que la mayoría de aquellas mujeres no tenían ejemplos a los que seguir, no tenían a nadie que les demostrara que la fórmula oculta detrás de un buen liderazgo consistía en nueve partes de disciplina por una parte de compasión, y que esa última parte era tan importante como las otras nueve. Sin un ejemplo al que seguir, algunas de las mujeres bajo cuyas órdenes había estado Viv priorizaban el rango, el acatamiento inflexible de las reglas y la pura descortesía.

¿Trabajar para la doctora Giordano también sería así? De ser el

caso, Viv tendría que replantearse la idea de volver a trabajar.

La médica dejó el currículum de Viv y la miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Vive en Concordia? —le preguntó—. Está bastante lejos. ¿Por qué desea trabajar tan lejos de casa?

En realidad, no era así, pero, llegados a estas alturas, Viv empezaba a estar un poco desesperada, y algo hubo en el tono del anuncio de búsqueda de personal que había visto en el periódico, en el que se enumeraban pocos requisitos pero se le prometía un trabajo «gratificante y valioso» en una concurrida consulta en Washington D. C. a una enfermera que pudiera empezar de inmediato, que le dio la impresión de que la que había publicado el anuncio también estaba un poco desesperada. Pero, por supuesto, no podía decirle algo así. Sonrió.

—Bueno, me ha parecido un puesto muy interesante. Soy una persona a la que le gusta estar ocupada —dijo, lo cual era del todo cierto—, y me gustó que dijera que el empleo sería gratificante a nivel personal.

Aquello, sin embargo, ya era rizar el rizo. Viv siempre había sido una mentirosa nefasta y, por la mirada que le lanzó la doctora, supo que seguía siendo igual. Suspiró.

—Vale, no me voy a andar con rodeos. Si no me hubieran rechazado para otros siete puestos de trabajo más cerca de Concordia, no me habría postulado para este.

La doctora Giordano colocó los codos en la mesa y apoyó el mentón sobre las manos unidas.

—¿Siete entrevistas y… ni una sola oferta?

Irritada como estaba por el tono de voz de la doctora y sintiéndose algo combativa, Viv se cruzó de brazos sobre el pecho y levantó el mentón.

—Ni una sola. De hecho, la cosa está tan mal que hasta he dejado de avisar a mi familia y a mis amigas cada vez que tengo una entrevista para ahorrarme la humillación de no tener que admitir que me han rechazado una vez más. Cuando mi amiga Bitsy me llamó

por la mañana para preguntarme si quería pasarme por su casa y probar una receta vegetariana rara que quiere llevar al club de lectura, yo me inventé la excusa de que tenía que ir al dentista urgentemente.

—Siete entrevistas… —La doctora parecía incluso impresionada —. ¿Qué problema tiene?

—¡Ninguno! —dijo Viv, antes de golpearse el pecho—. ¡Soy una enfermera de primera! ¡La mejor! Heridas de bala, gangrenas, cólera, fracturas abiertas, virus, infecciones, enfermedades tropicales… He visto de todo y lo soporto todo. No hay nada que me intimide.

—Es bueno saberlo —le dijo la doctora—, porque en este barrio tenemos de todo. Enfermedades tropicales tal vez no, pero lo demás, sí. Pero, mire, si tan maravillosa es, ¿por qué no le ha ofrecido trabajo nadie?

—Porque llevo fuera del sector dieciocho años. Y porque tengo seis hijos.

—¿Seis?

—Seis.

En las anteriores entrevistas, este había sido el momento en el que, por muy cualificada o dispuesta que estuviera ella o por muy bien que hubieran ido las cosas hasta entonces, la informaban de que no se adecuaba al perfil que buscaban para el trabajo. Dado que, sin lugar a dudas, iba a suceder de nuevo y no tenía nada que perder, Viv decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Y encima estoy embarazada del séptimo.

—¿Cuándo va a nacer? —Quiso saber la doctora.

—A finales de octubre.

La doctora Giordano frunció el ceño, ladeando la cabeza y haciendo el cálculo mental.

—Entonces, ¿lleva unas ocho semanas embarazada?

—Más bien diez —dijo Viv.

—Ajá. ¿Y está completamente segura de que está embarazada? ¿Cómo se ha enterado, para empezar?

—Tengo cuarenta y un años —respondió—. Y, después de seis embarazos, créame, estas cosas se saben.

La doctora se encogió de hombros.

—La creo. Háble me de los otros embarazos. ¿Tuvo alguna complicación? ¿Náuseas matutinas? ¿Varices? ¿Diabetes gestacional? ¿Fatiga?

—Algo de náuseas los primeros dos meses —dijo Viv—, pero nada más. Los partos son fáciles. Soy de esas mujeres raras que tienen más energía cuando están embarazadas.

—Menos mal, teniendo como tiene seis niños en casa. —La doctora Giordano entrecerró los ojos y se dio unos golpecitos en los labios con el dedo—. Así pues, asumiendo que este embarazo será como los demás, en realidad no hay nada que la impida trabajar. Tendría que buscar a alguien que la sustituyese en otoño, siempre y cuando usted esté interesada en el empleo. No es lo ideal, pero si nosotras…

—Espere un momento —la interrumpió Viv, sacudiendo la cabeza como para quitarse agua de los oídos—. ¿Se está planteando contratarme de verdad? ¿Por qué?

—Porque es una enfermera con experiencia y salta a la vista que tiene maña. Cualquiera que haya pasado tanto tiempo como usted en un hospital de campaña militar es capaz de soportar lo que sea. ¿Que si preferiría que no hubiera pasado tanto tiempo desde que estuvo de servicio? —preguntó la doctora, asintiendo para responder a su propia pregunta—. Desde luego. Pero la gente que ha ejercido la medicina en el frente suele aprender rápido y tener recursos. Estoy segura de que no le llevará mucho tiempo recuperar el ritmo de trabajo. Por cierto, también me gusta que no tenga miedo de defenderse. Mis pacientes son buenas personas en general, pero a veces pueden llegar a ser un poco bruscos. Necesito una enfermera que no se ande con chiquitas.

—Bueno, ser madre es lo que te enseña —dijo Viv—. Los niños son como los caballos. Huelen el miedo. Hay que saber imponerse.

La doctora Giordano abrió las palmas de las manos, como

dándole las gracias a Viv por haber dicho en voz alta lo que estaba pensando ella.

—Bueno, como ha sido sincera conmigo, yo también lo seré con usted. A decir verdad, no parece que haya ninguna otra mujer interesada en este empleo. El salario es más bajo de lo que ganaría en cualquier otro lugar. Porque, además de ser un poco bruscos, la mayoría de mis pacientes son pobres. Son muy pocos los que tienen seguro médico y la mayoría de los que sí lo tienen solo cubre las hospitalizaciones. Cobro de forma proporcional, según lo que pueda permitirse el paciente. En la mayoría de los casos, no es mucho. Y, aun así, no siempre pagan.

A lo largo de dos semanas de entrevistas, Viv había hablado con cinco doctores con consultas privadas. A todos parecía irles bien en las finanzas, por lo que no pudo evitar plantearle la siguiente pregunta:

—¿Por qué ejerce aquí, entonces? ¿Por qué no abre la consulta en otro vecindario y trabaja para pacientes que puedan costearse sus servicios?

—Verá, yo me pregunto lo mismo todos los días.

Francesca se recostó en el asiento; se la veía cansada, pero también más relajada que antes.

—He crecido aquí. El vecindario de Brookland siempre ha sido un crisol de nacionalidades y razas. Mis padres llegaron a los Estados Unidos en 1907 y abrieron una pequeña tienda italiana a unas tres manzanas de aquí. Hoy en día, es una lavandería y mis padres han fallecido, pero yo sigo viviendo en la casa en la que nací en la calle Keamy. La gente se refiere a Brookland como «la pequeña Roma» porque hay muchísimas instituciones católicas, y yo soy producto de todo ello. Iba a la iglesia de San Antonio de Padua y cursé estudios universitarios en la Universidad Católica, a diez minutos a pie de mi casa.

»Cuando me aceptaron en la Facultad de Medicina de la Universidad Case de la Reserva Occidental, las homilías que escuchaba y el catecismo que me impartían de niña me siguieron

hasta Cleveland. Cada vez que pensaba en entrar a trabajar en una consulta fina y lucrativa en un barrio residencial para atender a hombres de negocios con gota y a sus esposas con problemas de nervios y palpitaciones, tenía remordimientos de conciencia y oía la voz de mi profesora de sexto curso, la hermana Inmaculada, que hablaba de las expectativas que recaían sobre aquellos a los que no les faltaba de nada.

»Entonces, ¿que qué hago yo aquí? No tengo ni la menor idea. La culpa la tienen las monjas, supongo.

Cuando Francesca levantó las manos y se encogió de hombros, Viv no pudo reprimir la sonrisa.

—En la escuela de mi parroquia también había una hermana Inmaculada. Daba clase en octavo, no en sexto, pero decía lo mismo acerca de servir a los demás y sacrificarse. Si me hubieran dado una moneda cada vez que las monjas me decían que «me sacrificara» cuando pasaba algo malo, no me haría falta trabajar para usted ni para nadie más.

—Sí —dijo la doctora, señalando el colgante de plata del Sagrado Corazón de Jesús que llevaba Viv en el cuello—. Supe que estudió en un lugar parecido nada más sentarse.

Viv se llevó la mano al collar.

—La madre superiora se los regalaba a todas las chicas cuando se graduaban. ¿Sabe? Admiraba a las hermanas de verdad; a la mayoría, al menos. Hasta los quince años, me planteaba ordenarme. Luego, descubrí el mundo de los chicos.

—¿De los chicos italianos?

—De un chico italiano en particular —dijo Viv—. Tony. Nos conocimos durante la guerra. Le alcanzó la metralla y acabó en el hospital. No se quedó internado mucho tiempo, pero sí el suficiente.

—¿Qué pensaron sus padres de que se casara con ese italiano? —Quiso saber la médica—. Porque estoy segura de que Buschetti no es su apellido de nacimiento. ¿Es usted alemana? ¿Polaca?

—Irlandesa —dijo Viv—. Mi madre se apellidaba McCormack y mi padre, Donovan. Nunca les llegué a preguntar qué les parecía la

boda con Tony, pero probablemente se sintieron aliviados. En todo caso, antes de que tuvieran la ocasión de interferir ya no había marcha atrás. En cuanto me convertí en una ESP, un capellán militar ofició la boda y el Ejército me envió a casa.

—¿ESP?

—«Embarazada sin permiso». El Ejército se parece mucho a las hermanas en ese sentido: exigen un voto de castidad. Pero esos italianos… —Viv negó levemente con la cabeza—. ¿Qué le vamos a hacer?

La doctora se echó a reír.

—Yo también tengo un italiano, Paul. Y dos niños, Cario y Lucia.

Viv estaba sorprendida. Nunca se hubiera imaginado que una mujer doctora también pudiera ser esposa y madre. La medicina era un campo muy exigente y requería estudios superiores de una década de duración como mínimo. ¿Cómo se las había arreglado la doctora Giordano para hacer todo eso y formar una familia?

—No fue fácil —dijo, respondiendo a las preguntas de Viv—. Tuve que tomar algunas decisiones complicadas. Por eso solo tengo dos hijos en lugar de seis. Hice lo que pude, malabares: a veces se me caían algunas bolas, luego las volvía a coger. Ahora que los niños son mayores, es más fácil, pero me las apañé como se las tiene que apañar cualquier mujer. Por eso no me asusta que usted tenga seis hijos o incluso siete —dijo, señalando con un gesto de la cabeza el vientre plano de Viv—. Sé que estaría a la altura del trabajo. Si le interesa, quiero decir. Si le digo la verdad, se me ocurren mil motivos por los que no debería interesarle. Sería un largo camino en coche, muchas horas… En doce años que llevo trabajando, nunca he parado para almorzar ni he salido de la consulta antes de las seis. La mayoría de los días me quedo aquí hasta las siete o las ocho para tratar de ponerme al día con los casos.

Lanzó una mirada a la mesa desordenada antes de detallarle a Viv la considerable carga de trabajo y el número de casos que tenía entre manos. La buena doctora no edulcoraba la realidad, eso desde luego. Viv llegó a preguntarse si de verdad quería contratarla y si

estaba dando una imagen pésima del empleo para que lo rechazase.

—Pero hay un lado bueno. —La doctora se inclinó hacia delante, mirándola fijamente con sus grandes ojos marrones—. Es un trabajo gratificante. Si le interesa el premio de marcar una diferencia en las vidas de las personas de las que se ha olvidado el resto del mundo, este quizá sea el trabajo mejor remunerado de la ciudad. ¿Y bien? ¿Qué me dice, enfermera Buschetti? ¿Le gustaría trabajar aquí?

Como Viv no pudo responder de inmediato, la sonrisa de la doctora Giordano se apagó. Sacó las manos de la mesa y las colocó en el regazo.

—Es una decisión importante. Tal vez preferiría ir a casa y hablarlo con su marido.

Viv era consciente de que sería lo más oportuno, pero también era consciente de que, si volvía a casa, todos los argumentos sólidos para rechazar la oferta podrían sobreponerse al cúmulo de emociones que la animaban a aceptar. Le caía bien Francesca Giordano. La respetaba.

Y lo más importante: la comprendía.

Después de lo de Pearl Harbor, Viv se unió al Ejército por los mismos motivos que la mayoría de la gente: patriotismo, un arrebato de ira justificado, un deseo discreto pero innegable de ver mundo y el miedo de quedarse al margen. Pero, a diferencia de muchas de las mujeres jóvenes que se precipitaron a alistarse, Viv tenía habilidades de verdad. Había terminado las prácticas de enfermera hacía dos años y trabajado en un hospital donde el ritmo era frenético. Era una de las mejores enfermeras del personal. Todos los médicos querían que trabajara en su tumo.

Antes de alistarse, no podía ni imaginarse la carnicería que sería la guerra. Pero sabía que los hombres y los muchachos que lucharían y caerían heridos necesitarían la ayuda que ella misma estaba capacitada para ofrecerles. Esto, unido a todo lo que sus padres, su fe y su experiencia en la vida le enseñaron, la convenció de que debería ayudar, es más, de que era su obligación ayudar.

«Hay muchas expectativas puestas en aquellos a quienes no les

falta de nada».

No solo se debía a ese sentimiento de culpa católico que tanto se difamaba y ridiculizaba. En la decisión de Viv influyó algo más, una sólida percepción del bien y del mal que era una parte tan integral de su imagen como los ojos azules o los pies pequeños. Según Viv, no sacar provecho de sus habilidades en un momento tan oscuro habría sido un acto de suprema ingratitud, una ofensa a Dios, y el mundo y su persona se habrían vuelto más pequeños, más malignos, más crueles… Peores.

Viv jamás había sido una persona elocuente, pero, si tuviese la capacidad de traducir esos impulsos en palabras, estaba convencida de que la doctora Giordano asentiría mientras le hablaba y murmuraría: «Sí. Sí, lo sé». Porque sí lo sabía. ¿Qué otra cosa la habría animado a ir por el camino difícil, a hacer malabares y a dedicar el talento que le había sido dado para servir tanto a su familia como a sus pacientes, cumpliendo así su objetivo? Si Francesca Giordano podía, Viv también podía.

¿Estaría de acuerdo Tony?

Aunque nunca le había negado que volviese a trabajar, si Tony supiera que estaba embarazada…

Pero no lo sabía.

Si tenía cuidado con la ropa que se ponía y se quejaba de forma creíble de que estaba engordando, podrían pasar dos o incluso tres meses antes de que la hinchazón la delatara. Para entonces, ya estaría adaptada al nuevo empleo y estaría en condiciones de demostrarle a él y a todo el mundo que podía hacer malabares, que podía ser enfermera, madre y, además, gestar.

«Aquellos a quienes no les falta de nada».

Viv pensó en el bebé de la sala de espera, en aquellos ojos marrones. Pensó en los ojos de la jovencísima madre, que le había sonreído y le había dado las gracias cuando pasó por delante. Luego, pensó en sus propios hijos, incluido el que llevaba en el vientre. Tenía que buscar la manera de que no se le cayera ninguna bola al hacer malabares.

—No puedo trabajar hasta tarde. Tengo que volver a casa a tiempo para hacer la cena. Tampoco puedo trabajar a tiempo completo. Dos días a la semana, de nueve a cuatro, es lo máximo que puedo ofrecer.

La doctora Giordano tamborileó los dedos en la mesa.

—¿Qué le parece tres días a la semana, de diez a tres?

Viv jugueteó con su medalla del Sagrado Corazón. Trabajar menos horas le facilitaría las cosas, pero tenía que tener en cuenta los desplazamientos, que supondrían mucho tiempo y dinero para la gasolina.

—¿Cuál es el salario?

Después de un breve tira y afloja, acordaron una subida de quince centavos por hora respecto a la oferta original. La doctora Giordano se levantó del asiento y sonrió cuando le dio un apretón de manos para sellar el acuerdo.

—Ya que está usted aquí, ¿le gustaría quedarse un rato? ¿Acompañarme mientras veo a algunos pacientes?

—No puedo —respondió Viv—. Las galletas para la tropa de *scouts* de mi hija llegan hoy y tengo que organizar las reparticiones. Además, mañana tengo reunión del club de lectura y tengo que terminar el libro.

—¿Qué están leyendo?

—*La mística de la feminidad*.

La señora Giordano asintió.

—Yo también lo he leído. Muy interesante. Despertará más de una conciencia. ¿Qué le ha parecido?

—La lectura nunca ha sido lo mío —admitió—. Mi amiga Margaret me presionó bastante para que me uniera al club, pero, si le digo la verdad, cuando empecé el libro me arrepentí. Francesca enarcó las cejas. Viv alzó las manos y se apresuró a aclararlo:

—Oh, no me malinterprete; al final me terminó gustado, pero, al principio, me costó sentirme identificada. Ser esposa y madre siempre ha sido mi sueño y me he sentido realizada. Francesca ladeó la cabeza.

—Pero aquí está.

—Aquí estoy —dijo Viv, más para sus adentros que para la doctora—. Supongo que he llegado a un punto en el que quiero algo más. ¿Un reto nuevo, una nueva forma de contribuir, tal vez? —Levantó la mirada—. ¿Le parece eso egoísta?

—A mí no. Cuando los hombres encuentran nuevas montañas que escalar, les dan una palmada en la espalda y una ronda de aplausos. La gente los considera luchadores. ¿Por qué con las mujeres debería ser diferente? Tampoco es que se vaya usted a unirse al circo y a abandonar a sus hijos a su suerte. Si acaso, se está poniendo más carga de trabajo: cuidará de su familia y, por si fuera poco, de los demás. ¿Qué tiene eso de egoísta? Por no decir que tiene usted talento. Lo que a mí me parecería egoísta sería guardarlo para sí, echarse a la bartola y pasarse los siguientes cuarenta años jugando al *bridge*.

Viv no podía dejar de asentir mientras la doctora le decía todo aquello. Era un alivio conocer a una persona que comprendía su motivación, que podía explicarla mejor que ella.

—Los niños no son niños para siempre —añadió Viv—. Cuando crezcan, ¿qué se supone que hay que hacer? ¿Salir a comer con las chicas, quejarse de la artritis, darles la lata a los hijos porque nunca llaman ni escriben? Eso mismo fue lo que hizo mi madre. Le sentaba mal a todo el mundo, en especial a ella.

—Exacto —dijo la doctora, haciendo un gesto con el que le daba la razón—. Lo que está haciendo usted es aprovechar al máximo esta etapa de su vida y prepararse a la vez para la siguiente. —Unió las manos—. A propósito, enfermera Buschetti, ¿cree que podría empezar a trabajar la semana que viene?

Viv sonrió de oreja a oreja.

—Perfecto. Tengo muchas ganas.

La sonrisa de Francesca irradiaba gratitud.

—Yo también.

Capítulo 10
Una colección muy selecta

Edwin y Helen Babcock, los propietarios de la librería Babcock's Best Books, se conocieron en clase de posgrado de Literatura Estadounidense en la Universidad de Wisconsin en 1927 y se unieron a raíz de Ernest Hemingway, aunque no por los motivos que cabría esperar.

Edwin adoraba a Hemingway; decía que su manera de escribir era «sobria y musculosa» y pensaba que poseía «una visión magnífica de la condición humana». Helen detestaba a Hemingway, sentía que los temas de sus obras eran repetitivos («Da igual lo terrible que sea el protagonista, da igual lo estrepitosas que sean sus decisiones; por el motivo que sea, siempre es culpa de la mujer, ¡siempre!») y sus descripciones, muy pobres («¿Se moriría por usar un adjetivo? ¿Tiene que pagar por cada uno que use?»).

El debate había superado treinta y cinco años de matrimonio y la copropiedad de dos librerías.

Su primera tienda, que no era precisamente un negocio próspero, pero sí rentable, estaba ubicada en Minneapolis. Al cabo de treinta y un años, vendieron la tienda, se jubilaron y se marcharon a Virginia para estar más cerca de su única hija y de sus tres nietos. Cuando su hija empezó a dejar a los niños en su casa varias veces por semana, se dieron cuenta de que la jubilación no

era para tanto y abrieron otra librería.

—Yo adoro a mis nietos como cualquier otra mujer —le explicó Helen a Margaret cuando se conocieron, el día en el que esta última compró el ejemplar de *Regalo del mar*—, Pero ya he cumplido. Y, si voy a trabajar, preferiría que me pagaran por ello. Además, echábamos de menos estar rodeados de libros.

La forma en la que lo dijo transmitía cierta melancolía; era el mismo tono que adoptaría alguien al rememorar el pueblo de su infancia o a una mascota muy querida que hubiera fallecido, y por eso mismo Margaret se enamoró al instante de la librera excéntrica y testaruda de sesenta y cinco años. La gente con personalidad siempre había sido el punto débil de Margaret, y Helen, desde luego, era una de ellas.

Era alta y de piel morena, llevaba el largo cabello blanco recogido en dos trenzas que se enroscaban en una corona alrededor de la cabeza y lucía coloridas faldas con vuelo y blusas bordadas al más estilo del suroeste. Nació en Sun Prairie, Wisconsin, pueblo natal de Georgia O'Keeffe. O'Keeffe era algo mayor, pero por la razón que fuera empezaron a enviarse correspondencia. Cuando fue a visitar a la artista a Nuevo México, Helen se enamoró de la moda regional.

Que Helen y Edwin hubieran viajado y leído tanto consolidó el afecto que Margaret le profesaba a la pareja. El conocimiento que poseían entre los dos rozaba lo enciclopédico, y el debate eterno a propósito de Hemingway era tan sincero como intelectual, además de adorable. Al igual que la reverencia que sentían por las palabras escritas. Babcock's Best Books, más que una librería, comprendió entonces Margaret, era una colección muy selecta de libros que Helen y Edwin deseaban fervientemente que leyesen los demás.

La mañana de la reunión del club de lectura, Margaret se pasó por la tienda para preguntarle a Helen qué deberían leer las Bettys a continuación. No fue de sorprender que le hiciera varias sugerencias.

Si bien Helen pensaba que el libro de Friedan era una rotunda llamada de atención a la generación actual, a diferencia de Charlotte, no lo consideraba del todo pionero.

—Es más un refinamiento de lo que han empezado otras, en algunos casos hace mucho tiempo —dijo Helen, dedicándole una mirada insinuante por encima de las gafas de ojo de gato con montura verde.

Le entregó a Margaret un ejemplar de *Vindicación de los derechos de la mujer*, escrito por Mary Wollstonecraft en 1791. Margaret lo añadió a los demás libros que ya le había recomendado Helen, como *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, y *Una habitación propia*, de Virginia Woolf.

—Woolf analiza los obstáculos sociales y económicos a los que se deben enfrentar las escritoras, pero, en términos más generales, el libro trata del intento de las mujeres por prosperar en casi cualquier profesión. Debería llamarte la atención en particular, ahora que eres una mujer de letras —le dijo Helen.

—Oh, para nada —rebatió Margaret—. No es más que una columna tonta en una revista para mujeres.

La mirada intensa de Helen la halagó y la avergonzó a la vez y Margaret se arrepintió de haberle contado lo del concurso, Leonard Clement y el viaje a Nueva York.

—Pero es un comienzo —recalcó Helen, colocando una mano llena de manchas de la edad y de marcas de la artritis en el antebrazo de Margaret, moreno por la luz del sol—. Eso —enfatizó— de tonto no tiene nada.

Después de seleccionar sus preferidos de la sección de no ficción, Helen condujo a Margaret al lado opuesto de la librería.

—Necesitas añadir alguna novela —le dijo, entre el frufrú de su falda de color verde azulado, conforme se paseaba por un valle de estanterías, sacando volúmenes con destreza de los estantes sin dejar de caminar ni detenerse a examinar los lomos—. Los libros que surgen de la imaginación de un autor pueden llegar a ser tan reveladores como los que están basados en hechos, cifras y eventos, o más reveladores si cabe. Las novelas te obligan a pensar, ni más ni menos, a llegar a tus propias conclusiones en lo referente a los personajes y los temas tratados y a decidir si son válidos, relevantes,

realistas, buenos, todo lo contrario o están a medias. Personalmente, lo que más me gusta es cuando están a medias. Me parece que jamás he conocido a una persona que esté en un extremo u otro, ¿y tú? La mayoría de la gente es un cúmulo de contradicciones con patas.

Margaret, que estaba pensando en Charlotte, asintió.

—Échale un vistazo a este. —Helen sacó de la estantería un libro con el título rojo y decorado con margaritas blancas—. *El grupo*, de Mary McCarthy. Se publicó hace un par de meses. Hay reseñas de todo tipo, pero a mí me ha gustado. Trata de ocho mujeres que se hacen amigas en Vassar y de lo que les sucede durante los siete años después de graduarse; es decir, de todo: bodas, divorcios, partos, corazones rotos, arrebatos de locura, traiciones y castigos, lo que se te ocurra. Se ambienta, principalmente, en la década de los treinta, pero el argumento sigue dejando huella a día de hoy. Quizá porque han cambiado muy pocas cosas. —Suspiró—. En fin, este deberías planteártelo en serio.

Eso mismo fue lo que le dijo del resto de las novelas que le recomendó como opciones para el club de lectura, incluidos *Herland* (un libro escrito en 1915 por Charlotte Perkins Gilman que narra lo que sucede cuando en una sociedad poblada y dirigida única y exclusivamente por mujeres se infiltran tres hombres forasteros), *A Town Like Alice*, de Nevil Shute, una colección de relatos cortos de Flannery O'Connor, *Babbitt*, de Sinclair Lewis, y *Vía revolucionaria*, de Richard Yates.

—Estos, en concreto, no se centran en mujeres protagonistas —dijo Helen a propósito de los dos últimos títulos—, pero comentan unas cuantas cosas acerca de lo agobiante que es un exceso de conformidad, algo de lo que los poderes fácticos de Concordia parecen no cansarse jamás. —Se colocó detrás del mostrador—. ¿Te lo he dicho ya? La asociación nos envió una carta para comunicarnos que debíamos retirar las macetas de terracota que teníamos en la puerta de la tienda porque el naranja no está entre los colores aprobados en el plan maestro de Concordia y porque el *Phlox* no

figura en la lista de plantas permitidas. ¡Es ridículo!

Margaret depositó los libros en el mostrador; la pila le llegaba casi hasta la nariz.

—A mí me lo vas a decir. Ayer Charlotte salió y se encontró con que alguien había plantado un pino blanco americano en su jardín. Supuso que se trataría de un error, pero, luego, el director del departamento de paisajismo le dijo que entraba dentro del plan maestro. Charlotte está que se sube por las paredes, furiosa e indignada.

Helen se quedó boquiabierta.

—¿Cómo? ¡Pero si es su casa! ¿Cómo se atreven a decirle lo que tiene y lo que no tiene que plantar?

Aunque la librería se localizaba en el centro del pueblo, Helen y Edwin, en realidad, no vivían en Concordia, sino que se habían comprado una casita en un terreno de unos tres mil metros cuadrados a un kilómetro y medio de la granja donde Margaret había comprado el pavo de Navidad, de modo que Helen no siempre estaba al día de las reglas de la comunidad.

—Porque todas las personas que han comprado una casa en Concordia han firmado documentos comprometiéndose a cumplir las normas —le explicó Margaret—. Imagino que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Si la asociación no gestionara el paisajismo de nuestras casas, no tendríamos nada aparte de hierba. Pero lo que es irónico es que plantaron abedules en mi jardín, que es lo que quería Charlotte para el suyo.

—Una conformidad corrosiva. Una conformidad vacía —aseveró Helen, y sus pulseras de plata y turquesa tintinearon cuando señaló con el dedo en dirección a Margaret—. Dile a Charlotte que tiene que leer *Vía revolucionaria*. Le llegará hondo, en muchos sentidos.

—De acuerdo, pero… —Desvió la mirada hacia la pila de libros—. Helen, son todas sugerencias maravillosas, pero me parece que no puedo…

—¿Permitirte todo esto? —Agitó la mano antes de que Margaret tuviera tiempo de responderle—. Tú no te preocupes. Te los llevas

prestados, no comprados. Repásalos cuando llegues a casa, lleva los que más te gusten a la reunión para que las Bettys voten y tráeme los que no elijáis. Lo único que te pido es que procures no estropear los lomos ni verter nada sobre las páginas.

—Pero… ¿y si pasa? —preguntó Margaret, llevada por la ansiedad y recordando la mancha de café en la página 28 de su ejemplar inmaculado de *Regalo del mar*.

Helen se encogió de hombros.

—Entonces, el libro irá a parar a la mesa de los descuentos. Son gajes del oficio. Si quisiera ser rica, no habría abierto una librería.

—¿Seguro que no quieres que deje un depósito o algo?

—Solo si tienes pensado cometer un delito y fugarte del pueblo para llevarle la delantera a la justicia. Como no pareces una mujer que dedique su vida al crimen, estoy dispuesta a correr el riesgo. Oh, por cierto, tengo un regalo para ti.

Helen buscó por debajo del mostrador y sacó un volumen fino, algo desgastado, con dos pétalos de rosa en la cubierta.

—El último libro de Anne Morrow Lindbergh, *Dearly Beloved*. Se publicó el año pasado. Ya lo he leído tres veces, así que está un poco desmejorado, pero he pensado que no te importaría. Margaret cogió el libro.

—¡Helen, eres la mejor!

—No. No soy más que una amante de la lectura a la que le gusta compartir cosas buenas. En Minneapolis, había veinte clubes de lectura en la tienda. El de las Bettys es el primero en Concordia. Espero que se pongan de moda.

Margaret también lo esperaba, y no solo por el bien de Helen y de Edwin. Con el paso del tiempo, había terminado pensando en la librería como en un club de lectura en sí mismo, un lugar en el que conversar y socializar con personas que sentían curiosidad por las mismas cosas que ella, una isla de ideas en un mar de conformidad. Margaret no se imaginaba Concordia sin Babcock’s Best Books y tampoco quería hacerlo. Que aquella mañana fuera la única clienta en el local era preocupante.

—Bueno —dijo Helen, después de escribir una lista de los libros que se iba a llevar Margaret—, ¿te puedo ayudar en algo más? ¿Alguna inquietud que resolver? ¿Alguna curiosidad que satisfacer?

De pronto, Margaret se dio cuenta de que sí había algo más.

—¿Tienes libros de arte moderno?

—Estanterías llenas —dijo Helen—. ¿Buscas a un artista en particular?

—Sí, a Lawrence Ahlgren. Pues no sé mucho de él.

Por la forma en la que frunció el ceño, Helen tampoco debía de saber mucho.

—Se lo preguntaré a Edwin. Está en la trastienda, intentando sacar algo de rentabilidad a las cuentas. No va a valer para nada, eso ya te lo digo yo. Te estará agradecido por darle una distracción y, además, la sección de arte es su favorita.

Si Helen era un pájaro exótico con un plumaje insólito, Edwin era tan común como un cuervo.

Su esposa le sacaba media cabeza; vestía pantalones arrugados, mocasines rayados, un chaleco azul de punto con pelusa sobre una camisa azul con los puños deshilachados y unas gafas gruesas, ligeramente torcidas, a las que les vendría bien una limpieza. Pero Edwin también tenía un pelo maravilloso: grueso, blanco y un poco largo. Margaret sospechaba que prefería pasar el tiempo leyendo que sentado en la silla del peluquero.

La sección de arte de la librería era, efectivamente, la favorita de Edwin, y la conocía al milímetro.

—No se ha escrito ningún libro sobre Ahlgren en específico —la informó—, aunque sospecho que la cosa cambiará dentro de unos años. Si no me falla la memoria, se lo menciona aquí, por algún lado… —Edwin se detuvo, hojeando un libro enorme con una cubierta negra—. ¡Sí! Aquí está, en la página 314, pero solo son tres páginas. Imagino que no te interesa comprar un libro entero solo por tres páginas, ¿no?

—Mmm…, eso depende. ¿Cuánto cuesta?

Margaret hizo una mueca sin poder evitarlo cuando oyó el precio.

Edwin suspiró.

—Devuélvelo a la estantería cuando hayas terminado —le dijo—. Procura que no se estropee el lomo.

El derrotismo su rostro hizo que Margaret se sintiera culpable. Helen y Edwin habían dedicado, entre los dos, una hora de su tiempo para ayudarla sin conseguir ni una sola venta. El librero dejó el libro en sus manos y, entonces, se dio la vuelta para regresar al despacho. Margaret no lo podía soportar.

—¿Sabes qué, Edwin? Una última cosa. Estoy pensando en hacerle un regalo a mi marido.

Nada más decirlo, se dio cuenta de que podría ser buena idea. Durante las semanas que siguieron a la discusión en la cocina, la relación de Margaret y Walter se había… enfriado no, no del todo, pero sí estancado. Nunca habían pasado tanto tiempo sin hacer el amor y Margaret lo echaba en falta, no solo por el arranque de pasión, sino por la conexión sentimental que iba unida al roce físico. No tenía la impresión de que se debiera a que Walt estaba tratando de castigarla. La vida en casa, de hecho, era más tranquila que antes, pero porque ahora se comunicaban menos. Walt pasaba más noches en el club de la organización Veteranos de Guerras en el Extranjero, y cuando se quedaba en casa, se pasaba las veladas viendo la televisión y bebiendo cerveza; casi todas las noches se terminaba un paquete de seis.

Aunque empezaba a pensar que una pelea sería más llevadera que esta separación impuesta por el silencio, no era capaz de empezar una. Tras ser testigo, años y años, de batallas dialécticas salidas de tono entre sus padres, las discusiones le parecían aborrecibles. Tal vez un regalo la ayudaría a disminuir la distancia que los separaba.

—Cuando estábamos en la universidad, a Walt le encantaba Hemingway. ¿Qué me recomiendas?

Edwin se giró hacia ella como una peonza que se hubiera soltado de la cuerda, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Tengo el regalo perfecto! Scribner ha publicado una edición de

El viejo y el mar para celebrar el aniversario con ilustraciones preciosas. Y solo cuesta cinco dólares.

—Me parece perfecto —dijo Margaret.

—¡Una elección maravillosa! Te lo dejaré en el mostrador. Incluso te lo envolveré en papel de regalo.

Edwin se alejó silbando, con paso animado. Cuando se hubo marchado, Margaret abrió el libro de arte y se puso a informarse acerca de Lawrence Ahlgren. El texto solo hablaba un poco de su obra, sin darle ni una sola pista de por qué un pintor del expresionismo abstracto que se había vuelto famoso con tanta celeridad había entrado en contacto con Charlotte, la cual, por muy interesada que estuviera en el arte, claramente pertenecía a otro mundo. Pero sí hubo algo que le llamó la atención.

De acuerdo con el libro, Ahlgren era danés y había empezado a tener repercusión cuando todavía vivía en Dinamarca. No obstante, no alcanzó el estrellato de verdad hasta que vino a Nueva York en 1959. Pero… ¿acaso no le había dicho Charlotte que se habían conocido en una fiesta en Nueva York hacía casi una década?

Que Charlotte quizá no le hubiera dicho la verdad la molestaba. Aunque no paró de decirse que no era asunto suyo, era incapaz de olvidar el hambre indómita e irreprimible que había transmitido la expresión de Charlotte cuando contemplaba el cuadro de Ahlgren.

Y Margaret empezaba a formar una teoría.

Otras mujeres hablaban de sus maridos, pero Charlotte casi nunca mencionaba al suyo. Dejando a un lado el hecho de que la decisión de mudarse a Concordia la había tomado él y que Charlotte le guardaba rencor por ello, lo único que sabía Margaret de Howard era que se pasaba la vida desplazándose entre Nueva York y Washington D. C., donde se suponía que abriría una nueva sucursal de la empresa familiar de correduría. Margaret todavía no lo conocía; parecía que casi nunca dormía en casa.

¿Acaso la ausencia de Howard, el destierro de Charlotte a un barrio residencial y el hecho de que fuera claramente incapaz de hablar de su marido estaban relacionados con Ahlgren? Un marido

celoso, desde luego, podría desplazar a su familia para frustrar la infidelidad de una esposa o incluso un encaprichamiento irracional. Sin embargo, a pesar de que Charlotte hablaba con descaro de «maridos de sustitución», a Margaret le costaba imaginarse que de verdad engañara a su esposo. Pero saltaba a la vista que había tensión en el matrimonio, lo cual podría explicar muchas otras cosas…, como las pastillas, los cócteles en plena tarde y los arrebatos de tristeza y rabia que en ocasiones agrietaban la fachada de frenesí y sarcasmo de Charlotte.

A Margaret le gustaría confirmar todo esto y que Charlotte se fiase lo suficiente de ella como para hablarle de su vida privada. Con una charla no cambiarían las circunstancias, pero tal vez ayudaría a Charlotte a sentirse menos sola.

Sea como fuere, a no ser que Charlotte sacara el tema a colación, Margaret no tenía vela en ese entierro.

Volvió a colocar el libro en el hueco de la estantería y se acercó al mostrador para coger los libros, incluido el regalo que no tenía planeado comprar. Helen la estaba esperando, sosteniendo un rectángulo fino envuelto en papel de regalo de color verde bosque, con un lazo oscuro.

—¿Hemingway? ¿En serio?

—Es un regalo para Walt. Se me ha ocurrido que…

Helen la interrumpió levantando una mano y con una expresión de piedra que evidenciaba que, aunque por esta vez le perdonaría por la traición, no debían volver a sacar el tema bajo ningún concepto. Margaret apretó los labios. Helen cogió un pequeño folleto del mostrador y se lo tendió.

—¿Podrías hacerme el favor de darle esto a Bitsy cuando la veas esta noche?

—Faltaría más —dijo Margaret, contenta de cambiar de tema—. ¿Qué es?

—Un panfleto de recetas vegetarianas de la Universidad Loma Linda. Ha venido a preguntar por libros de cocina vegetariana. Dile que sigo investigando, pero que, por el momento, esto es todo lo

que he encontrado.

Margaret hojeó el panfleto, echando un vistazo a las recetas fáciles para preparar chili, un sabroso pan de nueces y buñuelos de coliflor. La mayoría no parecía nada apetecible.

—¿Betty va a dejar de comer carne? ¿Incluso pescado? ¿Por qué?

—Ni idea —respondió Helen—. Lo único que me dijo fue que, antes de que vuelva a cocinarle otro bistec a Kingsley Cobb, se congelará el infierno.

Capítulo 11
Madres e hijas

En la primera reunión, las Bettys habían tomado la decisión de que todas llevarían comida a los futuros encuentros, para aliviar la carga de la anfitriona. De modo que Margaret preparó dos pasteles, uno para la segunda reunión de las Bettys y otro para Walt y los niños, aunque más que nada para Walt. El chocolate alemán era su perdición, y la intención era evitar otro incidente como el del sándwich de queso.

Margaret colocó el primer pastel en el táper verde para tartas y, luego, levantó un poco la punta del plástico para expulsar el aire. Miró a Beth, quien, sentada a la mesa de la cocina, estaba jugando a un juego de mesa que consistía en construir trampas para ratones con Suzy y Bobby.

—El pastel tiene que enfriarse otra media hora. Llévale un trozo a papá a la sala de estar antes de servirte uno para ti, ¿sí?

Beth dejó de mover su ratón de plástico de color rojo por el tablero.

—¿Por qué no se lo sirve él solo? ¿Por qué tengo que hacer yo de camarera?

—Porque eres la mayor. Y porque te doy veinticinco centavos a cambio de que cuides de tu hermano y de tu hermana y de que te asegures de que se vayan a dormir a la hora.

—La señora Kimble me paga cincuenta centavos cuando hago de niñera.

—La señora Kimble no te ofrece alojamiento y comida.

Suzy desplazó su ficha de ratón hasta una casilla de construcción y añadió un tobogán de plástico de color rojo al tablero.

—Yo no necesito niñera —dijo—. Si me das veinte centavos, me voy sola a la cama.

—¡Y yo! —Bobby sacudió los dados y le sacó la lengua a su hermana mayor—. ¿Por qué ella tiene una paga y nosotros no?

—Porque es la mayor.

—¿Y qué? ¡Eso no es justo!

—La vida no es justa —le dijo Margaret.

Beth sacó las garras como un gato a punto de saltar, al tiempo que se inclinaba sobre su hermano.

—¿Lo has oído, enano? Aquí mando yo.

—Aquí manda papá —dijo Margaret—. ¿Beth? Pórtate bien con ellos, te lo digo en serio. Y esto va para todos: lavad los platos cuando os terminéis el pastel. No los dejéis en el fregadero.

—¿Y papá qué? —inquirió Beth—. ¿También tiene que lavar los platos?

—No seas impertinente —le dijo Margaret.

Después de advertirles que se portaran bien una última vez, llevó el pastel al vestíbulo y lo dejó sobre una silla cerca de la puerta antes de entrar en la sala de estar. Walt estaba sentado en el sofá, descalzo, bebiendo una cerveza Miller High Life y viendo las noticias. Walter Cronkite terminó de anunciar a los Estados Unidos la colisión entre un submarino nuclear soviético y un buque mercante finlandés y, luego, lanzó la noticia estrella de la noche:

—En Birmingham, Alabama, activistas por los derechos civiles como Martin Luther King júnior, Ralph Abernathy, Fred Shuttlesworth y otros cincuenta han sido arrestados por manifestarse sin permiso. El reverendo King está retenido en aislamiento. Un portavoz del Gobierno de Kennedy ha dicho que…

—¿Walt? Me marcho.

Margaret se acercó por detrás del sofá y le colocó una mano en el hombro.

—¿Mmm? Oh. Vale.

Asintió, pero no apartó la mirada de la televisión.

—Es que quiero llegar a casa de Charlotte un poco antes de la hora —le dijo—, por si necesita ayuda. Hay pastel. Beth te traerá un trozo y se encargará de que los pequeños se vayan a dormir a la hora. Estoy segura de que lo tiene todo controlado, pero quizá podrías ir a echarles un vistazo a eso de las ocho, solo por si acaso, ¿de acuerdo? —Como no respondió, le apretó el hombro—. ¿De acuerdo, Walt?

—Sí, de acuerdo.

Margaret se agachó y le dio un beso en lo alto de la cabeza.

—Pues nos vemos luego. Te quiero.

Walt dio un sorbo a la cerveza.

—Ajá. Y yo a ti.

Cuando regresó al vestíbulo para recoger sus cosas, Margaret se percató de que el libro envuelto en papel de regalo de Babcock's Best Books seguía dentro del bolso.

Después de lanzar una mirada a la sala de estar para cerciorarse de que Walt no la estaba mirando, subió corriendo las escaleras en dirección al dormitorio, cogió un bolígrafo negro de la mesilla de noche y dibujó un corazón en el papel de color verde. Dejó el libro sobre la almohada de Walt y volvió a bajar las escaleras a la carrera, cogió el táper de la tarta, el bolso y la bolsa de la compra con las recomendaciones de lectura de Helen y abrió la puerta delantera.

En la cocina, Beth gritó de pronto:

—¡Ratón atrapado!

Bobby empezó gimotear de inmediato, quejándose a gritos de que no era justo y llamando a su madre para que mediase. Margaret cerró la puerta, haciendo como que no lo oía.

Margaret se sorprendió cuando Denise le abrió la puerta.

—Llega pronto —le dijo. Frunció el ceño, sorprendida; no en el mejor sentido de la palabra.

Pese a ser más baja y menos agraciada, Denise se parecía mucho a su madre. Tenía una nariz y un mentón algo puntiagudos, el pelo a la altura del hombro de ese color rojizo de las hojas de los arces a finales de otoño y unos ojos verdes que transmitían la misma perspicacia.

Pero, hasta donde sabía Margaret, hasta ahí llegaban las semejanzas.

Para empezar, a Denise no le interesaba lo más mínimo la ropa. Aunque ahora estudiaba en el instituto público de la zona, seguía llevando el uniforme de su anterior colegio en Nueva York, una falda plisada a cuadros y una chaqueta azul con un emblema dorado en el bolsillo. Según Charlotte, era lo que se ponía todos los días y a su madre la traía de cabeza. «Después de pasarse once años en escuelas privadas, ¿no era de suponer que se moriría de ganas de ponerse de una vez por todas lo que le apeteciese? —le había dicho Charlotte, claramente exasperada—. Es que no lo entiendo. ¿Por qué se empeña en parecer un bicho raro? ¿No quiere hacer amigos?». Margaret dudaba que fuese por eso, pero ¿quién sabe?

—Lo siento —dijo entonces, como respuesta al ceño fruncido de Denise—. Se me ha ocurrido venir antes de tiempo por si Charlotte necesitaba ayuda. —Levantó el táper de la tarta, como para demostrar que tenía buenas intenciones—. Puedo volver más tarde si…

Se oyó una voz procedente de una planta superior de la casa.

—¿Denise? ¿Has abierto la puerta? ¿Quién es, cariño?

Denise giró la cabeza y gritó sin volverse:

—¡Una de tus amigas!

—¿Cuál?

Denise volvió a mirar a Margaret. Aunque esta era, como mínimo, la tercera vez que se reunían, probablemente la cuarta, ninguna de las vecinas parecía haber llamado la atención de la muchacha.

—Margaret. La señora Ryan.

Denise volvió a girarse.

—¡Es la señora Ryan!

—¿Ha llegado Maggie? Bueno, ¡que entre! Ahora mismo bajo.

Al cabo de unos instantes, Charlotte bajó flotando sobre las amplias escaleras con una sonrisa y una mano levantada, como una refinada reina que saludaba a la plebe. Con un vestido ajustado de seda *shantung* dorada, un collar de perlas y un par de zapatos de tacón color beis con una pequeña hebilla dorada, estaba estupenda y parecía de muy buen humor. Le dio un beso a Margaret en la mejilla y le dijo que, al final, para el cóctel del día había optado por servir *sidecars*.

—Me planteé servir daiquiris —le dijo, conduciéndola a la sala de estar mientras daba golpecitos en el suelo de parqué con los tacones —. Y *whisky sours*. Pero los *sidecars* me parecieron mejor idea para la primavera; son dulces, pero tampoco mucho. Aun así, no puedes…

Al cruzar el umbral, Charlotte se interrumpió a mitad de frase, enmudecida al ver lo que la esperaba en la sala. Margaret también se quedó atónita. Si la sala de estar estaba desordenada la última vez que vino de visita, hoy podría declararse zona catastrófica.

Los sofás y las sillas, muebles caros, estaban tan llenos de papeles, libros y ropa que era imposible sentarse en ellos. En las mesillas había desperdigados ceniceros rebosantes, vasos altos vacíos, lápices, bolígrafos, pinceles, bolas de papel y tubos plateados de pintura al óleo. A uno le faltaba la tapa y había derramado una mancha amarilla sobre un aparador de madera de nogal que probablemente costaba más que el coche de Margaret. Contra los muebles descansaban varios lienzos. En tres caballetes había lienzos sin terminar, todos de arte abstracto. En el más grande de los tres, de unos noventa centímetros por ciento veinte, se desplegaban gruesas pinceladas de docenas de colores. Por suerte, la mayor parte del suelo estaba cubierto con una lona; de no ser así, a las alfombras orientales hechas a mano les habría deparado el mismo destino que al aparador.

Charlotte se puso colorada y se giró hacia Denise.

—¡Mira que te pedí que lo recogieras todo antes de que llegaran las Bettys!

Denise chasqueó la lengua de esa forma que solo les sale a los adolescentes, transmitiendo el desdén que sentía con una exclamación tan breve como elocuente.

—¡Eso mismo estoy haciendo! —gritó, estirando el brazo hacia la estantería de la esquina, el único mueble de la habitación que parecía cumplir con su función. Cerca había una carretilla de juguete de color rojo llena de cajas—. ¡No es culpa mía que una de ellas haya llegado antes de la hora! ¿Qué tiene que ver esto conmigo, para empezar? ¡Es tu fiesta, son tus amigas! —Recalcó—. Tengo cosas más importantes que hacer que pasarme el resto de la vida ordenando todo lo que desordenas tú. Tengo que enviar mi redacción a Oxford a finales de esta semana.

Charlotte se colocó una mano en la cadera.

—Estoy harta de oírte hablar del maldito Oxford. Si piensas que escapar a Inglaterra te va a cambiar la vida por arte de magia y convertirte en algo que no podrás ser jamás, tienes otra…

A Charlotte se le estaba poniendo la cara muy roja. Margaret también se puso un poco colorada. Sentía que debía pedir disculpas en voz baja, decir que volvería más tarde. Sin embargo, como intuía que madre e hija estaban a punto de pronunciar unas palabras de las que se acabarían arrepintiendo, se colocó entre las dos.

—Denise, lo siento mucho. No te culpo por estar molesta. A mí tampoco me gusta nada que los invitados lleguen antes de tiempo. Pero, ya que estoy aquí, nada me impide echar una mano y ayudar a ordenar esto antes de que lleguen las demás. Tú vete a escribir la redacción. Ya acabaremos de limpiar Charlotte y yo. De verdad —dijo, respondiendo a la mirada dubitativa de Denise—. Está todo controlado.

Parecía que Denise tenía ganas de decir algo, pero apretó los labios y se marchó hacia la puerta. Justo antes de salir, Charlotte cuadró los hombros e hizo ademán de arremeter hacia ella. Margaret

la retuvo.

—No —le dijo—. No lo hagas.

Margaret negó con la cabeza, pensando en el día en el que se había ofrecido a ayudar a Charlotte a terminar de desempaquetar y esta le había asegurado que no hacía falta. «La verdad es que ya casi está todo listo. No debería llevarme más de dos o tres horas».

Charlotte o bien se había mentido a sí misma o se había equivocado. Ninguna persona en su sano juicio creería que un desastre como aquel podría limpiarse en cuestión de horas, y ahora la situación era incluso más crítica.

¿Cómo era posible? ¿Qué había estado haciendo aquí dentro? ¿Y por qué?

—Ya casi estaba todo listo, de verdad —le dijo Charlotte—. Pero ese viaje a la galería de arte me inspiró tanto… Me desperté en mitad de la noche, empecé a pintar y no pude parar.

A Margaret aquella explicación le pareció tan convincente como la de un ladrón de coches que le dice al juez que, técnicamente, no ha robado el vehículo, que solo ha ido a dar una vuelta. Ya que Bitsy y Viv llegarían dentro de cuarenta minutos, no había tiempo para hablar de las excusas de Charlotte o para limpiar a fondo la sala de estar. Lanzando una mirada a la carreta de juguete de color rojo llena de cajas, se dio cuenta de cuáles habían sido las intenciones de Denise.

—Charlotte, ¿y si llevas la carreta al garaje? Podemos dejar ahí las cosas de momento. Buscaré más cajas para meterlo todo dentro y quitarlo de en medio.

Ahora que Margaret estaba al mando, todo fue más rápido.

Guardaron en cajas montañas y montañas de basura y las llevaron al garaje. La colada sin doblar la amontonaron en un cesto y la dejaron en una de las habitaciones superiores. Los platos sucios y los ceniceros llenos los metieron en una bandeja y los llevaron a la cocina.

Acto seguido, vaciaron los ceniceros, los lavaron y los volvieron a colocar en la bandeja, junto con el pastel de Margaret y unas copas limpias para los cócteles que había encontrado en la alacena. Parecía que Charlotte no tenía ni escoba ni recogedor, pero sí suficientes copas de Martini y vasos altos para abastecer el Round Robin Bar en el hotel Willard. Margaret llevó la bandeja a la sala de estar y lo depositó todo sobre el aparador recién ordenado.

Avanzaban rápido como equipo. Cuando solo faltaban cinco minutos, la casa de Charlotte, aunque no se podía decir que estuviera reluciente, empezaba a parecer cuando menos presentable, siempre y cuando a nadie se le ocurriese abrir un armario o meterse en las otras habitaciones. Cuando Margaret comenzó a reunir los lienzos, le dijo a Charlotte que limpiase las mesas con una bayeta. Se puso a ello de inmediato.

Margaret intuyó que Charlotte no era perezosa, sino, más bien, que en el fondo no tenía ni idea de lo que tenía que hacer.

—En Nueva York teníamos una sirvienta —le explicó, al tiempo que limpiaba la mesita con un trapo—. Renate Badenhorst, una novia de guerra alemana que bajó del barco, echó un vistazo a su prometido y cambió de idea. Eficiente, arisca, no se cortaba ni un pelo. Nunca pensé que la echaría de menos, pero ya ves.

—Levanta el cenicero —le indicó Margaret—. Limpia por debajo también, no solo por los lados.

—El doctor Barry no me permite contratar a una nueva criada. Dice que hacer las tareas del hogar es terapéutico y que me ayudará a «acostumbrarme a mi función». —Charlotte dibujó unas comillas en el aire con las manos antes de pasar el paño por la mesita una última vez—. Howard dice que está de acuerdo, pero me parece que lo que pasa es que es un tacaño. Lo cual no deja de ser irónico, teniendo en cuenta que fue mi fideicomiso lo que le proporcionó la entrada para comprarse esta monstruosidad burguesa de casa y que es la empresa de mi padre la que le da un sueldo. En fin, nunca está en casa, así que ¿qué más le da?

Charlotte tomó asiento en el sofá y encendió un cigarrillo.

Margaret llevó un montón de lienzos al comedor y, luego, se puso a doblar las lonas del suelo.

—No te olvides de las mesas. Y de las lámparas. Están llenas de polvo.

—Ya. —Charlotte cogió el paño—. A Howard le parece mejor idea contratar a una cocinera. Sobre todo después de este fin de semana. Preparé el almuerzo: gofres con salsa de hígado de pollo.

Margaret soltó una risa ahogada.

—¿Cómo? ¿Has preparado un plato incomestible a propósito para que te deje contratar a una cocinera? Oh, Charlotte, dime que no.

—No, si no es mi intención cocinar platos incomestibles. Se me va de las manos, créeme. —Se encogió de hombros—. Probablemente la cosa quede en nada. Aunque Howard accediera a contratar a una cocinera, ¿dónde iba yo a encontrar a alguien aquí, en mitad de la nada? No es nada fácil encontrar ayuda de la buena en los tiempos que corren.

Charlotte se echó a reír y no pudo parar, atragantándose con el humo del cigarrillo por lo que fuera que le hubiera resultado tan gracioso. Como no paró, Margaret dejó a un lado la lona, cruzó rápidamente la estancia hasta el sofá y empezó a darle palmadas en la espalda.

—Estoy bien —dijo con voz ronca después de que Margaret se hubiera ofrecido a servirle un poco de agua—. Pero ¿me has oído? Me he expresado justo como mi madre, que siempre anda con velo, y como todas sus amigas sin cerebro que se dedican a jugar al *mahjong* en Park Avenue. —Dio otra calada y se recostó en los cojines del sofá, al tiempo que esbozaba una sonrisa cargada de ironía—. Tal vez la terapia esté dando sus frutos. Tal vez me esté adaptando a mi función. Que Dios me ayude.

Charlotte soltó uno de esos suspiros que expresan todas las ironías de la vida, le rodeó el cuerpo con el brazo y le ofreció en silencio una calada. Margaret se llevó el cigarrillo a los labios e inhaló, antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar una suave columna de humo que se elevó hacia el techo. Charlotte no había

sacado el tema, no de forma directa, pero la camaradería que transmitía aquel momento y la mención de Charlotte a su antigua vida hicieron que Margaret se sintiera más confiada a la hora de ahondar más en los posibles enredos con Ahlgren y los peligros que este último podría entrañar. Inhaló hondo antes de expresar su preocupación.

—Oh, Margaret. Mi dulce e ingenua Margaret. ¿Te das cuenta de lo provinciana que pareces?

Margaret no tenía dudas de que así era, pero algunas cosas estaban bien y otras, mal. Si creer eso la convertía en una provinciana, entonces suponía que sí lo era… Pero la cosa no acababa ahí. Había que tener en cuenta a los hijos. Tenía muy claro cuáles podrían ser los daños colaterales si una mujer infeliz cometía un error impulsivo e insensato.

—De verdad, Margaret, deja ya de ponerte tan dramática. Lawrence es un viejo amigo, un viejo amigo brillante, con talento, a quien no le falta nadie por conocer dentro del mundo del arte. —Charlotte se apartó de los cojines y se sentó en el borde del sofá—. ¿Qué tiene de malo que se haya prendado de mí, como un adolescente? ¿Qué tiene de malo que yo le dé alas? No vamos en serio. Solo confío en que hable de mí en algunas galerías, que me abra una puerta o dos. Y tampoco le estamos haciendo daño a nadie. Lawrence y Enid son un matrimonio abierto. Él no cree en las ataduras.

Margaret abrió mucho los ojos.

—¿Y tú sí?

Sonó el timbre de la puerta.

Charlotte se levantó de un brinco del sofá para abrir, dejando la pregunta en el aire.

Capítulo 12
Perfectamente normal

—Aquí tienes —canturreó Charlotte, tendiéndole a Margaret una copa de cóctel con los bordes cubiertos de azúcar.

Charlotte no daba indicios de que la conversación que habían tenido la hubiera molestado. Era la misma de siempre, despreocupada y alegre, dispuesta a reírse de cualquier cosa, incluso de sí misma.

Cuando Viv hizo ademán de entrar en la cocina para buscar un cuchillo para cortar el pastel, Charlotte se había abalanzado con dramatismo hacia la puerta para impedirle el paso. «¡No! ¡No puedes! Me moriré de la humillación si entras ahí. ¡Es un horror, Vivian! Un desastre completo. Como toda la casa, hasta hace una hora. Si Margaret no hubiera venido para ayudarme a retirar la basura, habría tenido que cancelar la reunión por miedo a que tú y Bitsy, al ver la casa, llamarais al departamento de sanidad». Eso era lo curioso de Charlotte: era espontánea y sorprendentemente transparente; reconocía unos defectos por los que Margaret se habría sonrojado.

Bueno, hasta cierto punto.

Cuando Charlotte se incorporó de un brinco para abrir la puerta, Margaret supo que jamás recibiría una respuesta a su pregunta, pero no importaba. No quería arruinar la velada y no tendría que

habérselo preguntado para empezar. La alusión superficial de Charlotte al matrimonio abierto de Ahlgren, como si fuera lo más normal del mundo, la había dejado tan desconcertada que le habían salido las palabras de la boca sin pensar. Pero, conociendo a Charlotte, probablemente ese mismo había sido su propósito. Le gustaba desconcertar a la gente y mofarse de Margaret por ser «dulce, ingenua y provinciana».

En fin, el asunto ya estaba zanjado. Margaret aceptó la copa que le ofrecía.

—Salud —dijo, tomando un sorbo antes de volver a dejar la copa en la mesa.

Al igual que los *vodka stingers* de la primera reunión, los *sidecars* estaban buenos, pero también eran fuertes, y Margaret quería andar con cuidado. Charlotte se paseó con la bandeja, ofreciéndoles bebidas a las demás.

—No, gracias —dijo Viv, apartando la copa—. Sigue sin convencerme lo de beber estando embarazada.

—El tuyo no tiene alcohol —le dijo Charlotte—. Solo lleva sidra de manzana, zumo de limón, azúcar y amargos. Pero una cosa te voy a decir: no parece que estés embarazada. Un poco hinchada, si acaso, pero embarazada, no.

—Bueno, créeme que lo estoy. He empezado a cerrar la puerta del baño con pestillo para que Tony no me vea vestirme. Pero lo camuflo bastante bien, y, como ya estaba algo regordeta, probablemente no se dará cuenta hasta dentro de unas semanas más. —Viv dio un sorbo a la bebida—. ¡Ooh, qué bueno está esto!

—No seas ridícula —le dijo Charlotte—. Tú no estás regordeta. Tú eres *zaftig*.

—¿Qué significa *zaftig*? —Quiso saber Bitsy.

—Significa «rellena», «maciza».

—O sea…, «regordeta» —respondió Viv, pero Charlotte negó con la cabeza.

—No, significa «sexi», «suculenta», «suntuosa». Es yidis.

—Vaya, pues debería ser una palabra italiana. En fin, me gusta.

Lo de «sexi» y «suculenta» me convence. Y, obviamente —dijo, mirándose la cintura—, no le ha sentado mal a mi vida amorosa. A Tony le gustan las mujeres con un poco de carne en los huesos.

Bitsy tomó un buen sorbo del *sidecar* y, luego, alzó la mirada hacia Viv, como si se acabara de acordar de algo.

—Oye, ¿qué tal el dentista? ¿Solo era un empaste? ¿O terminó arrancándote el diente?

—Ay, bueno…, ahora que lo mencionas —dijo Viv, antes de aclararse la garganta y dejar la copa en la mesa—, tengo una noticia. Más bien, dos. Primero, contra todo pronóstico, he terminado *La mística de la feminidad*. Me ha costado, pero finalmente lo he terminado.

Bajó la cabeza como respuesta a la ronda de aplausos.

—Además, el mensaje del libro ha calado hondo. A partir de la semana que viene, me sentiré plena tanto dentro como fuera de la casa. Es decir —dijo, enderezándose en el asiento—, que he conseguido un empleo.

La ovación fue en aumento cuando las Bettys la felicitaron y le hicieron preguntas. ¿Dónde iba a trabajar? ¿Cuándo empezaba? Viv levantó las palmas de las manos y las llevó hacia delante, riéndose.

—Una a una, chicas. Una a una. Trabajaré tres días a la semana, de diez a tres, de enfermera clínica en la consulta de la doctora Francesca Giordano, en Washington D. C.

—En Washington D. C., ¿dónde? —Quiso saber Margaret.

—En Brookland, cerca de la Universidad Católica. Está lejos, lo sé. Y nunca me imaginé que trabajaría para una mujer. Pero esta doctora… —Viv ladeó la cabeza, al tiempo que adoptaba una expresión pensativa—. Es especial, se entrega en cuerpo y alma al trabajo. Si os digo la verdad, tengo tantas ganas de trabajar para ella que hasta lo haría a cambio del almuerzo y de dinero para la gasolina.

Charlotte se levantó del sillón verde para rellenarse la copa.

—¿Qué ha dicho tu marido?

—Está encantado. Así es mi Tony. Si yo soy feliz, él es feliz. Los

niños también están contentos. Bueno, lo único que quería saber Nick era si con mi empleo podríamos comprar un televisor en color. Pero ¿sabéis qué? Andrea me dio un abrazo y me dijo que estaba orgullosa de mí. Incluso se ofreció a empezar a preparar ella la cena los días que trabajo. ¿A que es un encanto?

Todas le dieron la razón.

—¿Le has contado a Tony lo del bebé? —preguntó Bitsy—. ¿Lo sabe la doctora?

—Sí, y a ella no le importa. También tiene familia. Voy a esperar un poco más para decírselo a Tony y a los niños. Es mejor no dar lugar a equívocos, ¿no os parece? Si le doy la noticia después de hacerme al trabajo, verá que no pasa nada y que puedo gestionarlo todo sin problema.

Margaret dudaba que Viv se sintiera tan tranquila ocultándoselo a Tony como parecían indicar sus palabras. Pero Bitsy, que bebía tan despacio que las bebidas siempre se le templaban, asintió en señal aparente de aprobación mientras se servía otro *sidecar*. Y Charlotte sostuvo el cigarrillo entre los dientes, liberando las manos para empezar otra ronda de aplausos.

—¡Brava, Viv! ¡La tía Betty estaría orgullosa de ti, de todas vosotras! Ahora todas tenéis un empleo. La única diletante del grupo soy yo.

—Oh, no vayas por ahí —le dijo Margaret, frunciendo el ceño—. Charlotte, sabes que eso no es verdad. Puede que no te paguen, pero eso no quiere decir que no estés trabajando. Nadie puede poner en duda tu entrega al arte o tu talento. Solo hay que mirar esto —dijo, señalando un gran lienzo salpicado de pintura al otro lado de la habitación.

Cuando Margaret retiró los cuadros, se dio cuenta de que el lienzo más grande seguía sin secar. Para no correr el riesgo de emborronarlo, había apartado con cuidado el caballete, deslizándolo por la alfombra, hasta un rincón cerca de la estantería, donde todas pudieran admirarlo. Ahora atravesó la estancia y se colocó enfrente.

—¡Es maravilloso!

—No lo es —dijo Charlotte, antes de beberse lo quedaba de su bebida.

Margaret se giró hacia las demás.

—Sí que lo es —dijo—. Es un cuadro brillante, lleno de vida y de energía. Soy consciente de que sigo sin saber mucho de arte moderno, pero sé que…

—No, Margaret. No sabes mucho de arte moderno. Si supieras más, te darías cuenta de que este cuadro no tiene nada de brillante ni de vida y de que no tiene ni una pizca de originalidad. Es una mala imitación de Pollock, nada más.

Hubo un momento de desconcierto, seguido por un silencio incómodo. Charlotte giró la cabeza y se apretó el puño contra la boca. Las demás se miraron las unas a las otras con los ojos bien abiertos, sin saber cómo reaccionar. Entonces, Charlotte sacudió la cabeza y se volvió hacia Margaret.

—Lo siento. He sido muy grosera y no tengo justificación. Lo que pasa es que… quiero ser tan, tan buena… —dijo, haciendo una mueca y cerrando con fuerza los ojos—. Y me da miedo que nunca lo llegue a ser.

A Margaret le dolió el corazón por la compasión. Sabía muy bien a qué se refería Charlotte.

La primera columna de Margaret se publicaría en el siguiente número. Había entregado la segunda columna, que narraba la historia del pastel falso supuestamente hecho desde cero y estaba preparando la tercera. Había perdido la cuenta de las horas que había invertido en ello y de la cantidad de borradores que había redactado. Aun así, después de leer las páginas del texto aquella tarde, le había parecido que no valían para nada y había vuelto a empezar. Otra vez.

Era una columna de revista, no literatura. Pero ardía en deseos de que fuera una columna de revista buena, buena de verdad. Leonard Clement se lo había dejado claro: su empleo consistía en escribir palabras que les sacaran una sonrisa a las mujeres. Ella no tenía nada que objetar en ese aspecto.

Si podía ayudar a otras mujeres a sonreír o a reírse, a entender que no eran las únicas que se equivocaban o que buscaban apaños, que usaban mezclas para pasteles, que engullían en secreto chocolatinas en el armario, que se olvidaban de ir a recoger a su hijo del entrenamiento de la liga infantil, que odiaban descongelar congeladores, encerar suelos y estar con su familia política, que tenían ganas de chillar cuando llegaban las cinco y tenían que preparar por milésima vez un pollo congelado…

Bueno, no era baladí.

Porque si algo había aprendido Margaret durante los últimos meses era que la mayoría de las mujeres necesitaban desesperadamente reírse. Pero, si es que acaso era posible, también quería escribir columnas que las hicieran pensar o incluso cambiar. Era lo que quería, más que cualquier otra cosa.

Nada de lo que hubiera escrito hasta entonces estaba a la altura. ¿Alguna vez lo conseguiría?

—No tienes nada por lo que disculparte —le dijo Margaret, que caminó se nuevo al sofá y tomó asiento cerca de Charlotte—. Que conste, no lo decía para ser educada. De verdad pienso que es un cuadro maravilloso.

—Gracias. Bueno, por favor, ¿hablamos de otra cosa?

Charlotte se echó a reír y esbozó la misma sonrisa radiante de antes. A Margaret la sorprendió lo sincera que era aquella sonrisa, como si, de alguna manera, hubiera encendido el interruptor de otra conducta y de otro estado de ánimo. ¿Era real? Parecía real.

—¿Qué tal va la escritura? ¿Y cuándo veremos tu nombre impreso al fin?

—Un día de estos.

—Bueno, me muero de ganas de leer tu columna —dijo Bitsy, con un acento un poco más marcado de lo normal—. Todas podremos decir que te conocemos. —Tomó otro sorbo de la copa y, entonces, se inclinó sobre la mesa y cogió un cuenco lleno de esferas grumosas de un color marrón sucio—. ¿Quién quiere probar una bola de setas y frijoles Pinto? Están más ricas de lo que parece.

Margaret no las tenía todas consigo, pero, aun así, se llevó una al plato por educación. Al parecer, Bitsy iba en serio con lo de hacerse vegetariana. Se había entusiasmado mucho cuando Margaret le dio el folleto de recetas de Helen.

Charlotte rechazó la oferta, alegando que seguía un poco llena a causa del pastel, y se estiró por encima de las *crudités* y la salsa de cebolla para coger su ejemplar de *La mística de la feminidad*.

—Bueno, ¿a alguien le apetece hablar del libro?

—¡Oh, a mí!

Bitsy agitó el brazo como si estuviera en el colegio y supiera la respuesta al problema matemático de la pizarra.

—Pero, primero, tengo una pregunta. Lo de odiar a tu marido, ¿es… normal?

Viv le tendió a Bitsy otra servilleta de papel. Se sonó la nariz, sorbiendo.

—¿Te sientes mejor? —Viv le dio unas palmadas en el hombro—. Oye, no hace falta que te sientas tan culpable. No hay ninguna esposa en todo el ancho mundo que en un momento u otro no haya odiado a su marido.

Charlotte giró el cigarrillo por encima de la cabeza, como secundando aquella afirmación. Margaret, que se estaba tomando un bocado de zanahorias y salsa de cebolla, asintió.

—Y tampoco es nada serio —prosiguió Viv—. No es más que un arrebato del momento, como encender una cerilla. ¡Puf! Luego, ya está. Te olvidas.

Bitsy se limpió la nariz con la servilleta.

—¿Lo piensas de verdad? Es que estoy tan enfadada. Me parece que nunca he estado tan enfadada —dijo, al parecer sorprendida de verdad—. Y lo más terrible de todo es que nada de esto es culpa de King, en el fondo.

Charlotte farfulló:

—No seas tonta. Claro que es culpa suya.

—Bueno, a ver —dijo Viv—, no puedes culpar a un solo hombre de todos los males de la sociedad.

Charlotte levantó su ejemplar del libro.

—Me ha parecido entender que lo has leído.

Bitsy negó con la cabeza.

—No creo que tenga nada que ver con el libro. Esto viene de lejos. —Sorbió de nuevo—. ¿Alguna vez os he contado cómo nos conocimos King y yo? ¿Y cómo me pidió matrimonio? ¿Dos veces?

Todas negaron con la cabeza. Bitsy cogió la copa y bebió un sorbo.

—Yo estaba en el tercer año de universidad. El veterinario del criadero de caballos en el que trabajaba mi padre de supervisor tuvo un ataque al corazón, de modo que King lo sustituyó unos meses. Coincidíamos en el establo muy a menudo, y a mí me gustaba bastante, pero nunca hablábamos de otra cosa que no fueran los caballos y el tiempo. Así que, cuando me pidió que me casara con él, me quedé atónita —dijo, abriendo mucho los ojos para dar más énfasis a sus palabras—. Atónita de verdad. Le di las gracias y demás, pero le dije que era muy joven, que quería terminar los estudios antes de sentar la cabeza.

Charlotte esbozó una sonrisilla y levantó el mentón, exhalando el humo del cigarrillo.

—A ver si lo adivino. Eso hizo que se decidiera incluso más. Te infló a chocolatinas, flores y promesas falsas hasta que al final cediste. Qué típico. A los hombres les encanta conquistar.

—No, no. No fue así —dijo Bitsy—. Se lo tomó muy bien e incluso se mostró un poco avergonzado. Dijo que lo entendía y que le había dado por preguntármelo para aprovechar la oportunidad. Fue muy tierno. Pero, al cabo de una semana, regresó el veterinario anterior y durante meses no volví a ver a King.

Hizo una pausa para dar un sorbo más pequeño antes de retomar la palabra.

—Lo que no le había dicho a King (ni a nadie, porque sabía que era una posibilidad entre un millón) era que esperaba convertirme yo

misma en veterinaria. En el otoño de mi último año, tenía una media de sobresaliente bajo y era la cuarta de mi clase. Las facultades de veterinaria son muy selectas, pero, con unas notas como esas, pensaba que tendría una dad de entrar. Quizá no en mi primera opción —dijo—, pero en algún otro lado.

—Pero no fue así. Rechazaron todas tus solicitudes porque eres una mujer.

Margaret le dio una palmada a Charlotte en el hombro.

—Déjala terminar, ¿sí?

Charlotte apretó los labios. Bitsy hizo lo mismo y, entonces, inhaló hondo.

—No presenté la solicitud —dijo—. En ningún lado.

—¿Cómo? —dijo Viv, que parecía confundida—. ¿Por qué no? —Porque mi tutor, que también era el jefe de departamento, se negó a escribirme una carta de recomendación. De las facultades de veterinaria no salen suficientes graduados para satisfacer la demanda, y me dijo que, aunque yo era buena estudiante, escribirme una carta de recomendación sería una pérdida de tiempo. Ninguna facultad asignaría una plaza que podría ocupar un hombre a una mujer que acabaría abandonando los estudios o la profesión en cuanto se casase. Margaret y Viv estaban coléricas, y Bitsy parecía que iba a echarse a llorar de nuevo. Sin embargo, fue Charlotte la que dijo, o más bien gritó, lo que estaban pensando todas.

—¡Qué imbécil!

—Ahí le has dado —concordó Bitsy.

—¿Y ya está? —preguntó Viv, incrédula—. ¿Te rendiste sin más? —No de inmediato —contestó—. Traté de contraargumentar, le dije que no tenía pensado casarme y que había rechazado una propuesta muy buena hacía unas pocas semanas. Se limitó a darme unas palmadas en la mejilla y a decir: «No te preocupes, cariño. Por una chica guapa como tú habrá chicos haciendo cola por toda la manzana. Ya encontrarás al adecuado». Luego, se levantó y me acompañó a la puerta.

Margaret apretaba con tanta fuerza los puños que le dolían los nudillos. Si el profesor de Bitsy estuviese en la habitación, le daría un puñetazo en la nariz.

—Entonces, ¿pensó que acababas de romper con tu novio y que la facultad de veterinaria solo era un plan B para no terminar siendo una solterona?

—Sí, básicamente —dijo Bitsy.

Margaret gruñó y llamó al académico arrogante por el mismo nombre que Charlotte. Viv untó un tallo de apio en la salsa de cebolla, negando con la cabeza.

—El tipo que estaba a cargo de las admisiones en mi facultad de enfermería era igual. Me puso todo tipo de obstáculos y no paraba de preguntarme por qué quería trabajar en vez de buscar a un hombre que me mantuviera. ¡Hasta tuvo la desfachatez de pedirme una cita! Daba asco. Y, encima, estaba casado. —Viv masticó el apio y miró a Bitsy—. ¿Qué pasó después?

—Les pedí ayuda a unos pocos profesores más —contestó—, pero todos me dijeron lo mismo. Se negaron a escribirme la carta de recomendación, que era obligatoria. Y luego… luego mi padre falleció. Se subió al tejado del establo, donde no debería haberse subido, para tratar de fijar algunas tejas sueltas. Se resbaló y se partió el cuello.

Bitsy guardó silencio unos instantes, apretando las servilletas húmedas en el puño.

—Por supuesto, nos quedamos devastadas, pero había muchas cosas en juego. Prescott Farms disponía de una casa para el supervisor del establo; ahí fue donde me crie y donde vivíamos. Pero sabíamos que tendrían que contratar a un nuevo supervisor. Así que, además del duelo y del funeral, mi madre y yo estábamos preocupadas por dónde nos iríamos a vivir. Mi madre siempre había sido ama de casa. A mí me faltaba un semestre para terminar los estudios y no tenía ninguna oferta de trabajo. Daba miedo. —Bitsy cogió la copa del cóctel, bebió un sorbo y respiró hondo—. Entonces, King se presentó en el funeral de mi padre.

Charlotte se quedó boquiabierta.

—¿Para pedirte matrimonio? ¿A lo Rhett Butler? ¡Hala! Hay que tenerlos bien puestos.

Bitsy negó con la cabeza.

—No me pidió matrimonio hasta el día siguiente. En cuanto vi su coche atravesar la entrada, supe por qué había venido. Y no os voy a mentir. En parte me sentí aliviada. Me pareció la respuesta a todos mis problemas. No le dije que sí de inmediato porque era consciente de que se me cerrarían las puertas ante la posibilidad de convertirme en veterinaria, pero todo apuntaba a que eso no iba a suceder nunca de todas formas. Cuando me negaron la oportunidad de estudiar basándose en que, tarde o temprano, me acabaría casando, lo que hicieron fue encasillarme y cerciorarse de privarme de cualquier otra alternativa.

»King dijo que sabía que yo no lo amaba, pero me prometió que ya iría surgiendo el amor y que lo pondría todo de su parte para hacerme feliz. Luego empezó a hablar de montar una clínica en Virginia. Lo dijo como si fuésemos a trabajar juntos, como socios.

—Y eso es lo que deberían ser una pareja de casados —comentó Viv—: socios. Y al menos pudiste terminar los estudios. Te vendrá bien un día de estos.

Bitsy hizo una pausa, frunciendo los labios como si estuviera sopesando si sería acertado decir algo más, pero, luego, se limitó a encogerse de hombros, estirando la mano hacia Charlotte y agitando los dedos. Charlotte le pasó el cigarrillo. Bitsy dio una calada y exhaló el humo.

—Supongo que, en el fondo, sí que le ayudo —dijo al fin—. A mi manera. Si no me hiciera cargo de la casa, King no podría trabajar tantas horas como trabaja. Montar una clínica desde cero no es nada fácil. Con tratar un caballo por aquí y otro por allá no llega para vivir. Hace falta tener contactos entre la gente que tiene un establo completo y que se puede permitir los mejores cuidados. La señora Graham tiene un solo caballo, pero conoce a todo el mundo. King está cuidando de Delilah con la esperanza de que le abra más

puertas.

Viv abrió las palmas de las manos.

—A eso me refería yo, ¿no ves? Nada de eso habría sido posible si tú no hubieras aceptado ese empleo en los establos y presentado a King y a la señora Graham. Así que sois socios.

Aunque Bitsy asintió, no se la veía del todo convencida.

—Supongo. Cuando me pidió matrimonio, me dijo que me admiraba mucho por tener sueños y por querer terminar mis estudios, y también dijo que le impresionaba la manera en la que me defendía con los caballos. «Tienes maña —me dijo—, como tu padre». La forma en la que me habló me dio a entender que trabajaríamos codo a codo, manchándonos los dos las manos, pero… —Se le quebró la voz— quizá eso solo era lo que yo quería oír. En fin, no ha salido como esperaba.

—¿Y qué hay de su promesa? —le preguntó Margaret—. ¿Ha surgido el amor?

—Bueno, hoy no, salta a la vista —dijo Bitsy con una leve sonrisa —. La mayor parte del tiempo, nos entendemos, aunque la diferencia de edad puede ser un problema. Se desvive por formar una familia. Entiendo por qué, pero es mucha presión. Pero sí, sí lo quiero. King no es un mal hombre.

Charlotte hizo como que se enjugaba las lágrimas.

—Ay, «no es un mal hombre». Te llega muy adentro, ¿verdad? —dijo, golpeándose el pecho.

—Bueno, ¡es que no es un mal hombre! Puede ser muy tierno. ¿Sabíais que me regala flores el día 5 de cada mes para celebrar todos los meses que llevamos casados? Nunca se olvida —dijo, al tiempo que se le suavizaban las facciones—. Me trata bien. Y sí que intenta hacerme feliz.

—Entonces, ¿por qué lo odias? —Quiso saber Charlotte.

Bitsy soltó una risa nerviosa.

—No es que lo odie —enfatizó—. Lo que pasa es que me parece que el libro… me ha descolocado, ha revivido malos recuerdos. Veréis, hasta ahora pensaba que estas cosas solo me pasaban a mí.

Y aunque los profesores dijeron que no podían recomendarme por ser mujer, una parte de mí pensaba que había algo más, que se negaban porque yo no era lo suficientemente buena.

»Así que, cuando leí que a muchas mujeres se les niega la oportunidad de acceder a ciertas profesiones porque se da por sentado que las abandonarán después de casarse, que las universidades cambian los planes de estudio para que las mujeres solo aprendan lo que necesiten saber cómo esposas y madres o que en las clases de psicología se enseña a las mujeres que tener ambiciones más allá de la esfera doméstica es un síntoma de neurosis…

—Oh, no saquemos el tema de los psiquiatras —dijo Charlotte, mientras se le derramaba el cóctel por el borde de la copa al levantar el brazo—. Sobre todo del doctor Barry. Es el peor.

—Eso a mí también me molestó —dijo Margaret—. Tuve que asistir a todos esos cursos sobre el matrimonio y la familia en la universidad, como todas las mujeres, pero los hombres, no. No había libros de texto; eran clases que consistían en juegos de rol y charlas sobre cómo apoyar a nuestros futuros maridos. Una vez, nos hicieron recrear la escena de cómo reaccionaría un prometido imaginario si se enterase de que cobrábamos más que él en nuestro trabajo, para imaginarnos cómo le heriría el ego y pondría en riesgo la relación. En su momento, no me pareció un adoctrinamiento, pero lo era.

—¡Eso mismo! —exclamó Bitsy—. ¡Cuanto más leía el libro, más me ponía a pensar en todo lo que me ha pasado y más me enfadaba! Obviamente, me doy cuenta de que King no tiene la culpa de nada. Él no me impidió convertirme en veterinaria. Solo se ha casado conmigo. Pero… en mi mente todo guarda relación de alguna manera. Cada vez que pienso en mi horrible tutor, termino viendo la cara de King.

—Mmm —murmuró Charlotte—. Me pregunto qué diría el doctor Barry al respecto.

Viv cogió el *sidecar* de Margaret y tomó un sorbo muy pequeño.

—Vale, pero a ver si lo entiendo: ¿qué tiene que ver todo esto con hacerte vegetariana?

—Oh —respondió Bitsy, sonrojándose un poco—. Bueno…, no tiene nada que ver. En el fondo, no. Lo que le dije a Helen, que se congelaría el infierno antes de cocinar otro bistec para King, fue porque estaba alterada por el libro. Siempre me ha molestado la idea de comer animales. Ojalá King pensara como yo, pero supongo que somos diferentes —dijo, encogiéndose de hombros—. No tengo peor opinión de él por eso.

Bitsy dio otra calada al cigarrillo de Charlotte y frunció el ceño al exhalar el humo.

—Aunque —añadió despacio, como si quisiera puntualizar sus palabras— sí parece un poco cruel, ¿no? Es decir, ¿cómo puedes decir que te gustan los animales y dedicar tu vida a cuidarlos y, aun así, no tener reparos por comerlos?

Capítulo 13
Altas horas de la madrugada

Cuando Margaret volvió a casa, todo estaba en silencio y todos dormían. En lugar de subir las escaleras directamente, se quitó los zapatos en el vestíbulo y caminó con sigilo hacia la cocina con los pies cubiertos solo por las medias.

Lavó el táper de la tarta y lo colocó bocabajo en el escurridor para que se secase antes de sentarse a la mesa de la cocina. Contemplo a través de la ventana la calle desierta, las siluetas negras y macizas de los setos del vecino y los círculos de luz, dispuestos a intervalos regulares, que arrojaban las farolas en las aceras, pensando en el comentario de Viv: que todas las mujeres odian a su marido en un momento u otro.

Lo dijo con total naturalidad, como si detestar al cónyuge de vez en cuando fuera una consecuencia tan desagradable como inevitable de la edad adulta, tan ineludible como la muerte, los impuestos y las patas de gallo.

¿Era cierto? ¿Debería serlo? ¿Y cómo podía suceder algo así?

A fin de cuentas, no estaban en la Edad Media. A ni una sola mujer de aquella sala la habían obligado a casarse. Sí, la situación de Bitsy había sido complicada, pero, aun así, había tenido donde elegir: casarse, no casarse, casarse más tarde, casarse con otro. A todas ellas se les había dado una elección y la habían hecho, habían

elegido a una persona en concreto de entre toda la humanidad como a la más importante.

Entonces, ¿qué era lo que había sucedido?

¿Cómo pasaba una de ser la chica del vestido blanco, la chica que prometía y a la que prometían amar, respetar y cuidar eternamente, a la esposa que se encoge de hombros y asiente con la cabeza cuando una recién casada le pregunta si es normal odiar a su marido? Desde luego, no debería ser así. Pero estaban todas en la misma situación.

Bitsy empezaba a preguntarse si King no sería un poco cruel. Charlotte no tenía nada bueno que decir de Howard. Viv le guardaba secretos a Tony. Y Margaret y Walt ya nunca hablaban; solo intercambiaban información acerca de los niños, las tareas del hogar, el presupuesto, los horarios y sus responsabilidades.

¿Cómo podían haber empeorado tanto las cosas para todos ellos? Margaret no lo entendía, de modo que decidió escribir al respecto.

El tecleo de la máquina de escribir podría despertar a la familia, de modo que dejó a Sylvia dentro del armario y sacó un cuaderno y un bolígrafo. En un primer momento, vertió sus pensamientos y preguntas sobre el papel, expresando sus ideas acerca de lo que había leído, pensado, oído, presenciado y vivido, en busca de puntos en común que pudieran brindarle respuestas. Luego, reunió todos estos elementos y trató de montar una escena: la reunión de un club de lectura con personajes que le resultasen familiares, aunque, al final, le resultaron familiares en exceso. A continuación, escribió sobre una fiesta de barrio donde, en vez de vender táperes o productos de la marca Avon, la entusiasta anfitriona trataba de venderles a sus invitadas un marido, e intentó que fuera gracioso.

Pero no era gracioso. Daba pena. Cerró el cuaderno, soltó el bolígrafo y subió a la planta de arriba. Walt estaba profundamente dormido, tumbado de lado y acurrucado, con los puños cerrados por debajo del mentón; respiraba despacio, a un ritmo acompasado, con inocencia. A su lado, el reloj del despertador marcaba los segundos de un día que jamás volvería, arrojando un fulgor verdoso sobre el

ejemplar de *El viejo y el mar*, que estaba abierto por la mitad y descansaba bocabajo en la mesilla de noche.

Margaret se agachó y le dio un leve beso en la frente.

—Yo no te odio —le susurró.

Capítulo 14
La comida más importante del día

Bitsy tenía el sueño ligero y se levantaba temprano, pero todavía no se había movido cuando tanto el sol como King salieron para recibir el nuevo día. No se levantó hasta que Buster (uno de sus cuatro gatos, un tricolor con sobrepeso y una personalidad demasiado grande para su tamaño) se subió a la cama de un brinco, sacó las garras y empezó a arañarle la frente, primero con cuidado, pero después cada vez más fuerte, hasta que Bitsy gruñó y abrió los ojos.

—Buster, mira que eres pesado.

El gato maulló y presionó la cabeza contra su hombro. Bitsy bostezó y se incorporó hasta quedar medio sentada, medio tumbada contra las almohadas y el cabecero de terciopelo verde con botones. Supo, por los sonidos procedentes de la cocina, por la melodía lenta de la emisora de radio de música *country*, por la voz de Johnny Cash, que cantaba «Ring of Fire», a la que se añadía de vez en cuando el repiqueteo de una olla, una sartén o los cubiertos, que King todavía no se había marchado a trabajar y que probablemente se estaba preparando el desayuno. Sabía que debería levantarse y cocinar para él, pero era incapaz de salir de la cama. Para empezar, seguía doliéndole la cabeza por todos los *sidecars* que se había tomado de más la noche anterior, y, además, sabía que King tendría

ganas de hablar. Siempre estaba hablador y risueño por las mañanas. Normalmente, a ella no le importaba, pero hoy… no se sentía preparada.

Bitsy seguía procesando todo lo que había compartido con las Bettys, sus sentimientos y las reacciones de las demás. Seguía pareciéndole un poco extraño, se preguntaba si había estado mal por su parte, si había sido una traición, hablar de forma tan abierta de su matrimonio. La opresión que hacía semanas que sentía en el pecho pareció menguar cuando les contó su historia y notaba los hombros un poco más ligeros de lo normal esta mañana; desde luego, no estaban tan tensos como de costumbre cuando se despertaba. Pero Bitsy era consciente de que King se habría sentido herido si hubiera escuchado la conversación con las demás, por lo que (aunque era imposible que él se enterase de lo que les había dicho a las Bettys) no se sentía preparada para mirarlo a los ojos. Por ahora no.

Por lo tanto, volvió a acurrucarse debajo de las mantas, apartó al insistente Buster, que no paraba de ronronear, cogió el ejemplar de *Herland* que había dejado en la mesilla de noche y lo abrió por el primer capítulo. Se alegraba de que las Bettys hubieran escogido aquel libro, aunque fuese más antiguo. Siempre le habían gustado las historias de fantasía, de modo que esa historia sobre una sociedad utópica controlada por mujeres le causaba curiosidad.

Cuando empezó a leer, la decepcionó un poco darse cuenta de que el libro lo narraba Van, uno de los tres hombres que salían en búsqueda de la mítica Herland. Pero, aun así, las primeras páginas la engancharon; había algún que otro indicio de las aventuras que se avecinaban. Le habría gustado seguir leyendo, pero Buster no paraba de darle cabezazos y no habría forma de pararlo; además, sabía que debería levantarse y despedirse de su marido antes de que se marchase al trabajo. En cuanto a no querer mirar a King a los ojos…, bueno, era una tontería por su parte. Era imposible que se enterase de lo que les había dicho a las Bettys, del mismo modo que era imposible que le leyese la mente. Además, no podía esconderse

en el dormitorio para el resto de la eternidad, ¿verdad?

Dejó el libro a un lado, se puso la bata blanca de felpa y las zapatillas y entró en la cocina con el gato en brazos.

King estaba de pie delante de los fogones. Vestía unas botas de cuero rayadas, unos vaqueros de color azul oscuro y una camisa color índigo. Por el bolsillo de la chaqueta marrón asomaba un estetoscopio. Todo esto, unido a sus hombros anchos, a su tez colorada y a alguna que otra cana en las sienes, le daba el aspecto que se esperaba de un veterinario de caballos: fuerte, resistente y de fiar.

King cascó unos huevos en la sartén. Los otros gatos (Lilith, Oscar y Bob) y el perro, un sabueso sordo y con artritis llamado Zeke, estaban sentados formando un círculo a sus pies, esperanzados, mirando fijamente cada movimiento que hacía King, preparados para saltar a la acción en caso de que se cayese algún resto de comida al suelo.

Después de que Bitsy lo dejara en el suelo, Buster se unió a sus camaradas peludos. King dio la vuelta a los dos huevos en la sartén, que chisporroteaban.

—Hola, pequeña. —Le dio un besito en los labios—. ¿Has dormido bien?

Bitsy bostezó, asintiendo con la boca medio abierta.

—Demasiado bien. Si Buster no me hubiera despertado, seguiría en la cama.

Bajó la mirada hacia el gato, que se tiró al suelo junto a sus pies para luego estirarse y rodar el cuerpo por encima de las zapatillas peludas de color rosa.

—Pesado —le dijo, antes de acuclillarse para rascarle entre las orejas.

—Sí. Estabas muerta cuando me levanté. Por eso he pensado en prepararte algo para desayunar. —King sacó un plato de la alacena y le dedicó una sonrisa ladina—. Por si tienes motivos para estar tan cansada o algo.

Bitsy apretó la mandíbula inconscientemente. Era peor que su

madre. Si estuviese embarazada, ¿de verdad se creía él que lo mantendría en secreto? Estaría encantada de decirle que esperaban un hijo, aunque solo fuera para que dejara de lanzarle indirectas al respecto. Se sirvió un poco de café.

—No. Es que me he acostado tarde y he bebido más *sidecars* de la cuenta.

—Ya, me lo imaginaba.

Aunque lo dijo con un tono casual, en sus ojos se transparentaba la desilusión, lo que hizo que parecieran menos azules que hacía unos instantes. King pasó la espátula entre los huevos y los sirvió en un plato junto con una tostada untada en mantequilla que colocó en la encimera.

—Aquí tienes.

—Gracias. ¿Tú no comes?

King cogió la taza de café y dio un sorbo, mientras negaba con la cabeza.

—Ya he comido.

Bitsy llevó el plato a la mesa, sintiéndose incluso peor por lo que les había confesado a las Bettys. Había sido injusto por su parte revelar tantas cosas y, además, solo una versión de la historia. King era bueno de verdad, mucho más considerado que la mayoría de los hombres. Que fuera incapaz de quedarse embarazada era un asunto espinoso en su relación, pero todo cambiaría cuando le diera lo que más deseaba: un niño que llevase su apellido. Y, puesto que el especialista en fertilidad no había hallado nada que descartara la posibilidad de que se quedase embarazada, aparte de la ansiedad y de una menstruación algo irregular, solo era cuestión de tiempo.

—Es usted joven, fuerte y está sana —le había asegurado el médico—. Mezclen unos Martinis, pongan música de Nat King Cole y que la naturaleza siga su curso.

—Mi amiga Viv me sugirió que probara con un poco de *chianti* y Sinatra. Tiene seis hijos y viene otro en camino.

—Bueno, esa es la actitud. Dejando a un lado su gusto musical, estoy completamente de acuerdo con ella. —El médico se estiró para

darle unas palmadas en la rodilla—. Señora Cobb, la mitad de mis pacientes son como usted, mujeres a las que les ha llevado algo más de tiempo concebir de lo que su madre, su hermana, su marido o su amiga consideran «lo normal». Se ponen tan tensas que complican más de lo necesario un proceso que no deja de ser completamente natural.

»Así que le voy a decir lo que les digo a todas ellas: cuídese, coma sano, duerma lo suficiente, haga una cantidad moderada de ejercicio y dese baños de burbujas largos y relajantes. En especial justo antes de que llegue su marido del trabajo. —Le guiñó un ojo—. Si hace todo esto, en un abrir y cerrar de ojos estará escogiendo el empapelado del cuarto infantil.

A Bitsy el guiño no le había servido de nada y no le interesaba que le diera palmadas en la rodilla, en especial porque no llevaba nada puesto salvo un vestido fino de algodón que a duras penas le cubría las rodillas, pero las palabras que le dijo le infundieron ánimos y estaba convencida de que tenía buenas intenciones.

Y King también tenía buenas intenciones. No estaba bien por su parte pagarla con él por todo lo resentida que se sentía con las injusticias del mundo. Lo único que había hecho él era amarla, ofrecerle una casa y su mano. ¿Qué más podría haber pedido?

Cuando Bitsy era pequeña, a veces soñaba con casarse. Todos los veranos, ella y sus padres viajaban a Tennessee en coche para pasar una semana de vacaciones con la familia. Ella y sus primas jugaban a las novias; utilizaban uno de los viejos manteles de encaje de la tía Naomi como velo y lo coronaban con cadenas de margaritas que arrancaban del jardín. A veces también jugaban a las casitas, pero el de las novias era su juego preferido.

Más adelante, el verano después de que Bitsy pegara el estirón y creciera doce centímetros en un solo año, las primas le dijeron que a partir de entonces tendría que hacer de novio porque era muy alta para ser la novia.

—La chica tiene que ser más baja que el chico sí o sí —insistían. Un día, de camino a la cocina para coger una galleta, oyó una

conversación entre su madre y la tía Naomi.

—No sé qué voy a hacer con Bitsy —decía su madre, entre suspiros—. Alta, desgarbada, torpe y tímida como ninguna, ¿cómo va a encontrar marido algún día?

Después de oír aquello, Bitsy les dijo a sus primas que ya no le apetecía jugar a las novias y las convenció para jugar a los caballos, que consistía en galopar por el campo y saltar troncos, celebrar carreras y vivir aventuras. Era mucho más interesante.

Bitsy, al final, sí se casó, por supuesto. Al igual que sus primas. Pero King era mucho más simpático que los hombres con los que se desposaron las demás. El marido de Becky le ponía los cuernos cada vez que se le presentaba la oportunidad. El de Cindy era un holgazán y aburrido como una ostra. King, sin embargo, era cariñoso, trabajador y atento; hacía todo lo que se le ocurriese para hacer feliz a Bitsy, desde regalarle flores hasta freírle unos huevos. Lo único que necesitaba él para ser feliz era un bebé; de ser posible, un varón.

Una vez que se quedara embarazada, serían felices los dos. La tensión se disolvería y todo iría sobre ruedas. Estaba convencida.

King llevó la cafetera a la mesa y le rellenó la taza.

—¿Vas a ir a los establos esta mañana?

Bitsy asintió.

—La señora Graham cuenta con salir a cabalgar por la tarde. En teoría, pusieron herraduras a Delilah ayer, pero quiero ir para cerciorarme antes de que llegue la señora Graham. Luego tengo que limpiar algunas cuadras y sacar a Bitterroot a dar un paseo. El congresista Clancy no lo monta desde hace más de una semana, así que necesita hacer un poco de ejercicio. Voy a estar ocupada todo el día —dijo, desplegando la servilleta.

—Y yo. —Se tragó el resto del café y se agachó para darle un beso en la cabeza—. Ojalá pudiera quedarme, pero tengo que ir a ver a alguien por un caballo.

Bitsy sonrió, como siempre, ante aquella frase de despedida que ya era toda una tradición. Cogió el tenedor, preparada para dar

cuenta de los huevos, pero se detuvo después de olerlos.

—¿King? ¿Qué has echado en los huevos?

—Solo llevan la grasa de beicon que sobró después de prepararme el desayuno. —Bitsy soltó el tenedor y King puso los ojos en blanco—. Oh, por el amor de Dios, Bits. No me mires así.

—Ya te lo he dicho: no quiero comer carne.

—Lo entiendo —dijo, en un tono de voz que daba a entender que no lo comprendía en absoluto—. Por eso no te he preparado beicon. Pero un poco de grasa no te va a matar, y el cerdo ya está muerto. ¿Por qué habría que desperdiciarlo? Hace dos semanas, ni te habrías inmutado.

—Lo sé. Pero ya te he dicho que es algo en lo que llevo pensando una buena temporada y estoy muy convencida de… King la interrumpió agitando los brazos como para repeler las palabras que le estaba lanzando:

—De verdad, así no hay manera. Yo solo quería tener un detalle con mi esposa. Pero cualquiera diría que piensas que te estoy envenenando. ¡O faltando a tus principios!

—Cariño, no es eso. Es que…

—Da igual lo que haga o cuánto me esfuerce; para ti nunca es suficiente.

King no la estaba escuchando. Bitsy arrastró la silla hacia atrás y se acercó a él.

—Lo siento —le dijo, colocando la mano en su pecho—. Solo intentabas ser amable.

—Así es.

Hundió los hombros e hizo un puchero.

—Lo sé —le dijo ella—. Lo siento.

Cuando Bitsy se puso de puntillas para darle un beso y sellar las paces, King le rodeó el cuerpo con los brazos y la atrajo hacia sí, besándola con intensidad y olvidándose al parecer de que había dicho que le esperaba un día largo. Bitsy no lo había olvidado. No tenía tiempo para esto. Tampoco le apetecía. Pero sentía que no podía rechazarlo, no justo después de herir sus sentimientos. Justo

cuando empezaba a pensar que no tenía otra elección que consentirlo, King gruñó y reculó.

—Eres la tentación personificada —dijo, suspirando—, pero de verdad que tengo que ir a ver a alguien por un caballo.

Bitsy dio un paso atrás.

—Lo entiendo. Yo también.

—¿Bitsy? Siento lo del desayuno. La próxima vez usaré mantequilla.

Ella se encogió de hombros.

—No pasa nada. Como tú has dicho, no me va a matar y el cerdo ya está muerto.

Bitsy lo acompañó hasta la puerta y se detuvo en el porche para despedirse con un gesto mientras él salía marcha atrás por el camino de entrada de la casa con la camioneta Willys Jeep verde y destartalada de 1954.

Cuando el coche desapareció de vista, volvió a entrar en la cocina y puso uno de los huevos en el cuenco del perro. Zeke lo devoró en dos bocados. Luego, cortó el otro huevo en trozos pequeños, dejó el plato en la mesa, ahí donde no llegara Zeke, y llamó a los gatos.

El despertador sonó puntual a las seis Margaret se cubrió la cabeza con la almohada y estuvo a punto de quedarse dormida de nuevo. Pero, cuando Bobby empezó a golpear la puerta del baño del pasillo para exigirle a Beth que saliera de una vez, se dio la vuelta con renuencia y se sentó. Sentía que la había atropellado un autobús. Tenía sus motivos para no trasnochar más allá de las once entre semana.

Para cuando bajó a preparar el desayuno, Walt ya iba de camino a la puerta. Sostenía una taza de café en una mano y el maletín en la otra, pero se detuvo para darle un beso de despedida y darle las gracias por el libro. Le habló mirándola a los ojos cuando se lo dijo, algo que ya no hacía tanto como antes, y parecía que lo decía en

serio.

—No hay de qué. Me he acordado de que te gustaba Hemingway.

Walt asintió.

—No me puedo creer que no me haya enterado de esta publicación. Tal vez se deba a que se publicó en el 52, y para entonces ya estábamos casados y teníamos un hijo. Nunca hay tiempo para todo, ya ves. —Miró el reloj de pulsera—. Bueno, gracias. Te quiero, Maggie.

Margaret se detuvo en el peldaño de la entrada para verlo irse en coche. Ya no se sentía cansada.

Se habían quedado sin zumo de naranja congelado, de modo que recurrió a la mezcla en polvo, cocinó media docena de huevos revueltos y calentó unos *muffins* ingleses antes de preparar la bolsa del almuerzo de los niños. La disputa infantil por el baño llegó escaleras abajo, y la polémica estaba ganando una intensidad tal que Margaret tuvo que amenazarlos con quitarles los privilegios que tenían con la televisión. Al final, engulleron los huevos, agarraron las bolsas marrones y salieron corriendo por la puerta justo a tiempo para no perder el autobús.

En cuanto se hubieron marchado, Margaret se tomó una segunda taza de café y un trozo del pastel de chocolate alemán que había sobrado.

Su plan para el día consistía en devolver los libros que había tomado prestados a Babcock's Best Books (salvo el ejemplar de *Herland*, que se había llevado Bitsy a casa), volver y ponerse a escribir. No obstante, primero salió a revisar el buzón de correo. *A Woman's Place* solía llegar los sábados, pero llevaba toda la semana comprobando el correo nada más levantarse, con la esperanza de que el número en el que aparecía su primera columna llegase unos días antes.

Margaret metió el brazo en las fauces del buzón de correo y sacó una pila de cartas, facturas y panfletos. Se le aceleró un poco el pulso cuando reparó en que había dos revistas en el montón, pero se desanimó al darse cuenta de que solo eran los números de *Good*

Housekeeping y *McCall's*.

Luego, debajo de las revistas, vio un sobre de manila con un matasellos de Nueva York y se emocionó tanto que soltó el resto de la correspondencia. Se le cayó de las manos y aterrizó en un montón a sus pies. Dobló el cierre metálico del sobre y abrió la solapa; oía el estruendo de sus latidos en los oídos cuando sacó la revista del envoltorio y hojeó las páginas que alguien le había marcado. En la primera aparecía una carta del editor, en la que se mencionaba su columna y su nombre. David Miles había escrito una breve nota en la hoja («¡Bienvenida a *A Woman's Place*, Margaret!») y la había firmado de su puño y letra.

El segundo marcador la llevó a un artículo que parecía una historia al más estilo Cenicienta: hablaba de un ama de casa normal y corriente que había salido de la oscuridad para convertirse en la nueva columnista de *A Woman's Place*. Se incluían fotografías sacadas durante la visita de Margaret por las instalaciones de la revista: una de ella con el señor Miles, otra en la que le estrechaba la mano a la columnista de «Selma dice» y otra en la que aparecía inclinándose por encima del hombro de un editor que preparaba una maqueta. La última fotografía era una imagen de ella sentada al lado de una máquina de escribir con un lápiz detrás de la oreja, haciendo como que escribía. Era, como le había dicho el señor Miles, un buen gancho.

En la página de al lado, bajo la ilustración de una mujer sonriente que se parecía mucho a Margaret pero que no era ella, estaba su columna.

Margaret la había leído tantas veces que se la sabía de memoria. Pero se quedó ahí de pie en la calle, con una pila de basura a los pies, y la leyó de nuevo, saboreando una emoción que hacía mucho tiempo que no sentía: orgullo.

Era su nombre el que aparecía en la firma, eran sus palabras las que aparecían en la página, era su obra la que había conseguido todo esto. Y, cuando pasó al tercer marcador cerca del final de la revista, encontró un sobre comercial con ventana que contenía un

cheque de veinticinco dólares.

«Páguese a la orden de Margaret Ryan».

Y de nadie más.

No oyó el sedán acercarse ni se dio cuenta de que se había parado hasta que Barb Fredericks bajó la ventanilla y la llamó:

—¿Margaret? Margaret, ¿te encuentras bien?

—¿Mmm? —Levantó la mirada—. Oh, sí, estoy bien. ¿Qué tal tú, Barb? ¿Qué tal están los niños?

Barb frunció el ceño; parecía confundida.

—Últimamente no vienes a la quedada para el café.

—Ando ocupada. Ahora trabajo a tiempo parcial.

—Oh. —Señaló con un gesto del mentón el sobre que sostenía Margaret—. ¿Te han dado malas noticias?

—¿Cómo? Oh, no. Para nada.

Margaret guardó el sobre y el cheque en el bolsillo de la chaqueta y sonrió. Barb parecía más confundida que nunca.

—Pero…, Margaret, estás en plena calle, tan ensimismada en lo que estás leyendo que ni siquiera me has oído acercarme en coche. ¿Tú estás segura de que te encuentras bien? Porque si necesitas a alguien con quien hablar…

Margaret puso los ojos en blanco para sus adentros. Si tuviera problemas, Barb Fredericks sería la última persona a la que acudiría en busca de consuelo. Todo el mundo en Concordia sabía que la manera más rápida de difundir cotilleos por el vecindario era telefonear, enviar un telégrafo o hablar con Barb.

—Estoy bien, de verdad. —Margaret levantó la revista para que pudiera verla—. Me he puesto a leer una columna de revista y me he quedado un poco absorta, nada más.

Barb le dedicó una mirada incrédula.

—Debe de ser una columna estupenda.

Margaret esbozó una sonrisa.

—Lo es.

Capítulo 15
Puertas cerradas

El cielo de finales de la mañana era de un gris uniforme, monótono. Aun así, Bitsy sintió que se le levantaba el ánimo cuando salió del coche y se dirigió a pie a los establos, con unos pantalones de montar color beis claro muy desgastados, un jersey de cuello alto negro y una chaqueta de color caqui.

Le sucedía todos los días. Daba igual lo oscuro que estuviera el día o su estado de ánimo; en cuanto salía del coche y olía el aroma del heno, del estiércol, de la hierba mojada y del cuero, que era el perfume característico de cualquier establo, se sentía más feliz, más tranquila y más segura.

A Bitsy le gustaba la casa que King había comprado para ella. Y, desde que comenzó a intimar con Margaret, Viv y Charlotte, también empezaba a gustarle Concordia. Pero, aun así, todavía no lo veía como su hogar. El único lugar que para Bitsy era como un hogar, que había sido siempre un hogar, era un establo. La casa era el lugar donde vivía; el establo, el lugar en el que debía estar, el único en el que nunca dudaba de sí misma.

Mientras caminaba a grandes zancadas hacia los establos, la complació ver que la propietaria de Lydia Bee, una yegua palomino de diez años, la estaba ensillando para sacarla a pasear por uno de los numerosos senderos del parque. Lydia Bee era mansa, pero un

poco perezosa; le sentaría bien hacer ejercicio. A tres de las yeguas más jóvenes, Crystal, Dancer y Grade, las habían sacado al prado. Cuando repararon en que Bitsy se acercaba, levantaron las orejas y trotaron hasta la valla. Dancer fue la primera en llegar, levantó el hocico hacia la cara de Bitsy y la saludó con un soplo de aire caliente de las fosas nasales. Bitsy metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de zanahoria; se lo dio de comer al caballo y le acarició el cuello. Estaba dándoles más zanahorias a Crystal y a Grace cuando vio a Joey, otro mozo de cuadra, salir de los establos.

Bitsy levantó la mano para saludarlo y Gracie le empujó el hombro con el hocico, en busca de otra zanahoria.

—No seas tan glotona. Acabarás tan gorda como Lydia Bee si no andas con cuidado —le dijo al caballo, antes de volverse hacia Joey.

Joey había crecido en Washington D. C. y había terminado el instituto el año anterior. Nunca había trabajado con caballos hasta entonces, pero era amante de los animales y muy trabajador: se presentaba en los establos a las seis todas las mañanas.

—¿Qué están tal todos? —le preguntó ella mientras se acercaba —. ¿Vino el herrador ayer?

Joey asintió.

—Sí, y justo acabo de terminar de limpiar las cuadras de las damas —dijo, señalando con la cabeza a las tres yeguas—. Pero tal vez la señora Graham deba posponer el paseo de hoy. Acabo de echarle un vistazo a Delilah. Se la ve dolida a causa de la artritis. O es eso o es que las nuevas herraduras no le sientan bien. Bitsy frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

Teniendo en cuenta la esperanza de vida de los caballos, Delilah, desde luego, era una señora mayor y sí padecía de artritis. Pero se encontraba bien cuando Bitsy la vio antes de ayer, y un nuevo par de herraduras no debería causarle ninguna incomodidad.

—No lo sé… Está de pie en una postura rara —dijo Joey.

—Rara, ¿cómo?

Joey se rascó la nariz, pensando en cómo describirlo.

—Bueno, apoya el peso en las patas traseras y estira las delanteras un poco. Me parece que las herraduras no…

En la cabeza de Bitsy saltaron las alarmas. Se precipitó hacia el establo.

—¡Mierda!

Joey abrió mucho los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó, siguiéndola.

—¡Mierda! —gritó Bitsy, y echó a correr.

La situación se adhería a lo que había descrito Joey. Delilah se apoyaba en las patas traseras y estiraba las delanteras, tratando de librarlas del peso para no estar tan incómoda. El cambio de postura era sutil y quizá alguien menos experto no se habría dado cuenta. Bitsy tuvo que reconocer el mérito de Joey por haberse percatado de que algo no iba bien, pero ella sabía que no era a causa de la artritis o de unas herraduras de la talla equivocada. Antes incluso de empezar a examinarla, la mirada de Delilah le confirmó que se trataba de algo más serio.

Bitsy inhaló hondo y dedicó unos instantes a serenarse antes de acercarse al caballo, mientras murmuraba con un hilo de voz. Delilah dilató las fosas nasales y estiró las orejas hacia atrás, expresando, así, la ansiedad que la embargaba. Pero se quedó completamente quieta cuando Bitsy le recorrió la pata con las manos para tomarle el pulso por la parte trasera de la rodilla y comprobar si tenía el casco caliente, y levantó la pata derecha de buena gana cuando Bitsy le dio un golpecito.

Examinó la planta de la pata de Delilah y negó con la cabeza.

—Esto no es buena señal.

Bajó la pata del caballo y dedicó unos instantes a acariciarle el hocico, murmurándole palabras de consuelo antes de cerrar la puerta corredera del establo. Joey la seguía con la mirada.

—¿Adónde vas?

—Tenemos que llamar a la señora Graham ahora mismo. Y a mi

marido.

Cuatro horas después, Bitsy y la señora Graham se encontraban en un rincón de la cuadra de Delilah, mirando a King con ojos ansiosos.

A Bitsy le había llevado algo de tiempo localizar a la señora Graham, que se encontraba en un vuelo desde Nueva York cuando Bitsy se puso en contacto con su secretaria. Había venido directa a los establos desde el aeropuerto, con el traje rosa que se había puesto para un almuerzo benéfico. Contactar con King, que se encontraba lejos, en Centreville, había sido incluso más complicado. Por suerte, consultó el contestador antes de salir de la granja y condujo directamente hasta los establos. Las dos mujeres casi no se movían mientras él llevaba a término el reconocimiento, que era casi idéntico al de Bitsy. A esta la embargaba una inquietud terrible por el caballo y estaba casi igual de preocupada por su dueña.

La señora Graham y Bitsy habían forjado una relación buena, incluso cariñosa, en los últimos meses. Y, si bien Katharine Graham no era la clase de mujer que desnudaba el alma en presencia de los demás, Bitsy se había dado cuenta de que ser la esposa con influencia social de un importante editor de periódico no siempre era fácil. Sabía lo importante que era Delilah para ella y que el caballo era una fuente de bienestar para una mujer que en ocasiones debía de sentirse muy sola. La acechaba la soledad mucho más de lo que la gente pudiera sospechar. Si viviera en Concordia, Bitsy la invitaría a convertirse en una Betty. Tal y como estaban las cosas, lo único que podía hacer era permanecer al lado de Katharine y rezar para que su valoración de la enfermedad de Delilah fuese incorrecta. Nunca en su vida había deseado tanto estar equivocada.

Podía darse el caso, ¿verdad? Por mucho tiempo que hubiera pasado en compañía de los caballos, nunca había ido a la facultad de veterinaria. King sí. Quizá este último bajaría la pata de Delilah, alzaría la mirada con unos relucientes ojos azules y una sonrisa

condescendiente y diría: «Ay, pero si no es nada, Bitsy. Te ahogas en un vaso de agua. Joey tenía razón. Se tiene que acostumbrar a las nuevas herraduras».

Valdría la pena la humillación que sentiría entonces, un pequeño precio que pagar si, a cambio, podía librar a Delilah y a su devota dueña del dolor. Bitsy cerró con fuerza los ojos y se apretó las manos.

«Por favor, Señor. Que esté equivocada».

King soltó la pata de Delilah y negó con la cabeza.

—Laminitis —dijo, asintiendo en dirección a Bitsy—, tal y como pensabas.

La señora Graham frunció el ceño.

—¿Laminitis?

—Es una inflamación de la lámina entre el casco y la falange. Por eso apoya el peso en las patas traseras, porque las delanteras le duelen.

La señora Graham asintió, asimilando el diagnóstico, y luego atravesó la cuadra y se colocó al lado de Delilah, acariciándole el hocico y mirándola a los ojos.

—¿Sufre mucho?

—Todavía no —dijo King—, pero, si se deja pasar mucho tiempo, si la falange se separa del casco y se gira… —Suspiró hondo—. Sé que esto es muy difícil de oír, señora, pero creo que debería sacrificarla. Yo mismo me puedo encargar, si lo desea.

Bitsy soltó un grito ahogado, incapaz de contenerse. King le lanzó una mirada, pero la señora Graham no pareció darse cuenta. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero tiene que haber algo que pueda hacer. Algún tratamiento.

King negó con la cabeza.

—Lo siento, señora Graham, pero no existe tratamiento para la laminitis.

—¡Oh, sí que existe! —exclamó Bitsy; las palabras se le escaparon de los labios casi antes de ser consciente de que las había dicho. No pudo contenerse.

King la miró ceñudo y, por la forma en la que la fulminaba con la mirada, parecía preguntarle cómo se atrevía a contradecirlo. Bitsy evitó sus ojos y habló directamente con la señora Graham:

—Es una enfermedad grave —le dijo—. Y, si empeora, el caballo puede sufrir mucho, quedarse cojo de por vida. Pero, si se detecta pronto, puede tratarse. En Kentucky, mi padre trató a cuatro caballos diferentes con laminitis. Tres de ellos mejoraron.

—¿Durante cuánto tiempo? —inquirió King con desdén—. La laminitis es una enfermedad crónica. No tiene cura.

—Es cierto —dijo Bitsy, bajando la cabeza, pero sin desviar la mirada del rostro de Katharine—. No tiene cura. Tampoco hay garantías. Pero, con los cuidados apropiados, sí se puede tratar. La señora Graham la escuchaba con atención, con ojos marrones solemnes, con lágrimas reprimidas.

—¿Y sabes qué hay que hacer? ¿Cómo tratar la enfermedad? Bitsy vaciló, invadida por las dudas crecientes y la incertidumbre. Pero, entonces, al mirar los ojos marrones de Delilah, ojos pacientes, expresivos, que desde luego se cerrarían para siempre si se hacía a un lado y permitía que King tomara las riendas, cuadró los hombros y retomó la palabra:

—Vi a mi padre tratar a esos cuatro caballos. Sé lo que hay que hacer.

—¿A tu… padre? —dijo King—. ¿Y a qué facultad de veterinaria fue? ¿A la misma que tú?

King soltó una carcajada estridente y cruel, como un cañonazo. Delilah se sobresaltó al oírlo, dilatando las fosas nasales y agitando la cabeza. King no le hizo caso.

—Señora Graham, llevo ejerciendo quince años y le digo lo que cualquier veterinario que se precie le diría en esta situación: hay que sacrificar a este animal. Si prefiere seguir los consejos de una mujer que aprendió lo poco que sabe de medicina equina deambulando por los establos cuando era una adolescente con dos coletas… Bueno, supongo que está en su derecho. Pero si el caballo pudiera decidir, estoy convencido de que le pediría que se lo pensase dos veces

antes de dejarlo en manos de una persona que ha abandonado la universidad.

La duda ardía en los ojos de la señora Graham. King fijó la mirada en Bitsy. Si estuvieran en un asalto de esgrima, habría gritado: *Touché!*

La noche anterior, en la reunión del club de lectura, Bitsy, un poco ebria, les había preguntado a sus amigas si era normal que una esposa detestase a su marido. Ahora que se sentía más sobria que nunca, se dio cuenta de que nunca había odiado a King, en el fondo no. De hecho, hasta entonces no había sabido lo que era el odio de verdad.

Ahora sí.

Bitsy levantó el mentón y habló en un tono de voz firme, bajo, decidido:

—Una vez más, mi marido tiene razón. Yo quería ser veterinaria. Me dejé la piel y terminé cuarta en el grado de biología, pero, como soy mujer, ninguno de mis profesores accedió a escribirme una carta de recomendación para la facultad de veterinaria, por lo que no pude presentar la solicitud.

»Justo por aquel entonces, falleció mi padre y King me pidió matrimonio. Yo quería quedarme en Kentucky para terminar el último semestre de la universidad, pero King acababa de abrir su consulta aquí y no daba el brazo a torcer: quería que se celebrase la boda lo antes posible y que me mudara a Virginia nada más casarnos. Ahora que lo pienso, tendría que haber insistido en que me permitiera terminar los estudios, tendría que haberle dicho que, si me quería tanto como decía, él querría lo mismo para mí.

Durante el más fugaz de los segundos, Bitsy miró a King a la cara, acusándolo con los ojos.

—Pero no insistí, sino que me centré en lo que quería él y me olvidé de lo que quería yo. No sé por qué exactamente, pero estaba cansada, dolida y desanimada. Y, ya que me habían cerrado las puertas de la profesión, ya no me pareció tan importante terminar ese último semestre.

»Así que, sí, señora Graham, abandoné la universidad. Para mí es una verdadera humillación, algo que le oculto a todo el mundo, incluso a mis amigas. King es un veterinario equino con experiencia, a diferencia de mí. Pero yo sé hacer algo que él no sabe hacer: curar a un caballo que padezca laminitis. Sé hacerlo porque he visto cómo lo hacían con buenos resultados. A diferencia de King.

Bitsy dio un paso al frente, se colocó al lado de Delilah y puso con cuidado la mano sobre el cuello del caballo, mientras miraba a la señora Graham a los ojos.

—No puedo darle garantías —le dijo, hablando con un tono de voz sereno—, pero, si me lo permite, puedo darle a Delilah una oportunidad. Y con todo el respeto que se merece el doctor Cobb, hay más opciones aparte de la que le ha dado.

Bitsy se calló. Aunque King estaba detrás de ella, estaba convencida de que notaba el ardor de su mirada en la espalda. Pero no se envaró, sino que se quedó quieta en silencio, a la espera. La señora Graham respiró hondo y despacio dos veces. Entonces, comenzó a asentir con la cabeza, lentamente, casi con dolor, como si su cuello fuera una bisagra oxidada sobre la que acabase de caer una gota de aceite.

—Sí —dijo, y asintió con más firmeza, devolviéndole la mirada a Bitsy y cogiéndole las manos—. Sí. Sí, intentémoslo. Démosle una oportunidad. Se merece una oportunidad.

King se dio la vuelta, abrió la puerta corredera de la cuadra y la cerró de un portazo tal que la barra de metal resonó como si fuera una campana al golpear el tope. Delilah se sobresaltó con el estruendo, pero Bitsy no movió ni un solo músculo ni se dio la vuelta para verlo marcharse.

Su mente ya se había puesto manos a la obra; pensaba en lo que debía hacer a continuación y en quién podría ayudarla.

Capítulo 16
El día de los tres donuts

Mientras se peinaba y se maquillaba, Margaret no podía parar de sonreír, como si un fotógrafo le hubiera pedido que dijera «patata», pero luego se hubiera olvidado de sacar la fotografía y se hubiera marchado. Sin embargo, la expectación que la embargaba era sincera, y la acompañó mientras se vestía para ir al centro, mientras decidía cómo gastarse el cheque.

Lo primero que se le ocurrió fue cobrarlo y comprar todos y cada uno de los libros que Helen le había recomendado. Margaret quería leerlos todos, y una colección así realzaría su estantería, que casi estaba vacía.

Pero, al recordar la estantería, se puso a pensar en los muebles en general. Hacía tiempo que quería un sofá nuevo. Y muebles para un comedor hecho y derecho, estilo danés moderno, con una mesa y sillas de teca e incluso un aparador a juego. El sofá que tenía en mente costaba casi doscientos dólares. Para una sola de las sillas de comedor que quería ya tendría que gastar todo el cheque. Pero si ahorraba unos meses, tal vez, o incluso todo un año…

Primero se presentó en la librería. Helen había salido a hacer unos recados, por lo que le dejó a Edwin los libros que quería devolver y utilizó el dinero que le había dado Bitsy para pagar el ejemplar de *Herland* que Margaret había llevado a la reunión del

club de lectura. Luego, le pidió que encargase otros tres ejemplares para las Bettys. Accedió con mucho gusto y se quedó encantado al enterarse de que Walt estaba disfrutando de *El viejo y el mar*.

—Dile que me llame cuando lo termine. Tal vez podríamos ir a tomar una cerveza y comentarlo.

Margaret no se imaginaba a Walt en un club de lectura, aunque solo estuviesen él y Edwin y hubiese una cerveza de por medio, pero le prometió que así lo haría. Sin dejar de sonreír, regresó al coche y condujo hasta el banco, el mismo que les había regalado la cafetera eléctrica cuando ella y Walt abrieron la cuenta corriente.

La jovencita que se sentaba a la mesa encargada de abrir cuentas nuevas, Rhonda, una morena de ojos grandes que parecía haberse echado una buena dosis de perfume Wind Song antes de venir al trabajo, no podía tener más de veinte años. Cuando Margaret le dijo que quería abrir una cuenta de ahorros, Rhonda sacó un formulario del cajón de la mesa y cogió un bolígrafo.

—Por supuesto. Será un placer ayudarla. ¿Señorita…? —Señora Margaret Ruth Ryan.

—Oh, entiendo. ¿Ha venido el señor Ryan con usted? Necesitaremos su firma para abrir la cuenta.

Margaret negó con la cabeza.

—Esta cuenta será solo para mí. He empezado un nuevo trabajo.

Rhonda soltó el bolígrafo.

—Lo siento, señora Ryan, pero no podrá abrir una cuenta sin su marido. Necesitaremos su firma…

—Sí, eso ya me lo ha dicho. Pero esta cuenta no es para él. Es para mí. Necesito una cuenta en la que pueda ingresar y guardar mis cheques. —Rhonda parpadeó con esos ojos grandes que tenía. Margaret hurgó en el bolsillo, sacó el cheque y se lo señaló—. ¿Lo ve? Lo pone aquí mismo: Margaret Ryan.

—Sí, lo entiendo, pero, aun así, necesitamos la firma de su mari…

—¿Puedo hablar con el gerente, por favor?

El gerente, el señor Carlyle, un hombre corpulento y colorado de

cuarenta y pico años de maneras serviles al que le olía el aliento, no fue de más ayuda que Rhonda.

—Sí, señora Ryan —dijo, asintiendo de forma exagerada—. Entiendo que el dinero se lo pagan a usted y no a su marido. Pero el reglamento del banco exige que una mujer casada cuente con la aprobación por escrito de su marido para abrir una cuenta, sin excepción.

—¡Pero el nombre que aparece en el cheque es el mío! —Recalcó con firmeza.

Carlyle miró a Margaret como si le estuviera hablando en otro idioma; era una mirada inexpresiva, como si no estuviese entendiendo nada. Margaret suspiró y lo intentó de nuevo:

—Permítame que le haga una pregunta. Si mi marido viniera a abrir una cuenta con un cheque a su nombre, ¿el reglamento del banco le exigiría presentar mi firma antes?

Parpadeó dos veces.

—Bueno, no. Por supuesto que no.

Margaret abrió los brazos del todo, con la esperanza de que Carlyle atara cabos. No fue así. Hurgó en el cajón y sacó una ficha de color beis.

—Si su marido no tiene tiempo para venir al banco durante el horario de apertura, pídale que firme esta ficha. Traiga toda la documentación en cuanto la firme y estaremos encantados de abrirle una cuenta.

Esbozó una leve sonrisa y le tendió la ficha. Aunque por dentro estaba furiosa, no veía ninguna alternativa, de modo que Margaret la aceptó, salió por la puerta y dobló la esquina en dirección a la pastelería.

Compró tres dónuts de mermelada, se sentó en un banco más abajo en la manzana y se los comió mientras rellenaba el formulario y falsificaba la firma de Walt en la ficha.

Menos de treinta minutos después de salir, volvió a entrar en el banco y le entregó la ficha y el cheque a Rhonda, que parecía sorprendida y algo nerviosa de volver a verla.

—Oh, qué rápido.

—La oficina de mi marido no queda lejos.

Aquello era verdad. Lo que no le pareció necesario fue mencionar que no había ido hasta allí.

Rhonda revisó el formulario para cerciorarse de que estaba todo en orden.

—¿Esto no es…? —Bajó la cabeza, mirando con los ojos entrecerrados una mancha de color púrpura—. ¿Mermelada? Margaret juntó las manos sobre el regazo.

—Justo estaba en la pausa para el café.

En general, Margaret había dejado de dar portazos a finales de la adolescencia. Pero la humillación que se había visto obligada a soportar, la mentira que se había visto obligada a decir y los ardides que se había visto obligada a tramar solo para tener acceso al dinero que se había ganado con su propio esfuerzo la superaban.

Se subió al coche familiar y cerró la pesada puerta con todas sus fuerzas; una vez no, tres, pero ni siquiera eso bastó para descargar la rabia que la invadía. Se sentía igual que cuando tenía ocho años y uno de los niños mayores del vecindario, Skip Halloran, que por aquel entonces tenía trece, la invitó a un cucurucho del camión de los helados y, luego, estrelló el cucurucho contra su rostro cuando hizo ademán de dar el primer lengüetazo: furiosa, frustrada y usada, el blanco de una broma muy pesada.

Soltó un grito exasperado y golpeó la palma de la mano contra el claxon. Una pareja de viandantes le dedicó una mirada extrañada, pero ayudó en algo, como también ayudó salir del aparcamiento del banco a toda velocidad, levantando la gravilla del suelo a su paso.

Mientras conducía, Margaret fue redactando mentalmente una carta a su representante en el Congreso, en la que protestaba contra las políticas y las leyes que impedían a las mujeres realizar transacciones financieras de lo más sencillas y exigía que legislaran una solución al problema. Recordó lo que su madre, que se había

unido a las protestas de las sufragistas en la adolescencia, le había dicho a propósito de lo importante que es involucrarse en los asuntos cívicos: «Si hubiéramos esperado a que los hombres nos dieran el voto, no habría sucedido nunca. Tuvimos que reclamarlo nosotras mismas y velar por su cumplimiento».

Margaret no se hacía ilusiones con que su carta fuera suficiente para que un senador se diera prisa de pronto, pero algo tenía que hacer. Tal vez podría convencer a otras mujeres de Concordia de que escribiesen. La gente de la quedada para el café no estaría por la labor, pero estaba convencida de que podría persuadir a las Bettys. Y tal vez a Helen.

Cuando atravesó las columnas de ladrillo que marcaban la entrada de Concordia, Margaret había decidido cómo reaccionar, lo que la había calmado y había hecho que se sintiera un poco menos impotente. En cuanto llegara a casa, sacaría a Sylvia del armario y empezaría a redactar un borrador de la carta, algo que pudiera enseñarles a las demás. Si se daba prisa, podría terminar antes de que llegase el autobús escolar. Ese era el plan.

Pero el plan cambió cuando aparcó en la entrada de su casa y vio a una chica vestida con una falda plisada a cuadros, una blusa blanca y una chaqueta azul sentada en las escaleras delanteras.

Margaret apagó el motor y salió del coche.

—¿Denise? ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en la escuela?

—Le he dicho al profesor de gimnasia que tenía calambres. —Se puso en pie—. ¿Puedo hablar con usted? Verá, es importante.

Capítulo 17
Peticiones sencillas

Denise se sentó en silencio a la mesa de la cocina de los Ryan, sin tocar el trozo de pastel ni el vaso de leche, a la espera de que Margaret terminase de leer. Después de una segunda lectura, esta bajó los papeles y miró a la chica durante un largo rato.

—Denise, esto está…

Cuando Margaret invitó a la muchacha a entrar en la casa y le preguntó de qué quería hablar, se sorprendió y se sintió un poco halagada de que Denise quisiera pedirle que leyera la redacción que pensaba enviar a Oxford. «Mi madre me ha dicho que usted escribe para una columna de revista. Dado que es escritora profesional, he pensado que quizá tendría algunos consejos que darme para mejorar mi redacción», le dijo.

Al oír la frase «escritora profesional», Margaret se sintió incómoda. Su respuesta instintiva era negarlo. Luego, recordó el cheque y que, en efecto, le habían pagado por escribir. ¿Acaso no era esa la definición de lo que es ser una profesional?

Le dijo a Denise que sería un placer leer su redacción.

Ahora que lo había leído, no sabía muy bien qué decir.

—Esto está muy pero que muy bien.

Margaret no lo decía para ser amable. La forma de escribir de Denise era extraordinaria.

La muchacha había escrito una especie de cuento de hadas con tintes trágicos: trataba acerca de una mujer que vivía en un barrio residencial llamado Armonía donde había demasiadas normas. Al mudarse, la mujer tenía un plan maravilloso, ambicioso incluso, para instalar un frondoso jardín. Al cabo de muchos años, puesto que la mujer nunca llevaba a término los planes que ideaba, un equipo de obreros vino a plantar los mismos setos y árboles que los de sus vecinos; no tenían nada que ver con el jardín que se había imaginado. La mujer, ahora furiosa, seguía teniendo un plan, así como las herramientas y los medios para llevarlo a cabo. Sin embargo, lo que hizo fue comprar una regadera y un bote de veneno. Todos los días durante muchos meses, mezclaba unas pocas gotas de veneno en una regadera llena de agua y las derramaba sobre las raíces de los setos y de los árboles, matándolos poco a poco, pero de forma concluyente: el jardín se quedó tan yermo y la tierra tan contaminada que nada volvería a crecer ahí.

Que la protagonista fuera una versión muy poco camuflada de Charlotte hizo que Margaret se incomodase al principio, pero la historia estaba tan bien montada que no le dio importancia.

Denise tenía una forma de escribir expresiva y precisa. Cada acción tenía un propósito, delataba los defectos, la motivación y los engaños que subyacían bajo su conducta. Cada palabra se había escogido con cuidado, cada adjetivo resultaba ideal, hilando descripciones brillantes, sin necesidad de adornos.

Sin embargo, su forma de escribir poseía una cualidad luminosa, una extraña sensación de intimidad. Margaret sentía que contemplaba una escena a través del más fino de los velos, presenciando cada acción y oyendo cada palabra, pero sin llegar a ver en ningún momento al personaje a la cara. Era una cualidad que permitía a la lectora introducir a cualquier persona en la historia, incluso a sí misma. En especial a sí misma.

—Denise, está mucho más que bien. Es extraordinaria. Es introspectiva…

Estaba a punto de decir: «En especial, viniendo de una chica de

diecisiete años», pero se contuvo. No hacía falta mencionar la edad. Era una obra extraordinaria e introspectiva. Punto.

—Si tuviera alguna sugerencia que darte, lo haría, pero no es así. Eres una escritora excelente.

—Gracias.

Otras chicas se habrían sonrojado, habrían rehuido su mirada o habrían hecho un comentario despectivo para negar su propio talento y, a la vez, buscar otro cumplido que mitigase su inseguridad. Eso es lo que habría hecho Margaret a su edad y lo que seguía haciendo en ocasiones, pero Denise se limitó a darle las gracias, reconociendo la verdad que subyacía en las palabras de Margaret con una confianza discreta que no resultaba inapropiada lo más mínimo.

Charlotte siempre decía que Denise era un bicho raro. Si con eso se refería a una persona que no encajaba con sus compañeros, entonces sí lo era. Pero si tus compañeros fuesen personas normales y corrientes, destinadas a tener vidas normales y corrientes, y tú tuvieras claro que eres todo lo contrario, ¿por qué deberías perder el tiempo tratando de encajar? No tendría sentido. Lo que harías sería buscar desesperadamente un lugar en el que sí encajaras. De modo que lo que le dijo Denise no le sorprendió mucho, al menos en un primer momento.

—Señora Ryan, tengo que entrar en Oxford. ¡Tengo que entrar sí o sí! Si no, yo…

Por primera vez aquel día, Denise aparentó lo que seguía siendo en el fondo: una adolescente ansiosa que titubeaba en el umbral de la adultez y la feminidad, tan desesperada por transformarse como lo había estado Margaret en su época. Esta última se estiró sobre la mesa y le agarró la mano.

—Todo va a ir bien. Según tu madre, sacas unas notas excelentes. Y salta a la vista que eres una escritora excepcional. No dudo de que haya mucha competencia, pero, con un talento como el tuyo, estoy segura de que tienes más posibilidades que la mayoría. Y, si lo de Oxford no funciona por el motivo que sea, habrá otra

docena de universidades que arderán en deseos de aceptarte.

Denise cerró los ojos con fuerza mientras le hablaba, asintiendo con impaciencia, como si tuviese que esforzarse mucho para reprimir el impulso de interrumpir a una adulta.

—Gracias, sí. Tengo un par de opciones más por si acaso. Pero me parece que tengo posibilidades. Lo que me preocupa no es tanto que me admitan como lo que me podría impedir marcharme… después de que me admitan. —Abrió los ojos—. Le agradezco que haya leído mi historia. Y me alegro de que le haya gustado. Pero, en el fondo, he venido a hablar de mi madre. Para usted es una persona importante, ¿no es cierto?

La curiosidad que transparentaba su voz, la forma en la que ladeaba la cabeza, como si no pudiese creérselo del todo, sorprendieron a Margaret.

—Por supuesto. Charlotte es mi amiga.

Denise asintió.

—Sí. Me di cuenta cuando vino ayer por la tarde y se ofreció a ayudar para que ella no pasara un mal trago. Me parece que mi madre nunca había tenido una amiga como usted hasta ahora. Pero me pregunto cuánto sabe usted de ella. Estoy segura de que le han llegado rumores.

—La gente es dada a cotillear, pero no por eso lo que se dice es cierto.

—No. Aunque a veces sí.

Denise dio un sorbo a la leche antes de proseguir.

—El año pasado, mi madre tomó una sobredosis de pastillas para dormir y pasó un mes internada en un hospital psiquiátrico. Mis compañeros de clase, que son muy sensibles y que nunca desperdician la oportunidad de hablar en susurros del tema si yo estoy cerca, prefieren llamarlo *el loquero*. Pero la cosa es que los rumores sí son ciertos —recalcó, antes de confesarle una cosa que entristeció y desconcertó a Margaret a partes iguales.

Margaret se compadecía de verdad por todo lo que había tenido que soportar este bicho raro tan joven. Aun así, no tenía tan claro

que conocer los secretos de Denise fuese a ser algo bueno para ninguna de las dos. A fin de cuentas, casi no conocía a la muchacha. Pero Denise no parecía creer en los secretos. Era una persona perspicaz y franca y hablaba con soltura de temas que otras chicas adolescentes tratarían de ignorar, ocultar u olvidar. Se le ocurrió pensar que quizá ese era parte del motivo por el que escribía tan bien.

Denise movió el tenedor, alineándolo junto al plato del pastel, que no había tocado.

—Mi madre tiene… una relación bastante informal con la verdad. Pero jura que lo de la sobredosis fue un accidente, que se despertó y fue incapaz de conciliar el sueño de nuevo, que estaba tan aletargada que no se dio cuenta de que ya se había tomado las pastillas para dormir. No siempre me creo lo que dice mi madre, pero, en este caso, sí.

»Tiene ciclos —prosiguió—; a veces se entusiasma mucho con un proyecto, como esta semana con los cuadros. Cuando le pasa, puede estar toda la noche en vela presa de un desenfreno eufórico, sembrando el caos a su paso, hasta que, inevitablemente, se desinfla. Siempre ha sido así. En parte, la entiendo. Cuando se me ocurre una idea para una historia, a veces me quedo en vela toda la noche escribiendo. Las horas pasan tan deprisa que casi pierdo la noción del tiempo. La diferencia es que yo, al final, me canso y vuelvo a la cama, pero mi madre no. Incluso cuando está agotada, a veces no puede dormir, por lo que el médico le ha recetado las pastillas. Los médicos le dan muchas, muchas pastillas.

—¿Meprobamato? —Quiso saber Margaret.

—Entre otros. Pero sí me creo que la sobredosis fuera un accidente. Mi madre estará loca, pero no en ese sentido. A veces es tan cabezota y tan obstinada que me dan ganas de… ¡Uf! —Se clavó las uñas en las manos, frustrada—. Pero no se suicidaría. Quiere mucho a sus hijos, incluida a mí. Y eso que la saco de quicio más que los otros tres juntos.

Margaret sonrió y pensó en su propia madre. ¡Oh, cuánto

discutían! La relación entre una madre y una hija casi adulta era complicada. Pero, cuando pensó en lo joven que era Denise, en lo inocente que era, se le ensombrecieron las facciones. Sería un prodigio de la literatura, pero, en lo que a su vida personal se refería, todavía era incapaz de imaginarse lo inimaginable: que incluso una madre que te quiere puede decepcionarte, incluso abandonarte. ¿Quién puede pensar algo así a su edad? ¿Quién debería pensar algo así?

Denise prosiguió con su relato:

—Cuando pasó, Howard estaba esquiando en Vermont. Cuando entré en el dormitorio de mi madre, no fui capaz de despertarla, por lo que llamé a una ambulancia. Después de explicarle la situación, el médico dijo que probablemente solo se tendría que quedar internada durante la noche y que luego le darían en alta. Entonces llegó Howard, interpretando el papel de marido preocupado —dijo, con cierto rencor en la voz.

»Les contó algunas mentiras: que era errática e inestable y que en teoría él estaba muy preocupado. Bueno, si tan preocupado estaba por ella, ¿por qué se escapó a Vermont a esquiar? No estaba presente. Nunca está presente. Yo sí —dijo, llevándose el puño al pecho—. Pero, cuando apareció en el hospital, los médicos dejaron de hacerme caso. Derivaron a mi madre a un hospital psiquiátrico y la internaron durante un mes. Solo la dejaron salir cuando accedió a abandonar Nueva York y mudarse aquí.

Denise cogió el tenedor y lo clavó en el trozo de pastel con una ferocidad tal que podría considerarse un intento de asesinato si el pastel fuera un ser vivo. Lo partió, pero no probó bocado.

—Mi madre no tenía elección. El precio de su libertad era desterrarse a un barrio residencial. En teoría, nos mudamos a Concordia porque un pueblo pequeño les sentaría bien a los nervios de mi madre y porque Howard acaba de abrir una oficina en Washington D. C., pero esas no son más que excusas. Él pasa la mayor parte del tiempo en Nueva York. Si estuviéramos en la Edad Media, la habría metido en un convento o la habría encerrado en

una torre. Si fuera el rey, quizá le habría cortado la cabeza sin más. Por suerte, ahora el mundo es un poco más civilizado. Pero no mucho.

A pesar de todas las desavenencias que había entre ellas, resultaba evidente que Denise era la defensora de Charlotte, lo cual era una maravilla, pero las adolescentes no siempre son las mejores juezas de lo que pasa de verdad en el mundo adulto y a Margaret le estaba costando aceptar las acusaciones de Denise al pie de la letra.

—Sé que estás enfadada. Pero ¿acaso no existe la posibilidad de que Howard haya tratado de hacer lo mejor para tu madre de verdad? ¿Por qué iba a ser de otro modo? —preguntó Margaret, levantando las palmas de las manos.

Denise dejó el tenedor y soltó una risa sarcástica.

—¿Usted qué cree? Porque quería quitársela de en medio. Porque tiene una novia en Nueva York. Y en Vermont. Y otra en Connecticut, ya que estamos. Tiene muchas novias. Siempre ha sido así.

Esta vez, a Margaret no le costó creer a la joven. Tenía mucho sentido y explicaba muchas cosas. Pobre Charlotte.

—¿Ella lo sabe?

—Claro. Pero una cosa es saberlo y otra… saberlo de verdad. Imagino que mirar para otro lado hace que le duela menos. Sí que creo que mi madre intentó que funcionara, al menos al principio, pero él la desprecia desde hace años y ahora el sentimiento es mutuo. —Denise giró el tenedor y clavó los dientes en el pastel—. Es un bastardo.

Aunque entendía el impulso que la llevaba a expresarse así, Margaret regañó a la joven con dulzura y le dijo que no debería hablar de esa manera.

—Tiene razón —le contestó—, no debería. En fin, el bastardo no es él, soy yo. —Como Margaret frunció el ceño, Denise enarcó las cejas en señal de sorpresa—. Vaya, mi madre no le ha contado mucho, ¿no?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué se casó con Howard. Sobre mí.

—Charlotte me dijo que se conocieron en una cita a ciegas y que se casaron al cabo de dos semanas, pero nada más.

Denise torció los labios hasta formar una sonrisa cínica.

—Técnicamente, es la verdad, pero hay más. Asumo que le ha contado que era muy problemática de pequeña, ¿verdad?

Margaret asintió.

—Aunque tengo todas las pruebas en contra, me parece que mi madre no era tan poco convencional como dice. Estoy convencida de que con su conducta trataba en parte de llamar la atención de mi abuelo, que nunca llegó a perdonarla por no ser un chico. Por el motivo que sea, se lio con el *caddie* de un club rural a los veintiún años y se quedó embarazada.

»Después de que se negase a "encargarse del problema" —dijo Denise, dibujando unas comillas en el aire con los dedos— (el problema era yo), mi abuelo intervino. Rebuscó en la empresa y encontró a un gestor de bajo nivel ambicioso y sin escrúpulos, pero socialmente aceptable, Howard Gustafson, quien estaba dispuesto a casarse con su hija embarazada y a guardar el secreto a cambio de que lo ascendiera a director y de que le prometiera mucho más para el futuro. Organizaron la boda a la carrera, la anunciaron en el *Times*, guardaron las apariencias y solucionaron el problema.

Denise siguió aplastando las migas del pastel.

—Para el abuelo, las cosas no podrían haber salido mejor. Aunque no le hace caso a mi madre, se desvive por Howard, dice que es el hijo que nunca tuvo, que son como dos gotas de agua. —Se encogió de hombros—. Tiene sentido. El abuelo también ha tenido siempre una vida oculta.

Margaret se quedó ahí sentada unos instantes, tratando de digerir todo lo que acababa de oír. Le parecía increíble, pero sí se lo creía. Ninguna muchacha de la edad de Denise podría inventarse una historia como aquella, en especial tratándose de la historia de su vida.

—Denise, cuánto lo siento.

Denise se quedó mirando el plato de migas.

—No es culpa suya.

—Ni tuya —dijo Margaret—. Aun así, lo siento. Pero hay algo que no entiendo. Salta a la vista que tu madre no es feliz. Por lo que dices, tu padre… —Denise le lanzó una mirada insinuante y Margaret rectificó—. Lo siento. Quiero decir, Howard tampoco lo es. ¿Por qué no se divorcian y ya está?

Denise se echó a reír.

—¡Por el dinero, claro! Howard no pide el divorcio porque tiene miedo de que mi abuelo lo eche de la empresa y del testamento. Mi madre nunca pedirá el divorcio porque tiene miedo de quedarse al margen y de que Howard mantenga su empleo y todo lo que conlleva, que mi abuelo lo escoja a él antes que a ella… otra vez.

—¿Antes que a su propia hija? ¿De verdad haría algo así? Denise bajó el mentón y miró a Margaret directamente a los ojos.

—Sin pensarlo. No conoce a esta gente tanto como yo, señora Ryan. Cuando me informaron de que mi familia se mudaría a Concordia, mis abuelos me dijeron que yo podía quedarme en Nueva York y vivir con ellos para terminar el último año de instituto. Me negué por dos motivos. En primer lugar, porque la gente que vive con arpías acaba mal. En segundo lugar, porque alguien tenía que cuidar de mi madre. Nadie más iba a hacerlo.

»Pero no puedo quedarme aquí, señora Ryan. Tengo que marcharme y empezar a vivir mi vida. Si no… —Denise levantó los ojos al techo, parpadeando. Margaret guardó silencio hasta que la joven recobró la compostura—. Después de que usted y las demás Bettys se marcharan anoche, bajé a la planta de abajo y tomé prestado el ejemplar de mi madre. Me pasé toda la noche leyendo para terminarlo.

Margaret abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que has leído *La mística de la feminidad* en una sola noche? ¿Y que no has pasado por la cama? Denise se encogió de hombros para restarle importancia a sus preguntas.

—Como le he dicho, cuando me intereso por algo, no hay quién

me pare. Y ahora entiendo por qué mi madre se ha entusiasmado tanto con ese libro. Desde el día en el que nació, su familia, sus profesores, sus psiquiatras, las revistas que lee y la sociedad le han enviado el mensaje de que le pasa algo, de que las cosas que la hacen única (la inteligencia, la terquedad, la creatividad, la pasión) no son más que síntomas de neurosis que la ponen enferma, le quitan feminidad e incluso la vuelven indeseable. Gracias a ese libro, he visto que tenemos más cosas en común de lo que pensaba, porque yo también llevo toda la vida recibiendo esos mismos mensajes. A veces la mensajera ha sido mi propia madre. No se da cuenta, pero es cierto.

Margaret suspiró para sus adentros. Ojalá pudiera decirle a Denise que se equivocaba. Sin embargo, Charlotte hacía comentarios sobre la falta de interés de la joven en la ropa o en hacer amigos, la llamaba «bicho raro»… ¿Por qué lo hacía?

—No tiene sentido —prosiguió Denise—. Pero, por retorcido que parezca, lo hace porque me quiere. La sensación de que siempre ha estado equivocada y de que nunca ha encajado no le ha causado más que dolor. Le gustaría ahorrármelo a mí, aunque intente rebelarse contra ello. Mire, a mí también me encantaría ser normal, de ser posible. ¿A quién no? Pero es un caso perdido. Soy tan rara como ella.

La sonrisa fugaz de Denise se apagó y la reemplazó una mueca que denotaba preocupación.

—¿Ha leído las entrevistas de Friedan a esas universitarias que decían que no querían hablar ni de ideas ni de cosas abstractas, solo de chicos? ¿Y que a las chicas que se apasionaban por sus estudios se las consideraba peculiares y poco femeninas? ¿Y qué me dice de la chica a la que le encantaba la bacteriología pero cambió la especialidad a economía doméstica para encajar? —Denise apretó la mandíbula—. ¡Me dieron ganas de darle una buena bofetada! Pero, por otro lado, lo entiendo. Todo el mundo quiere encajar, ¿no es cierto? Por eso tengo que marcharme —dijo, con una nota de súplica en la voz—. Porque si termino en una facultad con esa clase de

chicas, podría ocurrirme lo mismo.

—Pero ¿qué te hace pensar que todo será diferente allí? —preguntó Margaret—. En Inglaterra también habrá chicas insípidas. No todas pueden ser estudiosas.

—No todas. Pero Dorothy Sayers estudió en Oxford. Al igual que Vera Brittain y Elizabeth Anscombe. Es una filósofa —dijo Denise, como respuesta a la expresión confundida de Marga— reí—. Así que debe de haber unas cuantas, ¿no le parece?

Se la veía esperanzada. A Margaret le entraron ganas de darle un beso en la frente.

—Sí. Estoy segura de que tienes razón.

—Sé que está muy lejos, pero no me puedo quedar aquí atrapada toda la vida. Este es el verdadero motivo por el que quería hablar con usted, señora Ryan. —Se le tensó el cuerpo y se aferró al borde de la mesa, inclinándose para rogarle lo siguiente—: Cuando me vaya, ¿cuidará de mi madre? ¿Será su amiga? ¿Se asegurará de que esté bien?

La respuesta de Margaret tendría que haber sido un sí directo y concluyente, sin más complicaciones. Si Denise se lo hubiera pedido a cualquier otra persona, probablemente esa sería la respuesta que habría recibido. Pero Denise no era consciente de la magnitud de su petición, no podía comprender que nadie estaba en posición de garantizar el bienestar de otra persona.

No sabía qué le estaba pidiendo. Era imposible que lo supiese. Pero… Charlotte era su amiga. Y Denise se merecía una oportunidad. Margaret inspiró hondo y espiró despacio.

—Lo intentaré —le dijo al fin—. Haré lo que pueda.

La sonrisa de alivio de Denise pareció esparcirse por todo su cuerpo.

—¡Gracias, señora Ryan! No se hace una idea de lo importante que es para mí, de verdad. Muchísimas gracias. Y le prometo que…

Margaret la interrumpió, diciéndole que no era nada y que no hacía falta que le diera las gracias, pero, entonces, sonó el teléfono. Era Bitsy. Hablaba con voz rara.

—Margaret, ¿tienes una máquina de coser?

—Ya no. Se la di a la hermana de Walt cuando nos mudamos. Pero me parece que Viv sí tiene una.

—¿Puedes llamarla y preguntarle si me la puede prestar? Por cierto, ¿podrías pasarte por mi casa más tarde y darles de comer a las mascotas? Esta noche no voy a ir a casa y King no responde a mis mensajes. Hay una llave debajo de la maceta.

Margaret frunció el ceño, cambiando el teléfono a la otra oreja.

—Por supuesto, pero… ¿qué pasa? ¿Y dónde estás?

Capítulo 18
Soltando bombas

La vieja nevera portátil de color verde que había sacado Margaret del garaje pesaba por lo menos cuatro kilos vacía. Llena hasta arriba de hielo, probablemente rozaría los veinte kilos. Margaret la sacó de la parte trasera del coche familiar con un gruñido.

—Yo te ayudo —le dijo Viv—. No vas a acarrear ese monstruo tú sola.

Margaret apretó con más fuerza el mango.

—Ni te acerques, preñada. Ya me encargo yo. Tú y Charlotte traed todo lo demás. ¿Charlotte? Que no coja nada pesado.

—A la orden, mi capitana.

Charlotte se tocó levemente la frente con los dedos con los que sostenía el cigarrillo antes de arrojarlo a la grava y aplastarlo con la punta de sus zapatos de tacón de piel de caimán. Margaret puso los ojos en blanco. Solo a Charlotte se le ocurriría ponerse tacones altos y un abrigo de visón para ir a unos establos.

El único coche que había en el aparcamiento era el de Bitsy. Los prados estaban desiertos y los caballos, encerrados en las cuadras. Margaret llevó la nevera hasta la última cuadra de la derecha, la única con la luz encendida, dejó la carga y abrió la puerta corredera para que pasasen las demás.

Viv fue la primera en entrar, cargando con un montón de trozos

de lona de color verde oliva. Charlotte fue la siguiente, tambaleándose con los tacones y con el asa de una cesta de mimbre para pícnics en un brazo y una manta de lana azul y una almohada en el otro. Al reparar en el caballo, apoyó la espalda contra las tablas rugosas de la cuadra y avanzó de lado hacia el rincón, como un cangrejo asustado, alejándose todo lo posible de Delilah. En cuanto entraron las demás, Margaret metió la nevera por la puerta y la dejó en el suelo de un golpe seco; luego, cerró la puerta corredera y le dio un abrazo a Bitsy.

—Hemos traído todo lo que nos has pedido —dijo Margaret—, además de una manta, una almohada y algo de comida: sándwiches de queso, plátanos, manzanas y un tarro de cacahuetes. Siento que no sea muy exótico. La comida vegetariana no es lo mío.

—Es perfecto —dijo Bitsy, devolviéndole el abrazo—. Sois las mejores, chicas.

Charlotte dijo desde el rincón:

—Yo he preparado un termo de *hot toddies*.—Se arrebujó en el abrigo de visón, estremeciéndose—. ¿Os apetece uno? ¡Hace un frío que pela aquí dentro!

—Gracias —le dijo Bitsy—. Más tarde, si acaso.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Margaret, mirando el caballo.

No entendía mucho de caballos, pero hasta ella se daba cuenta de que Delilah, que estaba de pie en una cama de arena con las caderas hacia atrás, sentía algo de dolor.

—Igual, más o menos —dijo Bitsy—. Acabamos de traer la arena. La ayudará a apoyar la planta del pie y debería rebajar un poco la presión. También he cambiado su dieta; le estoy dando heno remojado en agua, para reducir los azúcares, con algunas hierbas (diente de león, escaramujo y consuelda) para acelerar la circulación. Habrá que esperar un tiempo para ver si funciona, pero, si podemos, debemos bajar la inflamación. Por eso nos hace falta el hielo.

Bitsy abrió la tapa de la nevera y les sonrió.

—Muchísimas gracias por hacer todo esto, de verdad.

Viv dejó el montón de trozos de lona en el suelo.

—Yo he cosido lo mío con el paso de los años, pero nunca había cosido calcetines para caballos. ¿Cómo va la cosa, para empezar?

Bitsy se acuclilló al lado de la pila verde y cogió uno de los «calcetines» que había cosido Viv siguiendo sus instrucciones y utilizando la tela de una vieja tienda de campaña. Parecía más bien un saco cóncavo de lona, estrecho en la parte superior y más ancho en el fondo, con unos cordones cosidos unos centímetros por encima de la abertura. En teoría, la lona era impermeable, pero Viv había derretido unas velas viejas y pasado una capa de cera de abeja por el interior, por si acaso.

—Es un sistema que se le ocurrió a mi padre —dijo Bitsy—. Le pondremos los calcetines en los pies, los llenaremos de hielo y los ataremos por arriba para que no se le caigan. También podríamos usar cubos normales, pero los calcetines enfrían los pies con más rapidez y no hace falta tanto hielo. No es nada fácil dar con hielo en un establo, así que, cuanto menos necesitemos, mejor.

Charlotte se acorraló incluso más en la esquina; parecía alarmada.

—¿Por qué te expresas en plural? Mira, a mí me ha encantado venir y comportarme como una buena *scout*, ayudarte en momentos de necesidad y demás, pero no pienso acercarme a menos de tres metros de esa yegua. Desde luego, no pienso acercarme lo suficiente para ponerle unos calcetines.

Bitsy esbozó una sonrisa.

—Charlotte, no me digas que te dan miedo los caballos.

—¡Pues claro que me dan miedo! A ti también te lo darían si tuvieras un poco de sentido común. ¡Solo hay que verla! ¡Es enorme!

—Y mansa como un gatito. No hay nada de maldad en ese cuerpo que tiene —dijo Bitsy, acercándose a Delilah y acariciándole el hocico—. Algo que, exceptuando a las presentes, no puedo decir de la mayoría de la gente a la que conozco.

Viv se acercó y acarició el cuello de Delilah con la mano.

—Es preciosa. Si Charlotte no te ayuda, te ayudo yo. ¿Qué tenemos que hacer?

—Lo de ser enfermera se lleva en la sangre. Pero me parece que sería mejor que me ayudase Margaret —dijo Bitsy, mirando la cintura de Viv—. Delilah es mansa, pero también está dolorida. No va a entender lo que le vamos a hacer ni por qué, así que es mejor no correr riesgos. Margaret, ¿te importa?

Margaret cogió uno de los calcetines de lona y se adelantó. El caballo bufó y sacudió la cabeza cuando se aproximó, pero, después de que Bitsy le dejara oler bien la lona, mientras le murmuraba palabras de consuelo, Delilah se tranquilizó. Bitsy se agachó y le dio una palmadita en la pata delantera izquierda, por detrás de la rodilla; el caballo levantó la pata lo suficiente para que Margaret le pusiera el calcetín sobre el casco. Viv cogió hielo con una pala de metal. Charlotte abandonó la esquina y atravesó la cuadra con el cubo hacia donde estaban Margaret y Bitsy, quienes llenaron el calcetín de hielo y lo ataron con fuerza. A continuación, repitieron el procedimiento con la pata derecha.

Todo esto les llevó menos de diez minutos. Poco después de terminar, Delilah pareció relajarse: desplazó el peso del cuerpo un poco hacia delante y entrecerró los ojos. Bitsy le dio unas palmadas en el cuello.

—Ya te sientes mejor, ¿a que sí, chica? Espero que también se reduzca la inflamación.

Charlotte se separó un paso de la esquina.

—¿Durante cuánto tiempo tiene que estar con el hielo?

—Setenta y dos horas —dijo Bitsy—. Es lo que siempre hacía mi padre, así que es lo que pienso hacer yo también.

—Pero no vas a dormir aquí, ¿verdad? —Charlotte agarró la manta contra el pecho y lanzó una mirada a la cuadra, reparando en una pila de heno que seguramente Bitsy usaría como cama. Arrugó la nariz—. Hace frío. Y huele mal.

—Dudo que vaya a dormir mucho. Hay que reemplazar el hielo conforme se vaya derritiendo. Pero, sí, pasaré aquí toda la noche. Y

todas las noches que hagan falta hasta que sepa que está mejorando. En cuanto al hedor —dijo Bitsy—, un poco de estiércol no le hace daño a nadie.

—¿Por qué no ha venido nadie a ayudarte? —Quiso saber Viv—. No eres la única trabajadora del establo, ¿no? ¿Qué hay de la señora Graham? Es su caballo. ¿Por qué no está aquí?

—Quería quedarse, pero no podía. Le han surgido algunos problemas familiares. —Bitsy se acuclilló junto a la cesta para el pícnic, escogió uno de los sándwiches de queso que le había preparado Margaret y se comió un buen bocado—. Gracias, Margaret. Está buenísimo.

—Lleva tranchetes con pan blanco y mayonesa. No estoy segura de que sea queso de verdad siquiera.

—Bueno, a mí me sabe bien. No comía desde la hora del desayuno.

Mientras Bitsy se alimentaba, Margaret decidió preguntar por el gran ausente.

—¿Dónde está King?

—Ni lo sé ni me importa.

Fue una respuesta tensa, rabiosa y para nada propia de Bitsy. Desenvolvió otro sándwich y le dio un mordisco.

—Discutimos. Dijo cosas horribles, me humilló delante de la señora Graham, y yo le devolví el favor. Luego, se cabreó y se marchó.

Margaret les lanzó una mirada tan rápida como insinuante a Viv y a Charlotte, antes de agacharse al lado de Bitsy y sentarse de piernas cruzadas en el heno. Charlotte le ofreció la mano a Viv para ayudarla, ya que le costaba más moverse que hacía solo una semana, y, entonces, también se sentó en el suelo, alisando la falda y apoyándose sobre una cadera, con las rodillas juntas hacia la derecha, como si estuviera montando a la amazona.

Bitsy engulló el segundo sándwich, arrancando mordiscos y tragándoselos con una agresividad que no se debía necesariamente al deseo de llenar el estómago vacío. Cuando cogió la manzana, Viv

bajó la cabeza para tratar de atraer la mirada de Bitsy.

—¿Quieres hablar del tema?

—No, no quiero.

Bitsy le dio un mordisco a la manzana. Charlotte inhaló hondo, subiendo los hombros hasta las orejas, y soltó el aire con un soplido dramático.

—Bueno, ¡menos mal! ¿Hay algo más aburrido que escuchar la transcripción de las riñas matrimoniales de otra persona? ¿O más absurdo? Además, en situaciones como estas, solo hay una cosa sensata que se pueda hacer.

Charlotte hurgó en la cesta y sacó el termo, sirvió la bebida (un *whisky* caliente con olor a limón) en vasos de papel y se los dio a las demás. Bitsy se terminó el suyo de un solo trago y, luego, arrugó el vaso en las manos, cerró los ojos y dejó caer la cabeza.

Margaret le colocó una mano en el hombro hundido.

—Esto no es solo por la discusión con King, ¿verdad? Venga, Bits, ¿qué tienes? A nosotras puedes contárnoslo.

—Nada. Es que… —Levantó la cabeza y miró a sus amigas con los ojos bien abiertos, ansiosos—. Vi a mi padre tratar la laminitis, pero nunca lo he hecho por mi cuenta. ¿Y si no recuerdo todo lo que hizo, o malinterpreté algo? Al final, Delilah podría sufrir incluso más por mi culpa, y la señora Graham también. Ha sido muy amable conmigo y quiero ayudarla, pero… ¿y si solo estoy empeorando las cosas al darle falsas esperanzas?

Bitsy las miró a las tres, como si se esperase una respuesta de verdad. Margaret no tenía nada que decir. Charlotte también guardó silencio. Pero Viv se inclinó hacia delante, apartó la mano de Margaret para agarrar los dos hombros de Bitsy y la miró a los ojos.

—Bitsy Cobb, no es el momento de dudar de ti misma. Tú puedes.

—Pero ¿y si King tiene razón? —preguntó—. ¿Y si en el fondo no sé lo que estoy haciendo?

—¿Te he contado que una vez tuve que hacer una traqueotomía durante la guerra? —Bitsy negó con la cabeza—. Uno de los

pacientes comenzó a ahogarse y a ponerse morado porque tenía la tráquea bloqueada. Aquel día estábamos hasta arriba atendiendo a los heridos. No había ningún médico disponible para hacer la traqueotomía y nos estábamos quedando sin tiempo. Yo había visto el procedimiento, pero nunca lo había hecho por mi cuenta. Me aterrorizaba coger un bisturí y cortarle la garganta a ese hombre. Me daba muchísimo miedo equivocarme, que terminase muriéndose, pero, si me quedaba de brazos cruzados, sabía que se moriría sí o sí. De modo que no tenía alternativa.

»Tú te encuentras en ese punto ahora mismo, Bitsy. Si te hubieras quedado de brazos cruzados, guardado silencio y permitido que King se saliera con la suya, Delilah ya estaría muerta. Pero te conozco: no podías quedarte al margen y dejar que pasase todo eso, de la misma forma en la que yo no podía dejar que ese pobre hombre se muriera ahogado. En ese sentido, nos parecemos mucho. Si podemos ayudar de alguna forma, no lo dudamos. Es lo que hacemos siempre.

La mirada de Bitsy se había vuelto más ausente conforme Viv le narraba la historia, aunque no de una manera que hiciese a Margaret pensar que no la estaba escuchando, sino que de una manera introspectiva, como si estuviera sopesando las palabras de Viv y comparándolas con sus propias creencias y con su propia experiencia. Cuando Viv le habló del deseo de ayudar que tenían en común, Bitsy comenzó a asentir con la cabeza. Margaret también.

—Y tampoco es que estés sola —le dijo esta última—. Nos tienes a todas nosotras; te ayudaremos en todo lo posible.

—Eso es cierto —dijo Viv—. Tienes mi máquina de coser a tu disposición día y noche.

—Yo recogeré tu correspondencia y cuidaré de tus mascotas todo el tiempo que necesites —le dijo Margaret—. Y si necesitas que te ayude a meter hielo en los calcetines de Delilah o a hacer cualquier otra cosa, solo tienes que decírmelo y vendré enseguida.

Charlotte enarcó una ceja.

—Mmm. Yo, sintiéndolo mucho, no me atrevo a tocar el caballo,

pero, si necesitas más hielo, más mantas, más comida, más alcohol (en especial más alcohol), tú silba y punto.

—Gracias —dijo Bitsy con un hilo de voz y una sonrisa que comenzaba a curvarle los labios—. Siento haberme dejado llevar por las emociones. Estoy cansada y un poco abrumada. Ha sido un día de locos, por muchas razones. Pero… tenéis razón. Yo puedo. No tengo alternativa. Por Delilah, por la señora Graham, por mí… y por King —dijo, y de esbozar una dulce sonrisa pasó a sonreír de oreja a oreja, como si quisiera darle a King su merecido—. Estoy dispuesta a dormir en un establo un mes entero para demostrarle que se equivoca. Teniendo en cuenta cómo me siento hoy, me parece que voy a dormir aquí. ¿Tú qué dices, Delilah? ¿Qué te parecería compartir habitación?

El caballo bufó y sacudió un poco la cabeza, como dando a entender que le parecía una idea fantástica. Charlotte sacó otro vaso de papel de la cesta y se lo entregó a Bitsy.

—Bueno, pues no hay más que hablar. Solo falta por decir una cosa.

Abrió el termo y llenó el vaso de Bitsy hasta el borde antes de servirles otros a las demás y de levantar el suyo hacia delante.

—Por Kingsley Cobb, y por el caballo en el que se fue —dijo, terminando el brindis con una sugerencia de qué podía hacer Kingsley y que incluía una palabra que Margaret había oído muy pocas veces en su vida y nunca, nunca jamás, de la boca de una mujer.

Bitsy soltó un grito ahogado cuando Charlotte pronunció la palabra prohibida. Al igual que Margaret y Viv.

Pero, entonces, tras unos instantes de silencio y desconcierto, Bitsy soltó una risita nerviosa. Poco después, la imitaron las demás y terminaron riéndose de sí mismas y del hecho de que pronunciar una sola palabra (y una bastante breve) fuese tan desconcertante y tan satisfactorio a la vez.

Bitsy se rio con más fuerza que las demás, hasta que comenzó a faltarle el aire y le saltaron las lágrimas de los ojos. Sus amigas se le

acercaron y le pasaron los brazos por los hombros, sin dejar de reírse, conscientes de que ahora Bitsy se sentía bien.

Porque en ocasiones una mujer necesita desahogarse. Porque en ocasiones solo hace falta decir una cosa, y Charlotte la había dicho. Cuando las lágrimas y las carcajadas disminuyeron, Bitsy, levantando el vaso como un atleta triunfante con su trofeo, repitió:

—¡Por el caballo en el que se fue!

Viv, que solo había bebido un poco del *toddy* que le habían servido, condujo el coche familiar de Margaret de vuelta a Concordia. Primero dejaron a Charlotte y luego fueron a la casa de Margaret, adonde llegaron un poco después de las once. Viv le deseó las buenas noches en un susurro mientras cruzaba la calle en dirección a su casa, deleitándose en el frescor del aire y en el silencio impoluto de la noche.

Tony seguía despierto cuando Viv entró en el dormitorio, tumbado en cama y leyendo los resultados de los partidos de béisbol en el periódico. Alzó la mirada y le sonrió.

—Llegas tarde. Ha debido de ser una buena fiesta. ¿Te lo has pasado bien?

—La verdad es que no. La pobre Bitsy estaba hecha un desastre. Me alegro de haber ido porque necesitaba que le levantaran el ánimo. Pero, ay, qué cansada estoy. Así que, si estabas esperándome despierto para salirte con la tuya, ya te puedes ir olvidando.

Tony chasqueó los dedos e hizo una mueca.

—¡Rediez! Primero los altos mandos encargan un informe sobre la preparación para el combate en las islas Aleutianas que llevará dos meses escribir y que no se leerá nadie. Luego, los Mets pierden contra los Phillies por dos carreras. Y, ahora, mi esposa me rechaza en la cama. ¡Esto sí que es un día decepcionante y lo demás son tonterías!

Viv sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Cómo he podido casarme con un galán como tú?

—Ni idea. Supongo que has tenido suerte.

Viv abrió los cajones de la cómoda y sacó el camisón, pensando que Tony tenía razón con lo de que tenía suerte. Gozar de un buen matrimonio con un buen hombre era un regalo que no debía infravalorarse. Se dio la vuelta, agarrando el camisón contra el pecho.

—Cariño, ¿podemos hablar antes de que vayas a la oficina por la mañana? Tengo que decirte una cosa.

Dejó el periódico a un lado y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Tiene que ver con los niños? ¿Con el nuevo empleo?

—Más o menos. Bueno, en el fondo no. No te preocupes, que no es nada malo. Te lo prometo.

—Te irá genial —le dijo—. Lo sabes, ¿verdad? Sé que llevas un tiempo sin ejercer, pero eres una enfermera estupenda. Te acostumbrarás rápido, ya verás.

—Hablamos por la mañana, ¿vale? Ahora estoy muy cansada.

Se fue al baño, se quitó las pestañas postizas y el maquillaje, se cepilló los dientes y se desvistió, trajinando con el imperdible que se había puesto en la cintura de los pantalones porque ya no le cerraban las cremalleras.

Cuando al fin logró abrir el imperdible, Viv se quitó la ropa. Justo cuando se quitó el sujetador, oyó que se movía el pomo de la puerta y la invadió el pánico, percatándose de que se había olvidado de echar el cerrojo. Agarró una toalla y trató de cubrirse antes de que la viese Tony.

Era tarde. La puerta ya estaba abierta.

Tony recorrió con la mirada su cuerpo desnudo de arriba abajo, abriendo mucho los ojos cuando reparó en la hinchazón en el vientre de Vivian. Durante unos instantes, no dijo nada. Luego, soltó la misma palabrota que había dicho Charlotte aquella noche, la palabra que había desatado una oleada de carcajadas entre las Bettys.

Esta vez nadie se rio.

Capítulo 19
Dearly Beloved

Junio de 1963

En junio las Bettys estaban atareadas, de modo que escogieron *Dearly Beloved*, de Anne Morrow Lindbergh, (que era bastante corto) como primera lectura del verano y decidieron celebrar la reunión en la barra de refrescos del local de Mayer.

Margaret, Viv y Bitsy tuvieron que ir a hacer un recado a Babcock's Best Books primero. Cuando terminaron, entraron en el local de Mayer y acercaron tres taburetes a la barra. Bitsy pidió un batido de fresa, Margaret, un refresco de cereza y Viv, un*banana split*. El camarero se fue a preparar los pedidos.

—Espero que se apure —dijo Viv—. Me muero de hambre.

Bitsy sacó un estuche de la bolsa de la compra de la librería y levantó la tapa, dejando a la vista un bolígrafo y un lapicero de oro que centelleaban como joyas contra el revestimiento de terciopelo negro del estuche.

—No parece muy original. Quizá tendríamos que habernos decantado por los libros.

—Le encantará —dijo Margaret—. Un buen bolígrafo es el regalo ideal para una escritora en ciernes.

—Supongo. —Bitsy volvió a guardar el estuche en la bolsa y echó un vistazo al reloj—. ¿Dónde está Charlotte? Pensaba que iba a

venir.

Margaret dejó el vaso de agua que estaba bebiendo sobre la barra.

—Se me ha olvidado decíroslo. Me ha llamado por la mañana para decirme que no puede venir. Parece que ha habido una crisis con la florista… Otra más —dijo, sacudiendo un poco la cabeza en señal de simpatía—. Parece que esta fiesta se les está yendo de las manos. Howard ha invitado a toda la oficina, además de a un montón de clientes y clientes potenciales. Los padres de Charlotte también vienen. Lo que empezó siendo una fiesta entre familia y amigos se ha convertido en un evento corporativo con todos los servicios: *catering*, carpas, flores, fotógrafos y una banda de baile.

—Pues claro. —Viv se encogió de hombros—. No tiene sentido celebrar una fiesta en honor de la graduación de tu nieta si no puedes meterla en los gastos de la empresa, ¿no? ¿Te ha dicho Charlotte cómo debemos ir vestidas? Porque tal y como están las cosas no puedo ir más fina que ahora. —Bajó la mirada hacia su vestido premamá plisado a cuadros amarillos—. No os imagináis las miradas que me lanzan los pacientes. Es la primera vez que ven a una enfermera embarazada, y, como ya no me sirve el uniforme, me pongo esto con una bata de laboratorio. Ayer uno me preguntó si era la señora de la limpieza.

—Tal vez podrías coserte un nuevo vestido premamá para la fiesta —le sugirió Bitsy.

—¿Y en qué momento? —preguntó Viv—. Entre el trabajo, los desplazamientos, los niños y las tareas del hogar, no tengo tiempo para pensar ni mucho menos para coser. Ahora que se ha terminado la escuela, estoy incluso más ocupada. La única razón por la que he podido venir hoy es porque Andrea se ha llevado a toda la tropa a ver *El profesor chiflado*.

—Te entiendo —dijo Margaret, mientras cogía el vaso de agua de nuevo—. Ya era una locura antes. Preparar la columna me lleva más tiempo que nunca, pero escribir con tres niños a cargo es…

—Oh, venga ya —dijo Bitsy, chasqueando la lengua y poniendo

los ojos en blanco—. Sabes que te encanta. ¡Que os encanta a las dos! Los niños, el caos, los plazos de entrega, los horarios. Admitidlo: nunca habíais sido tan felices.

Margaret sonrió. No podía hablar en nombre de Viv, por supuesto, pero, sí, incluso en los días en los que se sentía como un rollo de masa cruda que estiraban más y más, era feliz, feliz como hacía mucho tiempo que no se sentía.

La primera columna había sido tan bien recibida que la revista quería que escribiera en todos los números, no solo una vez al mes. Era gratificante saber que a las lectoras les gustaba su obra y Margaret estaba encantada de llevarse algo de dinero extra al bolsillo. Seguía ahorrando para comprar muebles, pero primero había decidido saldar la deuda por Sylvia, con lo que su cuenta estuvo a punto de quedarse a cero. Sin embargo, salir de la papelería con un recibo en el que ponía: «Pago completado» fue una experiencia que jamás olvidaría. Aquel día, se sintió como una escritora profesional de verdad.

Gracias a la fotografía que apareció junto a su primera columna, así como a la lengua de Barb Frederick, las amas de casa de Concordia se habían enterado de sus hazañas y se había convertido en una pequeña celebridad. Margaret no podía decir que no disfrutase de la atención, pero no le había llevado mucho tiempo darse cuenta de que atraer cierta notoriedad también implicaba atraer cierta envidia.

La semana anterior, mientras se sentaba en una tumbona en la piscina comunitaria y escribía posibles ideas para la columna mientras los niños nadaban, dos mujeres a las que casi no conocía se le acercaron expresamente para decirle que les encantaba la columna. Se sintió halagada, aunque también un poco incomodada, porque, después de dar las gracias, ¿qué otra cosa puedes decir? Se incomodó incluso más cuando desplegaron las toallas en unas tumbonas a pocos metros y se pusieron a hablar de ella, al parecer sin darse cuenta de lo bien que se las oía.

—¿Tú la has visto? Se ha traído un cuaderno a un lugar como la

piscina para que todo el mundo sepa que es escritora. Eso sí que es tener cara.

—Bueno, tampoco puede decirse que lo que haga sea escribir, ¿no? No son más que historietas sobre la vida típica de las amas de casa. Seguro que tú o yo podríamos hacerlo igual de bien, si tuviéramos tiempo.

—Oh, venga ya. ¿Cuánto tiempo puede llevarle escribir una de esas columnas? Seguro que se sienta ante la máquina de escribir y teclea lo primero que se le pasa por la cabeza.

Por suerte, varios niños empezaron a jugar a lanzarse al agua en ese momento cerca de las cotillas, y a causa de las salpicaduras se vieron obligadas a levantar el campamento e irse a otras sillas. De otro modo, Margaret se les habría acercado y les habría dicho unas cuantas cosas sobre la escritura. Pero tomó nota, por si en alguna columna le hiciera falta una pareja de villanas cotillas e indiscretas basadas en personas de carne y hueso.

Debía invertir casi todo su tiempo libre para escribir dos columnas al mes. Y, si bien ahora escribía más deprisa que al comienzo, seguía dedicando horas a cada texto. Pero lo que la molestó de verdad, lo que hizo que se le enrojecieran las mejillas, fue que comentasen que las columnas eran una tontería, porque temía, no, ¡sabía! que era verdad.

El mundo estaba cambiando, y muy rápido.

Todavía faltaban diez días para que terminase julio, pero durante ese mes habían frustrado el intento de un gobernador de evitar que dos estudiantes negros entrasen en la universidad de Alabama; una cosmonauta rusa llamada Valentina Tereshkova se había convertido en la primera mujer en viajar al espacio; se había realizado el primer trasplante de pulmón entre humanos; el presidente había promulgado la Ley de Igualdad Salarial de 1963; un monje budista se había inmolado para protestar por el tratamiento que recibían los budistas en Vietnam y las terribles imágenes del monje envuelto en llamas habían aparecido en los periódicos de todo el mundo; el papa había muerto y el Colegio Cardenalicio se había enclaustrado para

escoger uno nuevo; el activista por los derechos civiles Medgar Evers había sido asesinado de un disparo en la entrada de su propia casa, y el presidente Kennedy había salido en televisión para hablar de un proyecto de ley de derechos civiles y, unos días después, había presentado el texto en el Congreso.

Se estaban produciendo cambios trascendentales, cambios que alteraban la sociedad por doquier, cambios que Margaret sentía que llevaban esperando mucho tiempo. Mientras las tres permanecían ahí sentadas en la barra, a la espera de que les sirviesen los refrescos, no pudo sino recordar a los estudiantes negros que se habían sentado en una cafetería segregada hacía unas pocas semanas y las imágenes que había visto de hombres jóvenes blancos que, en una muestra de desprecio, habían echado kétchup, mostaza y azúcar sobre las cabezas de los manifestantes pacíficos.

¿Qué era lo que tanto enfadaba a esos hombres? ¿Por qué se sentían tan amenazados? Margaret no lo entendía ni de lejos, pero no necesitaba entenderlo para saber que estaba mal.

Durante su aparición en televisión, el presidente Kennedy había dicho que «los derechos de todos los hombres se ven perjudicados cuando los derechos de un solo hombre se ven amenazados». Le daba toda la razón. Sin embargo, si hubiera redactado el discurso del presidente, habría añadido las palabras «y de las mujeres» en el texto. Pero parecía que las cosas también estaban cambiando en ese sentido.

Charlotte pensaba que la Ley de Igualdad Salarial no sería para tanto. «Las empresas buscarán la manera de eludirla —le dijo—. Hazme caso, que soy la hija de un pez gordo de la industria, tan codicioso como ladino. Siempre hay lagunas. Siempre». Margaret no se mostraba tan cínica como Charlotte, pero tampoco era una ingenua. El cambio no se daría de la noche a la mañana, pero por algún lado tenía que empezar, ¿verdad? Y cuando pensaba en todas las cosas que estaban cambiando… Bueno, vivían tiempos muy emocionantes.

No obstante lo anterior, lo único que quería Leonard Clement de

ella eran columnas humorísticas, sobre todo inventadas, y, sí, ¡absurdas! Ocurrencias sobre dietas fallidas, los contratiempos de tener una suegra crítica o pinchazos de rueda en una carretera desierta en el campo, en mitad de la nada, que hay que tratar de cambiar con un vestido puesto y dos niños pequeños en el coche.

Vale, esto último le había pasado de verdad cuando vivían en Ohio. Hoy en día, le parecía muy gracioso. Pero ¿tan terrible sería imprimir un significado más profundo en el texto entre broma y broma, reconocer el hecho de que el mundo, y con él las mujeres, estaba entrando en una nueva era?

A Margaret no le parecía tan terrible, pero, cada vez que trataba de colar algo un poco menos trivial en su columna, Clement sacaba a relucir su bolígrafo rojo: tachaba lo que quería decir o añadía alguna que otra palabra críptica para recordarle qué era lo que le pagaban por escribir, insinuando que dejaría de recibir cheques si no «se ceñía al guion».

La había desconsolado que hubiese usado esas palabras en concreto porque Betty Friedan, que había trabajado para varias revistas de mujeres, había dicho que, en el fondo, sí había un guion, que venderles a las mujeres la idea de que el hogar era la mejor y única forma de alcanzar la plenitud de la feminidad también ayudaba a vender espacios publicitarios muy lucrativos para electrodomésticos, productos de limpieza y alimentos. Hasta hacía poco, la teoría de Betty le había parecido disparatada, incluso conspiranoica. Luego, la había llamado el señor Clement para pedirle que escribiera una columna relacionada con la gelatina dietética. «Que sea una historia graciosa, pero la gelatina tiene que ser la heroína, no el blanco de las bromas. Acabamos de llegar a un acuerdo de publicidad con DZerta y creo que les encantaría».

La conversación le había dejado mal sabor de boca durante un día o dos, una sensación amarga como la de esa horrible gelatina baja en calorías, y se preguntó si la teoría de Friedan no sería menos descabellada de lo que había pensado. De ser así, ¿acaso las historietas superficiales de Margaret no la hacían cómplice de la

conspiración?

Pero parecía un poco ambicioso por su parte, ¿no?

A fin de cuentas, no era más que una escritora novata y sin importancia. Ninguna joven brillante iba a leer la columna de Margaret y abandonar la universidad. Y, aunque a Margaret no le gustaban las interferencias de Clement, en el fondo este solo hacía su trabajo. Si Margaret quería conservar el suyo, debía seguirle la corriente.

Y sí quería conservar su trabajo, mucho.

Le encantaba escribir. Y que le pagaran por ello era una especie de reconocimiento que, por extraño que parezca, el dinero no podía comprar. Cada cheque le parecía una declaración del valor que poseían sus esfuerzos y su creatividad. Pero las murallas que cercaban esos esfuerzos y los límites que frustraban lo que tenía permitido decir lo ensombrecían todo un poco.

En cuanto el camarero colocó el*banana split* en la barra, Viv se puso a comer sin más dilación.

—En serio, chicas, ¿qué me voy a poner yo para la fiesta? Esté embarazada o no, no quiero parecer un espantajo.

—Echaré un vistazo a mis vestidos premamá —le dijo Margaret—. Seguro que tengo algo que te sirva. —Abrió el envoltorio de la pajita y dio un sorbo al refresco—. Charlotte estaba hecha polvo cuando hablamos. Por si fuera poco con la fiesta, también tiene que ayudar a Denise a hacer las maletas. Va a meter tres baúles en el barco y dos están llenos de libros.

—Debe de ser increíble, ¿no os parece? —Bitsy colocó el codo en la barra y apoyó el mentón en la mano—. Surcar los océanos, pasar todo el verano viajando antes de empezar la universidad… Viv, ¿cómo fue ir a Europa en barco?

—No cabía un alfiler —dijo Viv—. Había columnas de cuatro literas y la gente no paraba de vomitar. Me imagino que el alojamiento a bordo del *Queen Mary* será un poco más lujoso, pero, si te mareas, da igual lo fino que sea el camarote.

Bitsy suspiró.

—La envidio: es muy joven y tiene todo el mundo ante sí.

Viv y Margaret compartieron una sonrisa.

—¿A diferencia de ti, quieres decir —preguntó Viv—, una vieja chocha de veintitrés años que ha dejado los mejores años atrás y ya no tiene nada con lo que ilusionarse? ¿Y qué haces últimamente, para empezar? Siento que hacía años que no te veía.

¿Qué tal en el establo? Y lo más importante, ¿qué tal el caballo?

—¡Muy bien! —Bitsy no cabía en sí de gozo—. Como es una enfermedad crónica, debemos mantener a Delilah vigilada, pero ayer la saqué a pasear por el sendero y le fue bien. King vino al establo la semana anterior y hasta él tuvo que reconocer que se la veía como nueva.

—¿De verdad? —Margaret enarcó las cejas—. ¿Y estuvo dispuesto a admitir que hiciste lo correcto con Delilah?

—Oh, bueno…, no del todo. Pero últimamente nos entendemos mejor. Además… —Bitsy hizo una pausa para dar un sorbo al batido de leche, esbozando la misma sonrisa que el gato de Cheshire—. Me parece que al fin tengo algo con lo que ilusionarme.

Margaret soltó un grito ahogado.

—¡Oh, Bitsy! ¿De verdad? ¿Lo dices de verdad?

Bitsy meneó la cabeza.

—Me parece que sí. Tengo un retraso de diez días y estoy muy cansada. Pero todavía es muy pronto y no quiero atraer la mala suerte, así que no le pienso decir nada a King hasta que me haya saltado al menos dos ciclos y haya consultado a un médico. No pienso recurrir a pruebas de embarazo con conejos, ¿recordáis?

—Bueno, tú no esperes mucho —le dijo Viv—. Los cuidados prenatales son importantes. Mientras tanto, descansa mucho y ten cuidado con la dieta. —Hundió la cuchara en el cuenco, cogiendo un trozo de plátano con helado y frunciendo el ceño, pensativa—. La verdad, no estoy segura de que lo de ser vegetariana sea buena idea durante el embarazo. Me preocupa que no estés tomando suficientes proteínas.

—¡Ay, por Dios! —Margaret se echó a reír—. No le pasará nada.

¿Podrías dejar de hablar como una enfermera durante cinco minutos y felicitarla?

—Lo siento —dijo Viv—. Deformación profesional. Enhorabuena, Bits. Estarás encantada.

—¡Ay, sí! Es un gran alivio. King se pondrá loco de contento cuando se lo diga. Como sabéis, había cierta tensión entre nosotros por este tema.

Margaret dio un sorbo al refresco, desconcertada por lo sutiles que eran sus palabras. Después del segundo *hot toddy* aquella noche en el establo, Bitsy les contó toda la historia del terrible comportamiento de King: que había revelado el secreto de Bitsy, insinuando que había abandonado los estudios por incompetencia académica, cuando no había nada más lejos de la verdad. Después, había desaparecido durante días.

Tras dejar múltiples mensajes en el contestador de King y darse cuenta de que no los escuchaba, Bitsy empezó a preocuparse. Como no consiguió nada llamando a sus clientes habituales, dejó a Joey a cargo de Delilah y fue a la comisaría de la Policía. El policía de turno, con una sonrisa burlona, le dijo que los maridos se iban de juerga todo el rato, pero que volviera si seguía sin dar señales de vida dentro de treinta días.

—No se preocupe —le había dicho—: ya aparecerá. Un hombre tendría que estar ciego o loco para dejar a una chica tan guapa como usted sola y desprotegida. —Entonces, le entregó su tarjeta de visita con el número de teléfono—. Por si se siente muy sola.

Fue terrible. Bitsy fluctuaba entre la furia, la culpa y el terror. King sería un cretino de primera, pero seguía siendo su esposo. Al final, al cabo de cinco días, apareció con un montón de rosas y toda una retahíla de excusas, jurando que no volvería a suceder de nuevo. Bitsy lo obligó a dormir en el sofá una temporada. Obviamente, no duró mucho.

Margaret sabía que el perdón era un elemento importante en cualquier matrimonio. No era fácil, pero en ocasiones debías dejarlo pasar, aunque supieras que tenías razón.

Viv y Tony eran un buen ejemplo. Cuando Tony se enteró de que Viv llevaba semanas ocultándole el embarazo, se habían enzarzado en una fuerte discusión, como no podía ser de otra manera, y que ella admitiese que las Bettys ya estaban al tanto solo había empeorado las cosas. Viv había ido a tomar un café a la casa de Margaret un par de días después y le había contado los detalles.

—¿Cómo pudiste contárselo a tus amigas y a mí no? —le había preguntado él—. ¿Y desde cuándo soy el malo de la película, Vivían? ¡Somos un equipo y entre compañeros del equipo no existen los secretos! Si hay problemas, lo hablamos e ideamos un plan. Juntos. Como siempre hemos hecho. ¡Eso es lo que significa estar casados!

Viv sabía que tenía razón y lo admitió. Aun así, Tony no estaba preparado para perdonarla.

—Entonces, le recordé la vez en la que renovó el alistamiento sin consultármelo —le dijo Viv a Margaret—. Esa es la ventaja de llevar casados tanto tiempo: conozco sus puntos débiles.

Viv había dicho esto último de broma, pero Margaret sabía que era cierto.

Para bien o para mal, nadie la conocía como la conocía Walt. Conocía su historia, sus esperanzas, sus miedos, sus vulnerabilidades, las palabras que más daño le hacían. En los últimos meses, la había herido mucho con sus palabras, pero, durante todos los años que llevaban casados, jamás había salido por la puerta sin volver a casa ni una sola noche, mucho menos cinco.

El perdón sí era algo importante. Pero si Margaret hubiera estado en el lugar de Bitsy, no estaba segura de si podría haber perdonado a King. Ella no era nadie para decidir si Bitsy era más buena o más tonta. Si se sentía feliz…, bueno, se alegraba por ella.

Margaret se limpió la boca con la servilleta de papel.

—Bueno, ¿os apetece hablar del libro?

Dearly Beloved era una novela centrada en una boda. Cada capítulo daba voz a los pensamientos de un miembro de la familia o de un invitado de la boda mientras presenciaban la ceremonia. A Margaret no le había gustado tanto como *Regalo del mar*, pero había

una escena que había calado hondo.

Deborah, la madre de la novia, reflexionaba acerca de su vida y de su matrimonio, de los años que había pasado llevando a los hijos de aquí para allá, haciendo la compra, haciendo llamadas y celebrando fiestas en casa, cuando de pronto se le ocurrió pensar que no había sido su vida en absoluto: no había sido su vida, solo habían sido retazos de las vidas de los demás. Ahora que su hija se marchaba de casa, tal vez Deborah al fin tendría la oportunidad de desarrollar sus propios intereses, de convertirse en alguien.

La posibilidad de que la vida real todavía estuviese por llegar era un consuelo, pero lo siguió rápidamente otro pensamiento de lo más estremecedor: ¿y si su vida de verdad ya había quedado atrás? ¿Y si había desaprovechado la oportunidad de ser ella misma, de vivir de verdad?

Ese fragmento casi hizo llorar a Margaret.

Los pensamientos de Deborah, la sensación de desperdicio que la embargaba ante la marcha inminente de la hija que le había brindado un propósito a su existencia, le recordaron a Margaret los últimos meses que había pasado con su madre, las habitaciones oscuras y los ánimos oscuros, la promesa que Margaret no pudo cumplir. Si su madre siguiera viva ahora, en la época de escritoras como Anne Morrow Lindbergh, Betty Friedan y Mary McCarthy, en la que se podía hablar de los problemas en lugar de ocultarlos en lo más hondo de mentes solitarias e inquietas, las cosas quizá habrían sido diferentes.

Margaret notó que le tocaban el brazo con la mano. Viv la estaba mirando, ceñuda.

—¿Estás bien?

—¿Mmm? Oh, sí. Estoy bien. Estaba pensando en algo que se me ha olvidado hacer. —Dio otro sorbo al refresco—. Bueno, ¿qué os ha parecido?

Viv parpadeó.

—¿Te refieres al libro? Oh, a mí me ha encantado.

—¿De verdad? Anda, yo pensaba que no te iba a gustar.

—Bueno, pues te equivocabas —dijo Viv, cogiendo con la cuchara trozos de chocolate, fresa y vainilla a partes iguales: el bocado perfecto—. Me ha encantado. Me ha parecido una maravilla.

Margaret estaba sorprendida. A Viv jamás, jamás de los jamases, le encantaban los libros que leían.

—¿Qué parte te ha gustado más?

—La parte de la boda.

—Toda la novela gira en torno a la boda. ¿Qué parte…? —Margaret se detuvo a mitad de frase—. No la has leído, ¿verdad?

Viv levantó el mentón y se llevó la cuchara a la boca con cuidado.

—No.

Margaret chasqueó la lengua, y Viv gruñó y levantó las manos.

—¡Que no, que no he leído el libro! ¡Ya está! He intentado leerlo, pero no era más que palabrería, palabrería, palabrería pura y dura —dijo, juntando los dedos, como imitando a un títere—. Y era deprimente. Así que no. No he leído el libro. No me ha gustado el libro. —Se encogió de hombros—. Llévame detenida si quieres.

—Bueno, venga —dijo Margaret—, no pasa nada si no has leído el libro. Solo tenías que decirlo. —Se volvió hacia Bitsy—. ¿Y tú qué? ¿Qué te ha parecido?

Bitsy bajó la cabeza con cara de culpable.

—Yo tampoco lo he leído.

Capítulo 20
Anfitrionas ausentes

Aunque la casa de Charlotte estaba a unas pocas manzanas de distancia, King insistió en ir a la fiesta en coche. Bitsy tenía zapatos nuevos y a él le preocupaba que le dolieran los pies al caminar.

Desde que se presentó en la casa con rosas en los brazos, King era la viva imagen de la consideración y la atención. Era tan atento que a veces la irritaba, lo cual no tenía sentido. Tal vez tener los nervios tan estirados como las cuerdas de una guitarra desafinada era un síntoma de comienzos del embarazo. Tendría que preguntárselo a Viv.

Ya que habían invitado a tantas personas a la fiesta, de todos modos tendrían que aparcar a tres manzanas de distancia de la casa, pero no pasaba nada. Los zapatos blancos de charol y punta abierta no le apretaban nada y le quedaban muy bien con el vestido nuevo, un traje rosa de algodón y lino con cuello redondo y mangas acampanadas, adornado con abalorios blancos. Normalmente, Bitsy no dedicaba mucho tiempo a pensar en la ropa, pero se había acercado en coche hasta Arlington y se había pasado dos horas rebuscando entre las perchas de los grandes almacenes de Hecht's, probando un vestido tras otro hasta dar con el perfecto, ni muy llamativo ni muy aburrido. Sencillo, elegante, como anillo al dedo.

O así tendría que haber sido…

Justo cuando estaban a punto de unirse al flujo de personas que se subía por la acera en dirección a la puerta abierta de Charlotte, donde dos mujeres con el uniforme de sirvientas cogían los abrigos y conducían a la gente al bar, King sacó una caja de cartón de color blanco de detrás de la espalda.

—Esto es para ti.

Bitsy se quedó mirando la caja, confundida. Parecía de una pastelería.

—Es un ramillete de adorno —dijo, y sonrió de oreja a oreja cuando abrió la tapa—. Ven, que te lo pongo.

Por supuesto, le dio permiso. No podía negarse, ¿verdad? King se estaba esforzando mucho por hacer las cosas bien, demasiado, mejor dicho. Pero a ella no le gustaban las orquídeas y no quería flores.

Lo que quería era una disculpa. No un «Lo siento» superficial, sino una disculpa de verdad, primero por humillarla enfrente de la señora Graham y después por abandonarla y matarla de la preocupación.

Bitsy le había dicho a Margaret que no había leído *Dearly Beloved*, pero no era del todo cierto. Había leído el primer capítulo y hojeado los dos siguientes antes de cerrar el libro. Al igual que Viv, le parecía deprimente. Sin embargo, poco antes del incidente de Delilah, había tomado prestado el ejemplar de Margaret de *Regalo del mar* y lo había leído.

¡Ese sí que era un libro hermoso! Tan lírico y tan bonito, tan lleno de sabiduría.

Morrow empleaba diferentes conchas como metáforas para las etapas de la vida de una mujer. El capítulo dedicado a la concha del amanecer doble (símbolo del comienzo del matrimonio, de la armonía entre marido y mujer, de dos mitades idénticas unidas en el centro) caló hondo. Al igual que el capítulo dedicado a las ostras, que representaban una etapa más avanzada del matrimonio, cuando las dificultades dejaban marcas en la superficie de la concha. A Bitsy la consolaba pensar que esta etapa del matrimonio, esta ostra fea e

irregular, fuese perfectamente normal, sobre todo cuando pensaba en que los trozos de arena en el interior de la ostra podrían convertirse en perlas con el paso del tiempo. Su matrimonio no era ni un error ni un fracaso; simplemente, estaban creando perlas. ¡Qué alivio!

Por supuesto, Morrow no mencionaba las perlas específicamente en ese capítulo, pero Bitsy sentía que iba implícito. ¿Cómo podía alguien pensar en ostras sin pensar en perlas? Cuando King volvió a casa escarmentado, Bitsy no se paró a pensar en ostras o en perlas. Casi era incapaz de pensar a causa del enfado. Se cruzó de brazos sobre el pecho y se quedó de pie en la puerta: le dijo que estaba harta. Lo decía en serio. Pero él fue tan patético, alegando que no se merecía una segunda oportunidad, pero, aun así, implorándole que se la concediera, que ella empezó a compadecerse. Cuando a King se le anegaron los ojos en lágrimas, ya no pudo más. Abrió los brazos y le permitió entrar en la casa, pero le dijo que tendría que dormir en el sofá.

King no protestó. Durante los días siguientes, se mostró arrepentido y atento. Le hizo el desayuno en dos ocasiones y lavó los platos. Dedicó la tarde del sábado a encerarle el coche. Todas las noches, la besaba levemente en los labios y se llevaba la almohada y la manta al sofá sin rechistar. Una semana después de que regresase, llegó a casa con un colgante de perlas en una cadena de oro.

Aunque ni se había disculpado por su comportamiento ni la había felicitado por haber salvado al caballo, ese colgante (una única perla sobre un revestimiento de seda azul oscuro, la tonalidad de la medianoche) le pareció una señal.

Y, por tanto, pensando en la ostra, lo perdonó y le permitió regresar a la cama, optando por dar por pronunciadas las palabras que nunca había llegado a decirle y confiando en que los molestos granos de arena acabarían tapándose, capa a capa y día a día, hasta convertirse en algo hermoso.

Pero perdonar no es fácil. A pesar de su determinación y de los

intentos por tapar las cosas, seguía queriendo una disculpa de verdad, sin excusas ni enmiendas. Quería que admitiera que ella había tenido razón, que era inteligente y que lo sabía, que la conocía de verdad. Y quería…

¿Qué más? La verdad es que no lo sabía. Pero no era justo, ¿verdad? ¿Cómo podía enfadarse con él por ser incapaz de darle algo que ni siquiera ella misma podía describir?

El ramillete de adorno consistía en dos flores violetas unidas con un lazo color verde lima. King se lo puso en el vestido.

—¡Ya está! —dijo, reculando con una sonrisa—. Estás preciosa.

—Gracias.

King frunció el ceño.

—¿No te has puesto el collar?

—Con todos los abalorios que tiene este vestido, me pareció que sería excesivo.

—Oh. Supongo que tienes razón. Ahora estás perfecta. —Le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

Los Gustafson tenían una de las parcelas más grandes de Concordia, de al menos media hectárea de extensión, puede que más. Parecía que cada esquina estaba a rebosar de invitados. Margaret reconocía algunas caras, pero la mayoría eran desconocidos.

Ella y Walt estaban de pie debajo de un arce rojo, charlando con Viv, Tony y Edwin Babcock. A Helen también la habían invitado, pero alguien tenía que quedarse a cargo de la librería.

Los hombres hablaban de béisbol y de Hemingway. Walt había disfrutado tanto con *El viejo y el mar* que había ido a Babcock's Best Books en busca de más libros, y él y Edwin habían fundado un club de lectura propio. Se reunían en el bar del club de la organización Veteranos de Guerras en el Extranjero cada jueves del mes. Por ahora, solo eran ellos dos, pero Edwin estaba haciendo todo lo posible por reclutar a Tony. Viv estaba comiendo un champiñón

relleno de cangrejo y hacía como que escuchaba. Margaret, a su vez, contemplaba la escena.

Jamás había asistido a una fiesta como aquella. Un cuarteto tocaba música de fondo. Los camareros circulaban entre el gentío, ofreciendo canapés en bandejas de plata. Los invitados hacían cola para tomar un cóctel en uno de los tres bares, uno en la casa y otros dos fuera. Lo cierto era que parecía sacado de una película.

Margaret se alegraba de haberse puesto su mejor traje verde y de que a Viv le sirviera el vestido premamá azul que le había prestado. Con la ropa premamá sencilla que llevaba siempre, se habría sentido fuera de lugar y algo incómoda. No eran las mejor vestidas de la fiesta, pero tampoco desentonaban. Los hombres también iban muy elegantes: Walt estaba muy guapo con el traje gris marengo a rayas; Edwin iba informal pero con estilo con una chaqueta deportiva, y Tony, con su uniforme de gala, parecía una estrella de cine de una película de guerra. No era de extrañar que Viv no dejase de quedarse embarazada.

Pero a Margaret le dio un vuelco el corazón cuando vio a Bitsy salir por la puerta trasera de la casa, del brazo de King, con un cóctel y lo que parecía… ¿Eso no era un ramillete de adorno?

Entrecerró los ojos para cerciorarse.

Dios santo, era un ramillete de adorno. Una orquídea con un lazo verde chillón que desentonaba con el vestido precioso de Bitsy; parecía que estaba compitiendo por coronarse como la reina del baile de promoción. A juzgar por la cara de Bitsy y por la sonrisa de King, a Margaret no le costaba imaginar de quién había sido la idea.

Con su figura esbelta y sus piernas largas, Bitsy era esa clase de mujer que no perdería el estilo ni aunque se pusiera un saco de arpillera. Pero se había ilusionado mucho con ese vestido; había pasado por la casa de Margaret para probárselo después de irse de compras a Arlington.

Oh, pobre Bits. Y pobre King. Resultaba evidente que no se daba cuenta de nada. En fin…, hombres. ¿Qué le vas a hacer?

Margaret los saludó con un gesto de la mano. King fue el primero

en verla y condujo a Bitsy hacia ahí. Las mujeres se abrazaron y los hombres se dieron un apretón de manos. Tony alabó el ramillete de Bitsy, al parecer con sinceridad.

—Me lo ha regalado King —dijo, mirando a Viv y a Margaret de soslayo.

Tony le dio un codazo al aludido.

—Mira este, dejándonos a los demás mal.

King se echó a reír y rodeó los hombros de Bitsy con el brazo en un gesto posesivo. Durante unos segundos, nadie dijo nada; se limitaron a cambiar la postura de los pies y a dar sorbos a las bebidas. En unas circunstancias como aquellas, no tenían muy claro cómo comportarse. Y ese era precisamente el problema. Se centraban en comportarse, no en ser y estar; tenían los disfraces puestos e interpretaban sus papeles, pero no estaban seguros del guion. Que los hombres, aparte de Walt y Edwin, no se conociesen mucho tampoco ayudaba. Margaret al fin rompió el hielo:

—¿Bitsy? ¿Qué estás bebiendo? Tiene buena pinta.

—Un Dubonnet con hielo. ¿Quieres probarlo?

Margaret tomó un sorbo. Era dulce, agrio y floral a la vez. Viv, que se estaba tomando un té con hielo, lo olisqueó mientras Bitsy mecía la copa por debajo de su nariz.

—No es mi estilo, pero huele bien. No sé dónde he leído que la reina Isabel bebe Dubonnet, así que estás bien acompañada. Por cierto, ¿alguien ha visto a Charlotte? —preguntó Viv, girando la cabeza para examinar el gentío—. ¿O a Denise?

—Charlotte nos saludó desde la escalera cuando entramos —dijo Margaret—. Nos prometió que bajaría enseguida, pero no la he vuelto a ver. Denise vino hace un rato. Le encantó el bolígrafo y me pidió que os de las gracias a todas.

Charlotte le había parecido casi demasiado alegre, demasiado risueña cuando los saludó; cotorreaba muy alerta, como un pájaro preparado para salir volando ante el primer indicio de peligro. Había puesto a Margaret nerviosa.

—Tengo que volver a la tienda —dijo Edwin—, pero esperaba ver

a Denise para despedirme. Se ha convertido en una clienta habitual, y está muy encariñada con George Sand, Edith Wharton, Virginia Woolf y…, bueno, casi todo el mundo. —Soltó una risa ahogada—. No me gustaría nada irme sin verla. Supongo que estará por ahí con sus amigos.

Edwin miró a su alrededor, como si tratara de localizar a otros adolescentes, pero Margaret sabía que no los encontraría. Teniendo en cuenta su personalidad y el poco tiempo que llevaba residiendo en Concordia, Denise no tenía muchos amigos. Además, esta fiesta, en el fondo, no tenía nada que ver con Denise. Era, tal y como había comentado Viv, un gasto empresarial. Margaret vio a Howard con un traje azul claro de pie cerca de los bares. Estaba tejiendo contactos entre los clientes, coqueteando con las mujeres, ganándose al público. No había saludado a ninguno de ellos. Aunque no pasaba mucho tiempo en casa, había coincidido con las Bettys en un par de ocasiones, pero resultaba evidente que las amigas de Charlotte no le interesaban tanto como los clientes que le pagaban. Margaret se volvió hacia Edwin, que seguía examinando a los invitados con la esperanza de localizar a Denise.

—Sus abuelos le regalaron una cámara muy buena por la graduación —le dijo—. Seguro que se ha ido a sacar fotos por ahí.

Edwin asintió. Se hizo otro silencio breve pero incómodo, mientras daban sorbos a las bebidas. Entonces, Tony (uno de los hombres más simpáticos y afables que hubiera conocido nunca Margaret) retomó el hilo de una conversación anterior y se volvió hacia Walt con una ancha sonrisa.

—Viv me ha dicho que la columna de la revista de Margaret está siendo todo un éxito. Debes de estar muy orgulloso —dijo, guiñando el ojo en dirección a Margaret— de tener a una escritora célebre en la familia.

Walt giró la copa y los cubitos de hielo tintinearon.

—Bueno, a mí me parece que no se la puede considerar una celebridad. Pero la mantiene entretenida. También le da algo de dinero extra. Mientras no le quite tiempo para estar con los niños, a

mí no me importa que mi esposa tenga un trabajillo.

Margaret parpadeó y sacudió la cabeza. Debía de haber oído mal.

—Perdona, ¿qué?

Walt volvió a girar la copa para que tintinearan los cubitos de hielo y apartó la mirada deliberadamente de ella. Le habló a Tony como si ella no estuviera presente, como si el que le hubiera respondido fuese Tony y no ella.

—Un trabajillo. Es decir, un trabajo sin importancia. Un pasatiempo con el que ganar dinero. —Esbozó una sonrisa—. Hasta el momento, solo ha podido comprarse una máquina de escribir. Así que, si lo piensas, es como si no hubiese ganado nada.

Margaret tomó una pequeña bocanada de aire, atónita, y contuvo la respiración, como si acabaran de darle una bofetada que no se había visto venir. Y sí lo sintió como una bofetada, como esas que de adolescente le daba su madre, mordaces y agresivas, una humillación intencionada. Margaret nunca había roto la promesa que se había hecho de no abofetear a sus propios hijos, pasase lo que pasase, pero ¡ay, era tan imperioso el deseo de golpear a su marido en ese momento!

El hecho de que no pudiese hacerlo porque estaban en mitad de una fiesta solo hizo que se enfadase más. La había ninguneado en unas circunstancias en las que para ella era imposible responderle.

Lo único que podía hacer era morderse la lengua y echar chispas.

Viv, que se encontraba en el lado opuesto del círculo, le dedicó una mirada que dio a entender que sabía muy bien lo que estaba pensando su amiga. Juntó las manos y dijo:

—Pensándolo mejor, me parece que me gustaría tomarme un Dubonnet. Margaret, ven a ayudarme. Tú también, Bitsy. —Le pasó el brazo por la cintura a esta última—. Hace mucho calor. Será mejor que te quites ese ramillete tan bonito y que lo pongas en agua antes de que se marchite. Luego podemos ir al baño de mujeres y buscar a Charlotte. Debe de andar por ahí.

Charlotte seguía en la planta de arriba.

Había estado al teléfono en su habitación, hablando con Lawrence Ahlgren entre susurros y risitas, fingiendo que no entendía el contexto de sus preguntas capciosas, coqueteando a más no poder.

Ahlgren vendría a la ciudad dentro de unas pocas semanas. La Galería de Arte Moderno de Washington iba a preparar una nueva exposición ese invierno y el comisario quería hablar de las obras que incluir. Lawrence le propuso a Charlotte cenar y pasar la noche en la ciudad después de la reunión. Charlotte le lanzó una contraoferta para el almuerzo, ya que le parecía más seguro. Entonces, como si se le hubiera ocurrido de pronto, le sugirió que sería una oportunidad maravillosa para que la presentara al comisario y, si acaso, le recomendara su obra.

Las negociaciones estaban alcanzando una etapa crítica cuando la madre de Charlotte, Patricia, una mujer esquelética de pelo blanco de sesenta y pico años, a quien nadie se atrevía a llamar Pat, abrió la puerta y fulminó a su hija con la mirada.

—Cuelga el teléfono.

Charlotte lo hizo.

Asegurar que Ahlgren solo era un amigo, lo cual no era del todo cierto, y que no había pasado nada entre ellos, lo cual sí era cierto, no sirvió de nada con su madre.

—No somos tontos, Charlotte. Tu padre sabe a lo que andas y yo también. Hemos visto las fotografías tuyas con este artista. —Patricia arrugó la nariz, como si le oliera mal—. Con este… bohemio, de tu último viaje a la ciudad.

—¿Fotografías? ¿Papá mandó a alguien que me siguiera? ¡Cómo se atreve! ¿Y cómo pudiste permitirlo tú? —Charlotte cuadró los hombros—. Es una invasión flagrante de mi…

—No dilates las fosas nasales, pareces un camello. Y no te hagas la ofendida, que lo único que haces es el ridículo. No tuvimos

alternativa, Charlotte. Tú misma te lo has buscado, como siempre.

—Madre, no hay nada entre Lawrence Ahlgren y yo.

—El problema es la imagen que dais. Tu padre quiere dejar las cosas claras: no piensa quedarse de brazos cruzados y permitir que te pongas en ridículo a ti o a la familia. Yo tampoco.

—¿A papá le preocupa que mi —recalcó— comportamiento sea una mancha para el honor de la familia? —Charlotte soltó una carcajada al tiempo que cogía los cigarrillos de la mesilla de noche —. Esa sí que es buena. Howard tiene como mínimo dos amantes y se ha tirado a todas las camareras de cócteles de la costa este del país. Si a papá le preocupan las infidelidades, quizá debería hablar con mi marido. ¿O quizá debería mirarse al espejo? Eso no lo sabe nadie mejor que tú. ¿Me equivoco, madre?

Charlotte abrió el mechero de plata y encendió el cigarrillo. Patricia no dio muestras de que le hubieran molestado sus palabras.

—Es un mundo de hombres, Charlotte. Si te limitaras a aceptarlo, como lo he aceptado yo, tal vez al fin aprenderías a disfrutar de la posición muy privilegiada que podrías ocupar en él.

Charlotte inhaló.

—Ay, por favor…

Patricia también inhaló y exhaló despacio, dando a entender que se le había agotado la paciencia.

—Independientemente del odio que sientas por tu marido, ya esté justificado o no, a tu padre le gusta. Howard está destinado a tomar las riendas de la empresa cuando llegue el momento. Pero no te confundas, Charlotte. Si humillas a la familia con un escándalo o un divorcio, lo perderás todo: tu reputación, tu dinero y tus hijos. Dudo que ningún juez considere a una persona con tu historial de inestabilidad apta para ser madre.

—¿Cómo? —dijo con la respiración entrecortada—. No lo dices en serio. ¿Os pondríais del lado de Howard en un juicio por la custodia? ¿Qué clase de padres sois vosotros?

—Los que harán cualquier cosa para que su hija imprudente y decepcionante no destruya la familia.

Patricia atravesó la estancia, pasando tan cerca de ella que pensó que quería tocarla, pero cogió el Martini de Charlotte de la mesilla de noche y vació la copa, antes de sacar un pañuelo de una caja que descansaba sobre la cómoda.

—Quítate ese pintalabios. El color no pega nada con tu tono de piel.

Charlotte arrugó el pañuelo en la mano. Patricia se volvió hacia su hija una vez más antes de marcharse.

—Charlotte, tienes invitados. Recobra la compostura y baja; si no, la gente empezará a hablar. ¿Y dónde está Denise? Esta es su fiesta, a fin de cuentas.

Capítulo 21
Clic

Denise estaba fuera, evitando a la gente en general y a sus abuelos en particular.

Ya sería un incordio tener que ir en coche hasta Nueva York con ellos por la mañana y pasar la noche en su piso antes de subirse a bordo del *Queen Mary*. No tenía sentido permitir que la pasearan por una fiesta como la supuesta «invitada de honor» cuando la lista de invitados la componía principalmente gente a la que casi no conocía.

Aun así, esta fiesta tenía sus cosas buenas, empezando por los regalos.

Casi todos esos desconocidos habían traído tarjetas llenas de efectivo. Denise no sabía a cuánto ascendía la suma, pero sería suficiente para abastecerse de libros durante una buena temporada. Y las amigas de su madre le habían regalado un juego de escritura entre todas. Ya tenía bolígrafos de sobra, pero que Margaret y las Bettys le regalasen uno le pareció una afirmación, un voto de confianza de que sí se acabaría convirtiendo en escritora. Sin embargo, sorprendentemente, el mejor regalo de todos había sido el de sus abuelos: una cámara Olympus PENF con estuche y dos docenas de rollos de película.

La cámara tenía una infinidad de funciones. Aunque pensaba leer el manual y aprender a usarla durante el viaje, no pudo resistirse a

probarla en el momento. Había pasado la última hora paseándose con sigilo por la fiesta, pasando todo lo desapercibida posible para sacar fotos desprevenidas a los invitados. Puesto que se le daba bien volverse invisible de por sí, no le resultó muy difícil.

Medio oculta detrás de la esquina de la carpa donde servirían la comida, ya había sacado fotos de todas las Bettys, de la señora Buschetti comiéndose un champiñón relleno, de la preciosa señora Cobb con un horrible ramillete de orquídeas y de la señora Ryan mirando a su marido con una expresión que Denise era incapaz de descifrar.

Acto seguido, entró en la casa, deambuló por los extremos del bar y fotografió a gente que se estaba tomando demasiados cócteles, incluida su abuela. Sin el *flash*, Denise había apretado el botón de la cámara justo cuando Patricia (con los ojos vidriosos y una copa de Martini vacía en la mano) estaba sacando con los dientes dos cebollitas de un palillo. Denise ardía en deseos de revelar esa imagen, que podría venirle bien algún día. Sonrió para sus adentros. No estaba siendo un día tan terrible, a fin de cuentas.

Y le había gustado que todos sus hermanos se reunieran en el mismo techo durante el fin de semana. Howard júnior (Howie) estaba en pleno semestre de verano en la academia militar, pero le habían dado un permiso de tres días para asistir a la fiesta.

Su madre había soltado un grito de alegría cuando Howie entró por la puerta. Le había dado un fuerte abrazo al menos durante un minuto antes de soltarlo y de frotarle el pelo cortado a lo militar y decirle que estaba muy delgado.

Habían ido a cabalgar por Rock Creek Park al día siguiente; Bitsy se había encargado de organizado todo. Luego, habían encargado *pizzas* (Howie se comió una entera él solo) y habían dado una fiesta de pijamas: se habían sentado los cinco en la cama de Charlotte para jugar al *Stratego*, como cualquier familia normal y feliz. Charlotte era la más feliz de todas, relajada y risueña como estaba, bebiendo Coca-Cola en lugar de un cóctel. Si la vida en casa siempre hubiera sido así, Denise tal vez se habría replanteado lo de

Inglaterra.

Por supuesto, cuando apareció Howard sénior, el ambiente se había tensado mucho. Ahora mismo Howie estaba en el ático encima del garaje, fumando marihuana y evitando a su padre. Denise lo entendía, pero esperaba que bajase un rato para que pudieran despedirse. Resultaba extraño pensar que lo echaría de menos (de niños siempre se habían llevado mal), pero sabía que así sería. Y también echaría en falta a Andrew y a Laura.

Probablemente, ellos también la echarían de menos, pero ahora mismo estaban muy ilusionados con la idea de pasar el resto del verano nadando, navegando en barco, practicando tiro con arco y cantando en torno a hogueras en un campamento junto al lago en Connecticut. Era el tercer año que se iban de campamento, así que a Denise ya no le preocupaba que pudiesen echar de menos su hogar.

Que se marcharan de casa sería mucho más duro para su madre.

Si la señora Ryan no hubiera prometido que mantendría vigilada a su madre, probablemente Denise habría rechazado la matrícula en Oxford. La señora Ryan era una mujer muy amable, firme e inteligente. Y Denise sabía que le importaba su madre, como a todas las Bettys. Y que todas cuidarían de ella. Aun así, sería un cambio duro, una época marcada por la soledad.

Denise tomó una decisión. En lugar de gastar el dinero de la graduación en libros, lo destinaría a llamar por teléfono a su madre una vez al mes. ¡No, una vez a la semana! Las llamadas internacionales costaban un ojo de la cara, pero serían breves. Habían tenido sus momentos y Denise sabía que los seguirían teniendo; eran muy diferentes y, en cierto sentido, muy parecidas, pero sabía que su madre se alegraría de oír su voz.

Y, entonces, se le ocurrió algo mucho más sorprendente… A ella también la alegraría oír la voz de su madre. Iba a echarla de menos.

Apretó la mano contra la boca. Dentro de una semana, desembarcaría en Cherbourg para viajar durante unas semanas por el continente y luego asentarse en la residencia de Oxford antes de que comenzase el semestre. Un océano entero la separaría de su

madre. Era una distancia inmensa. Pero… podía llevarse un pedacito de ella, ¿verdad? ¿Una fotografía?

¡Sí! Sacaría una fotografía de su madre, la enmarcaría y la colocaría cerca de la cama.

Denise buscó entre el gentío ese cabello pelirrojo tan familiar, esa risa ronca. Como no la encontró, dio una vuelta por la casa e hizo como que no oyó a su abuelo cuando le dijo que quería presentarla a alguien. Se escabulló por la puerta trasera, poniéndose de lado para no chocar contra un camarero, y caminó por la hierba hacia el rincón más alejado de la casa. Tal vez Charlotte se había ocultado ahí, tal vez había huido de la aglomeración para fumarse un cigarrillo en paz.

Unas vallas tapaban el patio lateral. Charlotte había hecho caso omiso de las reglas de Concordia y había instalado el jardín que quería: una hilera de camelios grandes y frondosos. Este era el lugar ideal para cualquiera que quisiese esconderse, el único sitio del patio que ofrecía privacidad y cierto grado de camuflaje, pese a ser imperfecto.

Al acercarse al seto, Denise vislumbró una figura en los arbustos. Pero era otra mujer, no era su madre.

Y no estaba sola.

Se detuvo en seco, dio dos pasos lentos hacia la derecha, hacia el denso abrigo de los camelios, haciendo lo que le salía tan bien y de forma tan natural: volverse invisible, observar con atención.

La mujer echaba la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Howard tenía el rostro hundido en su escote; no se le veían las facciones. Le levantó la falda hasta la cintura, le acarició los muslos, los separó y colocó la mano entre ellos.

Howard levantó la cabeza. Denise levantó la cámara. La mujer soltó un gemido.

Clic.

Capítulo 22
Una discusión interrumpida

Aunque Margaret detestaba los enfrentamientos, todo el mundo tenía un límite… y ella había llegado al suyo. Aun así, no podía ponerse a discutir con su marido en público, sobre todo en una fiesta, de modo que no tuvo otra opción que tragarse la rabia y esperar a que se marcharan.

Cuando ella y Walt se despidieron, Margaret se detuvo para darle las gracias a Charlotte, que al fin había bajado las escaleras con la cara pálida. Cuando se despidió de Denise, la joven le agarró la mano con tanta fuerza que Margaret se hizo daño al clavársele el anillo de boda en la carne de los dedos.

—¿Mantendrá su promesa? —preguntó Denise, con ojos oscuros y solemnes.

—Sí. No te preocupes. Todo irá bien.

Aunque seguía inquietándola responsabilizarse de Charlotte, la complacía ver que Denise reconocía que echaría de menos a su madre. Algunas hijas no se daban cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Sin embargo, cuando ella y Walt entraron en el coche, los pensamientos de Margaret se centraron en otro asunto de inmediato. En cuanto él encendió el motor, ella estalló.

—¿A qué demonios ha venido eso?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el inocente conmigo, Walter Ryan. ¡Sabes a qué me refiero! A ese comentario sarcástico sobre mi «trabajillo». Mira, soy consciente de que no me van a nominar al premio Pulitzer, pero me dejo la piel en mis columnas y tú lo sabes. Por la forma en que hablabas, ¡cualquiera diría que me he aficionado a un *hobby*, como jugar al tenis de dobles o pintar tazas de té!

Walt puso los ojos en blanco.

—Ay, venga ya, Margaret. Sabes que no era eso lo que quería decir. Solo estaba bromeando, ya está. ¿Por qué te ofendes tanto? ¿No puedes aceptar una broma?

—No fue gracioso. Y tú no estabas bromeando —recalcó. Durante el trayecto en coche, Walt se negó a disculparse o a retractarse por decir que solo había sido una broma. Cuando llegaron a casa, se quedaron sentados dentro del coche en la entrada, discutiendo y gruñéndose, lanzándose dardos y esquivándolos. Llegado cierto momento, la discusión fue por otro derrotero de forma inexplicable y Walt se quejó de que lo estaba dejando en ridículo y de que, en teoría, ella era una ingrata.

—¡Haga lo que haga, por mucho que lo intente, para ti nunca es suficiente!

Como si la parte perjudicada fuera él y no ella.

Cuando Margaret comenzaba a prepararse para entrar echando chispas en la casa, oyó unos nudillos contra la ventanilla del coche. Desvió la mirada y vio que Beth estaba ahí de pie, mirando a sus padres a través del cristal.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Cuánto había oído? Probablemente demasiado, a juzgar por su expresión sombría. Margaret bajó la ventanilla.

—Tenéis que dejar de pelear y entrar en casa —les dijo Beth. Margaret se puso colorada y compartió una mirada con Walt, que frunció el ceño y se humedeció los labios antes de tratar de explicar la situación:

—No estábamos peleando, cariño. Solo estábamos…

—Discutiendo —dijo Margaret—. Verás, a veces, los padres…

Beth negó con la cabeza.

—Me da igual. Tenéis que entrar. La abuela está al teléfono; llama desde lejos, desde Ohio. Me ha pedido que salga a buscaros. —Beth apartó la mirada de Margaret y le dijo a Walt directamente—: Ha pasado algo.

Era el padre de Walt, Jerry.

Se había desmayado mientras cortaba el césped y lo habían llevado urgentemente al hospital en una ambulancia. Walt sostuvo el teléfono entre los dos para que Margaret también oyera la conversación con su madre, Bernice. Los médicos seguían investigando, pero pensaban que podría tratarse de un derrame cerebral.

—La cosa pinta mal —dijo Bernice con voz ronca—. Por favor, ven, ¿sí, Wally? Es que… no sé qué hacer.

—Iré, mamá. Tan pronto como sea posible. Tú aguanta, ¿vale? Dile a papá que aguante.

—Se lo diré, pero date prisa, hijo. Por favor, date prisa.

Walt colgó. La discusión había caído en el olvido.

Mientras Walt llamaba a su jefe desde casa para explicarle la situación, Margaret comenzó a planchar camisas extra y a preparar la mochila de Walt. Luego, intercambiaron los puestos: Walt se encargó de preparar sus cosas y Margaret se puso al teléfono con Northwest Orient Airlines para preguntar por los vuelos disponibles entre Washington D. C. y Cleveland. Luego, llamó para preguntar por los horarios de los trenes. En todo caso, Walt no podría marcharse hasta la mañana y los billetes eran caros. Margaret le dijo que podían usar lo que quedaba de los ahorros de ella para pagar un billete, pero Walt negó con la cabeza.

—Gracias. Pero, si no puedo irme hasta mañana, tiene más sentido ir en coche. Si me marcho ahora y conduzco toda la noche, llegaré por la mañana.

—¿Quieres que te acompañemos? —le preguntó.

Frunció el ceño y apretó los labios, sopesando la pregunta.

—Probablemente sea mejor que vaya solo. No sé qué va a suceder, y entre que preparamos a los niños…

—No, tienes razón —dijo, levantando una mano para dar a entender que no hacía falta que se explicase—. Tú termina de hacer las maletas. Yo prepararé unos sándwiches y un termo de café para que los tomes durante el camino.

Asintió y se dio la vuelta como si fuese a marcharse, pero se detuvo en seco.

—¿Maggie? Lo que dije en la fiesta… No era mi intención…

—Eso ahora no importa —dijo, negando con la cabeza—. Tú márchate. No pasa nada, de verdad.

Walt le cogió la mano.

—Te quiero, Maggie.

—Lo sé —dijo, y era cierto—. Yo también te quiero.

Walt llamó a Margaret desde una cabina del hospital para decirle que había llegado.

—Ni siquiera sé si él sabe que estoy aquí —dijo.

—Lo sabe —le contestó Margaret, aunque tampoco estaba segura.

Jerry aguantó dos días más, pero ya no volvió a recuperar la consciencia. Walt la llamó de nuevo para darle la noticia. Sopesaron la posibilidad de que Margaret y los hijos fueran en coche a Ohio para el funeral, pero decidieron que sería demasiado duro para los niños. Según Walt, su madre estaba deshecha y sus hermanas no paraban de discutir, lo cual no era nada nuevo.

—Os echo de menos, pero creo que lo mejor para todos será que os quedéis en casa. Me va a hacer falta otra semana para gestionarlo todo y, la verdad, estoy muy ocupado.

Se le notaba cansado y algo ausente, casi aturdido. Margaret estaba preocupada por él. Se sentía culpable por no estar ahí para ayudarlos a él y a su suegra, pero estaba de acuerdo con que

probablemente era lo más sensato.

Como no podía ser de otra manera, los niños se entristecieron con la muerte de su abuelo.

Beth, que había pasado más tiempo con Jerry que los demás y era una de las pocas personas que le arrancaban una sonrisa, se molestó por haberse perdido el funeral. Margaret propuso plantar unos rosales en su honor (el único pasatiempo que tenía Jerry era cuidar de las rosas) y eso pareció satisfacerla.

Margaret jamás había tenido una relación muy afectuosa con su suegro (Jerry era un hombre hosco y a menudo crítico, y bebía más de lo que le convenía), pero su muerte repentina le recordó lo frágil y lo fugaz que puede ser la vida.

Durante los últimos meses, Margaret había destinado buena parte de su tiempo y de su atención a escribir la columna. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Conciliar plazos de entrega con las tareas domésticas no era fácil, y tratar de escribir en la casa con tres niños ruidosos, que a menudo se ponían a discutir, pondría a prueba la paciencia de un santo, y Margaret no era una santa.

Aun así, en un abrir y cerrar de ojos, los niños se independizarían, abandonarían el nido, como había hecho Denise. Margaret quería saborear este verano con sus hijos, forjar recuerdos que rememorar con cariño. Quería dedicar los días a llevarlos a la piscina, al parque y a la biblioteca, a jugar a juegos de mesa y a preparar pasteles, a sentarse en una silla del jardín al atardecer mientras los veía atrapar luciérnagas o ayudarlos a perseguir el camión de los helados, en vez de obligarlos a estar callados porque mamá tenía que trabajar. Con todo, sí tenía que trabajar. Al señor Clement y sus plazos de entrega poco les importaba que fuese verano.

Así pues, comenzó a hacer algo que odiaba con toda su alma: levantarse muy pero que muy temprano.

Cuando sonaba el despertador a las 4:30 h, se vestía, llegaba a la cocina tambaleándose y aturdida, se preparaba un café, sacaba a Sylvia del armario y se sentaba a escribir. La mayoría de los días,

escribía tres o cuatro horas antes de que entrasen los niños, lo cual era una maravilla.

Por mucho que detestase tener que madrugar tanto para cumplir con los plazos de entrega, sabía que no podía quejarse. Al menos no tenía que ir a una oficina.

En el fondo, no sabía cómo se las apañaba Viv, sobre todo porque estaba embarazada y tenía que desplazarse muy lejos. Nunca se quejaba, en parte porque la apasionaba la enfermería, pero también porque, tal y como le dijo cuando trajo a algunos de sus hijos para jugar, ella y Margaret en realidad no tenían derecho a quejarse.

—Tú y yo trabajamos porque queremos, porque nos gusta. Muchas de las madres con las que hablo en la clínica tienen empleos que odian, pero no tienen otra opción que no sea trabajar. Darían lo que fuese por tener lo que tenemos nosotras, la oportunidad de quedarnos en casa y cuidar de nuestros hijos. Si no trabajan, esos niños no comen. Ser mujer nunca es sencillo, pero…

Inhaló aire y lo soltó con un bufido.

—Desde que empecé a trabajar en la clínica, he pensado mucho en Betty Friedan. Su libro ha dado mucho que hablar, pero, en el fondo, solo va dirigido a personas como nosotras, ¿no es cierto? Mujeres con opciones. ¿Y si, además de todas esas estudiantes de Vassar y amas de casa de barrios residenciales, Betty hubiera entrevistado a algunas de mis pacientes? Son viudas, divorciadas, mujeres solteras, mujeres casadas cuyos maridos no ganan lo suficiente para pagar el alquiler, mujeres que nunca tuvieron la oportunidad de ir a la universidad o que no terminaron el instituto. Puede que parezcan diferentes a nosotras, pero quieren lo mismo. Me molesta que Betty las haya dejado al margen. Es decir, ¿acaso no se merecen tener opciones también? Viv tenía razón. Por mucho que tuviera que madrugar, Margaret no tenía derecho a quejarse.

Después de resistirse un poco, al final se le había ocurrido la manera de introducir la gelatina dietética en la columna. Seguía pensando que era una tontería y una ridiculez, pero Clement estaba

encantado, y a Margaret le gustaba contar al fin con su visto bueno. Aunque le resultaba un poco extraño decirlo dadas las circunstancias, en general, todo iba sobre ruedas. Echaba de menos a Walt, pero pensaba que eso podría ser algo bueno. Tal vez lo que siempre se decía, que la ausencia favorecía el amor, era cierto. Parecía que él también la echaba de menos, porque, aunque llamar desde tan lejos salía caro, la telefoneaba todas las noches. No mantenían conversaciones largas o profundas; el teléfono se ubicaba en el vestíbulo y Bernice oía lo que se decían. Pero le gustaba oír su voz y saber que pensaba en ella, y se alegró cuando, una semana después del funeral, le dijo que volvía a casa.

—Tengo que llevar a mi madre a hacer unos recados, luego tengo que cortar el césped y encargarme de alguna que otra tarea antes de marcharme. Probablemente no llegaré hasta bien entrada la madrugada, pero antes del desayuno, seguro.

—Y te prepararé uno bueno: huevos, beicon y lo que quieras. Luego podrás irte a la cama y descansar todo lo que te haga falta. Les diré a los niños que no armen escándalo.

—Lo del beicon y los huevos suena muy bien, pero mañana tengo que ir a la oficina.

—¿Después de conducir desde tan lejos? Oh, Walt, no lo dices en serio.

—Ojalá. Mi jefe me llamó antes de ayer, en teoría para darme el pésame, pero más que nada para decirme que quiere verme en mi mesa más pronto que tarde. —Bajó la voz, como para cerciorarse de que su madre no lo oyera—. Y como quizá tenga que volver aquí dentro de unas pocas semanas, será mejor que no lo haga enfadar.

—¿Vas a volver?

—No estoy seguro todavía, pero es lo más probable. Mi madre está… —Suspiró—. Sin mi padre está perdida y las chicas no ayudan en nada. Tenía la esperanza de llevar a los niños a Virginia Beach este verano, pero todo apunta a que tendré que gastar todas las vacaciones que me quedan en venir aquí. Lo siento, Maggie.

—No pasa nada. Si tu madre te necesita, no hay más que hablar.

Quizá podamos ir todos juntos, veranear en Ohio.

—Cuidar del jardín y enseñarle a mi madre a encender la caldera no me parece el mejor plan para unas vacaciones. Pero ya veremos. En fin, me alegro de volver a casa. ¿Cómo están los niños? ¿Y tú?

—Estamos todos bien.

—¿Todos? —preguntó, y la sonrisa que estaba esbozando se transparentó en su voz—. ¿Incluso Charlotte?

—Sí —dijo, alargando la palabra para darle a entender que había pillado la broma—. Incluso Charlotte. De hecho, hoy he recibido una carta de Denise: nos ha dado las gracias a las Bettys por el bolígrafo y ha dicho que ha llegado a París. Le respondí al momento y le dije que a Charlotte le está yendo genial.

—Menos mal —dijo—. No he podido dormir por la preocupación.

Margaret no lo culpaba por meterse con ella, pero nadie, ni siquiera Walt, entendía del todo hasta qué punto se había tomado en serio su promesa.

Por suerte, parecía que se preocupaba en vano.

Aunque los niños la mantenían ocupada, Margaret iba a hacerle una visita a Charlotte siempre que podía y, si no tenía tiempo, la llamaba. La telefoneaba casi todos los días y, en ocasiones, dos veces al día. Charlotte incluso le dijo que bajara el ritmo.

—¡Ya está bien! ¿Cómo voy a terminar ningún cuadro si me llamas cada cinco minutos? Que estoy bien —dijo, entre risas—. De verdad que sí.

Y sí parecía estar bien. Más que bien.

Si Margaret pudiera creerse que era así y dejar de temer lo peor, tal vez dejaría de tener ese sueño.

Era el mismo todas las noches.

Margaret entraba por la puerta delantera de la casa, del pequeño chalé en la calle Cedar donde había crecido. Llevaba una cartera que normalmente estaba llena de libros, pero a veces había comida: manzanas, naranjas o barras de pan. Una vez estuvo llena de

biberones, otra de gatitos. ¿Quién sabía por qué?

En el sueño, Margaret siempre dejaba la cartera en el sofá desgastado de color marrón que había cerca de la ventana y se dirigía a la cocina. En la casa reinaba una tranquilidad extraña. El único sonido que se oía era el tictac del reloj de la pared de color verde jade y el eco de sus pasos mientras recorría el pasillo y entraba en la cocina desierta.

Los armarios de la cocina eran de color amarillo. Poco después de la guerra, la madre de Margaret había visto un artículo con alacenas de esa misma tonalidad en *Better Homes and Gardens*. Llevó la revista a la tienda de bricolaje y supervisó personalmente la mezcla de colores; luego, compró la pintura y las pintó por su cuenta. Todo parecía estar igual, y, sin embargo, no era así.

En un primer momento, Margaret era incapaz de identificar qué había cambiado. Luego, se daba cuenta.

Estaba todo limpio.

La encimera estaba ordenada, en el fregadero no había platos, el suelo estaba barrido y fregado. Antes y durante la guerra, incluso cuando su madre trabajaba largas jornadas fabricando piezas de aviones, siempre había tenido aquel aspecto, ordenado y organizado. Después de la guerra, todo cambió. La cocina, la casa, la mujer a la que habían obligado a abandonar sus herramientas y a ponerse un delantal comenzaron a tener un aspecto descuidado y abandonado, triste.

Ahora, en el sueño de Margaret, todo estaba como los chorros del oro. Resultaba un poco inquietante. Margaret llamaba a su madre, pero no recibía respuesta alguna. ¿Dónde podía estar?

El tictac del reloj seguía su curso. Margaret tenía hambre. Abría la nevera. Se estremecía con la ráfaga de aire frío. También estaba limpia y reluciente. Las brillantes estanterías metálicas y los estantes de cristal estaban llenos de recipientes de cristal con tapa que contenían comida: guisos, sopa, un pastel de carne, un pollo. Cada recipiente tenía una nota pegada en la parte delantera con instrucciones para calentarlo y un día de la semana marcado; había

comida para los siguientes siete días.

Era algo que habría hecho la mujer que una vez había sido su madre (la mujer que había sido antes de que terminase la guerra) si tuviera planeado marcharse de viaje, para cerciorarse de que su familia se las apañase en su ausencia.

Una sensación de pavor se asentaba en las entrañas de Margaren Sin dejar de estremecerse, cerraba la puerta.

Caminaba por la despensa, por la sala de estar y por el comedor, y luego abría la puerta del sótano, en busca de su madre. Se acercaba a las escaleras. El tictac del reloj se oía más alto y más rápido, haciéndose eco del pulso cada vez más acelerado de su corazón.

Mientras subía las escaleras a la planta superior, el temor la envolvía como una pesada manta, la ceñía hasta sofocarla. Se agarraba al pasamanos como un montañista se agarra a la cuerda que podría salvarle la vida o quitársela, avanzando en ese ascenso lento, cauto, doloroso hacia la puerta cerrada del dormitorio de sus padres.

Apoyaba la oreja contra la madera oscura, con la esperanza de oír algún sonido procedente del interior, mientras el miedo se derramaba en su interior como tinta. Ojalá se abriera la puerta, ojalá su padre volviera a casa para no tener que ser ella la que girase el pomo y viese lo que había al otro lado.

Pero su padre no estaba y era responsabilidad suya. Lo había prometido.

Margaret estiraba los dedos temblorosos hacia el pomo de la puerta, lo giraba y chillaba.

—¡Maggie, despierta! ¿Me oyes? Despierta, cariño. Solo ha sido un sueño, ¿vale? Solo ha sido un sueño. Estás a salvo. Te tengo.

Margaret seguía jadeando, sollozando. Siempre se despertaba antes de que se abriese la puerta, pero, aun así, resultaba aterrador, más espeluznante ahora que el día en el que sucedió de verdad.

En su momento, a Margaret la había embargado una extraña sensación de inquietud cuando vio el contenido de la nevera y los extraños preparativos que había dejado su madre antes de quitarse la vida, como si lo único que fuesen a echar en falta fueran los platos calientes que preparaba. Margaret no sabía qué se encontraría al abrir la puerta aquel día. Ahora sí.

Era una visión que una muchacha de diecisiete años no podía olvidar jamás. Le había prometido con mucho gusto a su padre que mantendría vigilada a su madre en su ausencia, pero, feliz en su ignorancia, desconocía lo que podría llegar a pasar si no cumplía con su deber. Aunque ahora había aprendido en parte a convivir con la culpa y el miedo, nunca lo superaría del todo. En sus sueños era incluso peor, pues ahora sabía lo que la aguardaba al otro lado de la puerta.

—Ven aquí —le dijo Walt.

La habitación estaba a oscuras. Walt se sentaba al borde de la cama y la maleta estaba en el suelo, como si justo acabase de llegar. Atrajo a Margaret hacia sí, apoyando la espalda contra el cabecero y sentándola sobre su regazo como si fuera Beth o Suzy, ciñéndola con fuerza. Cuando su cuerpo dejó de temblar y amainaron las lágrimas, le besó lo alto de la cabeza.

—¿Mejor?

Margaret asintió, apretando la mejilla contra su pecho.

—Tienes demasiadas cosas encima, Margaret. No puedes cuidar de todo el mundo. Lo sabes, ¿verdad? Pero te admiro por intentarlo.

Margaret alzó la mirada hacia él. La besó de nuevo, esta vez en los labios, aunque fue un beso leve.

—Escucha —le dijo, antes de aclararse la garganta y de fruncir el ceño—. Respecto a la fiesta y a la forma en la que me burlé de tus escritos, me he sentido mal desde entonces y…

Margaret le tapó la boca con los dedos.

—Ahora no. Hoy no.

Asintió.

—Lo siento. Es tarde y estás cansada.

Mirándolo a los ojos, Margaret negó con la cabeza y empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

—No estoy cansada —susurró, y lo atrajo consigo a la cama, rodeándole el cuello con los brazos y fundiéndose en él como cera ardiente, pensando en lo mucho que añoraba esto y en lo mucho, lo mucho que lo añoraba a él.

Capítulo 23
Así funcionan las cosas

Julio de 1963

Cuando los primeros albores del alba se filtraron por las cortinas del dormitorio, Margaret salió de debajo de las mantas y se marchó con sigilo a la cocina para prepararle el desayuno a Walt: huevos, beicon, tostada, zumo de naranja y café. Incluso le preparó croquetas de patata.

Walt apareció unos cuarenta minutos más tarde, con el traje y la corbata y una expresión de sorpresa.

—¡Vaya, Maggie! ¿Qué mosca te ha picado?

—Nada —dijo, sonriendo mientras sacaba las lonchas de beicon de la sartén y las colocaba sobre papel de cocina—. Te he prometido que te daría la bienvenida con un buen desayuno, ¿recuerdas?

Walt atravesó la cocina hasta llegar a su lado, le quitó las pinzas de la mano y la cogió por la cintura. Entonces, la giró para que quedase frente a él.

—No lo digo por eso, sino por eso otro —dijo, señalando con la cabeza hacia la dirección en la que se encontraba el dormitorio—. Ayer parecías toda una tigresa. En serio, ¿qué mosca te ha picado?

—No lo sé —dijo, enroscando los brazos en torno a su cuello—. Supongo que es porque te echaba de menos.

—¿Ah, sí? Quizá debería irme más a menudo.

—Por favor, no. A no ser que no tengas otra opción. —Él agachó la cabeza, como para besarla—. Se te van a enfriar los huevos —le dijo—. No te preocupes; estaré en casa cuando vuelvas.

Mientras Margaret servía los platos, Walt colocó los cubiertos en la mesa y sirvió los cafés. Apartó la silla de ella antes de que tomara asiento y después volvió a acercarla a la mesa, como si fueran unos jovencitos en plena cita en el baile de promoción en lugar de una pareja casada con una hipoteca y tres hijos.

Margaret estuvo a punto de preguntarle qué mosca le había picado a él, pero la expresión en el rostro de Walt cuando se sentó le indicó que el momento de gastarse bromas ya había quedado atrás. Aunque parecía que no sabía muy bien cómo comenzar, resultaba evidente que le estaban pasando muchas cosas por la cabeza.

—Mi padre…

Margaret le sostuvo la mirada y ladeó la cabeza para darle a entender que lo estaba escuchando. En vez de proseguir, inhaló aire y tragó con fuerza, reprimiendo las lágrimas. Ella se estiró sobre la mesa para tocarle la mano.

—Ha sido toda una sorpresa —le dijo Margaret—. Jerry todavía era muy joven, ni siquiera había cumplido los sesenta. Has estado tan ocupado ayudando a Bernice que probablemente aún no lo hayas digerido del todo, pero era un buen hombre y sé que él…

—Eso no es cierto —la interrumpió Walt, sobreponiéndose a las lágrimas que amenazaban con derramarse—. Mi padre no era un buen hombre. Lo sabes tan bien como yo. Era un hombre con mal genio, rencoroso, controlador, inflexible y miserable que hacía lo que estuviese en su mano para que todos los que lo rodeasen fuesen igual de miserables.

Walt frunció los labios hasta formar una fina línea.

—Y yo me estoy convirtiendo en él.

—¡Eso no es verdad! Cariño, tú no te pareces en nada a tu padre, en nada.

—Oh, sí que me parezco. Quizá no seamos dos gotas de agua,

pero voy por el mismo camino. Qué ironía, ¿verdad? Parte del motivo por el que mentí acerca de mi edad y me alisté para que me dispararan en la guerra era porque quería alejarme de él. Supuse que los alemanes no podían ser peores que mi viejo. Al final, resulta que me equivoqué en ese aspecto. Aun así…, me prometí a mí mismo que no sería como él. Pero ya ves.

Cogió la taza del café. Margaret lo contempló beber, ardiendo en deseos de saber qué hacer para que se sintiera mejor, de decirle de corazón que no entendía por qué decía esas cosas. Walt no era como su padre, pero tampoco era el hombre optimista y alegre con el que se había casado.

Él soltó la taza, con la mirada fija en ella.

—Te he echado mucho de menos, Maggie, pero, en parte, me alegro de que no vinieras a Ohio. Conducir a solas me ha dado tiempo para reflexionar, para darme cuenta de mis defectos y pensar en la manera de cambiar de rumbo antes de que sea demasiado tarde. Para empezar, me parece que tengo que dejar el alcohol. Mi padre se volvía más grosero cuando bebía más de la cuenta y creo que en mí tiene el mismo efecto.

Margaret no podía negar que no la había preocupado la cantidad de alcohol que bebía Walt últimamente y el impacto que tenía en su estado de ánimo, pero era duro verlo así, triste, recriminándose tantas cosas. Le apretó con más fuerza la mano, con la esperanza de transmitirle su amor con el gesto.

—Tú no eres grosero, Walt. Nunca eres grosero. Más bien… a veces parece que estás de mal humor.

Él esbozó una sonrisa irónica, como para darle las gracias por el matiz, aunque no se lo creía.

—Bueno, tal vez sea esa la diferencia entre el *whisky* americano y la cerveza. Quiero dejarlo. Un par de cervezas me relaja. Seis me ponen… —Enarcó las cejas—. ¿Qué palabra has dicho?

Ella le devolvió la sonrisa.

—De mal humor.

—Eso. También quiero dejar de quejarme por las cosas que no

tengo y de sentirme más agradecido por lo que sí tengo, incluidos tres niños maravillosos y una esposa inteligente, con talento y preciosa. Lo digo en serio —añadió—. Te quiero, Maggie.

A Margaret se le llenaron los ojos de lágrimas, no porque Walt le hubiera dicho que la quería, sino porque hacía mucho tiempo que no se lo decía de aquella forma.

—Otra cosa, Maggie. Lo que dije ese día en la fiesta…

—Ay, Walt. —Agitó la mano como para desestimar sus palabras —. Eso fue hace casi dos semanas. Es agua pasada. De verdad. No hace falta que digas nada más.

—Sí, sí que hace falta. Porque me comporté como un verdadero imbécil. Y porque sabía muy bien lo que estaba haciendo. Quería ningunearte, humillarte.

Aunque no la habían sorprendido las intenciones de Walt en su momento, oír que lo admitía sí la sorprendió.

—Pero ¿por qué querías hacerme eso, sobre todo delante de otras personas?

—Porque estaba celoso —dijo—. Sé que es una estupidez, pero es la verdad. Lo siento, Margaret. No te lo merecías. Sé que la columna es muy importante para ti.

Walt soltó esa clase de suspiro que suelta la gente cuando se mira en el espejo y se siente decepcionada con la persona que le devuelve la mirada. Margaret abrió los ojos como platos.

—¿Celoso? ¡Cariño, eso no tiene ni pies ni cabeza! Sí, me encanta escribir, pero no puede compararse con el amor que siento por ti. O por los niños. Lo sabes, ¿verdad?

—No me refiero a esa clase de celos —explicó—. Son celos por lo especial que eres, porque hayas encontrado una manera de ganar dinero con algo que te gusta y que se te da bien. A diferencia de mí, un hombre mediocre atrapado en un trabajo mediocre.

Se lo quedó mirando. ¿Mediocre? No lo decía en serio, ¿verdad? No era posible.

A pesar de todo, Walt era el amor de su vida. ¿Acaso no lo sabía? Margaret frunció los labios, negando con la cabeza para sus

adentros. Por un lado, quería rodearlo con los brazos y decirle que era su héroe. Por otro lado, quería darle una buena sacudida, darle una bofetada para que recuperara el sentido común.

Walt era muchas cosas, pero no mediocre.

—No digas eso, Walter Ryan. No te atrevas a decir eso nunca. Tuve otras ofertas. No lo olvides. Pero te escogí a ti. Fue la mejor decisión que he tomado nunca. Tú eres lo que mantiene unida a toda la familia. Sin ti, ni siquiera seríamos una familia. Trabajas duro, cuidas de todos, te aseguras de que no nos falte de nada… Ropa, comida, los aparatos de Beth y la casa de nuestros sueños.

—Por eso lo hago —dijo—, porque quiero que tú y los niños tengáis lo que deseéis, la vida que os merecéis. Pero eso no tiene nada de especial. El hombre tiene la responsabilidad de velar por su familia. Si eso implica tener un trabajo que odia…, así sea.

Margaret se quedó desconcertada.

—Pero… tú no odias tu trabajo, ¿no?

—¿Me tomas el pelo? —Soltó una risa por lo bajo—. Claro que lo odio. Cualquiera lo odiaría. Me paso la vida cubriendo formularios, calculando débitos y créditos. De vez en cuando, tengo una reunión con un cliente o un lacayo de Hacienda. La mayoría de esos tipos son aburridos como una ostra, y, aun así, es lo más emocionante que me pasa durante la semana. El resto del tiempo, estoy solo con el papeleo.

Comió un bocado del beicon y, luego, cogió el tenedor y empezó con los huevos.

—Lo único bueno de mi trabajo es el sueldo. Pero ¿qué le vamos a hacer? —preguntó, encogiéndose de hombros antes de tomar un sorbo del café—. Alguien tiene que pagar las facturas, Maggie. Así funciona el mundo.

Después de que Walt se marchara a la oficina, Margaret recogió la mesa y lavó los platos, pensando en la conversación que habían tenido.

Cuando conoció a Walt, a ese joven apuesto y de ojos brillantes que se saltaba las comidas para comprarse una guitarra, era innegable que había surgido una chispa entre ellos. Al cabo de tres citas, ella se dedicaba a escribir las palabras «Señora de Walter Ryan» en los márgenes de la libreta en lugar de prestar atención a la clase de sociología, para ver cómo sería su futura firma.

No obstante, a pesar de la atracción mutua, tenía motivos para preocuparse. Walt era guapo, divertido, bondadoso e inteligente, y era el único hombre que conocía que leía libros por placer. Pero también parecía carecer de un propósito, lo cual la preocupaba.

Muchas chicas del campus aspiraban a terminar con un futuro médico, abogado o banquero de la misma manera en la que los cazadores acechaban a su presa: con sigilo y con mucha astucia. Pero ese no era el estilo de Margaret. ¿Qué más daba en qué vecindario vivía o qué clase de coche conducía si no amaba a su marido? El amor era importante.

Pero el amor no podía ser el único criterio a la hora de escoger a un compañero. Una chica debía ser práctica, debía escoger a un hombre con carácter que fuese a ser fiel, un hombre que fuese a cuidar de ella y de sus futuros hijos y del que pudiesen depender. A pesar de que cada vez lo quería más, Margaret no estaba del todo convencida de que Walt fuese esa clase de hombre. Además de no tener clara su futura profesión, no era ni siquiera capaz de escoger una especialidad en la universidad.

Cuando Eugene Buckman, un estudiante de empresariales con el que tuvo algunas citas, la sorprendió al pedirle matrimonio, Margaret le dijo que necesitaba algo de tiempo para pensarlo. Walt se enteró de una forma u otra. Fue a buscarla a la biblioteca, le declaró su amor y le dijo que había decidido estudiar Contabilidad.

—Sé que no siempre soy el chico más serio del mundo, pero contigo voy en serio. Puede que nunca lleguemos a ser ricos, pero sí puedo cuidar de ti, Maggie. Te juro que puedo. Tú dame un poco de tiempo para que te lo demuestre.

Al año siguiente, se casaron.

Los primeros años no habían sido fáciles, pero Walt había cumplido su promesa. Había sido duro marcharse de Ohio; a fin de cuentas, llevaban ahí toda la vida. Pero el salario del nuevo trabajo era tan bueno que no podían dejarlo pasar. Al fin, ¡podrían comprarse una casa! Y no cualquier casa: una casa preciosa en Concordia rodeada de aceras, parques infantiles y una piscina, cerca de muchas familias que se encontraban en la misma fase de la vida que ellos.

Después de tantos años escatimando en gastos y ahorrando, vivían el sueño americano. Hasta hoy, Margaret no se había dado cuenta de verdad de lo caro que era ese sueño o de que el coste no solo debía traducirse en simple dinero.

Sabía desde siempre que a Walt no le apasionaba su trabajo. Con el chiste que siempre contaba en las fiestas, se burlaba de lo aburrida que era su profesión. «¿Cuál es la mejor pastilla para dormir? —les preguntaba a los demás invitados antes de responderse a sí mismo—. Un contable hablando de su trabajo».

Siempre hacía reír a la gente, y Walt era el que más se reía de todos.

Pero Margaret no se había dado cuenta de que… odiaba su trabajo. Solo quería lo mejor para él; le dolía pensar que se despertaba todos los días y le costaba irse a un trabajo que detestaba.

Sin embargo, Walt tenía razón. Alguien tenía que pagar las facturas.

Con mucho gusto le daría sus cheques si con eso pudiera aliviar la carga que llevaba, pero ¿de qué serviría? Los cincuenta dólares al mes que ganaba por escribir dos columnas se le habían antojado una pequeña fortuna, pero no eran suficientes para cubrir los gastos mensuales del supermercado.

Por supuesto, siempre estaba la posibilidad de entrar a trabajar a tiempo completo. Pero, aparte de trabajar de niñera durante la adolescencia y de cajera en Woolsworth's en el instituto, nunca había trabajado. Por cualquier trabajo que obtuviese ahora

probablemente le pagarían el salario mínimo de un dólar con veinticinco centavos. No era mucho, en especial restando los gastos de la ropa, el desplazamiento y los impuestos. ¿Y si uno de los niños se ponía enfermo? Tendría que pagar a una niñera o ausentarse del trabajo alegando que estaba indispuesta y arriesgarse a que la despidieran.

Margaret enjuagó la espuma de los vasos del zumo de naranja y los colocó en la rejilla. No, pensó, trabajar a tiempo completo no era la solución. ¿Tal vez deberían mudarse?

Le encantaba esta casa, pero no se podía negar que después de comprarla sus ahorros se habían visto muy mermados. En todo caso, en algún lugar tenían que vivir y las facturas seguían llegando todos los meses. Alguien tenía que pagarlas. El único que cobraba lo suficiente, el único que podía cobrar lo suficiente, era Walt.

En efecto, parecía que así funcionaban las cosas.

Abrió un cajón, tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había abierto el cajón de sastre en vez del lugar en el que guardaba los paños de cocina. Dentro, entre bolígrafos sin tapa, cinta adhesiva, folletos casi llenos de los puntos verdes, gomas elásticas y recetas con los bordes desgastados arrancadas de revistas, encontró su ejemplar, con las esquinas dobladas, de *La mística de la feminidad*. Hojeó las páginas, recordando lo que había dicho Viv de la gente que se había quedado al margen y preguntándose si los maridos no debería incluirse en la lista.

En muchos sentidos, Walt estaba tan atrapado como ella misma. La barrera invisible de normas y costumbres que confinaba a las mujeres a un ámbito reducido y muy cotejado de los logros del ser humano también afectaba a los hombres, puesto que se exigía de ellos que soportaran la mayor parte de la carga económica de la familia, aunque para ello tuvieran que tener un trabajo que detestaban. Margaret pensó que, a veces, Walt también debía de sentir que vivía la vida de otra persona, una vida que era muy inferior a la que quería ella para él.

Guardó los vasos en la alacena y, entonces, se quedó inmóvil

como una estatua en el centro de la cocina, afinando el oído por si se oía a los niños. El día anterior, no habían bajado hasta las ocho y media. Con suerte, hoy sería igual. Si se apresuraba, podría trabajar como mínimo una hora.

Se le estaba ocurriendo una idea, una que podría ser tan graciosa como la gelatina dietética, pero mucho más profunda: una columna que haría a la gente pensar, además de sonreír, una de la que se pudiera sentir orgullosa de haber escrito.

Sacó a Sylvia del armario. Después de colocar una hoja de papel en el rodillo, Margaret colocó las manos sobre las teclas de la máquina de escribir, agitó los dedos para relajar los nudillos y empezó a redactar.

Capítulo 24
Dos lugares a la vez

Viv enrolló el manguito del tensiómetro en torno al brazo de la paciente y bombeó la goma, escuchando a través del estetoscopio conforme el manguito se desinflaba despacio, demasiado despacio para su gusto.

Earlene Jackson era una mujer alta con el mismo color de piel que el café y ojos marrones inteligentes. Según la documentación, tenía cuarenta y tres años, estaba casada y tenía una hija de diecisiete años, pero Viv no sabía nada más de ella.

Normalmente, dedicaba algo de tiempo a charlar con pacientes nuevos. Algunas personas se ponían nerviosas cuando conocían a un médico nuevo, y hablar un poco de cosas sin importancia podía ayudarlas a relajarse y a abrirse. A veces, proporcionaban detalles que podían ayudar a la doctora Fran a dar con un diagnóstico más acertado o un tratamiento más adecuado. Viv no tenía tiempo para eso hoy.

Andrea había sido un gran apoyo ese verano; cuidaba de los niños más pequeños mientras Viv estaba en el trabajo. Esa noche se iba de fiesta a Potomac, Maryland, con algunas amigas. Viv le había prometido que llegaría a casa a las cuatro para que tuviera tiempo para prepararse. Ahora eran las tres menos veinte y Earlene era su última paciente del día.

Mientras Viv escribía los datos de la presión arterial en la ficha, Earlene estiró el cuello y entrecerró los ojos, tratando de descifrar la caligrafía de Viv.

—Veo que la sistólica es 135, pero ¿cuál es la diastólica? Parece que ha escrito 57, pero sé muy bien que eso no puede ser.

—He puesto 81 —dijo Viv, girando la ficha para que Earlene la viera.

—¿Está segura de que no es usted doctora? Debería, con todos esos garabatos.

Viv se echó a reír.

—Pues no, solo soy enfermera. Y un fracaso escolar. Las monjas hicieron todo lo posible por enseñarme a escribir como se debe, pero nunca he sido capaz.

Earlene chasqueó la lengua.

—Bueno, si las monjas no han sido capaces de enseñarle a escribir bien, nadie más puede. Debe de ser un caso perdido.

—No hay duda. —Viv lanzó una rápida mirada al reloj y volvió a centrarse en el trabajo—. Bueno, tiene la presión arterial alta. No es nada del otro mundo, pero está un poco más alta de lo normal. Me da la impresión de que ya lo sabía y de que ha recibido algo de formación médica.

—Soy enfermera. —Dado que había empleado términos como «sistólica» y «diastólica», no le sorprendía, pero lo que dijo Earlene a continuación si llamó la atención—: Llevo veintidós años ejerciendo. Estuve de prácticas en un hospital de Carolina del Norte y serví en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército durante la guerra.

—¿Me toma usted el pelo? ¡Yo también!

Viv esbozó una ancha sonrisa. Hacía años que no coincidía con otra enfermera del Ejército y jamás había conocido a una que fuese negra. La tentación de dejar el portapapeles y compartir anécdotas de la guerra era inmensa, pero se contuvo. Tenía que marcharse a las tres sí o sí porque no se podía fiar del tráfico. Había aprendido la lección por las malas: se había perdido las primeras entradas de dos partidos de la eliminatoria del equipo de béisbol de Nick. No podía

permitir que sucediese de nuevo.

Viv cogió el bolígrafo.

—¿Por qué ha venido hoy, señora Jackson?

—Llámeme Earlene. Acabamos de mudarnos desde Carolina del Norte, así que necesito una nueva doctora. —Se enderezó en el asiento; no cabía en sí de gozo—. Mi hija empieza los estudios en la Universidad de Howard en otoño. Mi hermana tiene una casa aquí, en Brookland, así que por el momento estamos viviendo con ella. Me alegro de estar tan cerca de la familia.

—Toda mi familia está en el oeste, así que la entiendo —dijo Viv —. Mis hermanas y yo nos llevábamos como el perro y el gato de pequeñas, pero me gustaría pensar que lo hemos dejado atrás.

—Oh, yo no estaría tan segura —respondió Earlene, con ojos relucientes—. Sondra y yo aún tenemos nuestros momentos. Y una cosa le voy a decir: hace falta negociar lo suyo para que dos mujeres adultas compartan cocina. Ayer casi llegamos a las manos al comentar la mejor manera de cocinar un pollo.

Viv se rio entre dientes. Le caía bien Earlene. Ya que no tenía ningún problema de salud y la doctora Fran seguía con otro paciente, dejó la ficha en la mesa y acercó un taburete.

—Dígame, ¿dónde prestó servicio durante la guerra? A mí me destinaron a un hospital de campaña; empecé en Túnez y después me fui a Europa.

—Yo no salí de Carolina del Norte. Ninguna de las enfermeras negras fue al extranjero, aunque era lo que queríamos todas. Después del Día D, miles de nosotras enviamos solicitudes al Cuerpo de Enfermeras del Ejército, pero nos rechazaron a todas. En el 41, al fin tomaron la decisión de que podíamos prestar servicio en alas segregadas en Camp Livingston y Fort Bragg, para tratar a soldados negros heridos. Solo llevaron a cuarenta y ocho enfermeras, yo entre ellas. Más tarde, aumentaron el límite. Hacia el final de la guerra, había quinientas de servicio, pero solo en alas segregadas y solo para atender a prisioneros de guerra alemanes. No nos dejaban acercarnos a un hospital de campaña.

—Es una lástima, porque desde luego nos habrían venido bien.

—Sí, así es —contestó Earlene, bajando el mentón—. ¿Recuerda lo que pasó en enero del 45? ¿Cuando el presidente Roosevelt amenazó con reclutar a dieciocho mil enfermeras si no había voluntarias suficientes?

Viv asintió con la cabeza.

—El Ejército estaba desesperado por conseguir enfermeras.

—No tenía por qué. Justo en ese momento, se sentaban sobre pilas de solicitudes de nueve mil enfermeras negras cualificadas que solo querían una oportunidad para servir a su país.

Viv se quedó boquiabierta. Earlene asintió de forma insinuante, como diciendo: «Sí, Viv, créaselo».

—Amo a mi país. Podría haber prestado servicio. En una guerra en favor de la libertad, no debería imponerse la segregación.

Viv hizo memoria, recordando lo que había sentido cuando envió su solicitud al Cuerpo de Enfermeras del Ejército. Aunque el sentido de la aventura, desde luego, había influido en su decisión, su principal motivación emanaba de un profundo deseo de servir a su país. No dudaba de que el mismo fuego ardía en el interior de Earlene y de mujeres como ella.

Viv se había ilusionado mucho cuando aceptaron su solicitud. ¿Cómo de decepcionada y enfadada se habría sentido si hubiera abierto el sobre y descubierto que su deseo de sacrificarse para servir a su país había caído en saco roto por el color de su piel? Frunció el ceño al pensar en la injusticia y el agravio que había tenido que soportar esta mujer. Y le sorprendía que, cuando al fin se le presentó la oportunidad de prestar servicio (con retraso y limitaciones a causa de la raza), Earlene hubiera estado dispuesta a cumplir con su parte. Si Viv hubiera estado en su lugar, no estaba segura de cómo habría reaccionado.

—Que conste, Earlene, que yo me habría sentido orgullosa de prestar servicio a su lado. No la conozco, pero apuesto a que es usted una buena enfermera.

—No, soy una enfermera fantástica. Y apuesto a que usted

también. —Su sonrisa la reemplazó un suspiro cansado—. Si le digo la verdad, hay veces en las que no entiendo este mundo. De verdad que no. Pero al menos las cosas están empezando a cambiar. ¿Se ha enterado de la manifestación que se está organizando para finales de agosto? El reverendo King dará un discurso.

Earlene no tenía que especificar a qué reverendo King se refería. Todo el mundo había oído hablar de ese líder de los derechos civiles, joven y carismático, un clérigo que predicaba el pacifismo y se negaba a hacerse a un lado a pesar de las amenazas que recibía.

—Me he apuntado como voluntaria en la manifestación —dijo Earlene—. En el puesto de primeros auxilios. Si se presenta tanta gente como se calcula, le aseguro que más de uno necesitará una enfermera.

—Ay, ¡qué bien! Me alegro por usted.

—La invitaría a participar, pero algo me dice que estará ocupada por esas fechas. —Señaló con un gesto de la ceja el vientre redondeado de Viv—. ¿Cuándo sale de cuentas?

—En octubre. Sé que parece que vendrá antes, pero mis bebés siempre nacen grandes. Y tengo los músculos abdominales destrozados. —Viv se dio unas palmadas en el vientre con afecto—. Este es el séptimo.

Earlene abrió los ojos como platos.

—¡El séptimo! Válgame Dios, para mí fue suficiente con uno. ¿Cuánto tiempo planea seguir trabajando?

—Todo lo posible. Si puede ser, hasta octubre. Me encanta este trabajo.

—La entiendo —dijo—. No hay nada más gratificante.

—No le voy a mentir, algunos días es complicado. Ahora mismo mis pies me están matando. Y con seis niños en casa… —La sonrisa de Viv se desvaneció en parte—. A veces estoy hecha polvo. Me gustaría estar aquí con los pacientes, pero también quiero estar en casa con los niños…

—Y no puede estar en dos lugares a la vez —dijo Earlene, leyéndole la mente—. Oh, la entiendo muy bien. Mi Joe murió en un

accidente de tráfico cuando Shirley solo tenía tres años. Tuve que volver a trabajar en el hospital entonces, pero me gustaba el trabajo y, además, se me daba bien. Aun así, me perdí muchas cosas durante su crecimiento. Y esos años no los podemos recuperar nunca, ¿verdad?

Se abrió la puerta. La doctora Fran entró en la sala de reconocimiento y saludó a Earlene, antes de lanzar una mirada llena de interrogantes a Viv.

—¿No decía que tenía que marcharse a las tres?

Viv se apresuró a mirar el reloj. Faltaban tres minutos para las tres.

Al cabo de cinco minutos, se subió al coche. Si le sonreían los dioses del tráfico, aún podría apañárselas para estar en casa a las cuatro. Y, en efecto, eso parecía. Atravesó la avenida de Rhode Island y rodeó la rotonda de Scott Circle sin problema. A ese ritmo, puede que incluso llegase temprano.

Pero, entonces, llegó a Key Bridge.

Había señales luminosas de coches de Policía y de ambulancias por doquier. Las luces de los frenos de los coches parados a la espera de cruzar hacia Virginia formaban un collar de un kilómetro y medio de largo de un color rojo brillante.

—¡No! —exclamó Viv—. ¡Maldita sea!

Pisó el freno para detener el coche y se hundió en el asiento.

Earlene Jackson tenía razón: por mucho que desease que fuese de otra forma, una mujer no podía estar en dos lugares a la vez.

Justo cuando Viv, resignándose a su destino, abrió el ejemplar de *Una habitación propia* que había dejado en el coche para una emergencia como esta, Bitsy se recostó contra una valla del prado, absorta en una conversación con una desconocida que, sorprendentemente, se estaba volviendo muy personal.

Había llegado a los establos justo cuando la señora Graham y Delilah regresaban de un paseo vespertino. Las acompañaba otra

mujer, de cincuenta y pico años, brillantes ojos azules y pelo rubio ceniza, montando a Crystal. Cuando la señora Graham la saludó con la mano, Bitsy le devolvió el gesto.

—¿Qué tal se ha sentido? —preguntó Bitsy mientras se acercaban, inspeccionando a Delilah de arriba abajo y prestando especial atención a sus andares; parecía moverse con firmeza y comodidad.

—Perfecta. Tan bien como siempre —contestó la señora Graham, antes de volverse hacia su amiga—. Alice, te presento a Bitsy Cobb, la chica de la que te hablaba.

La mujer, Alice, sonrió.

—¡Ah! ¡Conque tú eres la trabajadora milagrosa!

A Bitsy se le sonrojaron las mejillas.

—Oh, no. Yo no diría tanto.

—No hace falta que lo digas. Ya lo ha dicho Katharine. —Alice sacó un pie del estribo y pasó la pierna por encima de la silla para bajarse del caballo en un movimiento ágil—. Y estoy de acuerdo con ella. Le eché un vistazo a Delilah antes de salir a cabalgar y se la veía perfecta; casi no hay indicios de inflamación. Es impresionante. Tratar la laminitis no es tarea fácil.

La señora Graham se bajó de la silla, sin soltar las riendas de Delilah.

—Bitsy, te presento a Alice Brennan, una vieja amiga que ha venido a la ciudad por un congreso. —Se le ensanchó la sonrisa—. Da la casualidad de que también es profesora en la Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad de California, en Davis.

Bitsy parpadeó con sus grandes ojos marrones.

—¿De verdad?

Alice asintió. La señora Graham llamó a Joey, que justo salía del establo con una pala en la mano. La soltó y vino trotando hacia las mujeres.

—Joey, ¿me ayudas a desensillarlos? Yo llevo a Delilah; tú encárgate de Crystal.

Él aceptó con mucho gusto, cogió las riendas de Crystal y la

condujo hacia el establo.

—Bueno, os dejo a solas —dijo la señora Graham, mirando ora a Alice, ora a Bitsy—. Imagino que tenéis muchas, muchas cosas de las que hablar.

Al principio, fue Alice la que habló casi todo el tiempo.

Al igual que Bitsy, había crecido rodeada de animales y tenía un padre cariñoso y servicial al que adoraba y que daba la casualidad que era veterinario. De joven, pasaba los sábados y los veranos trabajando en su hospital. Empezó limpiando jaulas y llenando cuencos de agua, pero no tardó en convertirse en su ayudante. Su padre se tomaba la molestia de explicar lo que hacía y por qué, desde cómo llegaba a un diagnóstico hasta cuál era la forma más segura de vacunar a un *terrier* con mal genio. Y, mientras le enseñaba todo esto, le decía: «Cuando vayas a la facultad de veterinaria…».

—No me decía: «Si vas». Me decía: «Cuando vayas». —Alice dio un golpecito a la valla con el puño para mayor énfasis—. Se comportaba como si la decisión estuviese tomada, y no había duda de que cuando creciese me convertiría en veterinaria. Ya que él así lo creía, yo también me lo creí.

Se acercó más y se enderezó, hasta que ella y Bitsy casi quedaron a la misma altura. Entonces, bajó la voz hasta hablar en un susurro, como si le confesase un secreto muy preciado:

—Si tienes fe en ti misma —le dijo—, si crees que tienes tanto derecho a estar en la sala como cualquier otro, ya tienes mitad de la batalla ganada.

Enarcó las cejas, dedicándole a Bitsy una mirada insinuante. Entonces, reculó un paso y juntó las manos.

—¡Bueno, Bitsy! Háblame de ti. ¿Quién eres? ¿Dónde creciste? ¿Y cómo aprendiste tanto sobre caballos? ¿Por qué trabajas en los establos? ¿Y cómo diantres es posible —dijo, echando la cabeza hacia atrás— que seas tan alta?

Bitsy respondió a sus preguntas y le facilitó toda la información sobre sus orígenes que le pidió Alice, incluido un detalle que le parecía de lo más vergonzoso.

—Vale, escúchame con atención, Theodora Leonora —dijo, esbozando una amplia sonrisa al emplear el nombre completo de Bitsy; estaban de acuerdo en que no le pegaba para nada—. No tienes nada de lo que avergonzarte. Nada de nada. Tenías mucha presión encima. Tampoco eres la primera mujer que ha dejado de lado los estudios para casarse. Y tampoco es que sea una decisión irreversible. Solo te falta un semestre. Vuelve a la universidad, consigue esos pocos créditos que te faltan e intenta entrar en la facultad de veterinaria. Si lo que te preocupan son las recomendaciones, yo estaría encantada de apoyarte. No hay garantías, por supuesto, pero si presentas la solicitud a nuestro plan de estudios en la Universidad de California, en Davis, estoy segura de que tendrías muchas oportunidades por contar con la recomendación de un miembro de la facultad.

—Alice… Es decir, profesora Brennan, es usted tan amable…

—Por ahora puedes llamarme Alice —la interrumpió—. Cuando te admitan en la facultad, me llamarás profesora Brennan. Y no estoy siendo amable. La medicina veterinaria puede ser una profesión solitaria para las mujeres y estoy decidida a que deje de ser así.

»No todo el mundo tuvo las mismas oportunidades que yo: un padre que creía en ella, que ya formaba parte de la profesión y que justo acababa de hacer una donación a la facultad y dar algunas clases como profesor invitado —prosiguió, riéndose entre dientes—. Así que, cuando veo a una joven brillante y prometedora que desea entrar en el mundillo, intento allanarle el camino como allanó mi padre el mío. En algún momento, quizá tú también ayudes a allanar el camino de otra persona. Es así como el mundo se convierte en un lugar mejor, Bitsy: una generación ayuda a la siguiente.

Bitsy deshizo el nudo que se le había formado en la garganta. La señora Graham solo intentaba ayudarla, pero se lamentaba de que le hubiera presentado a la profesora Brennan. Sentía que estaba

balanceando una joya delante de ella, que le mostraba el brillo de una vida que podría tener, pero que jamás tendría.

Bitsy trató de sonreír.

—Le estoy muy agradecida por los ánimos. Y por estar dispuesta a recomendarme. Se lo digo de corazón. Pero California está tan lejos…

—Tienes razón, tienes razón —dijo Alice, que levantó las dos manos unos instantes—. Pero hay otras facultades. Una recomendación mía no tendría tanto peso en otra institución como en Davis, pero, aun así, serviría de algo.

—Sí, estoy segura, pero no hay ninguna facultad de veterinaria en esta zona, ninguna a la que pueda desplazarme en el día. Mi marido se ha dejado la piel para montar la clínica; no va a abandonarla para que yo pueda ir a la universidad.

—Sí, Katharine me ha hablado de tu marido. Parece una buena pieza. —Alice frunció los labios y resolló—. En fin, no es mi intención decirte cómo debes vivir tu vida. Pero si yo estuviera en…

Bitsy levantó una mano. No quería seguir escuchando. No podía.

—Estoy embarazada.

La profesora se detuvo a mitad de frase. Se quedó boquiabierta.

—Ah —dijo al fin—. Ya entiendo.

—Todavía no estoy segura y no se lo he dicho a mi marido, pero se pondrá loco de contento. Yo también, obviamente —añadió—. Llevamos más de dos años intentando formar una familia. Al fin, después de una espera tan larga…, ¡lo hemos conseguido!

Esbozó una radiante sonrisa, con la esperanza de que Alice intuyera lo que no había dicho explícitamente: Bitsy se había comprometido, había hecho una promesa. Ahora más que nunca, no podía darle la espalda a todo esto.

—Bueno, qué bien. Enhorabuena.

—Gracias.

Alice hizo un gesto con la cabeza, como diciendo: «Pues no hay más que hablar», y empezó a caminar hacia los establos. Pero, entonces, se detuvo, deshizo el camino andado y sacó una tarjeta de

visita del bolsillo.

—Por si acaso. Todavía eres joven y los bebés siempre crecen. ¿Algún día, tal vez?

Bitsy aceptó la tarjeta por educación y la guardó en el bolsillo.

—Sí, por supuesto. Algún día, tal vez.

Una vez que el tráfico comenzó a circular de nuevo, Viv condujo a Concordia lo más rápido posible sin arriesgarse a que le pusieran una multa y aparcó en la entrada de su casa a las 16:25 h. Antes si quiera de apagar el motor, Andrea, con el pelo mojado, dobló la esquina de la casa, corriendo y agitando los brazos. Viv empezó a disculparse mientras salía del coche.

—Cariño, lo siento mucho. Había un tráfico impresionante. Pero ya he llegado, así que sigue, péinate. Toma prestado mi Lady Sunbeam —dijo, refiriéndose a su nuevo secador de pelo—. Ponte el gorro de ducha de plástico por encima de los rulos y enciende el secador a máxima potencia. Lo secarás en un abrir y cerrar de ojos.

Viv hablaba con su «voz de enfermera», un tono de consuelo que calmaba incluso a los pacientes más nerviosos, pero a Andrea se la veía agotada.

—Mamá, no es por eso. Es por Jennifer. Se ha subido al tejado y se niega a bajarse. ¡Dice que va a tirarse!

—¿¡Cómo!? —Viv cerró el coche de un portazo y torció el cuello, entrecerrando los ojos a la luz del sol mientras inspeccionaba el tejado—. ¿Dónde está? ¿Cómo se ha subido hasta ahí, para empezar?

—Está por la parte de atrás —dijo Andrea, agarrando a su madre del brazo y tirando de ella para doblar la esquina de la casa—. Es todo culpa mía. Los niños empezaron a quejarse de que hacía calor, así que monté el tobogán acuático. Mark cogió la manguera y me estropeó el pelo, por lo que yo también lo mojé a él. Jenny debió de entrar en la casa durante la pelea de agua y salir por la ventana del dormitorio mientras yo estaba de espaldas. Pasó todo en un minuto,

mamá. ¡Te lo juro!

Andrea estaba a punto de llorar. Viv asintió para darle ánimos, le dijo que la creía y que no iba a pasar nada. Andrea resolló y abrió la verja del patio trasero. Viv alzó la mirada.

Jenny, toda ella, con cinco años, estaba de pie en el tejado con una toalla blanca envuelta en los hombros y una expresión de desafío en el rostro. Por suerte, estaba en la zona más baja del tejado a dos niveles. No era muy alto, tal vez había tres metros de distancia, pero podía romperse algún hueso si se caía.

Los dos niños más pequeños del matrimonio Buschetti, Nick y Mark, permanecían descalzos en la hierba, con los pantalones cortos y el pelo empapados, mirando a su hermana pequeña y cacareando como gallinas.

—¡Vamos, gallinita! —se mofó Mark, colocando los puños debajo de los brazos huesudos y batiéndolos como si fueran alas—. ¡Gallinita!

—¡Yo no soy una gallinita! —gritó Jennifer.

—¡Pues, entonces, lánzate de una vez! —exclamó Nick—. ¡Tírate!

Jennifer se acercó más al borde. Viv echó a correr, apartando a Andrea y llamando a gritos a Jenny. Esta última pareció sobresaltarse, pero esbozó una amplia sonrisa, revelando el hueco que se había formado cuando le cayó un diente de leche. La saludó con un gesto.

—¡Hola, mami!

Viv, jadeando a causa del esfuerzo de la carrera, se detuvo cerca de Nick y Mark, saludó distraída a Jenny y golpeó a los niños en la cabeza.

—¿A qué ha venido eso? —dijo Mark, parpadeando y haciéndose el inocente.

—Eso —dijo Nick, con tono ofendido—. Ella quiere saltar. Nosotros solo la estamos animando.

—Yo no quiero saltar —recalcó Jenny, corrigiéndolo mientras negaba con la cabeza—. ¡Lo que quiero es volar!

Viv fulminó a los niños con la mirada, como diciéndoles: «Ya

veréis, ya». Luego, alzó la mirada hacia su hija más pequeña y le pidió por favor que bajase. Jenny frunció los labios en un gesto de terquedad y negó con la cabeza. Viv volvió a fulminar a los niños con la mirada.

—Vosotros dos, cabezas de chorlito, subid las escaleras, salid por la ventana y sacad a vuestra hermana pequeña del tejado. Ahora.

—Ya lo hemos intentado —dijo Andrea—, pero la ventana está atascada. Vince y Mike podrían arreglarla, pero se han ido al cine.

—Eso —dijo Nick, haciendo una mueca y dando patadas a la hierba—. Y no nos han llevado con ellos.

—Id al garaje —dijo Viv—. Traed la escalera.

—¡Nooo! —chilló Jenny—. ¡La escalera no! Quiero bajar sola. ¡Quiero bajar volando!

—Lo sé —dijo Viv con simpatía—, pero no puedes, cariño, que las personas no saben volar.

La duda se transparentó en el rostro de Jenny mientras reflexionaba acerca de ese dato, pero duró poco. Se cruzó de brazos, levantó el mentón y dio un pisotón sobre las tejas grises descalza como estaba.

—Puede que las personas —recalcó— no puedan volar, pero eso no quiere decir que yo —volvió a recalcar— no pueda.

Madre mía, ¡qué niña más terca! Y, ay, por eso mismo Viv la quería tanto. Apretó una mano contra la boca para tapar la sonrisa.

—Vale, Jenny, hagamos un trato. Si te dejo volar hasta mis brazos solo esta vez, ¿me prometes que no volverás a hacerlo? —le preguntó, restando importancia a las protestas de Andrea con un gesto de la mano y fijando la mirada en Jenny—. Tienes que prometerlo. Si no, sacaremos la escalera.

Jenny no parecía conforme con las condiciones. Pero, al cabo de un buen rato, suspiró contrariada y se colocó el índice sobre el corazón.

—Bueno, vale.

Los niños gritaron de la emoción y siguieron chillándole a Jenny, para que no se olvidase de agitar las alas. Andrea se mordió el labio;

se la veía nerviosa. Después de dedicar unos instantes a consolar a su hija mayor, a asegurarle que todo iría bien, que a la pequeña no le pasaría nada y que aquel mismo día había ayudado a levantar a un paciente de noventa kilos de la camilla, Viv reculó dos pasos y levantó los brazos, preparada para atrapar a su hija menor. Jenny se agachó como un nadador en el punto de salida.

—¿Preparada? —exclamó Viv—. Un, dos, ¡tres!

Jenny extendió los brazos y saltó al aire. Andrea soltó un grito ahogado. Los niños chillaron emocionados. Viv se echó un poco hacia atrás, flexionando las rodillas para absorber el impacto, pero la atrapó con facilidad.

—¡Lo has conseguido! —gritó, ciñendo a Jenny contra el pecho—. ¡Has volado!

—¡He volado! —exclamó Jenny.

—No —se quejó Nick—. Has saltado.

—Eso —coincidió Mark—. Has saltado y mamá te ha cogido. Punto.

—He volado —dijo Jenny, sacándoles la lengua—. ¿A que sí, mami?

—Sí —concordó Viv—, como un pajarito.

Jenny asintió con la cabeza de forma exagerada en dirección a sus hermanos, para luego rodear el cuello de su madre con los bracitos y acercar los labios al oído de Viv, bajando la voz hasta casi un susurro:

—Un poco sí he volado —dijo—. Y un poco sí me has cogido. ¿Verdad, mami?

—Sí —dijo Viv—. Siempre te cogeré.

Capítulo 25

No te pagan por pensar

En el fondo, no había cambiado nada desde que Walt regresó del funeral de su padre, al menos en el plano práctico.

Margaret seguía cuidando de los niños y de la casa, madrugando mucho para disponer de algo de tiempo para escribir. Leía los libros del club de lectura antes de irse a dormir o en el coche, mientras esperaba a que Bobby saliese del entrenamiento de la liga infantil o a que las niñas terminasen sus clases de natación. La invadía la sensación de que nunca podía dedicarle todo el tiempo que le habría gustado. Walt también estaba ocupado, más que nunca.

Aunque había gastado sus días de vacaciones, su jefe, el señor Ackerman, le había dejado bien claro que no le gustaba que Walt se hubiese marchado a Ohio y que pensase irse otra vez para ayudar a su madre. Walt se levantaba a la misma hora que Margaret y se iba a la oficina más temprano de lo normal para compensar, con la esperanza de recuperar la confianza de Ackerman. Seguía reuniéndose con Edwin en el bar del club de la organización Veteranos de Guerras en el Extranjero para hablar de libros cada dos jueves por la tarde (se habían unido al club de lectura dos hombres más) y ahora siempre iba a la librería los sábados por la mañana para ayudar a Edwin con la contabilidad.

—Los registros de contabilidad de Edwin son tan aburridos como

cualquier otro, pero paga mejor —le dijo un sábado, sonriendo se oreja a oreja y levantando un ejemplar de *Ice Station Zebra*, de Alistair MacLean.

Así que, sí, a primera vista, no habían cambiado muchas cosas. Pero el Walt que había acudido corriendo al lecho de muerte de su padre era diferente al Walt que había vuelto.

Bebía menos y hablaba más; le preguntaba a Margaret qué tal había ido el día cuando llegaba a casa y le hablaba de cómo le había ido a él o, en ocasiones, le hacía comentarios acerca del libro que estaba leyendo. Nunca había ninguna noticia de vital importancia que dar, pero era un gusto hablar de nuevo. Los niños también se beneficiaron de la nueva actitud de Walt. Ahora, en vez de despatarrarse enfrente de la televisión cuando volvía a casa del trabajo, muchas veces los llevaba al parque o jugaban a las cartas. Cuando sí veía la televisión, la veía con Margaret; se sentaban en el sofá después de que los niños se quedasen dormidos, y ponían *Bonanza* o *The Dick Van Dyke Show*, con el brazo de Walt en torno a sus hombros.

Y cuando se iban a la cama y apagaban las luces… tampoco estaba mal.

Esta semana, sin embargo, Walt volvía a estar en Ohio para ayudar a Bernice con la legalización del testamento, el papeleo, el mantenimiento de la casa y todo lo demás. La había llamado el día anterior y le había hablado con más franqueza de la acostumbrada porque Bernice estaba en la peluquería.

—Raya en lo ridículo, Maggie. Mi madre no es tonta, pero mi padre le ocultaba muchísimas cosas. Nunca se enteraba de cuánto dinero ganaba él, de cuánto debían o qué facturas había que pagar y cuándo. ¡Ni siquiera sabía escribir un cheque, hasta que le enseñé yo! Mi padre no paraba de decir que la protegía, pero la ha vuelto completamente vulnerable. ¿Es que nunca se le ocurrió pensar que podría vivir más que él? ¿O que quizá tendría que valerse por sí misma algún día?

—Pobre Bernice —murmuró Margaret, cambiando el auricular del

teléfono a la otra oreja—. El futuro debe de asustarla mucho.

—Sí, y con razón —dijo Walt, con voz disgustada—. La Seguridad Social le pagará unos setenta dólares al mes; también tiene un pequeño seguro de vida, pero aún no han terminado de pagar la hipoteca. Si mi madre pudiera trabajar, quizá podría llegar a fin de mes, pero no tiene ninguna competencia en particular, y cada vez que saco el tema, rompe a llorar. —Suspiró—. Va a tener que vender la casa.

—Oh, Walt —dijo Margaret, compadeciéndose de su suegra—. ¿Estás seguro?

—No veo otra solución —dijo, soltando otro suspiro—. Tengo que decirte una cosa, Maggie. Sé que no me hizo mucha ilusión que empezaras a trabajar para la revista…

—Disculpe, señor Ryan, ¿se refiere usted a mi «trabajillo»? Walt se rio entre dientes, tomándose la broma con buen humor.

—Vale, vale, me lo tengo merecido. Pero ahora en serio, lo de mi madre me ha abierto los ojos en más de un sentido. Aunque solo sea a tiempo parcial, ahora tienes experiencia laboral. Espero que nunca tengas que trabajar a tiempo completo a no ser que quieras, pero me siento mejor al saber que podrías valerte por ti misma, poniéndonos en lo peor. Eres inteligente —añadió—. Y hábil. Supongo que lo que intento decir es que… estoy orgulloso de ti, cariño.

A Margaret le pareció una de las cosas más bonitas que le había dicho nunca. Sin embargo, aquel día de calor de julio y con Walt fuera del pueblo, no se sentía muy hábil. Cuando bajó a preparar el desayuno, se encontró con un charco de agua en la cocina. Se había estropeado el congelador y todo lo que había dentro se estaba descongelando.

Había pasado lo mismo una vez con anterioridad. Walt lo había arreglado de alguna manera, pero Margaret no sabía qué hacer y el técnico no podía venir hasta el viernes. Permitió a los niños comer helado de chocolate de desayuno (se quedaron encantados), tiró a la basura un paquete de beicon que se había puesto muy blando,

preparó una sopa con unos paquetes descongelados de guisantes, zanahorias y medio kilo de carne picada, y guardó otro kilo junto con una caja de palitos de pescado en la nevera, para cocinarlos en los próximos días. Más tarde, ese mismo día, cuando llevó a los niños a la piscina, el vehículo hizo un ruido extraño que nunca había oído. ¿O sí?

Sea como fuere, mentalmente se preparó para lo que tendría que hacer si el coche familiar se rompía de pronto.

Por suerte, no pasó nada, porque no quería ni pensar en lo terrible que sería quedarse tirada en la carretera con tres niños gruñones un día de calor y humedad en pleno verano en Virginia. Llevaban toda la semana peleándose y pinchándose entre sí, y a Margaret, al final, se le había agotado la paciencia. Cuando las amenazas de reducirles la paga y las consecuencias que podrían desencadenarse cuando Walt volviera a casa no surtieron efecto, terminó mandándolos a los tres a sus habitaciones.

Todavía los oía, incluso desde la cocina. Bobby estaba jugando con su pistola de juguete, que emitía un clic de lo más desquiciante cada vez que disparaba. Beth y Suzy, que compartían habitación, estaban peleando por los muñecos troll. Daba igual que tuvieran toda una colección de esos bichos feos: las dos querían hacer de la novia. Mientras no corriera la sangre, Margaret tenía pensado no inmiscuirse. Estaba cansada de tener que mediar entre ellos.

Justo acababa de servirse un vaso de té con hielo cuando sonó el teléfono. Leonard Clement la llamaba para hablar de la columna que acababa de enviarle, el texto que había escrito después de darse cuenta de que Walt se sentía tan reprimido por las costumbres y las limitaciones de la sociedad como ella.

Se había esforzado mucho para mantener un tono liviano, recurriendo como eje central del texto a guiños al Día de Sadie Hawkins (un festivo inventado, popularizado por las viñetas de *Li'l Abner*, en el que las mujeres tenían permitido darle la vuelta a la sociedad y pedir matrimonio). Aunque sabía que los comentarios entre líneas sobre los roles de género no pasarían desapercibidos

para su editor, albergaba la esperanza de que el humor sarcástico lo convenciera.

Al señor Clement no le había hecho gracia. Ni un pelo.

—Me da igual cuántas imágenes se hayan publicado de usted o que haya sido un buen gancho contratar a un ama de casa.

Si vuelve a enviar un texto como este, ¡la pongo de patitas en la calle! ¿Le ha quedado claro?

—Sí, de acuerdo, lo siento. No era mi intención molestarle. Pero, con todos los cambios que se están dando en mundo, he pensado que…

—Señora, ¡a usted no le pagan para pensar! Le pagan para escribir. ¡Y escribe lo que yo le digo! Salta a la vista, señora Ryan, que piensa que tiene algo que decir. ¡Pues se equivoca! Y, aunque no se equivocase, a nadie le interesaría. Así que cíñase al guion o ya buscaré a otra persona que se ciña. ¿Estoy hablando claro?

Después de disculparse y ceder una vez más, Margaret colgó. Se sentía hecha polvo, como un trapo de cocina que no paraban de zarandear de aquí para allá. No recordaba cuándo había sido la última vez que le habían hablado de esa manera. Tampoco podía creerse lo cerca que había estado de que la despidieran. Se sentía desconcertada por lo que acababa de ocurrir.

Si Clement la hubiera despedido, no se habría acabado el mundo. Sí, le gustaba recibir cheques, pero su familia no se moriría de hambre ni terminaría en la calle si los perdía. El verdadero valor de la escritura era menos tangible, pero, en cierto sentido, más profundo: una sensación de orgullo por sus logros que era suya, solo suya.

Le vino a la mente un recuerdo. ¿En qué año había sido…? ¿1946? ¿1947, tal vez? No estaba segura, pero fue poco después de que terminase la guerra.

Margaret y su madre llevaban años rezando por que llegase el día en el que se acabara la guerra, su padre regresara a casa y todo volviera a la normalidad. Durante esas Navidades inolvidables, que celebraron más tarde de la fecha, todo apuntaba a que sus plegarias

habían sido atendidas, pero poco después todo comenzó a resquebrajarse.

Recordaba estar de pie en lo alto de las escaleras, reacia a bajar porque sus padres estaban discutiendo… otra vez. Se agachó en el primer peldaño, rodeándose las rodillas con los brazos, ciñéndose con fuerza, y la ansiedad y la inquietud la embargaron cuando su padre comenzó a gritar.

—¿Qué demonios te pasa, Ruth? La guerra ha terminado, el país vuelve a la normalidad, estamos sanos y salvos, se han terminado los racionamientos… Estoy ganando mucho dinero en la fábrica y te acabo de comprar una lavadora nueva. ¿Por qué no puedes ser feliz? ¿Por qué, haga lo que haga y por mucho que trabaje, nunca es suficiente para ti?

Su madre soltó una risa ácida.

—Conque una lavadora nueva. ¿Crees que debería ser feliz porque me has comprado un electrodoméstico que me facilita lavarte la ropa interior y limpiarte las manchas de los cuellos de tus camisas? ¿Eso es la felicidad para ti? Bill, la cuestión no es lo que haces o lo que dejas de hacer. ¿Por qué no lo entiendes? La cuestión es lo que hago yo —recalcó—. Y lo que hago es, precisamente, nada, nada que importe.

Antes de que su madre hubiese terminado de hablar, Margaret oyó unos pasos, el tintineo de un vaso y el borboteo de un líquido que salía de una botella, y supo que su padre se estaba sirviendo una bebida.

—Oh, por el amor de Dios, ¿ya estamos otra vez? Cuidas de la casa, de los niños y de mí. ¿Acaso no importamos? Tal vez preferirías volver a trabajar en turnos de diez horas, con las manos manchadas de grasa, mientras yo recibo disparos y tú abandonas a nuestros hijos a su suerte porque tienes que quedarte hasta tarde en la fábrica. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que continúe la guerra para que sientas que sí haces algo?

—Para ya. No es justo. Claro que no me gustaría seguir en guerra. Lo único que quiero…

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué puedes querer tú que no tengamos ya? ¿Qué es?

Hubo una pausa; después, se oyó un sollozo, ahogado entre la confusión y la vergüenza.

—No lo sé. No lo sé. Quiero… más.

De adolescente, Margaret se quedó tan atónita como su padre. Se acercó más al pasamanos, afinando el oído para oír a su madre retractarse o explicar lo que necesitaba para ser feliz de nuevo. Sin embargo, lo que oyó fue otro sollozo, unos pasos y un portazo.

Aunque a esta discusión la seguirían otras parecidas durante los siguientes meses, su madre nunca llegó a encontrar las palabras adecuadas para definir el significado de *más*. Con el tiempo, dejó de intentarlo. Se rindió por completo. El descontento dio paso a la depresión y a unos silencios impenetrables.

Margaret había dejado de tratar de entender por qué su madre había tomado la decisión de suicidarse hacía mucho tiempo. Ni siquiera había dejado una nota; solo la nevera llena. Pero ahora le parecía que entendía lo que su madre jamás había sido capaz de expresar en palabras. Se refería a la sensación de que su trabajo marcaba la diferencia, a la satisfacción que le brindaba dedicarse a una tarea compleja, algo que fuese un verdadero reto, y dominarla con el paso del tiempo.

El trabajo manual de Ruth, como el de millones de otras mujeres, había ayudado literalmente a ganar la guerra. El empleo de Margaret era muy diferente y mucho menos trascendental. Aun así, cuando se le ocurría la frase perfecta o cuando abría la revista y veía su nombre, el suyo, impreso junto a las palabras que había escrito ella sola o leía una carta de una suscriptora que alababa su obra, se sentía importante.

¿O quizá viva?

Sí, había dado en el clavo. *Más* significaba «viva»: su existencia generaba ondas que notaban los demás, hacía algo más aparte de absorber oxígeno y ocupar espacio, tenía algo único que ofrecer.

Y era una sensación grata. Demasiado grata como para correr el

riesgo de perderla.

Mañana se levantaría temprano y se pondría a escribir una columna nueva. Quizá narraría la historia de un ama de casa agobiada que enviaba a los niños a sus cuartos y, como quien no quiere la cosa, después se olvidaba de llamarlos para que volvieran a bajar.

Sí, era una buena idea. Era una situación con la que casi cualquier otra madre podía sentirse identificada y al señor Clement le gustaría. Y, puesto que para conservar su empleo debía contentar a Clement…

El hielo del té se había disuelto mientras Clement le cantaba las cuarenta. Vertió el líquido claro y diluido por el desagüe y, luego, se sentó a la mesa de la cocina para estructurar mentalmente la columna nueva. Se oyó un buen golpe, seguido por un estruendo incluso más fuerte y un chillido furioso procedentes de la planta de arriba. Se abrió una puerta. Dos pares de piececitos bajaron a pisotones las escaleras, clamando justicia, buscando a una mediadora.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡¡Mamá!!

Margaret apoyó los codos en la mesa y se cubrió el rostro con las manos.

¿Podría empeorar más si cabe el día?

Capítulo 26
Decir la verdad

El día de Margaret sí que fue a peor.

Por la noche, alrededor de las nueve, unos minutos después de terminar de hablar con Walt, que volvería al día siguiente, el teléfono volvió a sonar.

Era Charlotte y estaba borracha.

El ruido de fondo de copas que tintineaban entre sí, música, carcajadas y la algazara de conversaciones entre las que se oía algún que otro grito generaba tanto estrépito que Margaret tuvo que repetirle la pregunta dos veces, prácticamente gritando contra el auricular.

—Te pregunto dónde estás.

—Ohhh —dijo Charlotte, alargando la palabra antes de echarse a reír—. Pensé que me preguntabas cómo, cómo estoy. No dónde —arrastraba las palabras, con la lengua pastosa, como si hubiera salido del dentista y todavía no le hubiera pasado del todo el efecto de la novocaína—. La respuesta a cómo estoy es: borracha hasta las trancas. Con una trompa que no veas. Pedo. Como una cuba.

—Ya, ya me he dado cuenta. Pero ¿dónde, dónde estás?

—Bueno, sí, ese es el problema. Por ahí, en la ciudad, pero no estoy segura. No encuentro ni el coche ni las llaves. Si supiera dónde están, me iría a casa, pero…

—No, no. No conduzcas, Charlotte. Quédate donde estás. Iré a recogerte. ¿Ves a algún camarero? Para a alguien y ponlo al teléfono.

Después de urgiría y de repetir las instrucciones un rato más, Charlotte le entregó el teléfono a un barman, que le facilitó una dirección en Georgetown y le prometió que cambiaría el Martini de Charlotte por un café bien cargado y que la mantendría vigilada hasta que llegase Margaret.

Le llevó más de una hora quitarse el pijama, ordenarle a Beth que cuidara de los hermanos, consultar el mapa para tener una idea de adónde se dirigía y buscar un sitio donde aparcar en el que hubiera un mínimo de iluminación y no quedara muy lejos del bar. Walt se volvería loco si se enterase de que se estaba paseando por Georgetown por la noche y a solas.

El bar estaba atestado, había mucho ruido y poca iluminación, y las paredes estaban revestidas de madera oscura. Un pianista tocaba en una esquina, pero nadie lo escuchaba. Del aire pendía el humo de los cigarrillos como una neblina de verano, y era tan densa que a Margaret le escocían los ojos. Parpadeó y los entrecerró en busca de Charlotte. Después de abrirse paso entre la multitud de borrachos que se aglomeraban en tres filas en la barra, un hombre simpático llamado Steve, el mismo barman con el que había hablado al teléfono, le indicó el camino.

Charlotte estaba sentada en una mesa en un rincón de la planta superior, mucho más tranquila, despatarrada en una silla y mirando sin ánimo la taza de café. Cuando Margaret se sentó a su lado, levantó la cabeza; parecía triste, pero no se sorprendía de verla. Claramente, empezaba a pasársele la borrachera.

—Lo siento —le dijo.

Margaret sacudió la cabeza rápidamente para restarle importancia a la disculpa.

—Me alegro de que no hayas intentado conducir hasta casa. ¿Todavía no recuerdas dónde has dejado el coche?

Charlotte cerró los ojos unos instantes, tratando de hacer

memoria.

—¿En el Willard, tal vez?

Sacó un cigarrillo de una cajetilla que descansaba en la mesa.

—¿El hotel Willard? ¿Cerca de la Casa Blanca? ¿Cómo has terminado aquí?

—No lo sé. Supongo que he cogido un taxi. Ahora mismo no me acuerdo.

—¿Qué hacías en ese lugar, para empezar? —Quiso saber Margaret—. Hablamos ayer y no me dijiste nada de que ibas a venir a Washington D. C.

Charlotte bajó la mirada, encendió un cigarrillo, dio una calada y exhaló el humo.

—Quedé con Lawrence.

Margaret se quedó boquiabierta.

—Charlotte, no, por favor, dime que no…

—No es lo que piensas. ¿Por quién me tomas, Maggie?

La intensidad de su mirada y la acusación que bullía en sus ojos paralizaron a Margaret; hicieron que se sintiera desleal, aunque también confundida.

—Lo siento. No tendría que haber… Pero ¿puedes hacerme el favor de explicarme lo que ha pasado?

—Va a haber una nueva exposición de su obra el año que viene y tuvo que venir a la ciudad para asistir a unas reuniones en la galería de arte —dijo Charlotte, con un tono de voz tan desanimado como su expresión—. Me llamó y me propuso ir a cenar. —¿A cenar? ¿Vosotros dos solos? ¿No se te ha ocurrido pensar que…?

—¡Claro que se me ha ocurrido! ¡No nací ayer, Margaret! Charlotte agarró la taza del café, bebió un sorbo e hizo una mueca antes de dar otra calada furiosa al cigarrillo. Esta vez, Margaret tenía la sensación de que la rabia iba dirigida a sus adentros.

—Me negué a ir a cenar, pero accedí a ir a almorzar. Luego, le sugerí que podría acompañarlo a la galería de arte después de comer para que me presentara al comisario de la exposición. Lleva siglos prometiéndome que me ayudará a entrar en el sector. Antes

de mudarnos, cuando vivíamos en Nueva York, me invitó a una fiesta en Greenwich Village que organizaba Clement Greenberg. Es un crítico muy importante y todos los peces gordos estaban presentes. Lawrence me dijo que quería presentarme a algunas personas, pero, luego, terminé en el hospital y…

Charlotte desvió la mirada y se detuvo para quitar una pelusa invisible de la manga.

—Bueno, ahí terminó la cosa. Hasta hoy. —Se recostó en el asiento y torció el cuello, inspeccionando la sala—. Dios, necesito beber algo. ¿Ves a alguna camarera?

Margaret le acercó la taza de café.

—Sigue bebiendo esto.

Charlotte puso mala cara.

—Está frío.

Margaret sacó tres cubos de hielo de un vaso de agua que tenía a mano y los metió en la taza de Chalotte uno a uno.

—Hala, café con hielo. La bebida de verano perfecta para visitar una ciudad construida sobre un pantano. Muy chic.

Charlotte torció los labios y esbozó una sonrisa sarcástica.

—Serás tonta.

Margaret asintió, dándole la razón.

—Bueno —la apremió entonces—, ibas a quedar con Lawrence para almorzar. ¿Qué más?

—Íbamos a reunirnos en el Occidental, dentro del hotel. Cuando llegué, el *maître* me dio un mensaje. Me dijo que Lawrence me pedía disculpas, pero que tenía que atender una llamada inesperada y de vital importancia de su agente, y que si quería que nos presentara al teléfono, que me reuniera con él arriba. Entonces, me entregó la llave de la habitación de Lawrence.

Charlotte desprendió la ceniza en el cenicero de plástico de color negro.

—Por supuesto, cuando crucé la puerta, no había ninguna llamada ni ningún agente. Solo había una cama, una cubitera con champán frío y Lawrence, que solo llevaba un albornoz puesto.

—Así que, en vez de llevarte a comer, te engañó para que fueras a su habitación de hotel con el pretexto de una llamada importante. ¿Y tú te lo creíste?

—En el fondo, no, pero quería creérmelo. Qué tonta. Tonta de remate —murmuró, cerrando los ojos—. Y la cosa no acaba ahí.

Por un instante, me planteé quedarme de verdad. Pensé: «Si le sigo el juego, si le doy lo que quiere, quizá me ayude». Pero al final… no pude.

Charlotte se enjugó una lágrima de la mejilla y abrió los ojos de nuevo, antes de inhalar hondo y recobrar la compostura.

—Mi matrimonio es una farsa, me consta. Howard solo se casó conmigo por dinero y me ha estado poniendo los cuernos una y otra vez desde el primer día. Aunque me he saltado muchos límites en mi vida, esa es una regla que nunca he infringido. No sé por qué —dijo, encogiéndose de hombros—. Por cabezota, supongo. Hacer lo que se espera de mí de una forma tan flagrante les daría a mis padres una satisfacción demasiado grande, confirmaría su creencia inamovible de que no tengo personalidad.

Margaret la había escuchado presa de una irritación que se cocinaba a fuego lento mientras le describía las circunstancias de su encuentro con Lawrence, pero, cuando empezó a hablarle de su marido infiel y de sus padres sin corazón, sintió que comenzaba a ablandarse.

—Subir a esa habitación de hotel fue un despropósito, un despropósito completo —le dijo—, pero me alegro de que te marcharas. E, independientemente de lo que haya hecho Howard, te admiro por ser fiel a tus principios y a tus promesas. Pero, Charlotte, hay algo que no entiendo. ¿Por qué no dejas a Howard y pides el divorcio? Si todo lo que has dicho sobre él es cierto, nunca habéis estado casados. No de verdad. Así que ¿por qué no te liberas de todo esto y pasas página? Así, quizá encontrarías a otra persona. Y aunque no fuera así, al menos controlarías tu propia vida.

Charlotte negó con la cabeza.

—Mis padres me lo han dejado muy claro. Da igual lo que haga

Howard. En caso de que nos divorciemos, me dejarían sin nada.

—Lo entiendo, pero… —Margaret se inclinó hacia delante—. Solo es dinero. Comparado con tu libertad y tu dignidad, ¿qué importancia puede…?

—¡Oh, no seas tan ingenua!

Charlotte comenzaba a recuperar el sentido y la mirada de sus ojos era tan mordaz como su lengua.

—De verdad, Margaret. El idealismo está muy bien en los libros o en las películas, pero aquí, en el mundo real, el dinero es importante. Aunque no fuera así, no es lo único con lo que me han amenazado. También se llevarían a los niños.

—¿Qué? —A pesar de todo lo que había oído decir acerca de los padres de Charlotte, no se podía creer que se pusieran del lado de un marido infiel y no del de su propia hija—. No se atreverían a hacer algo así. ¡No podrían!

Charlotte se recostó, cruzó un brazo sobre la cintura y apoyó el codo en el puño, sosteniendo el cigarrillo entre los dedos.

—Lo harían. Sin pensarlo.

—Bueno —dijo Margaret, parpadeando mientras ordenaba sus pensamientos—. Entonces, tendrías que luchar, contarle al juez las aventuras de Howard. No van a concederle la custodia así como así a un hombre que lleva años engañando a su esposa.

Charlotte enarcó las cejas.

—Pero ¿te parece que no tendrían problema en concedérsela a una madre que ha pasado una temporada en el frenopático? ¿Que va al psiquiatra dos veces por semana y toma meprobamato por prescripción médica? Oh, deja ya de ser tan ingenua —dijo, agitando el cigarrillo cuando Margaret hizo ademán de protestar—. ¿Sabes por qué es importante el dinero? Porque compra poder. Poder para influir en los resultados y destrozar a la gente, poder para doblegar el mundo a voluntad. ¿Y quiénes tienen el dinero, el poder, el control?

»Los hombres. Sí, de vez en cuando, alguna chica lista se las arregla para sobrevivir a sus parientes varones y quedarse con la herencia, pero ¿qué hay del resto de nosotras? —Negó con la cabeza

—. No tenemos otra opción que seguirles la corriente, usar nuestra belleza y nuestras artimañas para convencer a esos cabrones de que nos den algunas migajas. Mi madre tiene razón. Es un mundo de hombres. Y no hay nada que podamos hacer al respecto.

Charlotte se llevó el cigarrillo a los labios. Torció el cuello hacia la derecha, y en sus ojos relucía el rencor mientras contemplaba la sala.

—¿Dónde se ha metido la maldita camarera? Necesito tomar algo más.

El derrotismo del discurso de Charlotte, su sumisión a la resignación, al rencor y a la bebida, hizo que la irritación de Margaret pasase de cocinarse a fuego lento a hervir.

—Qué artista de mierda. Qué falsa.

Charlotte giró la cabeza hacia Margaret con brusquedad, como asimilando el impacto de una bofetada invisible.

—¿Qué has dicho?

Margaret se inclinó hacia ella.

—He dicho alto y claro que eres una falsa. Y una cobarde. Todo lo que has dicho sobre que las mujeres deben liberarse de los roles sociales, enfrentarse al mito de la mística, luchar por sus derechos y por la igualdad y exigir la libertad de escoger nuestro destino no era más que palabrería. Lo decías por decir, ¿verdad? Era tu nueva obsesión, algo con lo que entretenerte cuando te apeteciese, como con la pintura.

Charlotte apagó el cigarrillo, cogió la cajetilla de la mesa y sacó otro con manos temblorosas.

—Ten cuidado, Maggie. Si valoras nuestra amistad, no vayas por ahí. —Abrió el mechero. Como fue incapaz de encenderlo, lo lanzó contra la mesa—. ¿Quién demonios te crees que eres tú, para empezar, Margaret Ryan? Un ama de casa. ¡Una don-nadie de Ohio! ¿Qué sabrás tú de mis cuadros, del arte?

—Casi nada —dijo Margaret—, pero lo suficiente para saber que no te lo tomas en serio. Siempre te quejas de que el mundo del arte es un club de hombres, de que eres una pintora pésima y de que

nunca has creado nada original. Si es cierto, ¿por qué no haces nada para cambiarlo? ¿Por qué no te pones a aprender, vuelves a estudiar o haces lo que sea que hagan los artistas de verdad para desarrollar un estilo propio? Pero me parece que nunca harás algo así, y ¿sabes por qué? —Margaret se aferró al borde de la mesa—. Porque eres una cobarde. Porque en el fondo te da miedo no ser lo suficientemente buena…

—¡No soy lo suficientemente buena!

—Pero ¿cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabes si no lo intentas? Si te esforzaras la mitad de lo que te quejas en pintar, quizá mejorarías. Y, de no ser así, al menos sabrías la verdad. Al menos te honraría haber trabajado duro y haberte esforzado de corazón.

—Ay, venga ya —dijo Charlotte—. Hablas como una *scout*. No puedes cambiar la forma en la que funcionan las cosas, Margaret.

La aludida cambió de postura en el asiento.

—En el fondo, no es eso lo que crees. Si lo creyeras, no habrías empezado el club de lectura. Las Bettys no existirían.

—Acuérdate —contraargumentó Charlotte— de que yo no lo empecé. Tú llamaste a mi puerta con galletas y ojos serios y me dijiste que deberíamos fundar un club de lectura y leer *Un árbol crece en Brooklyn*, nada menos. Si por ti fuera, las Bettys se llamarían así en honor de Betty Smith. Me uní por dos motivos: porque estaba aburrida y porque me dabas pena.

El dardo de Charlotte dio en el blanco, pero de forma superficial. Margaret la conocía lo suficiente para saber qué clase de táctica era aquella: un intento de camuflar sus propias inseguridades destacando las inseguridades de los demás. Como Margaret no mordió el anzuelo, Charlotte suspiró.

—Vámonos, ¿sí? Ya no me apetece hablar del tema. Además, no importa.

—Sí que importa. Importa porque es lo que quieres, Charlotte. Lo quieres tanto que hasta subiste a esa habitación de hotel, consciente de lo que te esperaba. Y estuviste a punto de hacerlo —dijo, uniendo dos dedos—, a punto de comprometer tus principios y

entregarte a un hombre al que no amas, haciendo negocio con tu sexualidad en lugar de tu talento. ¿A cambio de qué? ¿De la posibilidad remota de que se digne a presentarte a alguien de peso? ¿Qué tiene eso que ver con conseguir lo que quieres de verdad, con convertirte en una buena artista? Nada. Lo sabes y Lawrence también lo sabe.

Margaret le suplicó:

—Párate a pensarlo un momento, Charlotte. ¿Cómo esperas que él o cualquier otra persona te tomen en serio si tú no te tomas a ti misma en serio?

—¡Ah, esa sí que es buena! Que tú me des una charla sobre tomarme a mí misma en serio. —Charlotte echó la cabeza hacia atrás y soltó una única carcajada mordaz—. ¿Tenías el discursito preparado, Maggie? ¿O te lo estás inventando sobre la marcha? Si es así, deberías dejar esa columna patética e intentar hacer carrera escribiendo ficción. De verdad, es la mejor historia que se te ha ocurrido nunca y que probablemente se te ocurrirá nunca, teniendo en cuenta el camino que estás tomando. Charlotte se rio de nuevo y no paró. Ese dardo lo clavó un poco más hondo. Margaret apretó la mandíbula y arrastró la silla hacia atrás.

—Es tarde. Deberíamos irnos.

Charlotte no se movió.

—Puestas a decirnos la verdad, yo no soy la única cobarde que hay aquí, ¿verdad, Margaret? Dices que quieres ser una escritora seria. Pero nunca escribes nada serio, ¿no? Solo tonterías. Chorradas para amas de casa. ¿Y por qué? Porque tienes miedo de probar otra cosa. Porque te puede demostrar, de una vez por todas, que solo sabes escribir tonterías.

—Eso no es justo —le contestó Margaret—. Sabes que he tratado de escribir otra clase de textos, de colar mensajes más profundos en mi columna, pero mi editor los rechaza todos. Eso no es culpa mía.

—«De colar mensajes más profundos» —se burló—. No es lo mismo que escribir algo profundo de verdad, ¿no crees? Pero, bueno, dejemos eso a un lado por el momento. Asumamos que sí

tienes la capacidad y el valor de escribir algo que valga la pena y que tu editor es lo que de verdad se interpone en tu camino. ¿En qué se diferencian tus obstáculos de los míos? ¿Porqué en mi caso lo único que hago es «quejarme y lloriquear» por no ser capaz de esquivarlos, pero, en el tuyo, simplemente «no es culpa tuya»?

—Yo no he dicho eso.

Charlotte la fulminó con la mirada.

—Sí, lo has dicho. Y ¿quién sabe? Quizá tengas razón. Pero, si tienes razón, las dos estamos en la misma situación. Así que, antes de ponerte a soltar palabras como «falsa» y «cobarde», te recomiendo que te mires al espejo. Mientras tanto…

Charlotte guardó los cigarrillos en el bolso y se puso en pie.

—¿Adónde vas?

—A tomar algo y a llamar a un taxi.

Charlotte se dirigió hacia las escaleras. Margaret se apresuró a levantarse y la siguió.

—Lo siento. Me he pasado de la raya y te pido disculpas. Volvamos a casa y olvidémoslo, ¿vale? Charlotte, detente. Ningún taxista te va a llevar hasta Concordia a estas horas.

Charlotte se giró para mirarla.

—Preferiría ir a pie desde aquí mismo a pasar otro minuto más contigo.

Capítulo 27
Escenas simultáneas

Agosto de 1963

Tres días después del incidente de Georgetown, Margaret cogió el teléfono y llamó al número de Charlotte con la intención de disculparse de nuevo con toda la humildad que fuera necesaria.

Había ido demasiado lejos, la había presionado demasiado. Por supuesto, Charlotte también, pero alguien tenía que dar el primer paso, ¿no? Ahora que ya habían tenido tiempo de serenarse, Margaret esperaba que el arrepentimiento fuera mutuo y que ella y Charlotte pudieran dejarlo todo atrás.

Pocos segundos después de que comenzara la llamada, Charlotte la interrumpió en mitad de la disculpa.

—Sí, vale, pero la verdad es que ahora mismo no tengo tiempo para hablar contigo, Margaret.

—Oh. Bueno, ¿qué vas a hacer mañana? ¿Qué te parece si quedamos para almorzar en la cafetería del local de Mayer? Invito yo.

—Gracias, pero no tengo tiempo. Es que estoy muy ocupada.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

—No, pero gracias.

—Vale, pues… supongo que te veré en el club de lectura.

—No sé yo. Depende de cómo vaya la cosa.

Y ya. Después de darle las gracias a Margaret por llamarla, le dijo que tenía prisa y colgó sin despedirse.

Pasaron dos semanas; Margaret no había vuelto a hablar con Charlotte. Viv y Bitsy tampoco sabían nada de ella. No daba señales de vida.

—No te preocupes tanto —le dijo Viv cuando la llamó Margaret—. Probablemente esté ocupada con algún proyecto, le habrá dado por empezar un cuadro o por empapelar el comedor. Ya la conoces.

Era cierto. A estas alturas, todas la conocían. Pero esta vez le parecía diferente. En situaciones normales, cuando Charlotte se dejaba llevar por el frenesí, se la veía alegre y llena de energía, casi atolondrada.

—¿Qué impresión te dio esta vez? —Quiso saber Viv.

—Tenía una actitud muy intensa. Ojalá pudiera cerciorarme de que se encuentra bien —dijo, mordiéndose el labio y pensando en la promesa que le había hecho a Denise.

—Estar, está bien —le aseguró Viv—. Justo ayer la vi salir con el coche por la entrada del pueblo cuando llegué. Me saludó y me sonrió; se la veía perfectamente normal.

Margaret asintió. Había modificado la ruta de su paseo por las tardes para pasar por la casa de Charlotte durante los últimos días y había visto que tenía las luces encendidas. También había visto el coche de Howard aparcado en la entrada un par de veces. Físicamente, se encontraba bien.

—Probablemente siga enfadada —le dijo Viv—, pero ya se le pasará. Tú dale algo de tiempo e intenta pensar en otra cosa.

No era tan fácil como parecía. Margaret no solo estaba preocupada por Charlotte, sino que también la echaba de menos. Esperaba de todo corazón que Charlotte apareciera en la reunión del club de lectura que se celebraría en la casa de Bitsy aquella noche. Por la tarde, sin embargo, tenía otro asunto que atender.

Margaret se sentó en una silla dura muy pequeña, muy baja, diseñada para estar incómoda, colocada justo enfrente de una placa negra y dorada que descansaba sobre la mesa y decía: «David K.

MacGruber, vicedirector».

El instituto de secundaria de Concordia se había inaugurado hacía menos de dos años, pero el aire ya estaba impregnado de los olores de la cera para suelos, de la grasa de la carne, de las tizas, de las gomas de borrar y del sudor. El instituto de secundaria en el que había estudiado ella de joven olía justo igual.

Cuando se abrió la puerta del despacho y David K. MacGruber entró en la sala, Margaret se preguntó si los vicedirectores de colegios públicos también eran todos iguales.

Con unos ojos diminutos, una pajarita a rayas, un traje gris barato y un corte de pelo al cero que hacía que su cabeza, ya de por sí cuadrada, pareciera incluso más grande, el señor MacGruber se parecía tanto a su vicedirector que Margaret se lo quedó mirando. El parecido resultaba inquietante. Con suerte, este sería un poco menos estricto.

MacGruber se sentó y juntó las manos sobre la mesa.

—Buenas tardes, esto… —Abrió una carpeta de manila y echó un vistazo al formulario que había en su interior—. Señora Ryan. Tengo entendido que le gustaría hablar conmigo.

—Sí, así es. Es por mi hija.

Volvió a echar un vistazo al documento.

—Elizabeth. Empezará aquí los estudios en septiembre, ¿correcto?

—Beth —lo corrigió Margaret—. Sí, ya se ha matriculado en las clases, así como en la banda.

MacGruber estiró los labios finos, dejando al descubierto una dentadura manchada de nicotina.

—¡Qué maravilla! ¡Cuánto me alegro! Será el primer año que tengamos una banda, pero tenemos las expectativas muy altas. Yo mismo me encargué de entrevistar y contratar al señor Hoover en persona. Será un gran profesor.

—Sí, seguro. He venido aquí por él. Me ha dicho que tenía que hablar con usted.

MacGruber se tiró de la pajarita.

—Entiendo. ¿Sobre qué?

—Cuando los niños vinieron a escoger el instrumento para empezar a practicar en verano, el señor Hoover dijo que Beth podía escoger entre la flauta, el flautín, el clarinete y el oboe.

—Así es. ¿Hay algún problema?

Margaret se inclinó hacia delante en el asiento porque le dolía la parte baja de la espalda y se alisó la falda sobre las rodillas.

—Sí. Beth no quiere tocar ninguno de esos instrumentos. Quiere tocar el trombón.

—¿Quiere tocar el trombón? —El señor MacGruber abrió mucho los ojos—. ¿Por qué?

—Vimos *Vivir de ilusión* en el cine y Beth se enamoró del trombón. —MacGruber la miró de forma inexpresiva y Margaret enarcó las cejas—. ¿Le suena la canción «76 trombones»? ¿*Vivir de la ilusión*? Robert Preston interpretó al director de la banda y Shirley Jones a Marian, la bibliotecaria.

—La señora MacGruber y yo no vamos al cine —dijo, con un tono de voz y una expresión facial que daban a entender que él y su esposa, además de no ir al cine, reprobaban a las personas que sí iban.

Al parecer, los vicedirectores sí eran todos iguales.

—Ah. Bueno, es una película excelente. Y por eso Beth quiere tocar el trombón.

—Eso me ha dicho, pero… ¿por qué? ¿Por qué querría una niña tocar el trombón?

Margaret ladeó la cabeza.

—Bueno, ¿por qué querría una niña tocar la flauta? ¿O el clarinete? Porque quiere. Porque le gusta el sonido o la música o Robert Preston. Qué sé yo. ¿Qué diferencia hay?

—Es que es muy poco frecuente. Nunca hemos tenido a una intérprete de trombón.

—Tampoco han tenido una banda. Supongo que hay una primera vez para todo.

El vicedirector juntó las manos con más fuerza, sacudió la cabeza

y se inclinó hacia delante. Se le escurrieron las gafas negras hasta el centro de la nariz.

—Señora Ryan, me preocupa el impacto social que podría tener esto para Beth. La conformidad es un factor importante a estas edades. ¿Acaso no quiere que su hija encaje con las demás niñas?

Margaret hizo una pausa, pensando en los roles de género, en los obstáculos y en las Bettys.

—Créame, señor MacGruber. Lo que menos me preocupa de mi hija es que encaje con las demás niñas.

Justo cuando Margaret salía del instituto de secundaria de Concordia, tras obtener con renuencia el visto bueno del señor MacGruber para que Beth tocase el trombón (solo después de tomarse la molestia de rebuscar entre el reglamento del distrito y demostrar que no había ninguna norma ni directriz que lo prohibiera), Viv asomaba la cabeza por la puerta del despacho de la doctora Fran.

—Venía a despedirme.

La doctora alzó la mirada de la pila de fichas que estaba estudiando y puso cara triste, parpadeando con esos ojos marrones como un *basset hound* abandonado.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerla de que se quede hasta que nazca el bebé? ¿Aumentarle el sueldo? ¿Darle un suministro de espátulas para la lengua de por vida? ¿Ampliar la pausa del almuerzo?

—Nunca he parado para almorzar. Usted tampoco. —Viv entró en la habitación—. No tendrá problema: la dejo en buenas manos, y a los pacientes también.

—Tiene razón —dijo Fran, poniéndose de pie—. Earlene ha sido todo un descubrimiento. Es una buena enfermera.

—La mejor —concordó Viv—. Inteligente, eficaz, entregada y simpática. Los pacientes le han cogido cariño al instante. Me alegro muchísimo de haber tenido la oportunidad de trabajar con usted,

doctora. No puedo expresar en palabras lo importante que ha sido para mí. Pero Earlene vive en pleno barrio y puede trabajar a tiempo completo. Hay que admitirlo: es la enfermera que esperaba encontrar al principio.

Viv ladeó la cabeza, como desafiando a la doctora a negarlo. Las dos sabían que no podía. Cuando Fran salió de detrás del escritorio, Viv levantó la mano.

—Me parece extraño —dijo entonces Fran— darnos la mano y despedirnos. ¿Qué le parece si nos acercamos un momento a la cafetería y nos comemos unos dónuts antes de que se marche?

—Usted no tiene tiempo: el señor Agosti está en la sala de reconocimiento número dos. La úlcera está haciendo de las suyas otra vez, y yo también me tengo que ir. Esta noche tengo reunión de club de lectura.

—Ah, sí. Las famosas Bettys. ¿Qué están leyendo este mes?

—*Una habitación propia*, de Virginia Woolf.

—¿Le ha gustado?

—Más de lo que me esperaba. Para empezar, es breve. Un punto a favor, claro está. —Se echó a reír—. Probablemente me habría sentido más identificada si fuera escritora, como Margaret, pero la idea de que una mujer necesita algo propio, una oportunidad para brillar un poco…

Viv asintió con la cabeza, pero no terminó la frase. Fran también asintió, insinuando que entendía lo que había dejado sin decir.

—Bueno, debería ir yendo.

Fran abrió los brazos y avanzó un paso para darle un abrazo en la medida de lo posible, teniendo en cuenta el vientre abultado de Viv.

—La voy a echar de menos, enfermera Buschetti.

—La voy a echar de menos, doctora Giordano. Voy a echar de menos… esto.

Sorbió por la nariz. Fran reculó un paso y bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Lo digo en serio. Si quiere quedarse unas pocas semanas más,

por mí no hay problema.

Viv negó con la cabeza.

—No puede permitirse pagar a dos enfermeras. Además, me hace ilusión empezar a prepararme para la llegada de este pequeñín —dijo, acariciándose el vientre con cariño—. Y pasar más tiempo con mis hijos. Vince tiene pensado alistarse en el Ejército nada más terminar el instituto, por lo que este será el último verano que pasemos juntos. No quiero perdérmelo.

Fran apoyó la mano en el hombro de Viv.

—Me parece que está tomando la decisión correcta, al menos por el momento. Es usted una enfermera maravillosa, Viv. Tengo la sensación de que volverá a trabajar algún día.

—Ya veremos. El domingo, en misa, el padre Valenti citó un versículo del libro de Eclesiastés durante la homilía, dijo: «Hay un momento para cada cosa, y hay un momento para cada menester bajo los cielos». —Se dio unas palmadas en el vientre—. Puede que parezca una tontería, pero no pude evitar pensar que el mensaje iba dirigido a mí.

La doctora Fran esbozó una sonrisa.

—Creo que tiene razón.

Y, justo cuando Viv sala de la clínica por última vez, Charlotte salía de Union Station, con un porfolio de cuero en el que llevaba dos pinturas y tres bocetos; venía de pasar el día en Filadelfia, su segundo viaje a esa ciudad en dos años.

Hacía dos años, cuando las galerías de arte de Nueva York ni mostraron interés ni la animaron, Charlotte decidió probar suerte en Filadelfia, con unos resultados ligeramente mejores. La mayoría de los directores de las galerías de arte rechazaban su obra sin apenas mirarla. Pero el señor Nikolai Fedorov (un hombre alto y anciano con un acento ruso, de muy pocas palabras, propietario de una pequeña galería de arte que ocupaba dos plantas de un edificio de ladrillo en un vecindario muy poco elegante) estudió a fondo su porfolio. Se lo

tomó muy con calma, lo hojeó una y otra vez, sin dejar de murmurar y de entrecerrar los ojos, bajando la cabeza para mirar todavía más de cerca.

Charlotte observaba su rostro prácticamente conteniendo la respiración, tratando de interpretar sus expresiones y de descifrar sus murmullos. No pudo. Pero que dedicara tanto tiempo a examinar su obra tenía que significar algo, ¿verdad? Si la odiara, ¿no habría cerrado el porfolio ya y le habría dicho que esto era una pérdida de tiempo tanto para ella como para él, como habían hecho muchos otros con anterioridad?

Al fin, alzó la mirada, entrecerrando los ojos de nuevo, en esta ocasión para mirar a Charlotte. Se le aceleró el pulso ante su mirada y ante la sensación de que la estaba evaluando. Cuando ya no lo pudo soportar más, Charlotte rebuscó en el bolso, cogió un cigarrillo y le hizo la pregunta de las preguntas:

—¿Y bien?

El señor Fedorov frunció el ceño y levantó el dedo índice, que meneó de atrás hacia delante. Charlotte volvió a meter el cigarrillo en la cajetilla, cerró el bolso y se enderezó en el asiento, a la espera.

—Me parece… —El anciano frunció los labios—. Me parece que aún no. Me parece que aún no está preparada.

A Charlotte se le ralentizó el corazón de pronto, pero solo por un momento. No esperaba oír un «Aún no», pero no era lo mismo que un no rotundo, ¿verdad? Y, puesto que por el momento solo le habían dicho que no…

—Pero ¿le parece que sí podría estar preparada? ¿Algún día?

—Algún día, tal vez. O puede que nunca. No se lo puedo asegurar. Pero me parece… —El señor Fedorov frunció el ceño incluso más, juntando las peludas cejas blancas, que parecían orugas—. Me parece que quizá no va en serio…

Charlotte lo interrumpió, lo contradijo. El anciano levantó la mano.

—Me parece que le da miedo ir en serio. Tal vez eso cambie. Pero ¿hoy? —Cerró el porfolio y apoyó la mano envejecida sobre el

cuero de color marrón—. No. Aún no.

Se puso en pie y se marchó.

Charlotte lo siguió, contra argumentando y suplicando. Solo lo empeoró. El señor Fedorov levantó un dedo de nuevo, como diciendo que no iba a seguir escuchándola, cruzó una puerta y la cerró tras de sí.

Charlotte derramó unas pocas lágrimas de la rabia, cogió un taxi a la estación de tren, se tragó tres Martinis y unas cuantas pastillas de meprobamato durante el trayecto a Nueva York, se despertó con un dolor de cabeza insoportable a la mañana siguiente y trató de no volver a pensar en ese día tan doloroso.

En general, había conseguido olvidarlo, pero, cuando Margaret la acusó de lo mismo, de no ir en serio, recordó al anciano con acento. El señor Fedorov era un completo desconocido, pero pareció llegar muy adentro de ella. ¿Y Margaret?

Bueno, Margaret era una plasta de primera, sobre todo cuando se ponía en plan chica *scout* tradicional y mojigata. ¿Cómo podía haberse hecho amiga de una persona que lo veía todo de color rosa? Pero sabía que era su amiga y que las amigas, a veces, nos entienden mejor que nosotras mismas.

Después de salir del bar en Georgetown la noche de la discusión, Charlotte encontró su coche y pasó la noche en el hotel Madison, no en el Occidental, por si acaso se cruzaba con Lawrence. Por la mañana, regresó a Concordia y se puso a trabajar, a trabajar en serio.

Howie estaba en la escuela de verano y los más pequeños seguían de campamento. Así que, día tras día, no hizo otra cosa que pintar.

De vez en cuando, la interrumpían. Margaret la llamó en una ocasión, tanteando la discusión que habían tenido, claramente con la esperanza de calmar las aguas. No hacía falta.

Si se cumplían las esperanzas de Charlotte, quizá acabaría dándole las gracias a Margaret por alborotar el avispero. Se lo explicaría luego, en la siguiente reunión de las Bettys. Ahora mismo

necesitaba mantenerse concentrada. Que Howard estuviese durmiendo en casa tres o cuatro noches por semana no ayudaba en nada. Charlotte no entendía ese cambio repentino; ¿quizá estaba en plena transición entre novia y novia? No se lo preguntó. No podía derrochar energía con numeritos y dramas.

Lo que hizo fue darle de cenar (por necesidad y con la ayuda de Margaret, había aprendido a preparar espaguetis y un pastel de carne que no estaba mal), le mezclaba un Manhattan por las noches y fingía que lo escuchaba cuando le hablaba. Cuando se le acercó por detrás y le desabrochó el vestido una noche, antes de quitarle el sujetador, le dejó.

Tumbada bocarriba en la habitación a oscuras, a la espera de que terminara, reflexionó acerca de la ira y la degradación, analizándose como si fuera una modelo, memorizando la pose, la expresión, el odio que había ido afilando como una navaja a base de pura humillación. Si podía soportar todo esto, también podía aprovecharse. Y, con aprovecharse, se refería a tener el control ella, no él.

Trabajaba todo el tiempo que podía y con toda la intensidad posible. Pero de forma consciente y constante, sin rozar el frenesí. Dejó el café por completo y limitó el consumo de alcohol. Rebajó la dosis de meprobamato un cuarto, después la mitad, poniéndose a prueba como nunca. Con la mente despejada, ahondó en pensamientos reprimidos y emociones sin adornos e hizo lo que estuvo en su mano para transformar sus hallazgos en algo original y elocuente, en arte.

Como no se quedó satisfecha con los primeros intentos, empezó otra vez. Y otra. Y otra. Hasta que al fin sí estuvo satisfecha, hasta que supo que había dado lo mejor de sí. ¿Sería suficiente?

Cuando entró en la galería de arte, el señor Fedorov se volvió hacia ella.

—Ah, ha vuelto —le dijo, como si Charlotte se hubiera ido hacía dos minutos en lugar de dos años. Al reparar en el porfolio que llevaba debajo del brazo, agitó los dedos para que se acercara—.

Venga. Echemos un vistazo.

Fue lo mismo que la otra ocasión, pero diferente a la vez.

Fedorov se tomó su tiempo, como la otra vez, murmurando, entrecerrando los ojos y asintiendo para sus adentros, pero esta vez incluyó a Charlotte en la conversación, resaltó las cosas que había hecho bien, así como los errores. Fue revelador, de una forma que no se esperaba. Cuando, al fin, Fedorov alzó los ojos de los cuadros para devolverle la mirada, colocándole las dos grandes manos en los hombros, Charlotte supo lo que le iba a decir.

—Ahora sí, ahora sí va en serio —le dijo, asintiendo despacio con esa cabeza de león que tenía, casi con deferencia—. Siéntase orgullosa. Ha trabajado mucho, con mucha honestidad, con mucha pasión.

—Pero no con mucho talento —dijo Charlotte.

Él esbozó una triste sonrisa. Lo dijo con voz tierna, casi paternal:

—No.

La confirmación caló hondo: breve, franca y tajante. Charlotte se sumió en una espiral de emociones: desilusión, frustración, pérdida, resignación y una extraña y sorprendente sensación de alivio, como una paciente que al fin recibe el diagnóstico de una enfermedad que llevaba tiempo viéndose venir.

Ahí estaba, al fin.

Al menos ahora lo sabía. Y al menos era capaz de separar esas emociones, de enfrentarse a ellas una a una, de sentirlas sin tener la impresión de que la destruían o sin ceder al impulso de huir de ellas o de sí misma. Era una habilidad nueva que había adquirido a lo largo de estas últimas semanas, mientras se dedicaba a la ardua labor de la introspección. No era fácil, pero podía aprenderse. Y, si seguía esforzándose, se le daría incluso mejor.

El talento era una cosa diferente. Podías pulirlo, pero no aprenderlo. O lo tenías o no lo tenías. Para ser buena, necesitabas mucho talento. Charlotte tenía un poco, pero no suficiente. Ahora lo sabía. Pero, en el fondo, ¿acaso no lo había sabido siempre?

Fedorov le agarró los hombros una vez más con manos fuertes.

—¡Venga conmigo! —le dijo—. Prepararé un té y le enseñaré la galería. Luego, hablaremos.

El té desprendía un aroma a clavo y al dulzor de la miel, y lo sirvió en una elegante taza de cristal. Cada taza contaba con un soporte de plata de ley, adornado con un águila de dos cabezas que sujetaba un cetro y un orbe con las garras. Charlotte sostenía la bebida en ambas manos mientras atravesaban la galería de arte, deteniéndose delante de cada uno de los cuadros. Nunca había oído hablar de ninguno de los tres artistas de la exposición, pero sus obras eran extraordinarias. Era incuestionable que Fedorov tenía buen gusto.

—Gracias —le dijo este, inclinando la cabeza unos instantes—. Al igual que usted, era un apasionado del arte, pero no tenía talento. Sin embargo —añadió, levantando un dedo—, veo el talento de los demás, a veces mejor que ellos mismos. Ese es mi don. Puesto que me gusta el arte, comparto ese don y ayudo a estos artistas.

Desvió la mirada hacia un cuadro, asintiendo lentamente, hablando más para sus adentros que con ella.

—Es una buena vida.

El dominio del idioma de Fedorov era imperfecto, pero no le costaba nada hacerse entender, al menos con Charlotte. Resultaba extraño percatarse de que tenía muchas cosas en común con un emigrado ruso entrado en años que probablemente era descendiente de la realeza y, por un motivo u otro, había terminado en Filadelfia, pero así era.

Hablaron durante más de una hora. De no ser por el tren, Charlotte se habría quedado más tiempo.

Seguía pensando en él durante el trayecto en coche hasta Concordia, rememorando la intensidad de su mirada, la nitidez de su visión, la certidumbre de que, a pesar de que poseía un talento modesto, había aportado algo significativo y necesario al mundo del arte. Había mucho sobre lo que reflexionar, pero no paraba de repetirse una frase en la cabeza:

«Es una buena vida».

¿Qué se sentiría al decir algo así y decirlo de verdad? ¿Tener un propósito y saber que habías vivido para cumplirlo? ¿Acaso era algo que se pudiera aprender? ¿Algo que ella, de entre todos, pudiera aprender?

Charlotte abrió el garaje y la alivió constatar que estaba vacío.

Le había dicho a Howard que esta noche se celebraría la reunión del club de lectura y lo había convencido de que sería ella la anfitriona, consciente de que tendría menos ganas de volver a casa si habían invitadas. Parecía que la treta había funcionado.

Al entrar en casa, lo llamó para cerciorarse de que no estaba, y agradeció el silencio y la oportunidad de quitarse los tacones de una patada. Se pondría una blusa de algodón, unos pantalones pitillo negros y unas bailarinas planas antes de ir a la casa de Bitsy, e incluso se daría un baño refrescante si le daba tiempo. Pero primero quería comprobar el correo.

Aunque no le había hecho mucha gracia lo de Oxford, empezaba a comprender la elección de Denise.

Durante estas últimas semanas, Charlotte había dedicado casi toda su energía mental a pulir su propia creatividad. Pero el espacio que le quedaba (pequeños huecos de más volumen de lo que pudiera parecer a simple vista, como un cubo lleno de guijarros en el que cabía la mitad de agua entre los recovecos y las grietas) lo reservaba para Denise y Virginia Woolf.

El insomnio la había animado a leer *Una habitación propia*. Era un libro compacto, quizá de cien páginas, pero, al igual que ese cubo de guijarros, contenía más de lo que parecía a simple vista. En unos discursos pronunciados en 1928, Woolf reflexionaba acerca de la escasa contribución literaria de las escritoras hasta ese momento de la historia, alegando que seguiría siendo así hasta que las autoras se adueñaran de las dos ventajas de las que sus colegas varones más talentosos llevaban mucho tiempo disfrutando: dinero e intimidad.

Charlotte sabía que Woolf tenía razón. También sabía que Denise poseía esa clase de talento con la que una solo podía soñar y que

estaba decidida, como su madre, a asegurarse de que tuviera la oportunidad de cultivarlo. Tal y como había dicho el señor Fedorov, apoyar el talento de los demás también era un don, una vocación que no debía ignorarse.

Howard era menos generoso con Denise que con los otros hijos, pero Charlotte se aseguraba de que no le faltase de nada.

Si Howard tomaba las riendas de la empresa después de que falleciera su padre, el asunto podría complicarse, pero, por ahora, el dinero no era un problema. Denise tenía para dar y tomar.

También necesitaba intimidad, esa «habitación propia», un espacio para ser ella misma y perfilar sus propios pensamientos, pensamientos más grandiosos, de esos que el común de los mortales no se podría ni imaginar. Aunque era joven, Denise era consciente de sus dones. Para cultivarlos, debía alejarse de las distracciones, salir del escenario y adentrarse en los bastidores, convertirse en intérprete del drama en lugar de participante o (si nacías con el apellido Gustafson) combatiente. Una cosa estaba clara: dado que la había criado Charlotte, con algún que otro cameo de Howard y los abuelos maquiavélicos, a Denise jamás le faltaría material sobre el que escribir.

Charlotte sonrió al pensar esto último y memorizó la frase para incluirla en la próxima carta a Denise. Ahora se enviaban correspondencia de forma constante. Por extraño que parezca, resultaba más sencillo comunicarse por carta. Eran conversaciones más abiertas y menos tensas que antes. Era duro que todo un océano la separase de su hija, pero era lo mejor. Denise necesitaba distancia e intimidad, al menos por ahora.

Pero también necesitaba otras cosas.

Charlotte era bien consciente de sus fallos como madre, de lo que había hecho y de lo que no había hecho, de las palabras que debería y no debería haber dicho. No podía cambiar el pasado, pero podía darle a su hija lo que le había negado: libertad, aceptación y apoyo. Si una mujer con talento tuviera todo esto y una habitación propia, ¿quién sabe lo que lograría?

Charlotte caminó hasta la puerta delantera descalza. En la alfombra oriental de color azul del vestíbulo descansaba una pila de sobres que el cartero había colado por la rendija del buzón. El más grande, lo suficiente para contener fotografías, era de cartón duro y traía sellos internacionales y una dirección de remitente de Oxford. Sonrió al recogerlo, feliz de que Denise estuviera haciendo un buen uso de la cámara.

Abrió el sobre con la uña y sacó una fotografía grande y lustrosa, esperándose una imagen del Vaticano, de la Torre Eiffel o de un canal veneciano.

Sin embargo, lo que vio fueron unos setos de fondo que le resultaban familiares, una mujer de la que se acordaba, con la cabeza hacia atrás y una expresión que podía ser de dolor o de éxtasis, el dobladillo subido, los muslos al descubierto, una bragueta desabrochada, una mano que la tocaba…

Y la imagen nítida del rostro lujurioso de su marido.

Capítulo 28
Un cascarón de hombre

Oír palabras no tiene por qué ser lo mismo que entenderlas o creerlas.

Bitsy, presa del desconcierto y de una extraña sensación de aturdimiento, le pidió a King que repitiera lo que acababa de decirle, pero lo que hizo este fue dejar el sombrero en la cama y acercarse a ella un paso.

—Lo siento, pequeña. Sé que no te lo esperabas.

No, no se lo esperaba, pero esa no era la cuestión. Bitsy reculó dos pasos para evitar sus brazos.

—Repítelo —exigió.

King se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros azules y agachó la cabeza.

—Te dejo, Bitsy. Lo siento, cielo, pero no… no tengo alternativa.

Bitsy parpadeó. Se sintió menos desconcertada, pero solo un poco. Lo decía en serio. No era una broma. King levantó la cabeza; por la expresión de su rostro, parecía que estaba a punto de llorar.

—Es culpa mía —le dijo—. No tiene nada que ver contigo. Sé que hemos tenido nuestros roces, pero tú lo has dado todo para que esto funcionase.

Sí, lo había dado todo. Bitsy se había entregado en cuerpo y alma, había puesto su mundo del revés para que este matrimonio

saliera adelante, se había mordido la lengua y había reprimido sus deseos, convencida de que, así, sus personalidades, como arena, se pulirían con el paso del tiempo hasta producir una perla, una obra de calidad, una familia y una vida de las que algún día estarían orgullosos.

Se equivocaba. Se había equivocado desde el primer día. King era un impostor, un cascarón del hombre que pensaba que era.

—Cuando volví a casa ese día —dijo, refiriéndose a cuando regresó después de desaparecer— y te dije que lo sentía mucho y te juré que no volvería a pasar, hablaba en serio. —King alzó una mano, como si estuviera prestando juramento—. Pero, cuando me preguntaste adonde había ido y qué había hecho, yo… —vaciló—. Bueno, no te dije toda la verdad.

»Sí es cierto que me fui para pensar, para tratar de decidir si lo nuestro tenía futuro. Pero terminé pensando todo esto en un bar. Había una camarera, Sally Ann, y ella…

Agachó la cabeza unos instantes y luego miró a Bitsy de soslayo, como si esperase que fuese a compadecerse de él. No se compadeció.

—Ya era tarde y yo estaba hecho polvo —prosiguió—. Cuando llegó el momento de cerrar el local, Sally Ann me preguntó si me apetecía ir a su casa para tomarme un café y despejar la mente. Bueno…, una cosa llevó a la otra y terminé quedándome en su casa. Cuando recuperé el sentido, decidí volver y perdonarte… —Bitsy abrió los ojos como platos ante estas últimas palabras, pero King no pareció darse cuenta—. Supuse que todo quedaría en el pasado. Que lo retomaríamos donde lo habíamos dejado y que nos olvidaríamos de todo el percance. Pero Sally Ann se ha puesto en contacto conmigo hoy mismo y parece que… Hizo una pausa, sorbió por la nariz y frunció los labios unos instantes.

—Parece que va a tener un bebé. Mi bebé.

Metió las manos más hondo en los bolsillos, hundió los hombros y agachó la cabeza; una pose de contrición que contradecía la sonrisilla que esbozaba en la esquina de la boca.

—Enhorabuena —le dijo Bitsy.

King levantó la cabeza con los ojos brillantes y esbozando una sonrisa fugaz, como si de verdad pensara que lo decía en serio. Entonces, reparó en la expresión de su semblante.

—No te culpo por cabrearte, Bits. Pero tú sabes que hace mucho tiempo que no estamos bien. Y… vamos a tener un bebé. —Se encogió de hombros—. Solo intento hacer lo correcto.

Bitsy abrió mucho los ojos. ¿Hacer lo correcto? ¿Lo decía en serio? Había tenido la oportunidad de hacer lo correcto hacía unos meses, pero la había dejado pasar olímpicamente y se había metido en la cama de una fulana. ¿Se oía siquiera?

King abrió el armario, sacó una maleta desgastada de color marrón del estante y empezó a llenarla de ropa. Al parecer, cuando dijo que se marchaba, se refería a que se marchaba ahora mismo.

—No tiene sentido seguir alargándolo —dijo, alzando la mirada, como si notara el ardor de los ojos de Bitsy—. Y Sally Ann me necesita. Lo ha pasado muy mal; tiene unos mareos terribles por la mañana.

—¿Ah, sí? Pobrecilla ella.

—Oh, no te pongas así, Bitsy. Tú vas a estar bien. Aún eres joven y eres guapísima —dijo, sonriendo, como si se esperase que fuese a darle las gracias por el cumplido—. Encontrarás a alguien en un abrir y cerrar de ojos. Aunque te lleve un tiempo, como la consulta va viento en popa, puedo permitirme ser generoso. Bueno, sin pasarse.

»Será más sencillo para todos si intentamos comportarnos como adultos.

»Por ahora puedes quedarte aquí, buscarte otra cosa antes de que vendamos la casa. No hay prisa. Y no tiene sentido despilfarrar el dinero en abogados para el divorcio, si lo podemos evitar, ¿no es cierto?

Sonó el timbre de la puerta. King, que estaba metiendo la ropa interior en la maleta, miró hacia el lugar de donde provenía el sonido, frunciendo el ceño y agarrando un par de prendas de la marca Fruit of the Loom con las manos.

—¿Quién llama a la puerta a estas horas de la noche?

—Las Bettys —dijo Bitsy—. Esta noche tenemos club de lectura.

—¿Club de lectura? Bueno, más te vale que vayas y les digas que hay que cancelarlo. Invéntate una excusa. Diles que te duele la cabeza.

King guardó los calzoncillos en la maleta y, luego, cogió media docena de pares de calcetines negros de la cómoda. Bitsy se quedó ahí de pie unos instantes, viéndolo recoger sus cosas. Volvió a sonar el timbre. King levantó la mirada, como si le sorprendiera que no se hubiera movido del sitio.

—¿Sabes qué? Que no. Voy a dejar entrar a mis amigas. Ahora esta es mi casa. —Hizo ademán de marcharse, pero, entonces, vaciló y se volvió hacia él—. Por cierto, eso de que me digas lo que tengo que hacer se ha terminado.

Capítulo 29
Día de celebración

Margaret metió unos cuantos palitos de pescado en el horno para los niños y, luego, abrió la puerta de la nevera y reparó en los alimentos que había dentro, tratando de decidir qué debería llevar al club de lectura.

No tenía muchas opciones, pero no le daba tiempo a ir al mercado. Tampoco estaba dispuesta a someterse a otro de los experimentos de Bitsy con la gastronomía vegetariana; todavía le daban arcadas cuando pensaba en las croquetas de coliflor y alubias. Al final, sacó un par de manzanas y un trozo de queso chédar un poco verdoso que le serviría perfectamente, después de quitarle las partes con moho, para preparar una bandeja de fruta y queso.

Estaba lavando manzanas cuando oyó el coche de Walt en la entrada. Los niños estaban entusiasmados por que volviese temprano a casa y casi lo tiraron al suelo cuando entró por la puerta.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Papá!

Bobby se colgó de la pierna de Walt como un jugador de fútbol americano con mío de los muñecos de placaje que usaban en los entrenamientos, suplicándole que saliera a jugar con él a lanzar la pelota para estrenar su nuevo guante de béisbol. Suzy se subió a sus brazos, le dio un beso y le dijo que había hecho unos *brownies*

en su homo de juguete. ¿Quería uno? Beth le tiró del brazo para llamar su atención y le dijo que Margaret le había «echado la bronca al señor MacGruber».

Walt apoyó a Suzy sobre la cadera y abrazó a Beth con el otro brazo.

—Oh, ¿de verdad? —dijo, guiñándole el ojo a Margaret.

—Has venido temprano —le dijo ella.

No es que no se alegrase de verlo, pero Walt nunca volvía temprano del trabajo, nunca. Temía que hubiese pasado algo malo. El señor Ackerman había aumentado incluso más la carga de trabajo desde que Walt regresó de Ohio, castigándolo por el pecado de pedir días libres. ¿Acaso había decidido darle el castigo definitivo? ¿Había despedido a Walt? O quizá Walt no se encontraba bien. Era cierto que se le veía algo colorado.

—No te estarás poniendo enfermo, ¿verdad?

—No. Ackerman no ha venido porque le ha dado un ataque de gota, así que me he escabullido un poco antes de la hora. —Se inclinó para besarla—. Llevo pensando en ti todo el día.

Los niños hablaban todos a la vez, gritando para atraer su atención. Walt los mandó callar.

—¿Sabéis que, hinchas? Tengo cuatro entradas para el partido de los Senators de esta noche. No os preocupéis por la cena; ya compraremos unos perritos calientes en el estadio. —Los niños empezaron a soltar chillidos de alegría y Walt dejó a Suzy en el suelo —. Id a prepararos, ¿vale? Tengo que hablar con mamá a solas. ¿Cariño?

Torció la cabeza, dando a entender que lo siguiera. Mientras subían las escaleras, la sensación de malestar le anegó el estómago. Tan solo se le ocurría un motivo por el que necesitase hablar con ella a solas.

Había perdido su empleo. ¿Cuánto dinero tenían ahorrado? ¿Lo suficiente para pagar la hipoteca? ¿Cuánto tardaría en encontrar otro trabajo? ¿Y si perdían la casa? ¿Qué pasaría entonces?

—¿Qué sucede? ¿Es por Ackerman? ¿Te ha…?

Él interrumpió su interrogatorio con un beso, y luego la cogió en brazos. Margaret soltó un grito de la sorpresa y se le escapó una risita cuando él la llevó en brazos hasta la cama.

—Ya te lo he dicho —le dijo él, sonriendo con ganas y estirándose al lado de ella—. Llevo pensando en ti todo el día.

Por suerte, Beth sacó los palitos de pescado del homo antes de que se quemaran. Cuando Margaret se hubo duchado y vestido de nuevo, ya no le daba tiempo a preparar la bandeja de queso. Bajó a paso ligero por la acera con un ejemplar de *Una habitación propia* debajo del brazo, sonriendo de oreja a oreja. Cuando llegó a la casa de Bitsy, Viv estaba en la escalera de la entrada.

—¿Charlotte no ha venido?

Viv negó con la cabeza y Margaret se sintió decepcionada. Ardía en deseos de que Charlotte viniera a la reunión para dejar atrás la discusión de una vez por todas.

—Tal vez llegue tarde —le dijo Viv—. O tal vez ya esté dentro. Aunque empiezo a preguntarme si habrá alguien en la casa. Ya he llamado dos veces, pero nada. ¿Seguro que la reunión es hoy?

Viv volvió a tocar el timbre. Al fin, Bitsy les abrió la puerta con cara sombría, pero no las invitó a pasar ni les dijo nada: simplemente se quedó ahí clavada, pálida, descolocada.

Antes de que pudieran preguntarle qué le pasaba, King llegó a pisotones hasta el vestíbulo con unas botas en los pies, un sombrero en la cabeza y una maleta en la mano. Se abrió paso entre las tres mujeres sin mediar palabra, lanzó la maleta al Jeep y se subió al vehículo.

—Se marcha —dijo Bitsy mientras se alejaba—. Para siempre. Nos vamos a divorciar.

Margaret y Viv se quedaron boquiabiertas a la vez.

—¿Cómo? Bits, ¡estás de broma!

—Ay, cariño. ¿Te encuentras bien? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Entró en casa, me dijo que me iba a dejar e hizo la maleta —

explicó, con una voz y un comportamiento tan ausentes y faltos de emoción que Margaret supuso que todavía seguía en estado de *shock*—. Hay otra mujer, una camarera de cócteles. ¿Recordáis que desapareció, mientras yo dormía en el establo para cuidar de Delilah?

Viv y Margaret asintieron con la cabeza. ¿Cómo iban a olvidarse?

—Al parecer, después de marcharse echando chispas fue a aliviar las penas y así fue como conoció a Sally Ann. Ahora está embarazada y King va a «hacer lo correcto», según él: divorciarse de mí y casarse con ella, de ser posible antes de que nazca el bebé.

—¡El bebé! —exclamó Viv—. ¿Qué hay de tu bebé? ¿No le has dicho que tú también estás embarazada? —Bitsy negó con la cabeza y Viv la miró indignada—. ¿Por qué no? ¡Tú estabas aquí primero!

—Porque ya no estoy embarazada —dijo con un hilo de voz, antes de encogerse de hombros—. ¿Quién sabe? Tal vez nunca lo he estado. Aparte de tener un retraso y de estar un poco cansada, en realidad nunca he tenido ningún otro síntoma. Sea como fuere, esta mañana me ha venido la regla.

Bitsy tenía la mirada fija en un punto a media distancia, con los ojos apagados y desenfocados, y se expresaba con un tono de voz pensativo.

—Qué extraño, ¿verdad?, que toda tu vida y la percepción que tienes de ti misma puedan cambiar en cuestión de horas. Ayer era una esposa que esperaba un hijo. Y hoy soy…

Se le quebró la voz. Margaret compartió una mirada cargada de preocupación con Viv.

Pobre Bitsy. No solo la había abandonado King, sino que también había perdido a un bebé. O tal vez la idea de un bebé. Sea como fuere, había sido un *shock* para ella, desde luego. Justo cuando Margaret estaba a punto de proponerle que se sentara, que se tomara un vaso de agua, Bitsy se sacudió el cuerpo y miró a sus dos amigas. Recuperó el color de las mejillas.

—Hoy soy… libre —dijo despacio, con un tono de voz en el que se entremezclaban la incredulidad y la sorpresa—. A partir de este

mismo instante, no soy ni esposa de nadie ni madre ni nada. Solo soy… ¡yo!

Bitsy esbozó una sonrisa enorme, encantada.

—¿A que es maravilloso?

Aunque las Bettys habían tenido sus altibajos juntas, nunca habían vivido algo tan intenso como esa montaña rusa que primero las zambulló en una crisis potencial y, luego, las arrojó a una jubilosa celebración de la emancipación. Bitsy soltó un grito de alegría y abrazó a sus amigas, antes de dirigirse a la sala de estar y abrir de par en par las puertas de la alacena bien surtida de bebidas que había pertenecido a King pero que, al parecer, ahora era propiedad de Bitsy.

—Bueno, ¿dónde habrá dejado el vodka? ¡Voy a preparar *stingers* para todo el mundo!

Ahí fue cuando empezó la fiesta.

Viv mezcló las bebidas. Margaret fue a la cocina, donde encontró pan, queso, mostaza y salsa de Worcestershire y preparó unas rebanadas de pan. Bitsy subió el volumen de la radio todo lo posible y se puso a bailar en la cocina, con movimientos de *twist* y giros al son de «Wipe Out». Cogió a Viv de las manos y apartó a Margaret de los fogones, insistiendo en que se uniera al baile. Aunque viviera hasta los cien años, Margaret jamás se olvidaría de la imagen de Viv, muy embarazada, moviendo el esqueleto por la cocina de Bitsy, subiendo y bajando los brazos, bailando como un mono.

Pasado un rato, sí se sentaron a hablar del libro. A todas les había gustado, pero por motivos muy diferentes y personales. Fue un debate animado.

No era de sorprender que Margaret se identificase con los argumentos que esgrimía Woolf acerca de todo lo que dificulta que las escritoras den su máximo potencial. El capítulo sobre Judith Shakespeare, una hermana imaginaria de William, caló hondo. Era incuestionable; si una escritora con el mismo talento y el mismo

ímpetu que William hubiera nacido mujer, habrían privado al mundo de una de las mejores voces literarias de todos los tiempos.

Viv estaba de acuerdo, pero quería hacer una puntualización a propósito del destino de la Judith imaginaria.

—Solo porque se quedó embarazada, ¿no podía escribir? ¿Nunca? No digo que fuese a ser fácil, pero no me trago que la única opción que tenía fuese suicidarse.

—No olvides —dijo Bitsy, levantando la mano para entrar en el debate— que a Judith la obligaron a casarse siendo aún muy joven. Eso ya fue duro de por sí. Pero ¿luego, cuando se enteró de que iba a ser madre…? Debió de ser sobrecogedor, sobre todo si pensaba que la maternidad supondría el fin de su faceta de escritora. Si os soy sincera —añadió—, darme cuenta de que al final no estaba embarazada no fue una gran decepción. Fue un gran alivio. Me gustaría mucho tener hijos y formar una familia algún día, cuando llegue el momento, pero ¿ahora mismo? —negando con la cabeza.

—Y no te digo yo que no —dijo Viv, inclinándose—. Una mujer debería tener la oportunidad de decidir su propio destino. Con la carrera profesional y la familia, siempre habrá que hacer algunas concesiones, pero eso no quiere decir que no haya elección, ¿verdad? Que sí, que con la maternidad Judith quizá no habría tenido tiempo para terminar todas las obras, pero, al menos, podría haber escrito sonetos, ¿no os parece? Algo es algo, ¿o no?

Viv cogió el zumo de arándanos y soltó una carcajada.

—Ay, por el amor de Dios. ¿Vosotras me oís? La que estoy montando por un personaje de ficción. Empiezo a estar tan loca como vosotras, que sois unas ratonas de biblioteca. ¡Ja!

Margaret y Viv volvieron a pie a casa juntas.

Aunque ya pasaban de las nueve, el sol de verano justo acababa de ponerse en el horizonte, salpicando el cielo crepuscular de sombras rosadas, anaranjadas, ocres y violetas. Los niños de Concordia seguían en la calle jugando a saltar la comba, montando

en bicicleta, jugando al pilla-pilla y patinando.

Cuando se encendieron las farolas, fue como si hubiera sonado la sirena de una fábrica que solo ellos podían oír, anunciando el final del turno. Dejaron de jugar de pronto. Los niños se giraron sobre los talones y se dirigieron a sus casas, corriendo a través de la mullida hierba de color verde o de las duras aceras de cemento y desapareciendo por las puertas. En cuestión de segundos, las calles se quedaron desiertas, sumidas en la tranquilidad.

Viv unió el brazo al de Margaret.

—Me lo he pasado bien —le dijo.

—Yo también. Pero me da pena pensar que Bitsy probablemente se mude a otro lugar.

Viv frunció el ceño.

—Ay, madre, no lo había pensado. Pero no va a ser inmediato, ¿no crees?

—No, probablemente no. Pero con el tiempo, se irá. Concordia no está pensada para solteras.

—Imagino que no. Oye, ¿y si le buscamos pareja? Es decir, alguien habrá por aquí cerca que esté en pleno proceso de divorcio. Podríamos reclutar a algún marido abandonado y entregárselo a Bitsy para que se quede.

Margaret le lanzó una mirada de soslayo.

—Mmm…, ¿no fuiste tú la que soltó un discursito acerca de dejar que la gente decida su propio destino?

—Vale —dijo—. Tienes razón. Supongo que es inevitable que haya cambios. Aunque Bitsy se marche, creo que siempre seremos amigas, ¿no te parece?

—Siempre.

Caminaron en silencio unos instantes; tan solo se oía el canto de los grillos y sus propios pasos.

—Ojalá hubiera venido Charlotte —comentó Margaret cuando se acercaron a la esquina—. Se lo habría pasado genial esta noche. Quizá deberíamos pasar por su casa para contarle lo de Bitsy y King y lo que vamos a leer el mes que viene.

Viv dejó de caminar y se volvió hacia ella.

—Tienes que dejarlo estar, Maggie. Charlotte volverá cuando le parezca o no volverá.

Walt y los niños seguían en el partido de béisbol cuando Margaret abrió la puerta de casa sin cerrar y entró en la cocina por un poco de agua. Mientras rellenaba despacio el vaso, sonó el teléfono.

Había muchas interferencias en la línea. Al cabo de unos instantes, una operadora le dijo que tenía una llamada internacional para la señora Margaret Ryan de parte de la señorita Denise Gustafson y le preguntó si podía conectarla. Margaret aguardó mientras la operadora hacía magia para que dos personas separadas por todo un océano pudieran comunicarse. Jamás había recibido una llamada internacional, pero sabía que eran caras. ¿Por qué gastaría Denise tanto dinero para hablar con ella, en especial a estas horas? Debían de ser las dos de la mañana donde estaba. ¿O las tres?

Al fin, conectaron la llamada. Aunque Margaret sabía que Denise prácticamente le hablaba a gritos, seguía oyéndola desde muy lejos.

—¿Señora Ryan? Soy Denise. ¿Me oye?

En la línea seguía habiendo interferencias. Margaret se apretó más el auricular contra la oreja.

—Sí. ¿Me oyes?

—Sí, un poco. ¿Ha visto a mi madre hoy? Llevo llamándola todo el día y toda la noche, pero no me contesta.

—No —dijo Margaret, alzando la voz, con la esperanza de que Denise la oyera—. Hoy no. Vi su coche aparcado en la entrada hace un par de días… —Se detuvo. Podía ser por las interferencias, pero parecía que Denise respiraba con dificultad o incluso que estaba llorando—. Denise, ¿te encuentras bien? ¿Ha ocurrido algo?

—No. Es decir, sí, me encuentro bien, pero ha pasado algo. Saqué unas fotos en mi fiesta y le mandé a mi madre una foto de Howard con una mujer. Estaban a solas en los setos y… Denise no

terminó la frase, pero no hacía falta. El tono de angustia de la joven y el recuerdo de la forma en la que Howard había coqueteado con las mujeres en la fiesta le permitieron rellenar las lagunas.

—¡Denise! ¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé. Es que… He pensado que, si al fin tenía pruebas irrefutables, quizá dejaría de mirar hacia otro lado y aunaría el valor para dejarlo de una vez por todas. Pero no tendría que haberlo hecho. Ha sido una estupidez. ¡Una estupidez! Ahora la línea siempre está ocupada y no contesta al teléfono y… ¡Oh, señora Ryan! ¿Qué he hecho?

Capítulo 30
Algo temerario

Margaret no esperó a que Denise le pidiera que fuera a ver cómo se encontraba Charlotte. Le dijo que la llamaría más tarde, colgó sin esperar una respuesta y salió corriendo por la puerta delantera y por la calle oscura y desierta. Cuando llegó a la esquina de la calle de Charlotte, le latían los pies y la cabeza. Se había desvanecido todo el entusiasmo del club de lectura; un puñetazo de pavor y otro de adrenalina lo habían expulsado de su cuerpo.

Atravesó corriendo el camino hasta la puerta delantera de Charlotte. Las luces estaban encendidas, pero las cortinas, cerradas. Margaret tocó el timbre tres veces seguidas, luego golpeó la puerta de madera oscura con el puño con todas sus fuerzas, tanto que le dolió la mano. Seguía sin recibir respuesta, sin oír ningún sonido o ningún indicio de que hubiera vida en el interior de la casa. Cogió el pomo. La puerta estaba abierta.

Cuando de adolescente abrió la nevera de su casa hacía tantos años y la encontró, a diferencia de lo normal, ordenada y llena de platos preparados por su madre, no entendió el significado. ¿Por qué una mujer decidida a quitarse la vida dedicaría las últimas horas a algo tan pequeño, tan trivial?

Ahora lo entendía.

Después de pasarse toda una vida limpiando lo que ensuciaban

los demás, la mayoría de las esposas y de las madres detestan dejar cabos sueltos que tengan que atar otras personas. Incluso en momentos de desesperación, no es fácil sobreponerse a ese odio a causar molestas a los demás, un odio profundo y asimilado por las malas.

Y por eso, después de cruzar la puerta abierta de Charlotte y encontrarse la casa, normalmente patas arriba, perfectamente ordenada (lienzos de pintura apilados con esmero en una esquina, pinceles que olían a aguarrás mineral colocados bocabajo en un tarro de cristal para que secasen en el alféizar, como un ramo de sauces recogidos en los campos, tubos de óleo al temple tapados con cuidado y alineados sobre la mesa, la alfombra descubierta, sin lona, y con marcas recientes de la aspiradora, cojines bien puestos en el sofá, el suelo de la cocina fregado), a Margaret la invadió una terrible sensación de pavor que no hizo sino incrementarse conforme recorría la casa inmóvil y vacía; reinaba el silencio, salvo por el zumbido monótono del teléfono del vestíbulo, que habían dejado descolgado.

Volvió a colocar el teléfono en su sitio.

—¿Charlotte? ¿Dónde estás? Denise ha intentado ponerse en contacto contigo. Se ha preocupado porque no le contestabas y me ha pedido que venga a ver cómo estás. ¿Charlotte?

Volvió al vestíbulo y se detuvo al fondo de las escaleras, paralizada por el miedo.

«Por favor, Charlotte, abre la puerta y sal. Por favor, Señor, ay, por favor. Otra vez no».

Cada célula de su ser se resistía a subir esas escaleras. Pero alguien tenía que subirlas. Tenía que ser ella. Se lo había prometido a Denise. Se agarró al pasamanos y se impulsó hacia arriba, jadeando ansiosa, con dificultad, hasta que llegó a lo alto, al dormitorio de Charlotte.

—¿Charlotte? Charlotte, ¿estás ahí?

Margaret abrió la puerta. La habitación estaba vacía. Pero había pruebas de la presencia y de las intenciones de Charlotte por

doquier.

Los cajones de la más alta de las dos cómodas estaban vacíos y abiertos, como bocas. Media docena de maletas, mezcladas con pilas de ropa sin doblar, yacían abiertas sobre la cama. En lo alto de uno de los montones, Margaret vio tres fotografías grandes en blanco y negro de Howard y una mujer que recordaba haber visto en la fiesta. Eran tan explícitas como había dicho Denise, tan escabrosas que torció la cabeza con disgusto, aunque también con compasión.

«Pobre Charlotte».

Debió de ser horrible abrir un sobre que le enviaba su hija y encontrarse esas fotos humillantes. Por suerte, verlas solo había impulsado a Charlotte a marcharse, no a quitarse la vida. Margaret suspiró, sintiéndose agotada de pronto y embargada por esa sensación de alivio propia de cuando escapas de una desgracia por los pelos y esquivas peligros. Atravesó la habitación y se hundió en una silla.

—¡Ay! Por el amor de D…

Margaret pegó un chillido del susto instantes después de Charlotte y con la misma potencia de voz. Al levantarse de la silla de un salto y volverse hacia el sonido, vio a Charlotte envuelta en una toalla, con el pelo mojado y sin maquillaje, de pie en la puerta del baño con la mano en el pecho.

—¡Dios santo, Margaret! ¡Me has dado un susto de muerte! Pensaba que eras un ladrón. ¡O Howard! Lo cual, ahora que lo pienso, habría sido peor. ¿Por qué te has metido en mi casa de esta manera? Casi me da un ataque al corazón. ¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

—Llamé a la puerta. Y toqué el timbre. Y me paseé por la casa gritando a pleno pulmón. ¿Es que no me oías?

—Con el sonido de la ducha, no. Espera un segundo. Charlotte fue hacia el armario y salió unos instantes después luciendo una bata de seda reluciente, del mismo color de un melocotón bañado en la luz del sol, y con el pelo mojado envuelto en la toalla a modo de turbante.

—¿Qué haces aquí, para empezar? ¿Ha ocurrido algo? ¿Ha habido alguna emergencia en el club de lectura?

—Una emergencia, no, aunque sí ha pasado algo en la reunión de las Bettys, pero ya te pondré al día más tarde. Me ha llamado Denise y me ha pedido que venga a ver cómo estás. Parece que se está replanteando si lo de enviarte las imágenes fue sensato por su parte —dijo Margaret, desviando la mirada hacia la pila de fotografías—. No ha parado de llamar. Como no contestabas, empezó a temer que hubieras hecho algo…, bueno, algo temerario.

—Como ves —respondió Charlotte, esbozando una sonrisa sarcástica con la que se le iluminaron los ojos y señalando con un gesto de la mano la cama llena de ropa—, sí que he hecho algo temerario. O, más bien, estaba en pleno proceso de hacerlo. Me va a llevar tiempo meterlo todo en las maletas.

Margaret asintió y su ánimo empezó a decaer conforme el alivio daba paso a la tristeza.

Charlotte estaba a salvo, se recordó, que era lo importante. Sin embargo, saber que tanto Bitsy como ella se marcharían de Concordia no era un plato de buen gusto. Viv había dicho que seguirían siendo amigas pasase lo que pasase, pero ¿sería eso cierto? Cuando Bitsy y Charlotte se marcharan, ¿qué sería de las Bettys?

—¿Ya has decidido cuándo te vas?

Charlotte enarcó las cejas, más finas sin el lápiz de cejas, en un gesto de sorpresa.

—Oh, no me voy a ir a ningún lado. —Cogió los cigarrillos y el mechero—. Sin embargo, en un último acto de devoción doméstica, he tenido la amabilidad de hacerle las maletas a Howard.

—¿Howard ha decidido marcharse de casa?

Charlotte encendió el cigarrillo, negando con la cabeza.

—Lo he decidido yo por él. Como te habrás dado cuenta, estoy haciendo limpieza en la casa. —Dio una calada breve pero claramente satisfactoria—. Lo primero que va a desaparecer es Howard.

Charlotte colocó el cigarrillo en el cenicero y empezó a meter montones de prendas de ropa sin doblar de Howard en la maleta que más a mano tenía, aplastándolas para que entraran y arrugándolas a más no poder. Cuando llenó la primera maleta, bajó de un golpe la tapa, apoyándose con fuerza para que no se abriera, y cerró los candados con un gesto grandilocuente.

—Y esto es solo el comienzo. De ahora en adelante, verás una versión completamente nueva de Charlotte, una Charlotte que tiene las cosas claras, una Charlotte que al fin ha comenzado a vivir su propia vida. No sé exactamente qué entrañará eso por el momento…

Hizo una pausa para dar otra calada antes de ponerse con la siguiente maleta y lanzar camisas, pantalones, chaquetas y calzoncillos a su interior.

—Pero otro que va a desaparecer es el doctor Ernest Barry. Mañana, nada más levantarme, pienso llamarlo para informarlo de que ya no necesito sus servicios. Ya me ha reducido la cabeza bastante, gracias.

—Sí, pero…, Charlotte… —Margaret se mordió el labio—. ¿Estás segura de que es buena idea?

Charlotte se enderezó y puso los brazos en jarras, fulminando a Margaret con la mirada.

—No es una fase maníaca, si es lo que estás pensando. —Con el ceño fruncido, agarró unas cuantas camisetas interiores más y las arrojó a la pila—. No sé muy bien lo que es, pero, créeme, no es eso. Conozco la diferencia. Mira —añadió, suavizando un poco la expresión—. Entiendo que quizá siga necesitando ayuda, pero no la de ese hombre. La de ningún hombre, tal vez. —Hizo una breve pausa, entrecerrando los ojos—. Se me ha ocurrido una idea. Quizá debería buscar a una psicóloga mujer. ¿Existen siquiera? La verdad es que no pido mucho. Me sirve cualquiera que no sea de la escuela de Freud ni una imbécil y que me deje fumar en las sesiones.

Cerró los cerrojos de la segunda maleta.

—Oye, ¿me echas una mano? Cómo pesan.

Margaret la ayudó a bajar las maletas de la cama y, entonces, se

volvió hacia Charlotte.

—¿Sabes lo que pienso? Pienso que estás feliz. Maníaca no, feliz, punto.

Era lo que parecía. Margaret había presenciado más de una de las fases de frenesí de Charlotte, y esta última tenía razón: en esta ocasión no era lo mismo. A pesar de las dudas que había tenido al principio, ahora lo que veía Margaret era una mujer en pleno control de sí misma y de sus circunstancias, que estaba decidida a coger las riendas y tomar decisiones, decisiones que le convenían.

—¿Eso crees? —La sonrisa le llegó a los ojos—. Bueno, si es verdad, entonces tú eres parte del motivo. Eres una buena amiga, Maggie.

Margaret enarcó una ceja.

—Y yo que pensaba que era una ingenua que lo veía todo de color rosa. Y un grano en el culo.

—Oh, vaya si lo eres —le contestó—. Pero también eres una amiga buena, a veces irritante por lo honesta que eres, y mucho más valiente de lo que piensas. Eres esa clase de amiga que no duda en decir verdades complicadas que la gente necesita oír, aunque no quiera.

Cuando a Margaret empezaron a anegársele los ojos en lágrimas, Charlotte agitó una mano.

—Ay, no. No, no, no. No vayas por ahí. Porque, si te pones a llorar, yo acabaré igual y no tenemos tiempo. Venga, ayúdame a terminar esta mierda. Podemos desahuciar a Howard y ponernos al día a la vez. Tengo tantas cosas que contarte…

—Y yo —dijo Margaret—. Ni te imaginas lo que ha pasado entre Bitsy y King. Algo increíble, pero me parece que es lo mejor. —Cogió un par de zapatos Oxford y los lanzó al interior de la siguiente maleta—. Pero, primero, contéstame a una pregunta. ¿Qué es lo que ha cambiado? Siempre has sabido que Howard te engañaba, así que ¿qué hay de diferente ahora? ¿Ha sido por las imágenes?

—Sí y no.

Charlotte cogió una de las fotografías de la cama, agarrándola

cuidadosamente por los bordes con dos dedos, como si tuviera miedo de mancharla.

—Hubo otras muchas cosas que me llevaron a tomar la decisión, que hicieron que me diese cuenta de que no podía seguir así. Sin embargo —dijo, con un tono pensativo—, una fotografía lustrosa de 20 x 25 cm de tu marido con la bragueta abierta y la mano en la falda de una mujer te llama la atención sí o sí.

Dejó la foto en la mesilla de noche y, luego, cogió el cigarrillo con una mano y una de las camisas blancas de vestir de Howard con la otra. Acercó la camisa a la cara, con los ojos entrecerrados.

—Bueno, pero tú mira: me parece que en este cuello hay una mancha de pintalabios. Y de una tonalidad malva muy poco atractiva que yo no me pondría ni muerta —dijo, y chasqueó la lengua—. Qué pena. Bueno, a ver si la puedo quitar.

Agarró con fuerza el cigarrillo con los dedos, sosteniéndolo como si fuera un estilete, y aplastó la punta encendida contra el collar de la camisa durante un buen rato, arrugando la tela y formando un agujero chamuscado.

Margaret se quedó boquiabierta y se echó a reír.

—¡Charlotte! ¡Esa camisa es de las buenas! ¡Ha debido de costar diez dólares!

—No seas ridícula, que es una camisa de Saks. Habrá costado veinte. Probablemente más.

—¡Charlotte! ¡Eres terrible!

—Lo soy —dijo con ojos relucientes, al tiempo que tiraba a un lado la camisa quemada—. Gracias a Denise, pienso seguir siendo terrible. Esas fotos son más que fotos. Son mi billete a la libertad.

El pequeño teléfono de dormitorio de color azul comenzó a sonar en la mesilla de noche. Margaret abrió mucho los ojos.

—¡Denise! Le prometí que la llamaría para decirle que estás bien. Debe de estar muerta de la preocupación.

—Ya se lo digo yo. —Charlotte agarró el teléfono y se sentó en el borde de la cama, a la espera de que conectaran la llamada, y esbozó una sonrisa cuando al fin oyó la voz de su hija—. Hola,

cariño. ¿Qué tal por Oxford? No, no, lo sé. Me lo ha dicho Margaret. Lo siento mucho. No quería que te preocuparas. Debí de descolgar el teléfono mientras sacaba el polvo.

Charlotte exhaló el humo del cigarrillo y sonrió de oreja a oreja al oír la respuesta de Denise.

—Sí, he sacado el polvo. Sí, yo. ¡Que no, que no te miento! Pregúntale a Margaret si no me crees.

Charlotte se echó a reír. Margaret reculó un paso y después otro, acercándose hacia la puerta. Charlotte y Denise necesitaban hablar y Margaret necesitaba ir a casa. Tenía cosas que hacer, incluida una tarea que llevaba mucho tiempo retrasando y que de pronto le pareció muy urgente.

Antes de escabullirse por la puerta, oyó un último retazo de la conversación.

—Oh, cariño. Cariño, no llores, por favor. Estoy bien, Denise, de verdad que sí. De a hora en adelante, todo irá bien.

Capítulo 31
Ser valiente

Walt estaba aparcando en la entrada cuando Margaret volvió de la casa de Charlotte.

Suzy se había quedado dormida en el trayecto a casa desde el estadio de béisbol y no había manera de despertarla, de modo que Walt la llevó en brazos a la casa y la metió en la cama. Beth y Bobby seguían bien despiertos e insistían en contarle a Margaret todos los detalles del partido. Los Senators habían remontado en el último momento, anotando dos carreras en la última entrada, pero lo mejor ocurrió en la cuarta, cuando Beth atrapó una bola *foul* con las manos.

—¡Bobby se puso loco de los celos! —dijo Beth, sonriéndole con suficiencia a su hermano pequeño—. Lo torturé un buen rato. Pero, luego, se puso a llorar, así que lo dejé en paz.

—¡Yo no me puse a llorar! Se me metió algo en el ojo. —Bobby levantó la bola para que la viera Margaret—. ¡Mira! ¡La han firmado tres de los jugadores! Papá me dijo que me va a dar una funda para guardarla.

—Maravilloso —dijo Margaret, revolviéndole el cabello—. Me alegro de que os lo hayáis pasado bien. Ahora idos a la cama y que no se os olvide cepillaros los dientes. Bobby, dame esa camisa, que tengo que quitar las manchas de mostaza antes de que se sequen.

Para cuando Margaret hubo terminado con la colada y se hubo cerciorado de que los niños estaban en la cama, era muy tarde para escribir, pero se levantó antes del amanecer, sin sentirse nada adormilada. Le bullía el cerebro con ideas de lo que quería decir y cómo lo diría cuando se sentó a la mesa de la cocina y colocó una nueva hoja de papel en el rodillo de Sylvia.

Si Charlotte podía ser valiente, ella también.

Las mujeres de los años 60 viven en la época de los anuncios, una era en la que existe un único objetivo: vender productos a damas como tú y como yo. ¿Y cómo cumplen su objetivo todos esos genios del marketing *de Madison Avenue?*

Muy sencillo. Nos convencen de que los productos que nos ofrecen «te cambiarán la vida». Como lectora de esta revista, sabrás a lo que me refiero.

Apretujados entre el atractivo de entretenidos artículos y columnas, hallamos una infinidad de páginas de ingeniosos anuncios de electrodomésticos para ahorrar tiempo, de cigarrillos con sabores suaves, de fajas cómodas, de perfumes que nos harán irresistibles, de cremas faciales para borrar arrugas, de depiladoras para eliminar vello indeseado, de champús para que el cabello que queremos tener esté reluciente y sea más manejable.

Algunas de sus afirmaciones parecen plausibles, otras disparatadas. No existen las fajas cómodas. Lo sabemos bien. Pero, aun así, seguimos comprándolas, como muchas otras cosas, porque lo que compramos de verdad es la promesa subliminal de que estos productos de verdad nos cambiarán la vida para mejor.

¿Por qué nos dejamos convencer por lo que evidentemente no es más que ficción? También es muy

sencillo. Porque muchas de nosotras ansiamos… algo. No tenemos claro el qué. Pero algo.

Algo diferente. Algo mejor. Algo que nos cambie la vida. O que quizás haga que nos sintamos vivas.

Esto no lo admitimos en público porque sabemos que deberíamos ser felices. A fin de cuentas, todo el mundo parece feliz. Si abres una revista o enciendes el televisor, te bombardean imágenes de mujeres perfectas, perfectamente satisfechas.

Lo cual quiere decir que el problema debemos de tenerlo nosotras, ¿no? Tal vez seamos débiles, neuróticas, egoístas o ingratas. O simplemente nos falte… algo.

De modo que compramos el producto, con la esperanza de que llene el vacío o alivie el dolor. Pero eso nunca pasa.

Lo sé porque me he dejado engañar por los anuncios que venden humo como cualquier otra. He comprado de todo con el paso de los años: cremas faciales, jabones, tostadoras, perfumes, puré de patatas precocinado, gelatina sin calorías y, sí, fajas. Nada de eso me ha cambiado la vida.

Luego me compré un libro.

La mística de la feminidad*, de Betty Friedan, ha cambiado mi vida.*

¿Has oído hablar de este libro? Si es así, no habrá sido en esta revista.

Los editores de A Woman's Place *preferirían que no leyeses libros como este ni nada que te haga pensar. De otro modo, tal vez empezarías a preguntarte cuál es y dónde está el lugar de una mujer exactamente. O cuál debería ser y dónde debería estar. Y eso podría ponerles más difícil venderte jabones, depiladoras y fajas.*

Tal vez has oído que el libro de la señora Friedan es peligroso, que ella misma es una histérica intratable empeñada en destruir familias, debilitar a los hombres y fomentar la insatisfacción femenina.

No te lo creas.

Después de leer el libro personalmente, me complace anunciar que mi familia no ha terminado destruida. Mis niños siguen sanos y salvos y mi matrimonio, firme como una roca. De hecho, mi marido y yo somos más felices que nunca. Parte del mérito es de él. Es un buen hombre, de esos que tienen no solo la capacidad de reconocer sus errores, sino también de tomar medidas para corregirlos: un rara avis*, desde luego.*

Pero buena parte del mérito también debe atribuirse al viaje que emprendí al leer el libro de la señora Friedan, un viaje que me está conduciendo a una vida más satisfactoria, una vida que explota al máximo mis experiencias únicas, mi educación y mi personalidad. ¿Y no es eso lo mejor para todos, para las esposas, para los maridos, para los niños? ¿Cómo va a ser feliz una casa si el ama de casa no lo es?

No insinúo que todas las amas de casa estén insatisfechas. Muchas mujeres inteligentes y enérgicas hallan alegría y un propósito sagrado en cuidar de la familia y del hogar. Es una tarea importante y las mujeres que eligen dedicarse a ella se merecen nuestra admiración y nuestro respeto. Pero, tal y como descubrí al leer el libro de la señora Friedan, hay un sinnúmero de maneras de ser mujer, todas ellas buenas y correctas, y solo dos incorrectas.

La primera es insistir en que tu manera es «la manera de las maneras», la única. La segunda es creerte esa tontería y pasarte la vida cojeando por un

camino sin rumbo con unos zapatos que jamás te servirán.

Otra lección que he aprendido estos últimos meses es que solo por ansiar algo más, aunque no fuese capaz de describir el qué, no estaba loca, no era egoísta ni mucho menos estaba sola.

Cuando las mujeres que forman parte de mi club de lectura de Betty Friedan, más conocidas como las Bettys, se reunieron por primera vez, algunas de nosotras no nos conocíamos. Ahora somos amigas inseparables, hermanas que viajan por caminos paralelos con destinos diferentes. Algunas encontramos nuevas carreras y otras, el camino de regreso a casa. Todas y cada una de nosotras hemos animado y puesto a prueba a las demás, hemos ahondado en los manantiales de valor y fuerza que ni siquiera sabíamos que poseíamos.

Las aventuras de las Bettys no han terminado. Quizá jamás terminen. El viaje de una mujer puede tener muchos destinos, su vida puede constar de muchas temporadas. Solo el tiempo dirá adónde nos llevarán nuestros caminos, si se bifurcarán o si se cruzarán de nuevo. Pero, vayamos donde vayamos, nuestros corazones no se separarán, conectados como están por un vínculo invisible pero irrompible.

Ahora que lo pienso, el verdadero cambio ha sido ese.

Así pues, he de rectificar lo que afirmé antes. El libro de Betty Friedan no cambió mi vida, pero sí me lanzó a la búsqueda de una vida mejor, una vida en la que encajo de verdad, y me ha unido a mis compañeras de viaje. Por todo esto estaré eternamente agradecida.

Y eternamente cambiada.

Mientras Margaret tecleaba la última frase, Walt entró en la cocina, bostezando.

—¿Hay café?

Levantó una mano, dando a entender que necesitaba concentrarse y pidiendo silencio. Walt se acercó a la cafetera eléctrica, se sirvió un café y se aproximó a Margaret, mirándola con una expresión de curiosidad. Después de leer el texto una vez más, sacó el papel del rodillo de Sylvia, lo añadió a los que ya había revisado y le entregó la pila a Walt.

Dejó la taza de café para ponerse a leer. Margaret aguardó, cerrando y abriendo los puños, hasta que él pasó a la última hoja.

—¿Y bien?

Walt levantó la mano.

—Un momento. Déjame terminar.

Se abrazó a sí misma, apretándose la cadera con los brazos y tratando de ser paciente. Al fin, él bajó los ojos hasta el final de la página.

—¿Y bien? —le volvió a preguntar—. ¿Qué te parece?

Sorbió por la nariz y volvió a la primera página.

—No está mal. La parte sobre tu marido es un poco exagerada, pero, por lo demás…

Margaret le dio una patadita en el zapato a modo de reprimenda.

—No te andes con bromas. ¿Qué te parece?

Bajó los papeles y la miró a los ojos.

—Creo que es excelente, Maggie. Puede que sea lo mejor que has escrito jamás.

Margaret ladeó la cabeza y soltó una risita divertida.

—¿Cómo vas a saber eso tú?

La sonrisa de Walt se ensanchó poco a poco.

—Porque, Margaret Ruth Ryan, he leído todas y cada una de tus columnas. Incluso las primeras, cuando todavía me comportaba como un imbécil y tenía envidia de tu trabajo. Cada dos jueves, paro

en la tienda de Mayer de camino al trabajo y compro tres ejemplares del nuevo número. Me quedo con uno para mí y les doy los otros a las mujeres de la oficina.

—¿Solo a las mujeres?

—Bueno, sí. —Se encogió de hombros—. Dudo que la mayoría de los chicos sepan leer. Pero para la secretaria eres toda una celebridad. Ha habido peleas por ver quién es la primera en hacerse con un ejemplar.

—Vale, ahora estás mintiendo.

—Exagerando, más bien —dijo, juntando dos dedos—, un poquito. Pero a las chicas les gustan tus columnas de verdad.

—Como a mí. Pero ¿esto? —Levantó las páginas mecanografiadas —. Esto es una maravilla. ¿Y sabes por qué? Porque es algo honesto y real, algo en lo que tú crees de verdad.

Margaret le dio las gracias en un murmullo. Sabía que era cierto. Oírselo decir en voz alta hizo que se sintiera bien, pero también complicó aún más el dilema.

—Entonces, ¿crees que debería enviarlo? Porque si lo envío… — dejó la frase sin terminar. Walt la había oído quejarse de Leonard Clement durante meses, así que se conocía todas sus amenazas—. Esto es bueno de verdad —dijo, alzando la mano hacia la boca y mordiéndose la punta de la uña del pulgar—. Es decir, entiendo por qué censuró los otros textos. Yo no tenía una intención clara; más bien tanteaba lo que quería decir sin llegar a decirlo de verdad. Pero esto de aquí… esto es diferente. Tendría que eliminar la referencia mordaz a *A Woman's Place*, por supuesto, y rebajar las burlas a las revistas de mujeres en general. Nunca aceptaría algo así.

»Pero tal vez pueda encontrar la manera de que funcione —dijo, y una nota de esperanza se filtró en su voz—. Lo que importa es que las ideas sean claras y profundas. El texto podría conmover a mucha gente, estoy convencida. El señor Clement también tiene que saberlo. Es imposible que no lo sepa, ¿no te parece?

Margaret levantó la cabeza y miró a Walt.

—Tal vez —dijo— o tal vez no. Tendrías que correr el riesgo.

Sí. Sí, así era.

Margaret se mordió el labio, pensando en cómo se sentiría si Clement cumplía con su amenaza de despedirla si ella no se ceñía al guion. Luego, pensó en cómo se sentiría si se retractaba de lo que había escrito o si este texto, su mejor obra hasta la fecha, nunca veía la luz. Las dos consecuencias podían llegar a ser devastadoras, pero por motivos diferentes. Miró a Walt de nuevo.

—¿Tú qué crees que tendría que hacer?

—Bueno, yo… —Se detuvo, frunció los labios y sacudió la cabeza —. No necesitas que te diga lo que tienes que hacer. Eres una mujer inteligente y muy intuitiva. Decidas lo que decidas, será la decisión correcta. Y hagas lo que hagas, pase lo que pase, estaré orgulloso de ti.

Se agachó para besarla. Margaret levantó los brazos, los enroscó en torno a sus hombros y le devolvió el beso. Se oyó un sonido amortiguado, el frufrú de unas zapatillas sobre el suelo de madera, procedente del pasillo.

—¿Mamá? ¿Puedes preparar gofres?

Se soltaron. Margaret miró hacia la puerta. Bobby, que seguía con el pijama azul de rayas puesto, los estaba mirando.

—¿Qué te parecen unas tortitas?

—Vale.

Margaret se puso en pie. Walt le dio un beso rápido, luego cogió la taza de café y se dirigió hacia la puerta. Margaret sacó un cuenco para masas de la alacena y lo llamó:

—¿Cariño? Una última cosa. La parte que te pareció exagerada, la del marido… la voy a dejar. De ahora en adelante, solo quiero escribir lo que creo de verdad.

Capítulo 32
Coger la sartén por el mango

—¿Es usted la señora Gustafson?

La recepcionista de Gilbert Partners era nueva y cortita como el rabo de una boina. También tenía los ojos y los pechos grandes, era morena y tenía veinte años: justo el tipo de Howard. Si todavía no se había acostado con ella, no tardaría en intentarlo.

—La única —le contestó Charlotte—, al menos esta semana.

La chica se sonrojó mucho y parpadeó con esos ojos grandes, al parecer nerviosa.

«Oh, sí —pensó Charlotte—. Salta a la vista que Howard se acuesta con ella».

—Ay, Dios. Esto…, me parece que no se esperaba que viniera. —La chica cogió el teléfono—. Voy a llamarlo y…

Charlotte, que lucía un traje de Chanel de color blanco roto con ribetes azul marino, el conjunto que se había puesto para la primera reunión del club de lectura, agitó un brazo en el aire, interrumpiendo a la chica al pasar deprisa por delante del mostrador de recepción.

—No hace falta. Me gustaría darle una sorpresa.

La chica se levantó de un salto del asiento, protestando entre balbuceos. Charlotte la ignoró y atravesó la sala llena de escritorios con la recepcionista pisándole los talones hecha un manojo de nervios. Charlotte regalaba sonrisas y saludaba con un gesto de la

cabeza a los empleados que, con los ojos como platos, presenciaban el desfile, dirigiéndose hacia las puertas oscuras de nogal que diferenciaban el despacho de Howard de otros de menor rango. Su santuario lo protegía otra mujer de ojos grandes, unos años mayor que la recepcionista y menos tonta, pero incluso más atractiva. También era morena.

Dios santo, ¡qué predecible era Howard! Pero, ay, qué ganas tenía Charlotte de que llegase este momento.

Cuando se acercó, la guardiana de cabello oscuro se levantó de la silla, salió de detrás del escritorio y se colocó delante de la puerta del despacho.

—No puede entrar. Está en una reunión.

Charlotte le dedicó una radiante sonrisa y prácticamente la saludó con un ronroneo:

—¡Brenda, cariño! ¿Qué tal estás? No te veía desde la fiesta. Espero que te lo pasaras bien. Por cierto, es una pena que no habláramos ese día —dijo en un tono de voz arrepentido que casi parecía sincero, toqueteándose las perlas con los dedos—. Te busqué por todas partes, pero no hubo manera de dar contigo. Debías de estar escondida en algún lugar. Sin embargo, tengo entendido que Howard te enseñó personalmente los jardines. Qué considerado por su parte. La mayoría de las plantas todavía no han crecido del todo, pero los camelios están preciosos y frondosos, ¿no te parece?

Brenda no dijo nada, pero se sonrojó incluso más que su colega de recepción, quien había dejado de perseguirla, pero seguía a una distancia desde la que podía oírla. Los ojos verdes de Charlotte parecían los de un gato a punto de abalanzarse. Dio dos pasos hacia su presa, lentos, acechantes.

—Por supuesto, esos setos pueden ser un problema por lo atractivos que son; una tentación para parejas que busquen escabullirse y hacer cosas sucias y prohibidas.

A Brenda comenzó a temblarle el labio. Charlotte se inclinó hacia ella, como si fuese a revelarle un secreto, hablando en un susurro

que pudiesen oír los que estaban a la escucha, incluida la recepcionista, cuya expresión parecía sugerir que se empezaba a dar cuenta de que su relación con Howard no tenía nada de exclusiva.

Charlotte apretó los dedos contra la mejilla y abrió los ojos del todo.

—¿Y sabes qué? Me parece que es justo lo que hizo una pareja. El día después de la fiesta, ¡mi jardinero encontró unas bragas abandonadas entre los setos! ¿Te lo puedes creer? Sea quien sea, tuvo que ser una zorra de verdad. Si es que, en serio, se le debería caer la cara de vergüenza.

A Brenda se le escapó un sollozo, se ocultó la cara con las manos y salió corriendo hacia el baño de señoras. La otra recepcionista se quedó boquiabierta, dio un giro de ciento ochenta grados y se marchó despavorida. Charlotte sonrió.

—Ay, ha sido demasiado fácil.

Entró en el despacho de Howard sin llamar. Tenía un invitado.

—¡Papi! Mira qué bien. Así ya no tengo que ir a Nueva York para explicarte mis requisitos.

Con una sonrisa de tiburón, unos ojos de acero a los que no les pasaba nada desapercibido, un pelo tupido de color platino y labios abultados, George Beverly Gilbert III (conocido como G. G. entre quienes fingían que les caía bien) tenía el aspecto propio de un hombre de negocios entrado en años cuando estaba de buen humor y de un dictador cuando no. Charlotte se refería a los días en los que no estaba de humor como «los días del Duce» y supo que aquel era uno de esos.

G. G. se quitó el cigarro de la boca.

—¿Requisitos? ¿De qué demonios hablas? ¿Y qué demonios haces aquí? ¿Es que no ves que estamos en mitad de una reunión?

—Lo sé, pero no me llevará ni cinco minutos, papi, y de verdad que es un asunto que no puede esperar, o tal vez sea yo la que no pueda esperar. Como sea…

Charlotte se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa con incrustaciones de nogal a la que se sentaban su padre y Howard,

quien parecía muy agitado. Este último se puso en pie.

—Charlotte, no puedes entrar aquí así sin cita previa…

—Oh, yo creo que sí —le dijo—. No sé qué mosca le habrá picado a tu secretaria, Howard. Fue decirle unas palabras cordiales y mencionar nuestros camelios y salió corriendo al baño en un mar de lágrimas, dejando su escritorio sin vigilar y a ti desprotegido. Con la recepcionista pasó lo mismo. —Chasqueó la lengua—. La próxima vez, a ver si encuentras una muñeca más resistente. Y con un coeficiente intelectual de más de un dígito.

Howard curvó los labios en una mueca de desprecio. Empezó a decir algo mordaz, pero se detuvo cuando G. G. levantó la mano. Howard se volvió a sentar como el hombre obediente que era, sometiéndose a su suegro. Este último levantó el cigarro.

—Basta ya de juegos, Charlotte. Si tienes algo que decir, dilo para que podamos retomar el trabajo. Pero si has venido para pedir un aumento de la paga, la respuesta es no. Ya cuestas más de lo que vales tal y como están las cosas.

—No quiero un aumento de la paga —respondió—, más bien quiero llegar a un acuerdo. Hablando claro, esto es un chantaje.

G. G. apretó la punta del cigarro, observando a su única hija con expresión de cautela, como un soldado que acaba de encontrarse con obuses sin detonar. Charlotte juntó las manos sobre el regazo con templanza.

—Estos son mis requisitos: todas las ganancias de la venta de la casa, un pago único equivalente a veinte años del salario actual de Howard, incluidas las bonificaciones, y la misma cantidad en fideicomiso irrevocable para Denise. Por supuesto, Howard también pagará la manutención y la matrícula universitaria de todos los niños, pero quiero asegurarme de que la hija concebida fuera del matrimonio no quede excluida del testamento después de que mueras, papi. —Esbozó una sonrisa serena—. Oh, y, como seguro que ya habéis imaginado, quiero el divorcio y la custodia completa de los hijos.

Howard enarcó las cejas y soltó una carcajada.

—¿No es un poco temprano para empezar a beber, Charlotte, incluso para ti?

—Estoy más sobria que nunca, Howard. Y hablo muy en serio.

—Aquí no se va a divorciar nadie. —G. G. agitó el cigarro, trazando un hilo de humo que olía a setas tostadas remojadas en *whisky*—. Mi bisabuelo fundó esta empresa en 1822. El motivo por el que hemos conseguido salir adelante cuando los demás fracasaron es que todo queda dentro de la familia, cuidamos de nuestra imagen y evitamos los escándalos. Nadie va a confiar su dinero a una empresa familiar que es incapaz de mantener a sus miembros bajo control.

»Así que repito: aquí no se va a divorciar nadie. Ni ahora ni nunca —dijo, fulminando a Charlotte con la mirada—. Pensaba que tu madre te había dejado bien claras cuáles serán las consecuencias si te pasas de imprudente. No me busques, que me encuentras, Charlotte. Todo lo que he dicho va en serio.

Colocó el cigarro entre los dientes y le lanzó una mirada que, en otros tiempos, habría minado su estado de ánimo y su determinación. Eso fue en otros tiempos.

—No lo pongo en duda. Pero yo también puedo ser despiadada, papi. A fin de cuentas, he aprendido de los mejores. Y gracias a tu generoso regalo de graduación de Denise, se han cambiado un poco las tornas.

Charlotte sacó el sobre de manila en el que guardaba las fotografías de Denise, una lista mecanografiada de nombres y direcciones y una tarjeta de visita del bolso y lo dejó todo sobre la mesa.

—No es el mejor ángulo de Howard, todo hay que admitirlo —dijo, desplegando las fotos como un crupier al repartir una mano de *blackjack*—, pero a nadie le costará reconocer su rostro. O su cuerpo. Los periódicos tendrían que censurar algunas de las partes más explícitas, pero con tu expresión facial y la de la golfa será más que suficiente para despertar el interés de la gente. Y ciertas cosas son incluso más lascivas si dejas correr la imaginación, ¿no te

parece?

Charlotte se frotó la manicura de las uñas con el pulgar, esbozando una pícara sonrisa y adoptando una cuidadosa expresión de indiferencia.

—Oh, y si os preguntáis qué es esa lista, son los nombres y las direcciones de los periodistas especializados en noticias financieras de todos los periódicos importantes. También aparecen columnistas de la prensa rosa, incluidos Walter Winchell y Suzy Knickerbocker. Ya he escrito las direcciones en los sobres con copias de las imágenes y una nota aclaratoria de las circunstancias; está todo preparado para enviarlos —dijo—. Todavía no tengo claro si debería empezar con los columnistas de la prensa rosa o si debería enviarlos todos a la vez y catapum. Me inclino por lo segundo. Mejor me cubro las espaldas, ¿no te parece, papi? Ni siquiera tú podrás sobornar a tantos periodistas, desde luego no con una historia tan jugosa como esta.

—Serás mezquina, serás vengativa, serás…

Howard, a quien se le había enrojecido el rostro de la rabia nada más posar la mirada en las imágenes, balbuceó y se puso en pie, cerrando los puños, como preparándose para embestir. Su suegro le colocó una mano en el hombro con firmeza y lo sentó de nuevo.

—Siéntate, imbécil. ¡Hoy ya has metido la pata bastante!

G. G. le dedicó a su yerno una mirada de desprecio que llegaba al alma, esa clase de mirada que, hasta entonces, solo usaba con su decepcionante hija. Aunque Howard parpadeó unos instantes, confundido, Charlotte vio que comenzaba a darse cuenta de que su estatus se estaba degradando, de que comenzaba a cubrirlo una capa de desprestigio que le costaría borrar a ese hombre de oro que se suponía que había sido hasta entonces; puede que incluso fuese incapaz. Casi se sintió mal por él.

Casi.

—Si esas imágenes salen en la prensa —dijo G. G., casi gruñéndole a Howard, que seguía descolocado—, perderemos a todos y cada uno de los clientes que tenemos. Ya que claramente eres demasiado estúpido para ser discreto, al menos ten un mínimo

de inteligencia y date cuenta de que has perdido.

Howard se hundió en el asiento. G. G. se volvió hacia Charlotte.

—De acuerdo, Charlotte. Tú ganas. Conseguirás el divorcio. Si te digo la verdad —dijo, dando una calada al cigarro y evaluándola con una mirada que revelaba cierta admiración—, no sabía que tuvieras agallas. Eres más dura de roer de lo que pensaba. Pero sé realista: tú y yo vamos a tener que sentarnos y llegar a un…

Charlotte lo interrumpió negando con la cabeza.

—Nada de negociar, papi. Dadas las circunstancias, mi oferta es más que realista. Esa es la tarjeta de visita de mi abogado —dijo, señalando la mesa mientras recogía los guantes—. Está preparando los documentos en estos momentos, mientras hablamos, y detallando los pormenores de mis condiciones. Tendremos que cumplir con los trámites administrativos y los dos tendremos que comparecer en el juzgado tarde o temprano, pero me gustaría acabar rápido. No hace falta alargar las cosas. Estoy segura de que Howard está de acuerdo.

El interpelado le lanzó una mirada de odio puro y duro.

—Me muero de ganas de librarme de ti.

—¡Excelente! Estamos todos de acuerdo.

Se puso los guantes y salió por la puerta.

—Oh, un último detalle. Papi, no hace falta que lo diga, pero cuento con que corras con los gastos del abogado y del juzgado.

Charlotte miró hacia el que dentro de poco sería su exmarido.

—Y, Howard, sé que no te apetece venir a casa, pero, por si lo estabas pensando: ya he cambiado los cerrojos. No te preocupes por la ropa. He hecho una reserva a tu nombre en el Willard y le he dado al botones seis maletas con tus cosas. Pesaban lo suyo, que no se te olvide darle una buena propina. —Se colgó el bolso del brazo —. Bueno, creo que eso es todo. Adiós, gente.

Se despidió de ellos con un gesto de la mano y salió de la habitación, abriéndose paso entre el barranco de escritorios de metal con seguridad, caminando al ritmo del repiqueteo de las máquinas de sumar y del tecleo de las máquinas de escribir. Cuando se acercó

al vestíbulo, se encontró con Edna Green, la simpática gerente de mediana edad del departamento de mecanografía, una de las pocas trabajadoras de la empresa que le caía bien de verdad.

—¡Señora Gustafson! No sabía que hoy iba a venir a la oficina. Me alegro de verla. —Edna la miró de pies a cabeza—. Madre mía, señora Gustafson, qué traje más bonito. Qué estilo. Y se la ve muy contenta. ¿A qué ha venido?

Charlotte esbozó una sonrisa.

—He venido a coger la sartén por el mango. Y le digo, Edna, que es una maravilla.

Capítulo 33
Decisiones y consecuencias

Un día, cuando Margaret estaba a punto de cumplir catorce años y no era más que un amasijo de hormonas descontroladas y contradicciones encasquetadas en un saco de piel, provocó a su madre, se extralimitó a propósito, si acaso porque tenía curiosidad por descubrir si de verdad había un límite y hasta dónde podía llegar.

Seguían en guerra y su madre trabajaba largas jornadas y con frecuencia se quedaba a hacer tumos extra en la fábrica. Margaret quería organizar una gran fiesta de pijamas por su cumpleaños e invitar a catorce de sus amigas más «íntimas», de las que no seguía en contacto con ninguna. Aun en el caso de que su madre no se pasara toda la vida trabajando ni se esforzara por estirar al máximo el racionamiento para alimentar a su familia, era una petición ambiciosa y, a decir verdad, irreal. Su madre le dio permiso para que se quedaran a dormir dos chicas; al final, la cifra ascendió a tres, alegando que era lo máximo que podían permitirse, y cerraron las negociaciones.

Sin embargo, Margaret no daba el brazo a torcer. Sacó a colación el tema una vez más mientras su madre hablaba con otras mujeres en el vestíbulo de la iglesia después del servicio religioso, con la esperanza de que le resultara más difícil rechazar su petición en público. Pero la respuesta de su madre fue rotunda.

Aun así, Margaret siguió pidiéndoselo una y otra vez, hasta que a su madre se le agotó la paciencia y se giró hacia ella:

—Ya basta, Margaret Ruth. Te lo aviso, como digas una sola palabra más, te…

Margaret no le hizo caso. Dijo la palabra. Y recibió la bofetada.

No tendría que haberla sorprendido. La había avisado. Si estuviera en el lugar de su madre, probablemente habría hecho lo mismo, pero, de joven, no se creía que su madre fuese a cumplir con su amenaza, sobre todo en un lugar público. Cuando recibió el golpe, se quedó desconcertada, se sintió humillada y escarmentada. Le hubiera gustado retractarse, pero ya era tarde. No había marcha atrás y había habido consecuencias.

Cuando colgó el teléfono después de que el señor Clement la despidiera, Margaret se sintió de la misma manera. Humillada y desconcertada. No tendría que sentirse así; la había avisado. Sin embargo, como con las amenazas de su madre hacía tantos años, no se había creído de verdad que fuesen a hacerse realidad.

Después de rebajar las críticas a los publicistas y de pulir el texto hasta que el mensaje fuera inequívoco y el estilo, lo más conciso posible, Margaret se había convencido de que la columna tenía como mínimo un cincuenta por ciento de posibilidades de que la publicasen. Porque hasta Clement se vería obligado a reconocer lo bien que había quedado. Imaginaba que, en el peor de los casos, Clement volvería a hablarle a gritos, rechazaría el texto y, como castigo, le mandaría escribir una columna sobre las telenovelas de las tardes, visitas de suegras, cera para suelos o algún tema igual de aburrido, para ponerla en su sitio.

Pero no se imaginaba que la fuese a despedir, solo por haber cometido el pecado de escribir algo bueno de verdad. Pero así fue.

Enterró el rostro en las manos y se hundió en el asiento; se sentía tan alterada que se olvidó de dónde estaba y se sentó sobre el cojín que tenía el muelle roto, por lo que se le clavó en el trasero, como una reprimenda. Si hubiera seguido escribiendo unos pocos meses más, habría ahorrado lo suficiente para comprarse un sofá,

pero ahora…

Había volcado todo lo que tenía dentro en un texto del que se sentía orgullosa, en una columna que invitara a sus lectoras a reflexionar de verdad, a actuar. ¿Para qué? Si nadie la leía, como nadie leería nada que escribiese en el futuro, ¿de qué había valido?

—Estúpida, estúpida, estúpida —dijo, murmurando contra las manos, donde ocultaba el rostro.

Pero, si Margaret se sentía enojada consigo misma, Walt (que había entrado en la cocina en busca de un aperitivo, había reparado en la cara de angustia de Margaret y se había quedado a escuchar la conversación al teléfono) estaba furioso. No con Margaret, sino con Leonard Clement.

—¿Cómo ha tenido la desfachatez de despedirte por escribir algo bueno? ¿No es eso en lo que consiste tu trabajo? Es la mejor columna que hayas escrito jamás, Margaret. De lejos.

—Y si tú fueras mi editor y no él, sería todo distinto, pero, tal y como están las cosas… —Cerró los ojos y soltó un suspiro—. Seré idiota. Idiota de verdad. Una cosa es que Betty Friedan alce la voz, pero yo no soy más que un ama de casa. ¿Por qué me habrá dado por pensar que esto saldría bien?

Walt, que caminaba como si fuera un león cautivo en un espacio reducido, se detuvo y levantó un dedo en dirección a Margaret.

—No es cierto que no seas más que un ama de casa. Eres mi esposa. ¡Y una de las personas más inteligentes y con más talento que he conocido nunca! —Gruñó presa de la frustración y descargó el puño sobre la palma de la mano—. ¿Y ese hombre se las da de editor? Clement sería incapaz de reconocer un buen escrito ni aunque se le presentase a la puerta y le mordiera el culo. Si estuviera aquí, yo…

Margaret gimió. Walt se volvió hacia ella, con el ceño fruncido.

—No vas a rendirte sin más, ¿verdad, Margaret?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Los escritores se dedican a escribir, pero son los editores los que deciden si la gente puede leer lo que escriben o no. —Levantó las palmas de las manos—. Así

funciona el mundo.

—Bueno, pues no tiene sentido. Y está mal. —Walt sacó un número desgastado de *A Woman's Place* de la mesita, el mismo ejemplar que había sacado de la consulta del dentista y que le había dado a Margaret como regalo de Navidad hacía tantos meses, lo enrolló y lo golpeó contra la pierna—. Está más que mal. Es censura. ¡Va en contra del espíritu estadounidense!

—En el fondo, no —dijo Margaret, negando con la cabeza—. Si te pagan, no. Las revistas son un negocio. Y, para los editores, la escritura es un producto como cualquier otro. Si les parece que un texto no va a vender, no lo imprimen y punto.

La miró fijamente.

—Entonces, ¿estás diciendo que esta gente solo se mueve por los dólares y los centavos?

—Bueno…, sí. —Soltó una risa sarcástica, sorprendida de que tuviera que preguntárselo—. Lo único que les importa en el fondo son las ventas y los espacios publicitarios.

Walt entrecerró los ojos y rechinó los dientes. Margaret ladeó la cabeza; veía que se estaba devanando los sesos.

—¿Walt? ¿Qué ocurre?

En lugar de responder a su pregunta, desenrolló la revista y comenzó a hojear con rabia las páginas de anuncios, las notas de los editores, las columnas y los artículos.

—¡Lo tengo! —gritó, clavando el dedo contra una de las páginas, al tiempo que se dirigía apresurado hacia el pasillo.

Margaret se reincorporó de un brinco del sofá y lo siguió.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Walt? ¿Adónde vas? ¿Qué haces?

Miró por detrás del hombro.

—¡Voy a llamar al departamento de publicidad!

Capítulo 34
El grupo

Cuando Margaret llamó a Viv por teléfono para contarle que la habían despedido, haciendo todo lo posible por deshacer el nudo en la garganta, Viv la interrumpió.

—No digas más, Maggie. No te muevas de ahí, ¿vale? Ahora mismo voy.

Al cabo de veinte minutos, Viv se presentó en las escaleras de la entrada de Margaret, junto a Charlotte y a Bitsy, sosteniendo una bandeja para pasteles con las manos. A juzgar por las gotas de humedad que todavía rociaban el envoltorio de plástico, seguía caliente.

—¿Has hecho un bizcocho?

—De cereza y chocolate —le dijo Viv—. Ya estaba casi listo, así que se me ocurrió traerlo y llamar a las demás, para que no tengas que contar la misma historia tres veces. —Bajó la mirada hacia la bandeja y se encogió de hombros—. Ahora que no estoy trabajando, tengo más tiempo para preparar pasteles. —Bueno, todo apunta a que voy a tener que desempolvar las manoplas del horno y hacer como tú.

Margaret soltó un suspiro, invitándolas a pasar con un gesto de la mano. Terminaron en la cocina. La anfitriona partió el pastel en trozos y sirvió té con hielo. Charlotte aceptó el vaso y el hielo, pero

para llenarlo de Dubonnet.

—Sí, es temprano —dijo, como respuesta a Margaret, que arqueaba las cejas—, pero el Dubonnet básicamente es té; se infusiona con hierbas y demás.

Bitsy cogió la botella y se fijó en la etiqueta.

—Y lleva alcohol. Diecinueve por ciento.

—Ay, no seas aguafiestas —le dijo Charlotte—. El Día de la Independencia tardó en llegar este año y todavía estoy de celebración.

—Ahora que lo dices —dijo Bitsy, mientras se le iluminaba el semblante—, yo también.

Bitsy volvió a verter el té que no había llegado a probar en la jarra, llenó el vaso con lo que quedaba del Dubonnet y brindó con Charlotte. Margaret tiró la botella vacía a la basura.

—Me parece que voy a tener que ir a la licorería.

—Ya irás luego —le dijo Viv—. Ahora mismo tienes que contarnos el resto de la historia.

—¿Qué más hay que contar? Clement me ha despedido. Mi carrera de escritora, tan breve como humillante, ha terminado. —Se encogió de hombros—. En fin, no me apetece hablar del tema.

Viv chasqueó la lengua.

—No seas ridícula. Claro que te apetece.

Lo decía por un motivo. Aunque no iba a cambiar las circunstancias, contarles la historia a sus amigas después de que se trasladaran todas a la sala de estar y ver que asentían con la cabeza para apoyarla o mostrar indignación hizo que se sintiera un poco mejor.

Pero la mejor parte, y también la más dolorosa, fue cómo reaccionaron cuando cedió a sus peticiones y les leyó la columna en voz alta. No les leyó la versión edulcorada que le había enviado al señor Clement, sino un borrador bien pulido en el que se incluían todas sus ideas originales, incluidas las secciones en las que criticaba la revista sin pelos en la lengua, mencionándola explícitamente. Cuando terminó, las Bettys guardaron silencio.

Pero no por mucho tiempo.

—Margaret, es… Bueno, es extraordinario.

—Extraordinario. Es decir, siempre he sabido que escribías bien, pero… Increíble.

—Siento que has expresado en palabras mis pensamientos, antes incluso de saber qué es lo que pienso. ¿Cómo lo haces?

En resumidas cuentas, les encantó. No solo porque era su amiga, Margaret se daba cuenta, sino porque sus palabras calaban hondo. Tenía la convicción de que otras mujeres reaccionarían de la misma manera y de que su artículo podría ayudarlas a comprender que no estaban solas e incluso animarlas a agruparse para conseguir mayor influencia. Pero como nadie más aparte de Walt y las Bettys lo leería…

—Es una locura —dijo Charlotte, exhalando una columna de humo del cigarrillo con indignación—. ¡Una locura, lo mires por donde lo mires! Entiendo que no has acatado las órdenes de tu editor, pero ¿cómo pudo despedirte? ¿Es que no ve el talento que tienes? Esta columna es diez veces mejor que el resto de chorradas que has escrito.

—Anda —dijo Margaret, esbozando una media sonrisa—, pues gracias. Supongo.

Charlotte agitó la mano.

—Ya sabes a qué me refiero. Las columnas no estaban mal y algunas partes eran graciosas, pero, en el fondo…, era relleno. Margaret asintió.

—Y ahora no puedo ni escribir cosas de relleno. La he pifiado, ¿verdad?

Acercó la mano hacia la cajetilla de cigarrillos que Charlotte había dejado en la mesita, enarcando las cejas sin decir nada, a modo de petición. Charlotte asintió para darle a entender que podía coger uno. Margaret rara vez fumaba y nunca se compraba cigarrillos, pero estaba de un humor de perros y se habían quedado sin Dubonnet.

—¿Y qué hay de la idea de Walt de que lo publiques por tu cuenta como anuncio? —Quiso saber Bitsy.

—Es muy caro —respondió después de encender el cigarrillo—. Necesitaríamos dos tercios de página. Lo ideal sería una página entera. Pero el precio de un anuncio de ese tamaño es… —Dio una calada y sacudió la cabeza mientras exhalaba el humo—. Bueno, digámoslo así: si hubiera sabido cuánto gana la revista con la publicidad, les habría pedido un aumento.

—No te andes con rodeos —dijo Viv, apretándose el vientre prominente con la palma de la mano, como urgiendo al bebé a que adoptara una postura más cómoda—. ¿De cuánto estamos hablando?

Margaret les dijo la cifra y Viv silbó por lo bajo.

—Madre mía. Con eso te compras un coche. Uno usado, pero, aun así… No tenía ni idea.

—Nosotros tampoco —contestó Margaret—. Pagué por mi máquina de escribir con parte del dinero que gané gracias a la columna, pero, aunque hubiera ahorrado cada centavo, no se acercaría ni de lejos a lo que necesitaríamos para comprar un anuncio de página entera en *A Woman's Place* o cualquier revista nacional. Durante unos diez segundos, Walt se puso a decir que podríamos invertir nuestros ahorros (aunque tampoco sería suficiente) o incluso pedir un préstamo. Por suerte, conseguí que entrara en razón. Con la forma en la que se está comportando su jefe últimamente, no debemos correr riesgos con las finanzas.

—Pero es muy tierno por su parte que quiera hacer algo así —dijo Bitsy, cogiendo un trozo del bizcocho de Viv con los dedos antes de llevárselo a la boca—. Si alguna vez me vuelvo a casar, quisiera que fuese con alguien como Walt. O Tony. Un príncipe azul.

Margaret sonrió para sus adentros, pensando en Walt. Su caballerosidad se asemejaba más a la de don Quijote que a la de Lancelot, atacando molinos de viento en un intento tan noble como vano de defender el honor de su señora, pero Bitsy estaba en lo cierto; era muy tierno por su parte haberlo intentado. Era algo que le gustaba mucho de él.

Sin embargo, a pesar de la mala racha que habían tenido en los

últimos meses (no, pensándolo bien, precisamente a causa de esa mala racha), lo que más le gustaba de Walt era lo que había escrito en la columna. No muchos hombres tenían el valor de admitir sus errores, y eran incluso menos los que tenían la fortaleza necesaria para cambiar su comportamiento. Jerry no había sido lo suficientemente fuerte, pero Walt era mejor hombre que su padre. No era un hombre perfecto, pero sí bueno y con principios.

Viv se inclinó hacia delante para servirse otro trozo del bizcocho, y, con el gesto, rozó el brazo de Margaret y la arrancó del hilo de sus pensamientos.

—Oh, seguro que te vuelves a casar —dijo Viv, asintiendo con sabiduría en dirección a Bitsy—. Solo tienes veintitrés años y la biología es algo muy poderoso. Durante unos tres días al mes, Tony Buschetti parece Rock Hudson en persona.

Margaret soltó una carcajada junto con el humo del cigarrillo.

—Pero si Tony se parece a Rock Hudson de verdad. Todos los días.

—Lo sé. —Viv suspiró hondo—. No tengo escapatoria.

Charlotte, que se recostaba contra el sofá con las piernas estiradas (le sobresalían los tobillos delgados de las mallas de estribo negras), fumando sin descanso y escuchando la conversación de las demás con un silencio nada propio de ella y los ojos entrecerrados, cambió de tema sin previo aviso:

—¿Quién ha empezado a leer el libro?

Las otras tres intercambiaron unas miradas curiosas. No empezarían a comentar la novela de Mary McCarthy, *El grupo*, hasta la reunión oficial de las Bettys, para la que todavía quedaban dos semanas. Margaret levantó la mano con cierta vacilación, como una estudiante que cree saber la respuesta a la pregunta de la profesora, pero no está segura del todo.

—Yo he leído unos seis o siete capítulos —contestó—. Por ahora me gusta.

—Yo he leído la mitad —dijo Bitsy—. Ahora que no está King, puedo leer hasta las tantas todo lo que quiera.

—Yo solo he leído el primer capítulo —admitió Viv—. El de la boda. Los personajes son interesantes. Pero ya me huelo que no les va a ir bien.

—No. —Charlotte dobló las piernas y se sentó—. No voy a entrar en detalles porque no quiero revelar la trama, pero yo ya me lo he leído entero y casi todos los personajes terminan sufriendo. No me lo quito de la cabeza.

Charlotte aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero y, luego, cogió la cajetilla.

—Es decir, son ocho mujeres inteligentes, atractivas y cultas de buena familia, prometedoras en todos los aspectos posibles, pero ni una sola de ellas está a la altura al final. Ni por asomo —dijo, sacando otro cigarrillo de la cajetilla—. Si unas mujeres como ellas fracasan, ¿qué esperanza hay para las demás?

Charlotte guardó silencio para encender el cigarrillo, dejando la pregunta en el aire. Viv frunció el ceño.

—Bueno, ¿cómo vamos a saberlo? La que ha terminado el libro eres tú, no nosotras.

Bitsy se volvió hacia ella.

—Creo que es una pregunta retórica.

—Lo he pensado mucho —prosiguió entonces Charlotte— y creo que ya lo entiendo. El motivo por el que las chicas del grupo terminan fracasando (no solo porque no aprovechan todo su potencial, sino porque fracasan en casi todos los sentidos de la palabra) es porque dejaron de ser parte del grupo. Una vez que se graduaron y cada una fue por su lado, las cosas empezaron a degenerar sin freno.

—¿Y crees que les habría ido mejor si hubieran permanecido juntas? —Quiso saber Margaret.

—Por supuesto. No hay duda. Viv, tú sabes muy bien por qué lo digo. Siempre hablas de la guerra y de las enfermeras que trabajabais codo a codo en las circunstancias más duras que se pueda imaginar.

Viv asintió.

—Cuanto peor era la situación, más nos uníamos. La única manera que teníamos de seguir adelante y de hacer nuestro trabajo era como equipo. Pero la guerra es una cuestión diferente. No puedes esperar que las mujeres se comporten así en la vida normal. No te puedes quedar en los barracones para siempre… o en la residencia universitaria.

—Cierto. Pero sí puedes formar parte de un grupo para siempre.

Charlotte giró la cabeza en dirección a Margaret.

—Maggie, ¿cuánto has dicho que costaría ese anuncio? ¿Y cuánto te queda de tus ahorros?

Margaret apagó el cigarrillo en el cenicero, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, Charlotte. No. Te lo agradezco, pero no. No puedes comprarme el anuncio.

—¡Vaya si puedo! —exclamó Charlotte, abriendo los brazos del todo—. ¿No me escuchaste cuando te conté el enfrentamiento con mi padre? Desde esta semana en adelante, soy una mujer independiente con recursos. Y puedo emplear esos recursos como me dé la gana. A ver…, ¿cuánto es?

Margaret cerró con fuerza los labios y Charlotte la miró con impaciencia.

—Eres la mujer más exasperante de todo el ancho mundo, Margaret Ryan. O me dices cuánto cuesta el anuncio o llamo a la revista para enterarme por mi cuenta. Tú eliges.

Al darse cuenta de que Charlotte no daría el brazo a torcer, Margaret repitió la cifra con renuencia. Después de que siguiera presionándola, también reveló cuánto dinero le quedaba en su cuenta de ahorros.

—Listo. ¿Tan difícil era? —dijo Charlotte—. Mira, no tengo el talonario de cheques aquí conmigo, pero mañana lo preparo. ¿Cuál es la fecha límite para enviar un anuncio?

—A finales de semana —respondió Margaret—. Pero no puedo permitir que hagas esto. Es demasiado.

—No me lo estás «permitiendo» —contraargumentó Charlotte—.

Lo hago porque quiero. Punto. No se hable más. Porque me apetece. Porque tú harías lo mismo por mí. Porque vosotras sois mi grupo.

—Charlotte tiene razón —dijo Viv, dejando el té con hielo en la mesa de un golpe sordo—. Buena parte del dinero que ahorré trabajando de enfermera lo gasté en gasolina y las *pizzas* que encargué las noches en las que no tenía energía para cocinar, pero todavía me queda bastante dinero y puedes quedártelo todo sin problema.

—¡No! —dijo Margaret—. Viv, ni se te ocurra. Necesitas dinero para el bebé.

Viv abrió las palmas de las manos.

—¿Para comprar el qué? Tengo ropa heredada de seis niños y una cuna en el ático.

—Yo también quiero ayudar —intervino Bitsy—. King está tratando de liberarse del sentimiento de culpa siendo generoso conmigo, así que en el plano económico voy bien. Además, sigo trabajando en el establo. Daré lo que dé Viv.

Margaret se puso en pie, levantó las palmas de las manos y cerró los ojos con fuerza.

—¡Parad! ¡Parad todas!

Cuando abrió los ojos de nuevo, se percató de que las tres Bettys la estaban mirando.

—Lo siento —dijo, inhalando aire—, pero no pienso aceptar vuestro dinero, en especial para solucionar un problema que no se puede solucionar y que yo misma me he buscado. Es una locura. ¡Una locura!

Charlotte se levantó.

—No es una locura, es sentido común. Es lo que hacen los hombres. ¿Por qué te crees que se unen a todos esos clubes? ¿Los Elks, el club de la organización Veteranos de Guerras en el Extranjero, los masones? ¡El Congreso! —exclamó—. Para apoyarse los unos a los otros, por eso. ¿Por qué son grupos de apoyo? Porque tratan de animarse los unos a los otros a superar obstáculos o a desviar las reglas en su favor, para ayudar al grupo. Si las mujeres

se protegieran las unas a las otras como hacen los hombres, este sería un mundo muy diferente.

Se cruzó de brazos, como desafiando a Margaret a hallar algún error en su argumento. No halló ninguno.

—Pregúntale a la tía Betty si no me crees —le dijo Charlotte—. No sé en qué capítulo es, pero estoy segura de que algo dijo al respecto. —Cuando Margaret le sonrió, le devolvió la sonrisa—. Aceptar ayuda cuesta, lo entiendo, pero un talento como el tuyo es un don que hay que compartir. Vas a la iglesia todos los domingos, Maggie. Yendo con tanta frecuencia, ¿no has oído nunca eso de que no debes esconder tu luz debajo de una vasija? Hasta yo me lo sé.

Viv asintió con la cabeza.

—Razón no le falta, Margaret.

—Cierto —concordó Bitsy.

—Me parece que estás sacando el versículo fuera de contexto —dijo Margaret—, pero, aunque no fuera así, ¿de qué valdría? Una pequeña columna no va cambiar el mundo ni convencer a Leonard de que me devuelva el trabajo. Y con todo ese dinero…

—Cierto —dijo Charlotte—. Una columna no va a cambiar el mundo, pero sí podría cambiar el mundo de alguien, de la misma forma en la que el libro de Betty ha cambiado el nuestro. Y nunca se sabe; a alguien que lo lea le puede gustar y quizá decida ofrecerte un nuevo empleo, un empleo mejor.

Charlotte se acercó más a ella.

—Tú míralo de esta manera, Maggie: si nos permites ayudarte hoy, tal vez algún día tú estés en posición de hacer lo mismo por otra persona. Por algún lado hay que empezar. Si no, ¿cómo va a cambiar nada?

Capítulo 35
Cartas de admiradoras

Septiembre de 1963

El verano había terminado, pero había supuesto un antes y un después: era una estación que las cuatro Bettys recordarían como la más trascendental de sus vidas.

Y no eran las únicas.

En todo el mundo, las mareas del cambio habían traído consigo tumultos y transformaciones que arrastrarían y eliminarían límites, alterando el panorama social de formas que no serían del todo evidentes hasta que pasasen años o décadas o viniesen nuevas generaciones. Solo el mes de agosto había estado lleno de acontecimientos que cambiarían el mundo con el paso del tiempo.

En ese mes, los Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética firmaron el primer Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares.

Lee Harvey Oswald se enzarzó en una pelea con tres hombres mientras distribuía folletos del comité Fair Play for Cuba. Lo arrestaron en Nueva York, pero lo soltaron al día siguiente.

El presidente de Vietnam, Ngô Đình Diêm, declaró la ley marcial y ordenó a las fuerzas armadas asaltar las pagodas budistas y detener a mil cuatrocientos monjes.

El editor del *Washington Post* Philip Graham se suicidó, dejando

viuda a Katharine Graham a los cuarenta y siete años de edad, la cual pasó a ser la primera editora de uno de los principales periódicos en el siglo XX.

Y el 28 de agosto, al menos 250 000 personas se reunieron para asistir a la marcha en Washington por el trabajo y la libertad y para escuchar al reverendo Martin Luther King júnior dar su discurso desde las escaleras del monumento a Lincoln.

Como millones de personas, los Buschetti vieron el discurso del reverendo King en directo en televisión.

Viv se sentaba ensimismada mientras King hablaba; sus palabras le parecían profundamente conmovedoras, pero también profundamente sensatas. Porque si los Estados Unidos de verdad eran una tierra libre, desde luego esa libertad debería extenderse a todas las personas. El momento en el que las cámaras de televisión enfocaron a la multitud fue casi tan emocionante como el discurso en sí, ya que Viv atisbo a Earlene entre el gentío, a menos de diez metros del escenario. Chilló de alegría y se inclinó hacia delante, señalando la pantalla de la televisión.

—¡Mírala! ¡Ahí está! —Viv se llevó una mano al pecho; no cabía en sí de gozo—. ¿No es maravilloso? En este mismo instante se está haciendo historia y Earlene está justo ahí, en el epicentro, delante de todos. Dijo que iba a ir y ha ido. ¡Cuánto me alegro por ella, de verdad!

Ese mismo día, un poco más tarde, después de terminar de trabajar en los establos, Bitsy fue en coche a la oficina de correos para darle el pésame a la señora Graham por carta y, luego, fue al campus de la Universidad Americana para matricularse en las clases. La fecha límite para apuntarse al semestre de otoño ya había vencido, pero, después de que Alice Brennan hiciera una llamada a un antiguo colega suyo que trabajaba en esa universidad, informaron a Bitsy de que harían hueco para una estudiante más.

Al día siguiente, Margaret paró en la tienda de Mayer y compró seis ejemplares del nuevo número de *A Woman's Place*, dos para ella, uno para cada Betty y uno para Helen y Edwin Babcock,

quienes también habían insistido en contribuir a la causa.

—¡Aquí está! —dijo Helen, sonriendo y señalando con los dedos la página 46, donde aparecía la columna de Margaret, enfrente de una receta de lechuga rellena—. ¡Aquí la tienes, en negro sobre blanco! ¡Es maravilloso, Margaret! ¡Qué orgullosa estoy de ti!

—Gracias, pero, como sabes, sin vosotros habría sido imposible. Desde el primer día, incluso cuando solo escribía trivialidades, tú me diste todo tu apoyo.

—¿Y qué fue lo que te dije? —dijo Helen, agitando la media docena de brazaletes en la muñeca mientras la señalaba con el dedo —. ¿Qué fue lo que te dije el día en el que publicaste «una columna sin importancia en una revista para mujeres sin importancia»?

Margaret esbozó una sonrisa.

—Que era un comienzo.

—Efectivamente —dijo Helen, asintiendo con sabiduría—. Todo es empezar. Este es un nuevo comienzo, y no solo para ti. Recuerda lo que te digo, Margaret: este texto dará pie a toda una conversación. Traerá cosas buenas. ¡Cosas importantes! Ya verás si tengo o no tengo razón.

Al cabo de dos semanas, todo indicaba que la predicción de Helen se estaba haciendo realidad.

A Margaret la sorprendió el número de mujeres del vecindario que le dijeron que habían leído su artículo y que tenían pensado leer *La mística de la feminidad*. Helen la informó de que habían aumentado los pedidos de ese libro, de modo que parecía que lo decían en serio. Iris Rasmussen y Dorothy Fisher, sus antiguas amigas de las quedadas para el café, incluso habían llamado a la puerta de Margaret con un ejemplar de la revista y le habían pedido un autógrafo, una experiencia con la que se había sentido avergonzada y halagada a la vez.

Por supuesto, hubo gente a la que no le gustó lo que había escrito.

Barb Fredericks la ignoró deliberadamente en el supermercado, pasando de largo con el carrito cuando Margaret la saludó en el pasillo de las frutas y verduras. Y dos mujeres con las que se encontró cuando dejó a Bobby y a Suzy en la escuela, las mismas que habían hablado de ella a sus espaldas en la piscina, no tuvieron reparos a la hora de criticarla una vez más, esta vez a la cara.

—Ese libro es un peligro —dijo la primera—. ¡Una amenaza para el estilo de vida estadounidense! Si no lo entiendes, ¡es que eres una radical, una idiota o ambas cosas!

La segunda, haciéndose eco de la opinión porque así se ahorraba tener que formarse una propia, asintió con ganas.

—¡Eso mismo!

Aunque a Margaret la traía sin cuidado qué pensaban de ella, la vehemencia y el carácter personal de sus críticas la ponían nerviosa. ¿Por qué se tomaban tantas molestias en ser desagradables solo porque alguien pensaba de forma diferente? Dudaba que hubieran leído el libro siquiera. En todo caso, ¿no era el derecho a la libertad de expresión y de opinión una parte importante del «estilo de vida estadounidense»? ¿La parte más importante, si acaso?

Pero, en general, recibió muchas más respuestas positivas que negativas. De hecho, aquella misma mañana, el cartero llamó a su puerta y le entregó un sobre grande y grueso de manila que no entraba en el buzón. En su interior, Margaret encontró veintiún sobres más pequeños, todos ellos dirigidos a su atención a través de *A Woman's Place*, junto con una nota que decía:

> *Querida señora Ryan:*
>
> *No me conoce, pero trabajo en el departamento de correspondencia de la revista y no me ha pasado desapercibida la cantidad de cartas que hemos recibido para usted. Mi jefe me dijo que las marcase todas con la nota «Devolver al remitente» porque usted ya no trabaja aquí.*

Pero yo misma soy lectora de la revista y sé que ha comprado un anuncio para publicar su artículo acerca de su club de lectura, de modo que supongo que todas esas cartas están relacionadas con este texto.

Ya que recuerdo su dirección por las otras veces que ha recibido correspondencia, he decidido enviárselas por mi cuenta (no se lo diga a mi jefe).

Lamento mucho que ya no vaya a escribir para la revista. Sus columnas siempre me hacían sonreír. Me gustaba que fuese usted un ama de casa normal y corriente a la que se le dio la oportunidad de ser escritora de verdad.

Llevo ocho años trabajando en el departamento de correspondencia y no he faltado a mi puesto ni un solo día. Sin embargo, solo he recibido un aumento de sueldo una vez en todos estos años y jamás me han ascendido, por supuesto. Los hombres que trabajan en este mismo departamento reciben un ascenso o encuentran un empleo mejor y se marchan, pero parece que las mujeres que empiezan a trabajar aquí se quedan estancadas para el resto de la eternidad. Mi superior empezó a trabajar aquí hace solo tres años, nada más terminar el instituto, al igual que yo. Lo formé personalmente, pero ahora mi jefe es él.

Espero que no parezca que me quejo mucho. Solo quería decirle que me parece maravilloso que haya tenido la oportunidad de escribir para la revista y que siempre me ha gustado su columna. Esta última no ha sido tan divertida, pero si ese libro le ha dado tanto que pensar, imagino que valdrá la pena leerlo.

Hay una lista de espera muy larga para tomarlo prestado de la biblioteca, por lo que tendré que esperar a que llegue mi turno. Supongo que muchas otras personas habrán leído su artículo y habrán

decidido leer el libro. La próxima vez que recomiende un libro, ¿podría enviarme una nota antes de tiempo para ser la primera de la cola? ¡Ja!

Bueno, gracias de nuevo. Espero que reciba esta nota y que disfrute con las «cartas de sus admiradoras».

Siempre suya,

Carla Hannessy

La complacía saber que sus columnas habían sacado una sonrisa a Carla Hannessy, pero esa sonrisa no se podía comparar con la que esbozó Margaret cuando leyó su nota y las cartas que con tanta amabilidad le había enviado.

No se podían considerar todas «cartas de admiradoras». Tres de ellas se asemejaban en tono a las críticas que había recibido de las cotillas de la piscina; una la tachaba de comunista, entre otros apelativos menos delicados. Sin embargo, las otras dieciocho cartas eran muy positivas. Cinco lectoras decían que iban a formar clubes de lectura de Betty Friedan por su cuenta. ¡Cinco!

Esas cinco cartas embargaron a Margaret de un sentimiento de anticipación que hacía mucho tiempo que no sentía y que le provocó un hormigueo en todo el cuerpo, como la emoción que se apodera de una niña cuando pide un deseo y sopla las velas. Charlotte estaba en lo cierto; nunca sabías lo que podía llegar a ocurrir.

Margaret había enviado cartas y recortes de su columna a editores de dos docenas de revistas, pero por el momento no le habían respondido ni con un «Gracias, pero no». En el fondo, no le sorprendía; las cartas como la suya, enviadas sin que se lo solicitasen, probablemente terminaban en la papelera sin leer siquiera. Pero su artículo acerca de las Bettys lo habían leído tantas personas y había despertado reacciones tan vívidas… ¿Acaso era un disparate pensar que entre todos esos lectores podría haber al menos una persona influyente, alguien que pudiera ofrecerle un

trabajo como escritora «seria», una oportunidad de escribir acerca de la verdad, en vez de trivialidades?

Margaret tenía el pálpito de que algo sacaría de esto, algo bueno, pero no se lo dijo a las Bettys. Tener un pálpito no era lo mismo que saber algo a ciencia cierta. Además, hoy era el día de Charlotte, quien, al parecer, tenía noticias importantes. Había llamado a las Bettys el día anterior y les había dicho que estuviesen preparadas a las 10:30 h.

—Nos vamos de excursión otra vez —les dijo—. ¡Tengo que enseñaros algo maravilloso!

Capítulo 36

«Me temo que nos hemos quedado sin tiempo»

Desde que salió del despacho de Howard como una mujer a punto de alcanzar la libertad, Charlotte tenía la sensación de que cada día era mejor que el anterior.

Lo cual no quería decir que no hubiera cabida para el estrés en su vida.

A pesar de que había declarado que no había nada que negociar, sí había habido un tira y afloja entre los abogados. Sin embargo, después de informar a su padre de que divulgaría las fotografías entre la prensa si no llegaban a un acuerdo antes del Día del Trabajo, G. G. se rindió. Los trámites legales iban a llevar algo de tiempo, pero ya habían depositado mitad del dinero en la cuenta de Charlotte y su abogado estaba revisando la documentación del fideicomiso de Denise.

Las cuestiones domésticas eran más complicadas.

Al enterarse del divorcio inminente de sus padres, Howie se había limitado a preguntarle si, al tener Charlotte la plena custodia, podía abandonar la escuela militar y volver a casa. Por ella no había ningún problema y la respuesta era un sí, pero Howard se opuso rotundamente, por lo que habría que esperar a que se ultimara el divorcio. Denise estaba bien; en Inglaterra se sentía como en casa.

Pero a Charlotte la preocupaban los hijos más pequeños.

Esos días Laura estaba muy mimosa y quejica, y Andrew estaba de mal humor. Y aunque Charlotte estaba convencida de que Howard había escogido la vivienda más burguesa y monstruosa posible en Concordia solo para molestarla, había decidido quedarse donde estaba de momento. Lo que menos les convenía a los niños era otro cambio drástico. Ahora que era la dueña de la casa, tenía que aprender a mantenerla: tratar con los jardineros, gestionar el seguro, pagar las facturas y contactar con los técnicos. Hasta la fecha se había encargado de todo la secretaria de Howard, pero ahora era responsabilidad de Charlotte. Tenía mucho que aprender y se vio obligada a comprar archivadores y a preguntarle a Viv qué debía guardar en ellos.

También había problemas de índole más existencial. Los días en los que se permitía soñar con tales cosas, la imaginación de Charlotte siempre la devolvía a Nueva York y a una carrera como artista profesional. Ahora que se le habían cerrado esas puertas, ¿qué debía hacer con su vida?

Halló la respuesta, como suele ser el caso, donde menos se lo esperaba.

—¿Y bien? —les preguntó a sus amigas, abriendo del todo los brazos, como si tratara de abarcar no solo el exterior del edificio delante del que se encontraban, sino toda la manzana—. ¿Qué os parece?

Bitsy frunció el ceño.

—¿Has alquilado una vivienda en Alexandria? Pensaba que ibas a quedarte en Concordia de momento.

—No está mal —dijo Margaret, echando la cabeza hacia atrás para contemplar el edificio de tres pisos y medio de ladrillo rojo—. Tiene personalidad. Pero ¿estás segura de que es buena idea? Has dicho que no querías condenar a los niños a una mudanza.

—Es una calle muy transitada —dijo Viv, fijándose en un cartel en el que figuraban los ocupantes del edificio—. ¿Estas no son oficinas? ¿Cómo has hecho para alquilar un piso aquí?

—Es que no lo he alquilado —dijo Charlotte, sonriendo de oreja a oreja y sacando una llave del bolsillo—. Desde ayer, todo este edificio es de mi propiedad. Entrad. Quiero que lo veáis por dentro.

Abrió la puerta y les hizo un gesto a las demás para que entraran en el vestíbulo, que, más bien, era un pasillo alargado.

A la derecha había tres puertas de oficinas. A la izquierda, unas escaleras estrechas que seguramente daban a más oficinas. Una vez que hubieron entrado todas, Charlotte cerró la puerta.

—Los inquilinos disponen de un plazo de treinta días para marcharse, así que hoy no puedo enseñaros gran cosa, pero he contratado a un arquitecto al que se le han ocurrido unas ideas maravillosas. Para empezar, vamos a derribar las paredes de la primera planta para crear un solo espacio —dijo, abriéndose paso entre sus amigas y avanzando hacia la escalera—. Obviamente, estas escaleras también van a desaparecer. Las vamos a reemplazar por unas más anchas, mucho más abiertas y modernas. Estamos pensando en instalar peldaños de cristal muy grueso, para que parezca que la gente que los suba está flotando. Puede que incluso quitemos el techo entre la primera y la segunda planta. Un techo alto sería mucho más dramático, en especial tratándose de un edificio viejo. El arquitecto piensa que, con instalar vigas, se mitigaría cualquier problema estructural, pero habrá que esperar a ver qué dice el ingeniero.

—Bueno, parece que ya está todo planeado —dijo Viv cuando Charlotte terminó de hablar—, pero te has olvidado de un pequeño detalle sin importancia: después de eliminar las paredes, el techo y las escaleras, ¿qué piensas hacer con el edificio?

—¡Lo siento! Me he emocionado tanto que me he saltado esa parte.

Inhaló hondo y anunció su propósito con un tono de voz sereno y confiado, como si, más que una aspiración, fuese algo ya hecho.

—Voy a abrir una galería de arte.

A Margaret se le iluminó el semblante.

—¡Charlotte, es una idea maravillosa!

—¿Para exponer tus cuadros? —Quiso saber Bitsy.

—No —respondió—. He aceptado la realidad. Aunque no soy mala como artista, tampoco soy muy buena.

—Entonces, ¿piensas vender los cuadros de otra gente? —preguntó Viv.

—Esa es la idea. Quisiera centrarme en la obra de artistas prometedoras y desconocidas que necesiten una paladina. De mujeres en particular. Quizá no tenga talento para crear obras propias, pero entiendo de arte y lo reconozco cuando lo veo. Ese es un talento diferente. Y, como ahora tengo recursos para echar una mano a mujeres artistas con talento, ¿qué es lo que me lo impide? —dijo, levantando las palmas de las manos para enfatizar sus argumentos—. No podré permitirme perder dinero de forma indefinida, pero, gracias al acuerdo que he alcanzado, durante una buena temporada no hará falta que tenga beneficios. Ya veremos. Pero parece una buena forma de vivir la vida, ¿no?

Viv, que no había parado de asentir con la cabeza mientras Charlotte hablaba, le preguntó:

—¿Sabes algo de dirigir galerías de arte?

—¡Oh, casi nada! —respondió, riéndose, y Viv abrió mucho los ojos—. Pero ¿por qué debería ser eso un impedimento? Piensa en todas las habilidades que he adquirido últimamente. Con la ayuda de Margaret, he aprendido a cocinar lo suficiente para que mis hijos no se mueran de hambre. Bitsy me ha enseñado a tener las cuentas al día. Viv me ha ayudado a organizar mis archivadores. ¡Hasta he aprendido a limpiar la casa! —Levantó el mentón, como diciendo: «¡Tachán!»—. Por supuesto, en realidad no tengo pensado limpiarla por mi cuenta. Ahora que me he librado tanto de Howard como del psiquiatra, me ha quedado claro que lo de ceñirse a tu función está muy sobrevalorado. Me da igual lo que cueste —añadió—: pienso contratar a un ama de llaves. La habría contratado de todas formas, pero entre el trabajo, el desplazamiento y los niños, voy a necesitar ayuda de verdad.

—Mándala a mi casa cuando termine en la tuya —dijo Viv.

—Todas hemos aprendido mucho estos últimos meses —comentó Margaret, y luego vaciló, frunciendo el ceño, como si no quisiera dar malas noticias—, pero tener un negocio es mucho más complicado que preparar un pastel de carne, ¿no te parece?

—Créeme —dijo Charlotte con firmeza—, no me engaño: me consta que me queda mucho por aprender. Por suerte, tengo un consejero. Voy a ir en tren a Filadelfia para reunirme con él en su galería de arte la próxima semana. Luego, vendrá a ayudarme en cuanto terminemos con las reformas. Lo llamé ayer, después de recibir las llaves. Creo que Nicky está casi tan ilusionado como yo. Antes de que me lo preguntes —añadió, reparando en la intriga que transmitían las cejas enarcadas de Bitsy—, Nicky es el apodo de Nikolai, tiene setenta años, habla ruso mejor que inglés y le intereso tan poco en el plano romántico como él a mí. Somos amantes del arte, no del otro.

—No puedes echarle en cara a una chica que sea curiosa —dijo Bitsy.

—Yo tengo curiosidad por otro tema —intervino Margaret, contemplando las habitaciones estrechas y las escaleras destartaladas—. ¿Por qué has escogido este lugar? Tiene carácter y está bien situado, pero tendrás que invertir mucho dinero en las reformas. ¿Por qué no has comprado otro edificio que no necesitase tantas obras?

Antes de que Charlotte pudiera explicarlo, giraron una llave en el cerrojo y se abrió la puerta de la entrada. Un hombre de barba blanca y encorvado, con una chaqueta de tela *tweed* marrón, entró en el vestíbulo. Los ojos de Charlotte se iluminaron con ese mismo fulgor verdoso que había ardido el día en el que entró en el despacho de Howard y desplegó las fotografías en la mesa.

—¡Doctor Barry! Veo que has vuelto del almuerzo. —Sonrió, mirando el reloj de pulsera de diamantes—. Tan puntual como siempre. Confiaba en que coincidiéramos.

La cara del doctor sugería todo lo contrario. Charlotte se volvió hacia las Bettys.

—Señoras mías, os presento al doctor Ernest Barry. Me parece que os he hablado de él alguna vez.

Las tres dieron a entender a través de la mirada que se acordaban, pero ninguna dijo nada.

—Bueno —prosiguió Charlotte, agitando la mano—, por eso he comprado el edificio. El mes pasado vine para decirle al doctor Barry que he encontrado una nueva doctora, la doctora Louisa Bernstein (resulta que sí hay mujeres psiquiatras) y que ya no necesito sus servicios. Cuando me fui, se me ocurrió que este edificio podría convertirse en una galería de arte fantástica. Indagué un poco, contacté con el propietario y le lancé una oferta. ¡Y *voilà*! —exclamó, posando otra vez—. ¡Aquí estamos!

El doctor Barry soltó un bufido de desprecio.

—Veo que tu nueva doctora no está avanzando más contigo que yo. Esa obsesión infantil de vengarse de la autoridad es otra prueba de la neurosis que padeces.

—Posiblemente —respondió Charlotte con dulzura—, pero, doctor Barry, es que me has acusado de tantas cosas: represión, depresión, sublimación, regresión, negación… No todo puede ser verdad, ¿no te parece? Y sí, pongo en duda tu autoridad en esta cuestión y en muchas otras. —Avanzó un paso hacia el doctor contrariado, fijando la mirada en la suya—. Sí quiero que sepas una cosa. Ninguna mujer, incluida yo, ha sentido jamás de los jamases envidia del órgano masculino.

»Por cierto, ¿qué tal va la búsqueda de local nuevo? Solo te quedan veintinueve días. Tic, tac, tic, tac —dijo, tamborileando el dedo en la superficie del reloj—. Luego, nos quedaremos sin tiempo de verdad. —Reculó de nuevo, esbozando una sonrisa despacio—. Ahora tendrás que disculparme: voy a llevar a comer a mis amigas.

Al cabo de quince minutos, las Bettys estaban sentadas a una mesa en la cafetería The Majestic. Viv, que había pedido un vaso de agua antes de sentarse, no entraba en las mesas de banco corrido.

—Esto ya es ridículo —refunfuñó cuando regresó el camarero con el agua y los menús—. Todavía faltan cinco semanas para que nazca el bebé, pero no puedo caminar ni tres manzanas sin quedarme sin aliento.

—Os encantará este sitio —les dijo Charlotte, mientras abría el menú—. Es uno de los restaurantes más antiguos de Alexandria. La comida es excelente, al igual que el servicio. —Le sonrió al camarero —. Una ensalada de pollo para mí, por favor. Y un té con hielo. Chicas, ¿qué os apetece? Estamos de celebración; invito yo.

Bitsy alzó la mirada con ojos esperanzados.

—Supongo que la sopa de cebolla francesa no lleva caldo de verduras, ¿no? —El camarero negó con la cabeza—. Entonces, pediré una ensalada. Sin anchoas, por favor.

Margaret pidió el sándwich doble con rodajas de tomate en lugar de patatas fritas. El camarero anotó el pedido y, luego, miró a Viv, que estudiaba el menú con el ceño muy fruncido, al parecer incapaz de decidirse. Al cabo de un minuto, el camarero carraspeó con discreción.

—¿Viv? —La urgió Charlotte—. ¿Ya sabes lo que vas a pedir?

—Sí. ¿Qué tal un viaje al hospital? —Cerró el menú—. Siento ser una aguafiestas, chicas, pero estoy de parto.

Charlotte condujo como una loca, sorteando el tráfico y gritándoles a los demás conductores: «¡Moveos! ¡Moveos! ¡Moveos! ¡Llevo a una señora con un bebé a punto de nacer!». Las llevó al hospital en tiempo récord. Margaret agarraba la manilla de la puerta con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, literalmente, pero, al oír los ruidos guturales que salían por la boca de Viv cuando doblaron chirriando la última esquina, se sintió agradecida de que Charlotte hubiera aprendido a conducir en las calles sin reglas de Nueva York.

Bitsy salió disparada antes incluso de que el coche se detuviese del todo y, luego, corrió al interior para pedir una silla de ruedas.

Charlotte pisó el freno y se apeó de un salto para ayudar a Margaret a sacar del vehículo a Viv, que era incapaz de moverse. La parturienta gemía, haciendo gestos de dolor con tanta fuerza que se le había puesto la cara roja como un tomate.

—¡No empujes! —le gritó Margaret mientras la sacaban del asiento trasero—. ¡Hagas lo que hagas, no empujes!

Viv gimió de nuevo, un sonido indescifrable, pero la mirada que le echó le dejó claro lo que pensaba de esos consejos que no le había pedido y la invitó a irse a tomar viento. Entraron en escena Bitsy y una enfermera con una silla de ruedas, donde la sentaron sin que dejara de retorcerse. La enfermera señaló una sala de espera no muy lejos de allí y se llevó a Viv al ala de maternidad, echando a correr cuando esta última le gritó:

—Date prisa, ¿quieres? ¡Este bebé no espera por nadie!

Su hija, a quien puso de nombre Betty, nació veinte minutos más tarde, antes incluso de que llegase Tony de la oficina del Pentágono. Solo pesaba dos kilos y la metieron en la incubadora nada más nacer. El doctor dijo que era pequeña pero que estaba sana y que les darían el alta tanto a ella como a Viv en cuanto Betty ganara algo de peso.

Mientras las tres amigas permanecían con las caras pegadas al cristal del ala infantil del hospital, contemplando a la bebé de Viv, preciosa, diminuta e indudablemente perfecta, con una mezcla de euforia y fascinación, Margaret no podía parar de sonreír. El pálpito de que se avecinaban cosas buenas parecía tener fundamento.

En muchos sentidos, así era.

Capítulo 37
El tiempo lo es todo

Octubre de 1963

Viv y la bebé volvieron a casa del hospital a comienzos de octubre; la pequeña Betty estaba fuerte como un roble. Los planos arquitectónicos para la galería de arte de Charlotte ya casi estaban terminados y se preveía que las obras comenzarían en noviembre. Bitsy y King parecían encaminados a un divorcio amistoso y a ella le iba bien en las clases de la Universidad Americana.

Después estaba Margaret.

Un mes después de leer esas dieciocho cartas de admiradoras, cartas que estaba convencida de que eran las primeras ondas de un movimiento que, sin duda alguna, acabaría desencadenando una marea de cambio para las mujeres que habían leído su artículo y si acaso para la propia Margaret, nada había cambiado.

Se sentía profundamente avergonzada. Avergonzada, muy decepcionada y desanimada.

Si no hubiera involucrado a sus amigas, si hubiera mantenido toda esta aventura fallida en secreto, no habría sido tan grave. Nadie habría sabido que era un fracaso. Pero, puesto que les había permitido que invirtieran en su sueño ingenuo y vano, su fracaso no solo era de carácter público, sino que había salido caro. Lo que había conseguido a cambio del dinero de sus amigas y del suyo propio solo

habían sido unas pocas cartas de admiradoras y un brote de celebridad entre el vecindario que poco había durado.

Para más humillación, a principios de la semana Margaret había abierto el último número de *A Woman's Place* y había descubierto que su columna ahora estaba en manos de una tal Margie Reynolds. El hecho de que Margie tuviera unos rasgos faciales parecidos a los suyos, además de las mismas iniciales, parecía sugerir que los editores de la revista estaban convencidos de que las lectoras no las diferenciarían. Probablemente con razón.

De ahí la vergüenza que sentía. Y el desánimo.

En realidad, no le apetecía estar con nadie ni ir a ningún lado. Sin embargo, Bitsy se había presentado a su puerta aquella mañana, insistiendo en que hacía un tiempo perfecto para salir a cabalgar. Sacó unos pantalones de peto y una blusa de algodón de manga corta del armario de Margaret y solo le faltó montar guardia mientras ella se cambiaba.

Y ahora ahí estaba, montando a Lydia Bee (una yegua mansa y un poco rechoncha) por el sendero junto a Bitsy, que iba sobre Crystal, más joven y enérgica.

Soplaba un aire cálido pero no bochornoso, gracias al frescor de una leve brisa, la cual removía las hojas rojas, naranjas y doradas de los árboles que bordeaban el camino. Cabalgaron la una al lado de la otra en silencio varios minutos, lo cual fue un alivio. Margaret no necesitaba que nadie le dijera lo que ya se había dicho a sí misma cientos de veces: que tenía infinidad de motivos para sentirse agradecida. Aunque era cierto, no hacía que se sintiese mejor.

Pero era un día precioso para montar a caballo.

Cuando tomaron una curva en el sendero, se cruzaron con otra amazona que venía en dirección contraria. Margaret reconoció el caballo. Bitsy tiró de las riendas de Crystal cuando la mujer se acercó, deteniéndose en mitad del camino.

—¡Señora Graham! ¡Cuánto tiempo! Oh, me alegro muchísimo de verla.

La mujer le devolvió la sonrisa.

—¡Bitsy! Esperaba encontrarme contigo justo hoy. Sé que he dejado de lado a la pobre Delilah, pero entre el funeral, la familia y el negocio… —Su sonrisa se desvaneció—. Bueno, seguro que lo entiendes. No he tenido tiempo para montar a caballo.

—Por supuesto. Pero Delilah se encuentra bien. Le echo un vistazo todos los días.

—Por eso esperaba verte. Hoy hemos disfrutado mucho del paseo. Teniendo en cuenta la edad que tiene y todo lo que le ha pasado últimamente, parece que está en buena forma. Supongo que, en ese aspecto, nos parecemos un poco. —Volvió a sonreír—. Bueno, quería darte las gracias por eso y también por la nota. Fue muy amable por tu parte escribirme y significa mucho para mí saber que has rezado por mí.

—Sigo rezando —dijo Bitsy—. Todos los días.

—Bueno, no pares. No ha sido nada fácil ocupar el lugar de Phil en el periódico. Me harán falta todas las oraciones posibles.

Delilah bufó e hizo un movimiento brusco con la cabeza, dando a entender que tenía ganas de reemprender la marcha. La señora Graham se agachó para darle unas palmadas en el cuello, como urgiéndola a tener paciencia.

—¿Y tú qué tal, Bitsy? Alice me ha dicho que has retomado los estudios. ¿Te gustan las clases?

—Por ahora, sí. Necesito sacar en todo sobresalientes para que me acepten en la facultad de veterinaria el año que viene, pero voy por el buen camino. Crucemos los dedos.

—¡Me alegro por ti! —La señora Graham se volvió hacia Margaret —. Lo siento, me parece que no nos conocemos. Soy Katharine Graham.

Mientras Margaret se presentaba, Lydia Bee cambió de postura y dio un pisotón. Margaret se aferró al pomo de la silla de montar.

—Le daría la mano, señora Graham, pero no monto a caballo desde que tenía unos diez años y, si me suelto, lo más probable es que me caiga.

—Margaret es escritora —la informó Bitsy—. Columnista de

revista.

—¿De verdad? —dijo la señora Graham, con un interés que Margaret estaba segura que solo era fruto de la cortesía.

—Sí —se apresuró a responder Bitsy—. Antes Margaret escribía una columna humorística, pero hace poco ha publicado un artículo acerca del club de lectura que hemos formado para leer *La mística de la feminidad* y que ha cambiado nuestras vidas; gracias al club nos hemos vuelto amigas íntimas.

En mitad del discurso de Bitsy, un brillo iluminó el rostro de la señora Graham al caer en la cuenta. Miró ora a Bitsy, ora a Margaret.

—Espera un momento… He leído ese texto. ¿Sois las Bettys?

Margaret se quedó boquiabierta. Katharine Graham, editora del *Washington Post*, había leído su artículo. No se lo podía creer. A causa de la sorpresa, aflojó la presa en torno al pomo de la silla, pero, cuando Lydia Bee volvió a dar un pisotón, se agarró con fuerza una vez más.

—Somos más —le explicó Bitsy—. Hay otras dos Bettys en el club de lectura, Viv y Charlotte. Y todas me ayudaron cuando Delilah enfermó de laminitis, me trajeron comida y hielo y me hicieron compañía. Sin ellas no lo habría conseguido.

—Entonces, estoy en deuda contigo por haber ayudado a salvar a mi caballo —le dijo Katharine a Margaret—. Y te doy la enhorabuena por haber escrito un texto de gran calidad. —Entrecerró un poco los ojos—. Si no me falla la memoria, hasta tuviste que pagar para que te lo publicaran. ¿Es eso cierto? ¿Compraste un espacio publicitario en la revista?

—Así es —respondió Margaret—. Cuando mi editor se negó a publicarlo, todo el mundo contribuyó para comprar el anuncio: las Bettys, mi marido y yo misma, así como la pareja que regenta la librería de nuestro vecindario.

—Bueno, me parece admirable —dijo la señora Graham con un tono sincero del que Margaret no pudo sino fiarse—. Si no estás muy ocupada, me gustaría que quedásemos para comer. Estoy segura de que tendríamos mucho de lo que hablar. ¿Podrías darme tu tarjeta

de visita?

—Ay, madre —dijo Margaret, poniéndose colorada—, me temo que no tengo. Ya no escribo para la revista. Me despidieron después de entregar ese texto.

—Claro, seré tonta. —La señora Graham hurgó en el bolsillo. Sacó un pequeño bolígrafo clorado y una tarjeta de visita y se los tendió a Margaret—. Escribe tu número de teléfono; te llamaré.

Margaret seguía sin creerse lo que estaba sucediendo. Escribir con letra legible en una pequeña tarjeta de visita encima de un caballo que cada vez estaba más y más inquieto era todo un reto, pero obedeció. La señora Graham volvió a guardar el bolígrafo y la tarjeta en el bolsillo. Delilah hizo un movimiento brusco con la cabeza y resopló.

—Será mejor que me ponga en marcha —dijo la señora Graham, enderezándose en la silla y aflojando las riendas—, pero me alegro muchísimo de haberme encontrado con las dos. Bitsy, ya informaré a Alice de tus avances. Y ¿Margaret? Me pondré en contacto contigo muy pronto.

Capítulo 38

Mujeres a las que vale la pena conocer

Noviembre de 1963

Katharine Graham no se puso en contacto con Margaret pronto.

De hecho, no llegó a ponerse en contacto con ella.

Pero mientras regresaba a Concordia, Margaret se sintió como una botella de refresco que hubieran agitado y destapado: burbujeaba de la felicidad. Bajó las ventanillas y subió el volumen de la radio mientras ella y Bitsy cantaban con las Chiffons, entonando a los cuatro vientos la letra de «He's So Fine» mientras aceleraba por la autopista. Bailaron en sus asientos y tocaron el claxon cada vez que llegaban a la palabra *fine*.

Cuando le contó la historia a Walt por la noche, rebajó sus esperanzas a propósito. Le dijo que, aunque la había gratificado saber que a la señora Graham le gustaba su escrito, no se esperaba que fuese a dar pie a nada importante.

En realidad, se pasó buena parte de la siguiente semana imaginando todo tipo de cosas maravillosas a las que pudiese dar pie, y la anticipación bullía en el fondo de su mente mientras cocinaba, pasaba la aspiradora y hacía la colada, con la oreja siempre puesta a la espera de oír el teléfono.

Hacia finales de la semana, el hervor pasó a fuego lento. Pero no perdió la esperanza, confiando en lo que le había recordado Bitsy:

que Katharine Graham era una de las mujeres más ocupadas de Washington D. C. Viv, Charlotte y Walt estaban de acuerdo y le decían que debería tratar de distraerse con otra cosa.

Margaret siguió el consejo al pie de la letra y pasó la segunda semana leyendo *Joy in the Morning*, de Betty Smith, preparando pollo *cordon bleu* y cosiendo disfraces de Halloween en la máquina de coser que le prestó Viv: un traje de música de banda para Beth, un tutú de bailarina para Suzy y un uniforme de astronauta para Bobby, con un casco de papel maché pintado y una capa plateada de espray.

Walt alabó el pollo y Bitsy le dijo que la señora Graham nunca faltaba a su palabra.

Durante la tercera semana, Margaret leyó *Las señoritas de escasos medios*, de Muriel Spark, limpió y enceró los suelos, anotó los menús para el Día de Acción de Gracias, bajó los dobladillos de todos los pantalones de Bobby, reorganizó los armarios, limpió el homo y ayudó a Viv a empapelar la cocina.

Walt le dijo que la casa estaba impecable. Bitsy, que el concepto de «muy pronto» probablemente significaba cosas diferentes dependiendo de la persona.

Durante la cuarta semana, Margaret hizo compota de manzana y trató de leer *La campana de cristal*, de Sylvia Plath, pero lo dejó porque era deprimente. Viv sugirió que se uniera al club de *bridge* y Margaret le dijo que preferiría clavarse un tenedor en el ojo. Luego, fue en coche hasta la tienda, se compró una caja de bombones Whitman's y se comió un tercio sentada en el coche.

Walt le dijo que, aunque la señora Graham no la llamase nunca, él seguía pensando que era una escritora estupenda. Margaret y Bitsy dejaron de hablar del tema.

Pero a mediados de la quinta semana, sonó el teléfono.

—Hola, ¿es usted la señora Ryan? Soy Gloria Sizemore, la secretaria de asuntos sociales de Katharine Graham. La señora Graham quisiera saber si estaría disponible para almorzar con ella el jueves.

Bitsy tenía razón. Aunque le llevase su tiempo, Katharine Graham era una mujer que jamás faltaba a su palabra.

Georgetown, uno de los vecindarios más antiguos en Washington D. C., albergaba un buen número de casas grandes, elegantes y sorprendentes por su valor arquitectónico. Pero la casa de la señora Graham era única en su género. Con más de media hectárea de extensión, la vivienda de ladrillo blanco y tres pisos era un ejemplo exquisito del estilo federal, rodeada de árboles altos y jardines cuidados. Al verla, a Margaret le vinieron a la mente palabras como «palaciega» u «opulenta», y deseó haber buscado un conjunto mejor en el armario de Charlotte.

Margaret subió las escaleras de piedra hasta la puerta delantera pintada de negro, con un acabado tan brillante que casi parecía mojada. Después de tomarse un momento para armarse de valor y quitarse una pelusa imaginaria de la chaqueta verde, llamó al timbre.

Una mujer de mediana edad que lucía un vestido negro y un delantal blanco la saludó con una plácida sonrisa y la invitó a pasar a un vestíbulo que era más grande que su sala de estar. Había una alfombra oriental enorme y de colores vividos en el suelo, y del techo colgaba una araña de latón de tres niveles. Justo debajo descansaba una mesa con una superficie de mármol y un enorme ramo de lirios de agua.

Mientras la agradable mujer se encargaba del abrigo de Margaret, apareció otra algo más joven, con gafas de ojos de gato y un vestido conservador pero elegante de algodón azul.

—¿Señora Ryan? Soy Gloria Sizemore. La señora Graham le pide disculpas por haberla avisado con tan poco tiempo de antelación, pero se alegra de que haya podido venir.

—Gracias. Espero no haber llegado tarde. Me ha costado un poco dar con la ubicación.

Margaret siguió a la señorita Sizemore por el vestíbulo y a través

de un pasillo con puertas a un lado y unos ventanales gruesos que daban a un precioso jardín de invierno al otro.

—No pasa nada, señora Ryan. Faltan algunas rezagadas, pero casi todas las demás están en la biblioteca.

Margaret frenó en seco.

—¿Las demás?

La biblioteca era tan elegante como el resto de la casa. Tres de las cuatro paredes estaban revestidas de estanterías de madera, empotradas y pintadas de un color verde claro, y estaban tan llenas que parecía que no había espacio para meter ni un solo volumen más.

En la pared restante colgaban fotografías enmarcadas, imágenes en blanco y negro de la señora Graham y del difunto señor Graham posando con presidentes, políticos y famosos. La estancia estaba llena de grupos de sofás y sillas tan cómodos como elegantes y se oía el suave murmullo de voces femeninas.

Margaret no las contó, pero debía de haber unas quince mujeres presentes, con un rango de edad desde los veintipico hasta los sesenta y muchos. Algunas estaban sentadas, otras permanecían de pie. Algunas fumaban cigarrillos, otras daban sorbos a pequeñas copas de jerez. Todas estaban absortas en conversaciones y no prestaron la menor atención cuando Margaret entró. Se quedó cerca de la puerta, sintiéndose muy fuera de lugar.

La estancia olía a café, cigarrillos y Shalimar, los mismos aromas que perfumaban las quedadas para el café de Concordia. De estar en una de estas, Margaret habría establecido contacto visual con la mujer más cercana que pareciese aburrida, se habría aproximado y se habría presentado.

Pero ninguna de estas mujeres parecía aburrida y Margaret era incapaz de aunar el valor para meterse en la conversación. Lo que hizo fue caminar hacia una de las estanterías, ladeando la cabeza para leer los lomos, fingiendo interés en un estante entero de libros

escritos por miembros actuales o pasados de la Corte Suprema. El juez John Jay había publicado no uno, sino tres volúmenes de sus documentos y correspondencia. ¿Quién lo iba a decir?

Cuando Margaret sacó el tercer volumen del estante, se abrió una puerta corredera en mitad de la sala y apareció la señora Graham, elegante con un vestido rosa claro de *shantung*.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! —dijo Katharine, levantando los brazos e interrumpiendo todas las conversaciones—. Decir en la oficina que no me molesten desencadena inevitablemente toda una avalancha de emergencias editoriales. Pero ahora soy toda vuestra, al menos hasta la siguiente crisis. ¿Qué tal estáis? ¿Tenéis todas lo que necesitáis?

Una mujer de rasgos suaves y cabello castaño rojizo agitó la mano.

—Yo quisiera una exclusiva con el fiscal general, si puede ser.

—Oh, Helen, ¿y quién no? —La señora Graham se echó a reír y las demás la secundaron—. Seguimos esperando por una, así que el almuerzo empezará con un poco de retraso. Mientras tanto, las que no estén pendientes de ningún plazo de entrega que se sirvan más jerez.

Hubo otra ronda de risas. Los ojos de la señora Graham brillaron al reconocer a Margaret de pie al lado de la estantería.

—¡Ah, has venido! Chicas, quisiera presentaros a una nueva amiga mía —dijo, atravesando la estancia—. Margaret Ryan, escritora independiente. Hace poco escribió un artículo acerca del club de lectura de su vecindario, las Bettys, y el impacto que tuvo *La mística de feminidad* en sus vidas. Si todavía no lo habéis leído, deberíais.

Las mujeres la saludaron entre murmullos. Margaret sonrió y asintió con cortesía, convencida de que se estaba sonrojando.

¿Cómo que «escritora independiente»? Aunque alguna vez se hubiera merecido ese título, desde luego ahora ya no era el caso. «Escritora independiente despedida» habría sido una descripción más acertada. O «farsante». Aunque no conocía a esas mujeres, el

hecho de que pareciesen conocerse las unas a las otras, incluida a Katharine Graham, indicaba que eran escritoras y periodistas serias, mientras que Margaret…

La señora Graham le tocó el hombro y comenzó a hablarle en voz baja, casi como si fuera una conspiración, pero lo suficientemente alto para que la oyera a pesar del murmullo de las conversaciones que habían retomado las demás.

—Voy a ponerte al día de quién es quién. Esa de ahí es Nancy Dickerson. —Señaló a una mujer delgada de pelo marrón claro y un rostro que sería la envidia de cualquier estrella de cine—. Tal vez la reconozcas. Trabaja de corresponsal en la cadena de televisión NBC. Fue la primera mujer en informar desde la sala de una convención política.

»¿Y ves a la mujer con la que está hablando? —Señaló con un gesto de la cabeza a una mujer mucho mayor de pelo cano—. Tras una dilatada carrera como reportera, Bess Furman está ahora al mando de la oficina de prensa del Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social. ¿La pelirroja que quiere una exclusiva con Bobby Kennedy? —Margaret desvió la mirada hacia el otro lado de la estancia—. Es Helen Thomas, corresponsal en la Casa Blanca y presidenta del Club Nacional de Mujeres de la Prensa.

Mientras Katharine seguía presentando a las demás, Margaret estudiaba los rostros de las invitadas, embargada por una mezcla de asombro, gratitud y decepción. Se sentía maravillada por estar entre un grupo tan distinguido y, por supuesto, la honraba que la señora Graham la hubiera incluido. Sin embargo, había albergado la esperanza de que ese día fuese a ser diferente. La señora Graham pareció percatarse de ello. Bajó el mentón y la miró directamente a los ojos.

—No puedo darte un empleo en el periódico —le dijo—. Los editores ejecutivos se ponen muy nerviosos cuando interferimos en las contrataciones. Además, tampoco estás preparada. Un buen artículo no te da derecho a trabajar en una redacción importante, y no tengo claro que lo tuyo sea el periodismo puro y duro. Pero esta

ciudad se basa en los contactos, Margaret, y no hay ni una sola mujer en esta sala a la que no valga la pena conocer. Tú recuerda una cosa: puedes apoyar el pie en las manos de una amiga para ver lo que hay al otro lado del muro, pero tienes que trepar tú sola. ¿Lo entiendes?

Margaret asintió.

—Así me gusta —dijo Katharine—. Ahora a relacionarse.

No era tan fácil como parecía.

Las otras mujeres eran simpáticas, pero ya se conocían muy bien las unas a las otras. Puesto que Margaret sabía muy poco de periodismo y no estaba tan al día de la actualidad como ellas, terminó en los márgenes de la conversación, agarrándose al jerez y sintiéndose algo superflua…, además de hambrienta.

Si hubiera sabido que se retrasaría el almuerzo, habría comido antes de venir. Además, ¿a quién estaban esperando? ¿Y cuándo se dignaría esa persona a hacer acto de presencia?

Al notar que le tocaban el hombro, Margaret se dio la vuelta. Una mujer más joven, de unos veinticinco años, con unos ojos inteligentes y grises y un pelo espeso y oscuro al estilo paje le tendió la mano.

—Me llamo Susan Stamberg. Tienes pinta de que necesitas que te rescaten o de tomarte algo más fuerte.

—¿Tanto se me nota? —Margaret le dio un apretón de manos—. Soy Margaret Ryan. ¿A qué te dedicas, Susan?

Margaret ya se había dado cuenta de que las periodistas no tenían paciencia para hablar de trivialidades. Iban directas al grano, sin preámbulos, sin tonterías.

—Trabajo en WAMU, una emisora de radio pública con sede en el campus de la Universidad Americana. Soy la directora de programación. Lo sé, lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—, soy muy joven. Pero lo bueno de trabajar en una emisora tan pequeña (solo son cuatro mil vatios y solo llevamos dos años en antena) es

que aprendes mucho, asciendes rápido y haces de todo un poco. En mi caso, he terminado dirigiendo programas y haciendo reportajes. También copresento un programa llamado *Kaleidoscope*. Es como una revista —explicó—, pero para la radio.

—¡He escuchado tu programa! —exclamó Margaret—. Un día en el coche escuché la historia del diamante Hope antes de que lo donaran al Smithsonian. Fue muy interesante.

Margaret sentía admiración de verdad. Independientemente de si era una emisora pequeña o no, la impresionaba que Susan se hubiera labrado una carrera siendo tan joven.

—Gracias —le dijo esta—. Y yo he leído tu artículo. Está claro que tienes madera de escritora.

Margaret se sintió complacida, pero también sorprendida. Una joven inteligente, ocupada y con una carrera profesional como Susan Stamberg no parecía adecuarse al perfil de lectora de *A Woman's Place*.

—Una amiga recortó el artículo y me lo envió porque estuvimos hablando de *La mística de la feminidad* —explicó Susan—. Decía que tenías unas ideas muy buenas y yo estoy de acuerdo. Pero tengo curiosidad: Katharine dijo que eres escritora independiente, pero compraste un espacio publicitario para publicar ese texto, ¿no es así? No me malinterpretes —dijo, mirándola de pies a cabeza—, pero no me pareces la clase de persona que va por ahí firmando cheques.

—Créeme, nada más lejos de la verdad. Fue una especie de proyecto en equipo —dijo Margaret, antes de explicarle brevemente los acontecimientos que la habían llevado hasta donde estaba.

—Es una gran historia —dijo Susan cuando hubo terminado—. No hay ningún escritor en el mundo que no haya soñado con zafarse de su editor. ¡Y tú lo has hecho!

—Sí, y de qué me ha servido. Han pasado meses y sigo sin trabajo.

Susan frunció el ceño en señal de simpatía.

—Es difícil hacerse un hueco en el mundillo, en especial siendo mujer. Tuviste suerte de conseguir la columna, pero necesitas más

méritos. ¿Te has planteado volver a estudiar? WAMU ofrece prácticas a estudiantes de periodismo. Es una buena forma de conseguir experiencia.

—Oh. Bueno… —Margaret levantó los hombros—. No podríamos permitírnoslo. Como tú misma has dicho, no soy de las que van por ahí firmando cheques a la ligera. Y con tres niños en casa…

La puerta se abrió de nuevo. Entró un hombre de rostro serio con un traje oscuro, observando la estancia e interrumpiendo de golpe todas las conversaciones. Miró hacia atrás y asintió en dirección a alguien a quien no se veía, antes de pegarse contra la pared como un centinela en una almena.

Margaret miró hacia Susan con la esperanza de que le explicara lo que estaba sucediendo, pero estaba mirando la puerta abierta, como todas las demás.

Una mujer de cabello oscuro y ropa elegante, con una figura esbelta y paso ligero, entró en la estancia. Al verla, a Margaret la recorrió un descarga eléctrica tal que tuvo que taparse la boca con la mano para ahogar un grito. La mujer contempló a las presentes con sus ojos risueños de color marrón antes de volverse hacia la anfitriona, a quien se dirigió con un tono de voz confiado, casi sin aliento.

—Siento muchísimo llegar tan tarde. Katharine, ¿me perdonas?

La señora Graham dio un paso adelante y la cogió de las manos.

—No hay nada que perdonar, señora Kennedy. Nos alegramos mucho de que haya podido venir.

La risa de la primera dama fluyó brillante, como oro líquido.

—Oh, déjate de formalidades, que estamos entre amigas. Hoy solo soy Jackie. Pero os aviso, chicas: de ahora en adelante, todo es confidencial.

Tomó asiento en una silla de color crema y sacó una cajetilla de cigarrillos del bolso.

—¿Alguien tiene un mechero?

El bufé del aparador, con ensaladas, sándwiches sin corteza y pastelitos, estaba prácticamente intacto. En cuanto comenzaron a contarse anécdotas, todas, incluida Margaret, se olvidaron del hambre que tenían.

Parecía que la primera dama y muchas de las presentes se conocían de verdad, que sus caminos se habían cruzado mucho antes de que se convirtiera en la señora Kennedy, cuando, en efecto, no era más que Jackie, una joven ambiciosa y con talento que solo deseaba ser periodista.

Tal y como había comentado Susan, no era fácil hacerse un hueco en ese mundillo, incluso para una mujer con tan buenos contactos sociales como Jacqueline Bouvier. Esos contactos le abrieron las puertas a un trabajo de secretaria en el *Washington Times-Herald*, pero que su jefe se la tomara en serio y, con el tiempo, le dejara escribir artículos con su firma le costó mucho trabajo, ingenio y no poca audacia.

Cuando la princesa Isabel de Inglaterra vino a Washington en 1951, Jackie, sin credenciales, se coló en un evento de prensa para el que hacía falta invitación, con la esperanza de conseguir una entrevista (o aunque fuera una frase) con la que escribir un artículo que la catapultara profesionalmente. Fue un fracaso estrepitoso y se ganó un buen sermón de su jefe, quien le recordó sin dar lugar a equívocos que «¡ella no era reportera!». Aun así, cuando un colaborador independiente dejó el puesto y nadie quiso hacerse cargo de la columna «El fotógrafo curioso», en la que no aparecía el nombre del redactor y que consistía en salir a la calle para sacar fotos y hacer preguntas al azar a los ciudadanos, la tarea recayó en la señorita Bouvier. La primera pregunta de su columna fue: «La princesa Isabel, ¿es tan guapa como en las fotos?».

—Me pagaban veinticinco dólares a la semana para sacar fotos y entrevistar a seis personas diferentes seis días a la semana: 144 entrevistas al mes. Me recorrí todo Washington con una cámara

Graflex asaltando a completos desconocidos en las calles.

Todas se echaron a reír. La señora Kennedy encendió un segundo cigarrillo.

—Nadie quería hacerse cargo de esa columna, pero yo lo di todo para que fuera la clase de contenido que a la gente le interesase leer, y funcionó. Cambiaron el título por «La chica curiosa de la cámara», me dejaron firmar con mi nombre y me aumentaron el sueldo ni más ni menos que a 42,50 dólares a la semana.

Volvió a soltar esa risa humilde, de oro líquido. Pero algo había en los ojos de la señora Kennedy que le dio a entender a Margaret que, a pesar de todo lo que había visto y hecho desde entonces, la primera dama recordaba sus tiempos como la chica curiosa de la cámara con cariño y no poco orgullo.

Casi todas las mujeres presentes tenían anécdotas que contar acerca de cómo habían aprovechado las pequeñas oportunidades que se les habían presentado para convertirlas en una escalera con la que llegar desde donde estaban hasta donde querían estar.

Mary McGrory, veterana periodista especializada en política, pasó años escribiendo reseñas de libros e «historias de perros» (historias de asuntos humanos que los reporteros varones desestimaban por ser muy elogiosos y exagerados) antes de conseguir al fin la oportunidad de cubrir las audiencias de McCarthy y referirse al joven senador de Wisconsin como «un matón irlandés», con lo que comenzó a hacerse un nombre.

Tras pasar años escribiendo en periódicos del medio oeste del país, Bess Furman recibió una oferta de trabajo en las oficinas de Associated Press en Washington D. C. para cubrir noticias de las esposas de los políticos. La más importante por aquel entonces era la primera dama Lou Hoover, que «odiaba a los reporteros». Bess cautivó a la señora Hoover al presentarse como líder de tropa en la recepción en la Casa Blanca de las chicas *scouts*. Pronto recibió una invitación de verdad, con lo que comenzó una carrera de décadas de duración centrada en las esposas de los presidentes.

Eran historias que despertaban una profunda inspiración, pero lo

que más le gustaba a Margaret de aquellas mujeres era la forma en la que se hablaban las unas a las otras: compartían consejos, sugerencias y un sentimiento de compañerismo, además de algún que otro comentario sarcástico. Hablaban con soltura y familiaridad; esa era la impresión que le daban a Margaret.

«Oh, sí —pensó—, podrían ser Bettys».

El tiempo pasó muy deprisa. Mientras la señora Kenendy les contaba que, en 1952, cuando todavía estaba buscando oportunidades para escribir artículos con los que complementar su columna, entró en el estadio Griffith y se colocó al lado del vestuario con la esperanza de entrevistar a Ted Williams, se abrió la puerta. El hombre de ropa oscura entró en la biblioteca. La señora Kennedy aplastó el cigarrillo.

—Chicas, ha sido maravilloso, pero me temo que tengo que marcharme. Esta noche se celebra una gala judicial y luego tengo que hacer las maletas.

Se puso de pie y recogió sus cosas. La señora Graham la acompañó hasta la puerta. Cuando las dos mujeres pasaron por su lado, Margaret oyó la promesa que le hizo la primera dama a la anfitriona:

—Tenemos que quedar pronto, Katharine. Tal vez podamos quedar para comer antes del Día de Acción de Gracias. Te llamaré el sábado en cuanto Jack y yo volvamos de Dallas.

Capítulo 39
Un antes y un después

Noviembre de 1963

Con la ventaja de la perspectiva aérea que tienen desde sus torres de marfil, parecida a la de los pájaros, los científicos, los teólogos y los académicos adoptan una visión generalizada de la historia humana, catalogando cambios existenciales en eras o épocas.

El cambio parece y es diferente al nivel del suelo de la vida real, más discordante, catalogado en momentos, más que en épocas. Casi todas las generaciones pueden señalar un acontecimiento inesperado que supuso un antes y un después en el curso de la historia, un día después del cual el mundo nunca volvería a ser igual, cuando se desplomaban los mercados, caían bombas, estallaban guerras o caían torres.

Para la generación de comienzos de la década de 1960, lo que supuso un antes y un después fue un *shock* colectivo, un recuerdo grabado indeleblemente, un trauma compartido que se reviviría una y otra vez con esa pregunta que se harían los unos a los otros el resto de sus vidas: «¿Dónde estabas cuando dispararon a Kennedy?».

Margaret estaba en el mercado.

Para ir adelantando los preparativos del Día de Acción de Gracias,

había llenado el carrito de la compra de latas de salsa de arándanos, calabaza, boniatos, bolsas de malvaviscos pequeños y pan del día anterior para el relleno. Cuando llevó el carrito a la caja, vio a dos dependientes, al encargado de la sección de frutas y verduras y al chico de las cajas pegados a un transistor. El chico de las cajas estaba pálido. Uno de los empleados estaba llorando a moco tendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Margaret.

El empleado, entre lágrimas y con los ojos rojos, la miró.

—Han disparado al presidente.

Margaret dejó el carrito donde estaba y fue directa en coche a la escuela primaria. Le pareció fundamental recoger a los hijos para que la familia permaneciese unida. No fue la única; varios padres fueron a recoger a los hijos antes de la hora. Mientras Margaret, Bobby y Suzy se dirigían en coche al instituto de secundaria, la dirección tomó la decisión de terminar las clases antes de tiempo. Beth estaba en la cola para subirse al autobús cuando llegaron. Margaret la vio y le hizo señas desde el coche familiar. Tan directa como siempre, Beth formuló la pregunta que Margaret llevaba haciéndose para sus adentros desde que salió del supermercado:

—¿Se va a morir el presidente?

—Oh, no. No, seguro que se pondrá bien —le dijo Margaret, no por ocultarle nada, sino porque le parecía imposible imaginarse lo contrario.

El presidente Kennedy era tan joven y carismático, estaba tan lleno de vida, de vitalidad, del deseo de hacer cosas buenas. Y Margaret justo acababa de conocer a la señora Kennedy, había pasado un buen rato en la misma habitación con esa joven esposa y madre encantadora y elegante, una primera dama legendaria con la que era muy fácil identificarse y quien resultaba incluso más admirable en persona.

Eran Jack y Jackie, la pareja de oro, dos mitades de un todo perfecto. La providencia no podía ser tan cruel como para separarlos.

Oh, no. De ninguna de las maneras.

Incluso después de que Walter Cronkite, el estoico y firme presentador de noticias en el que confiaban los estadounidenses en tiempos de crisis, confirmase que el presidente había fallecido con una voz embargada por la emoción, Margaret siguió sin creérselo. Esperó a que se retractase, a que Cronkite, avergonzado pero aliviado, admitiese que se había equivocado.

Por la noche, cuando el avión que llevaba el cadáver del presidente llegó a la base aérea de Andrews y Margaret vio a la señora Kennedy (con el precioso traje de color rosa que se había puesto en el desfile de Dallas ahora manchado de la sangre de su marido) subir con ayuda a la ambulancia en la que se trasladaba el ataúd del presidente, cubierto con la bandera, se dio cuenta de que era verdad.

—Pero si yo la conozco —dijo, desplomándose contra el hombro de Walt en un mar de lágrimas—. La vi hace solo dos días. ¿Cómo ha podido morir él? ¿Cómo? ¿Qué será de ella sin él?

Al cabo de cuatro días, un millón de personas se reunieron en la calle para ver pasar el armón en el que viajaba el ataúd del difunto presidente en dirección al Capitolio. Tony Buschetti, con su uniforme de gala, y sus cuatro hijos mayores estaban entre ellas. Millones más vieron la procesión en la televisión, incluidos Helen y Edwin, Bitsy, Charlotte, Viv y sus hijos más pequeños, quienes se habían reunido en la casa de Walt y Margaret.

Aunque no se habían puesto de acuerdo con antelación, los adultos iban todos vestidos de negro. Las mujeres trajeron comida, demasiada comida, como solía ser el caso en reuniones marcadas por el dolor. Solo los niños tenían apetito. Los pequeños se sentaban con las piernas cruzadas en el suelo, los adultos en los sofás y en las sillas, viendo la ceremonia en silencio. Incluso la pequeña Betty, envuelta en una manta rosa en brazos de su madre, guardaba silencio y solo se movía cuando tenía ganas de un biberón.

Margaret había llorado durante días. Pero hoy, cuando sacaron el ataúd con el cadáver del presidente de la catedral para llevarlo a su lugar de descanso en el cementerio nacional de Arlington, ya no le quedaban lágrimas que derramar, sino una dura sensación de resignación a lo que antes le había parecido inimaginable.

Cuando el guardia de honor colocó el ataúd en el armón, pasando cerca de la familia del presidente, la señora Kennedy se agachó y le susurró algo al oído a su hijo más pequeño, John Kennedy júnior, un niño mofletudo que había aprendido a andar hacía poco y que justo ese día cumplía tres años. Tras susurrarle una segunda vez, el pequeño John-John dio un paso adelante y se tocó con cuidado la frente con las puntas de los dedos de la mano derecha, saludando al ataúd de su padre.

Fue un momento desgarrador y una imagen que el mundo jamás olvidaría, un día que despertó un cúmulo de emociones inesperadas, de pesar y temor.

Bitsy se apretó la mano contra los labios. Charlotte cerró los ojos con fuerza y se agarró el cuello del vestido negro que llevaba puesto. Viv, ciñendo más a la bebé contra el pecho, murmuró: «Oh, ese niño tan precioso…». Walt se levantó del sofá y se marchó de la estancia de forma tan abrupta que todos desviaron la mirada de la televisión. Beth frunció el ceño con preocupación y se volvió hacia Margaret.

—¿Papá está bien?

Margaret le aseguró que sí, pero se puso en pie y lo siguió a la cocina.

—Estoy bien —dijo, levantando una mano, pero no los ojos—. Necesitaba un descanso. Vuelve, que ahora mismo voy.

Walt tardó más de un minuto, pero regresó tras recobrar la compostura y se sentó al lado de Margaret. Cuando terminó el funeral, Walt le dio el sombrero a Edwin, ayudó a Helen a ponerse el abrigo y los acompañó hasta el coche. Margaret se quedó dentro para despedirse de las Bettys, abrazándolas una a una.

—Me alegro de que hayamos podido estar juntas en un día como

hoy —dijo Bitsy, con los ojos marrones llenos de lágrimas—. La verdad es que empiezo a tener dudas sobre si enviar la solicitud a la facultad de veterinaria. California está tan lejos… ¿Qué voy a hacer yo sin vosotras tres?

—Vivir y seguir adelante —dijo Viv, agarrando a Bitsy del mentón como si fuera una institutriz y la estuviese regañando con cariño—. Te vamos a echar tanto de menos como tú a nosotras, pero te irá bien. Te lo prometo.

Charlotte asintió.

—Ya sabes lo que decía Eleanor Roosevelt: «Una mujer es como una bolsita de té. Nunca sabes lo fuerte que es hasta que la pones en agua caliente».

Bitsy se frotó los ojos y torció los labios.

—Lo sé, pero… ¿no podría empezar yo con un poco de agua templada e ir subiendo la temperatura?

—¿Nos tomas el pelo? ¿En qué clase de agua crees que has estado metida últimamente? —le preguntó Margaret, chasqueando la lengua—. Eres una bolsita de té de las resistentes, Bitsy. Y tú también, y tú —dijo, mirando a Charlotte y a Viv—. Y yo. Pensad en todo lo que nos ha pasado en los últimos meses y en todo lo que hemos aprendido de nosotras mismas, empezando por el hecho de que somos todas mucho más fuertes y mucho más capaces de lo que creíamos.

Charlotte asintió.

—Cierto. ¿Y si de ahora en adelante nos llamamos «bolsitas de té»?

Margaret puso los ojos en blanco antes de negar con la cabeza.

—Somos las Bettys. Y siempre lo seremos. Siempre.

A Margaret le costó conciliar el sueño aquella noche. Al igual que a Walt, quien yacía en la oscuridad mirando el techo con los brazos rectos pegados a los costados. Margaret encendió la lámpara de la mesilla.

—¿Estás seguro de que estás bien?

Tras trece años casados, Margaret pensaba que conocía todas las caras de su marido, pero este era un Walt al que no reconocía, un hombre cuyos pensamientos y lenguaje corporal suponían todo un misterio para ella.

—Tuve que salir —dijo, negando con la cabeza, pero sin dejar de mirar el techo—. No quería romper a llorar delante de todo el mundo.

Margaret asintió. Le parecía que entendía el motivo. Walt era más sensible de lo que pudiera pensar la gente, pero no le gustaba mostrar en público esa parte de su persona. Ella lo había visto llorar muy pocas veces, pero nunca en público.

Se le acercó, le levantó el brazo y lo colocó en torno a su hombro, acurrucándose contra él.

—Nadie habría pensado menos de ti. Todos estábamos a esto de llorar. Ese pobre niño huérfano, tan dulce él… Y la pequeña Caroline. Hay que ser de piedra para no llorar por esos niños. Y por la pobre señora Kennedy —dijo, bajando la voz cuando recordó a la mujer de ojos radiantes de hacía unas semanas, ahora viuda—. Cada vez que pienso en ella, me dan ganas de llorar, pero a veces me pregunto si no lloro por mí tanto como por ella.

Margaret levantó la mirada hacia los ojos de su marido.

—Si algo te sucediera, no sé si tendría fuerzas para seguir adelante. Quizá sea egoísta por mi parte, pero, cuando conocí a la señora Kennedy, cuando me di cuenta de que es una mujer de verdad, de carne y hueso, igual que yo, y cuando comprendí que algo tan terrible e inimaginable sí puede llegar a pasar, y además de forma tan inesperada, mis peores miedos volvieron a salir a la superficie.

Walt se giró hacia ella.

—Si eso te hace egoísta, ya somos dos. Me siento triste por los Kennedy, pero también por mí. Cuando John-John saludó al ataúd… —Hizo una pausa e inspiró—. Sé que el presidente no era perfecto, pero yo lo admiraba. Estaba tan lleno de energía, de ideas y de

planes… El Cuerpo de Paz, los derechos civiles, el programa espacial… Si siguiera vivo, ¿quién sabe qué hazañas habría logrado? Pero, de pronto, así, sin más… —Chasqueó los dedos—. Todas esas promesas, todos esos planes se han desvanecido.

—Era tan joven… —dijo Margaret casi en un susurro.

—Y esa es la cuestión, ¿no te parece? Nadie sabe si hoy será el último día. Todo sucede tan deprisa. Al menos Kennedy hizo algo con su vida. Yo, en cambio… —Apartó los ojos de los de ella con brusquedad—. No importa. Supongo que siento pena por mí mismo. O vergüenza.

Trató de apartarse, pero Margaret le puso una mano en el hombro.

—¿Vergüenza? ¿Por qué? No, en serio —dijo, cuando él intentó rechazarla—. ¿Por qué sientes vergüenza, cariño? Quiero entenderlo.

Walt vaciló, como si estuviera calibrando cuánto revelarle.

—¿Recuerdas cómo era yo en la universidad? Quería hacer de todo. Ahora, aquí me tienes, a los treinta y seis. ¿Y qué he hecho con mi vida? Nada.

Aunque Margaret se envaró para sus adentros, sabía que no lo decía por eso. A fin de cuentas, ella había sentido justo lo mismo hacía poco, esa sensación de que su vida no tenía mucho valor. Así que, en vez de hablarle de sus hijos y de su esposa, se mordió la lengua.

Además, no hacía falta que se lo recordara.

—No, no —dijo—. Me retracto. Quería casarme contigo. Era la única cosa que tenía clara por aquel entonces, la única decisión de la que jamás dudé. Estaba dispuesto a lo que hiciera falta para conseguirlo y nunca me he arrepentido, ni un solo minuto.

Margaret volvió a envararse al oír sus palabras, pero por un motivo diferente. Se sentó en la cama.

—Bueno, yo sí me arrepiento —le dijo—. No de que nos casáramos, sino de las trabas que te puse para decirte que sí. Te metiste en Contabilidad solo por mí.

Walt también se sentó.

—Sí, porque quería tener una vida y una familia contigo y con nadie más. Si para eso tenía que estudiar Contabilidad, no me importaba. Lo sigo pensando. Tú y los niños lo sois todo para mí. Y tenía que buscar una manera de manteneros, ¿no? Quizá no te hayas dado cuenta, Maggie, pero en Concordia no vive nadie que haya estudiado filosofía.

Walt sonrió, tratando de levantar los ánimos. Margaret se abrazó las rodillas contra el pecho, rememorando el día en el que le pidió matrimonio, en lo aliviada que se había sentido por que Walt al fin hubiese entrado en razón y se hubiese decantado por una profesión con la que pudiera mantener a una familia, mantenerla a ella. Pero ¿no tendría que haberlo mantenido ella a él también? ¿No tendría que haber pensado en la felicidad de él, además de la suya propia?

Walt bajó la cabeza para que le viera los ojos.

—Maggie, no seas tan dura contigo misma. Recuerda que éramos muy jóvenes. Solo intentábamos entender las cosas, hacer lo que se suponía que teníamos que hacer.

Cierto. Los habían criado para que pensaran que el camino hacia una edad adulta dichosa y exitosa estaba muy bien definido, pese a ser tan angosto, y que desviarse de ese camino no solo era irresponsable, sino un error, un atajo al desastre inevitable.

Margaret pensó en las palabras que había escrito hacía meses: que había millones de formas buenas y correctas de ser una mujer y solo dos malas. La primera, insistir en que esa era la única manera. La segunda, permitir que deformen y distorsionen tu alma, única de por sí, para que encaje con los ideales de los demás.

Si eso era cierto en el caso de las mujeres, ¿no debería ser igual de cierto en el de los hombres?

Se enderezó, rememorando las palabras de Walt.

—Pero, cariño, es que nosotros ya no somos jóvenes.

—No —dijo, riéndose entre dientes—. Ya no.

—Si ya no somos jóvenes —dijo Margaret despacio, enarcando la ceja mientras reflexionaba—, ¿por qué nos seguimos comportando como tales? Nadie sabe lo que queremos de nuestras vidas mejor

que nosotros. Así que ¿por qué nos seguimos ciñendo al guion que nos han escrito otras personas?

Se giró hacia Walt, cruzó las piernas y lo miró a la cara con vehemencia y anticipación.

—Vale —dijo, en un tono de voz eufórico y pragmático a la vez—. Hay algunos factores inamovibles. Estamos casados y tenemos tres hijos; eso siempre va a ser parte de la ecuación. Pero, por lo demás, si pudiéramos hacer lo que nos apeteciese, vivir como y donde quisiésemos, ¿qué escogeríamos?

Walt entrecerró los ojos.

—Margaret, ¿se supone que lo dices en serio?

—Lo digo en serio.

Frunció el ceño y guardó silencio.

—No lo sé —dijo al cabo de un instante, levantando las palmas de las manos—. La verdad, Maggie, lo tengo tan poco claro como en la universidad.

—¡Exacto! Como yo. ¡Y ese es el problema! —Se inclinó hacia él y lo cogió de la mano—. Es como has dicho tú: por aquel entonces, solo intentábamos entender las cosas, pero lo cierto es que nunca hemos llegado a entenderlas, ¿no crees? Nos limitamos a hacer lo que se suponía que teníamos que hacer, seguimos las reglas como todos los demás. Pero hay un lado bueno —dijo, apretándole la mano porque era incapaz de contener la emoción que la embargaba —. ¡No es tarde para cambiar las cosas! Y creo que deberíamos cambiarlas, juntos. Quizá no seamos tan jóvenes como en esos tiempos, pero seguimos siendo jóvenes. Dejemos de perder el tiempo y tratemos de entender la verdad de una vez por todas.

»Se lo voy a preguntar otra vez, señor Ryan. Si pudiéramos hacer lo que quisiéramos con nuestras vidas (sin límites, sin peros, sin obligaciones), ¿qué escogeríamos?

Margaret se cuadró de hombros y juntó las manos en el regazo, esperando a que le respondiese con expresión alerta. Walt sonrió, y el afecto de ese gesto se difundió por su rostro hasta llegarle a los ojos.

—Te quiero, Maggie.

—Yo también te quiero. Ahora responde a la pregunta. ¡Oh, espera! —gritó, justo cuando Walt abría la boca para hablar—. ¡Espera un momento!

Margaret salió de la cama de un salto y comenzó a hurgar con frenesí en la mesilla de noche. Walt sacudió la cabeza, riéndose.

—¿Qué estás haciendo?

—Siempre pienso mejor si lo escribo —dijo, sacando un bolígrafo y un cuaderno del cajón y blandiéndolos en un gesto triunfante antes de volver a subirse a la cama—. Deberíamos hacer una lista. ¿O varias? Me parece que esto nos va a llevar un buen rato.

Fue el comienzo de una conversación larga, una que se extendería durante meses y que retomarían año tras año, década tras década.

Sin embargo, la primera ronda de conversaciones alcanzó su punto álgido a comienzos de junio del año siguiente.

Walt, con un mazo de goma y un mango largo de madera, salió del garaje y llamó a Margaret a través de la puerta principal de la casa, que estaba entreabierta.

—¿Cariño? ¡Lo he encontrado!

Margaret salió unos instantes después, sosteniendo un cartel de «Se vende» de color blanco y rojo.

Recorrieron juntos la entrada y cruzaron el jardín hacia una zona cerca de la acera. Margaret se arrodilló en el suelo y clavó la punta de la estaca de madera en la tierra todo lo posible, sujetando con fuerza el cartel con las manos.

Walt levantó el mazo por encima de los hombros, preparado para dar el golpe.

—¿Estás segura de que estás lista para esto? Porque si no lo estás…

Margaret se echó hacia atrás, acuclillándose y reparando en su alrededor: el vecindario tranquilo, la casa blanca de postigos de

color verde bosque, el patio ordenado, los dos abedules.

Recordó el momento en el que abrió la puerta por primera vez, paseó por las habitaciones vacías e inhaló el olor a pintura, a serrín, a nuevos comienzos. Había sido la casa de sus sueños antes de que comprendiera que los sueños podían cambiar. Durante un tiempo, le había encantado.

Sin embargo, los árboles no le habían gustado nunca. Aunque ahora estaban preciosos, con ramas cada vez más grandes y una fronda de hojas de un color verde brillante, seguían sin gustarle.

Pero a otra persona sí le gustarían. Y así debía ser.

Margaret se inclinó hacia delante de nuevo, aferró con más fuerza el cartel y le sonrió a Walt.

—Estoy segura.

Capítulo 40
Las que fueron, son y serán

Octubre de 2006

Margaret, que lucía un vestido de tipo tubo de seda y de color champán, salió del baño justo cuando Walt entraba en el dormitorio. Este último llevaba una cesta de mimbre envuelta en una bolsa de celofán y adornada con un gran lazo azul.

—Acaba de llegarte esto —le dijo—. Será de los niños.

Efectivamente. Había una tarjeta firmada por los tres, pero la nota en la que la felicitaban por el premio que había ganado y en la que se lamentaban de no estar ahí para ver cómo lo recibía la había escrito Suzy claramente, quien también se había convertido en una gran escritora. Bobby seguramente había escogido el champán, y Margaret no tenía dudas de quién había insistido en incluir ese horrible ramillete de orquídeas con cintas de color verde neón. Walt sonrió de oreja a oreja al verlo.

—A ver si lo adivino. ¿Es cosa de Beth?

—Sabidilla hasta la muerte —dijo ella entre risas, antes de volverse hacia Walt. Se apartó el cabello del cuello—. ¿Me lo abrochas? No llego.

—No soy capaz de enganchar el chisme de arriba —dijo tras forcejear unos segundos.

—No pasa nada. Con que la cremallera esté abrochada hasta

arriba, me llega.

Margaret se acercó a la cama y se puso la chaqueta que había dejado preparada. Era nueva, la había comprado para la ocasión: una elegante mezcla de lana y seda de color marrón chocolate con flecos y botones dorados. Se volvió hacia Walt, apartando los brazos de los costados.

—¿Qué te parece?

La recorrió de arriba abajo con la mirada, desde las puntas de los zapatos de tacón Stuart Weitzman hasta lo alto de su peinado, tan brillante como liso. La peluquera le había teñido el cabello de un color más cerca del platino que del gris.

—Estás preciosa. Como siempre.

—¿Seguro? ¿No parezco la madre de la novia?

—Para nada, estás divina. —Ladeó la cabeza—. ¿Has adelgazado?

Margaret negó con la cabeza y cogió el bolso de mano de lo alto de la cómoda.

—Es el Spanx.

—¿Spanx?

—Una prenda para moldear la figura —le explicó. Se retocó el pintalabios y, luego, guardó el tubo y unas cuantas tarjetas de visita extra en el bolso—. Una prenda interior de una sola pieza hecha de licra, goma o algo así. Te sujeta la figura. Te ciñe los michelines y las protuberancias.

—O sea, una faja.

—Bueno, ahora que lo dices… —Margaret se paró a pensarlo—. Sí.

—¡Ja! Todo vuelve.

«Así es. Y sobre todo esta noche».

El libro de Betty Friedan había sido el catalizador de una vida que Margaret apenas se habría podido imaginar cuando llamó a la puerta de Charlotte por primera vez. Cuarenta y tres años después, el

artículo que había escrito con motivo de la muerte de la señora Friedan en febrero marcaría, si bien no el final de la carrera de Margaret, probablemente su punto álgido. A los setenta y seis años de edad, era consciente de que este premio probablemente sería el último.

A Margaret no le importaba. Se enorgullecía no solo de aceptar los cambios, sino de recibirlos con los brazos abiertos. ¿Y Walt? Bueno, prácticamente se dedicaba a perseguir los cambios con un lazo.

Tenían tres posgrados entre los dos. Se habían ido turnando como el principal sostén de la familia mientras el otro estudiaba y compartían la carga el resto del tiempo. Juntos, habían tenido más de una docena de empleos, trabajando por su cuenta y para otros en negocios tan pequeños como Babcock's Best Books y en empresas tan grandes como el *Washington Post*. No era de sorprender que Walt hubiera cambiado de carrera con mayor frecuencia que Margaret, pero, al final, había encontrado el trabajo de sus sueños como bibliotecario investigador en la Biblioteca del Congreso especializado en la historia estadounidense prerrevolucionaria de la región de Tidewater, en Virginia.

—Vaya trabajo más particular, tratándose de un individuo que nunca se decidía —bromeó Walt después de obtener el empleo; era cierto, pero al fin había encontrado lo que le gustaba y trabajó en la biblioteca hasta jubilarse.

También habían cambiado de dirección a menudo. Se habían mudado por última vez hacía dos años. A Margaret le gustaba su casa en Arlington, así que, en un primer momento, cuando Walt le sugirió mudarse, se negó en redondo.

—Sé que te encanta este lugar, Maggie. A mí también. Pero cada año el mantenimiento es más complicado. Esos apartamentos en la Calle D Noroeste son nuevos y están en muy buena zona, a dos manzanas del centro comercial y de la estación de metro. Podríamos deshacernos del coche…

Margaret levantó las dos manos, para que no siguiera.

—Espera un momento. ¿Conque quieres vender tanto la casa como el coche?

—Te conviene caminar —le dijo—. Te mantiene joven. Además, siempre te quejas del tráfico. Y, a tu edad, ¿de verdad que es buena idea seguir conduciendo?

—Oye, que aquí el que se salta los semáforos en ámbar eres tú, amigo. Yo soy una excelente conductora.

—Sí, lo eres. Una excelente conductora —dijo, ladeando la cabeza y bajando el mentón en una imitación perfecta del personaje de Dustin Hoffman en *Rain Man*—. Una excelente conductora.

Margaret se cruzó de brazos.

—Si piensas que vas a convencerme para que nos mudemos a base de bromas, ya te puedes ir olvidando. Me gusta esta casa —dijo, repitiendo el principal argumento—. Y esos edificios son minúsculos. ¿Qué tamaño tendrán? ¿La mitad de esta casa, tal vez?

—Probablemente ni la mitad —admitió Walt—. Mira, solo te pido que vayamos a verlos y que no te cierres a nada. Sí, sería un cambio drástico. Pero también podría ser una gran aventura. A estas alturas de nuestras vidas, ¿cuántas más vamos a vivir?

Mudarse al centro de Washington D. C. había sido toda una aventura. Su edificio estaba a tiro de piedra de tiendas, restaurantes, museos, teatros y una estación de metro con la que podían ir a cualquier lugar de la ciudad. Las horas felices que se celebraban todas las semanas les habían permitido intimar con sus vecinos, gente que se encontraba en todas las etapas y caminos de la vida. Puesto que Walt trabajaba de guía voluntario en el Smithsonian y Margaret seguía escribiendo todas las mañanas, estaban más atareados y más felices que nunca.

El edificio sí era pequeño y limitar sus posesiones no fue tarea fácil, pero Margaret era consciente de que una vida aventurera requería sacrificios. Tal y como dijo Betty Friedan en una ocasión: «Puedes tenerlo todo, pero no todo a la vez». La gente solía citar esa frase en referencia a las mujeres, pero, para Margaret, valía para cualquier persona de todos los géneros y en todas las etapas de la

vida.

Walt tenía el pelo blanco y un poco más fino que antes, pero seguía siendo un hombre atractivo, en especial cuando se ponía un esmoquin. Permanecía de pie en la entrada, sosteniendo el abrigo de Margaret, cuando esta salió del dormitorio.

—Está a diez manzanas de distancia. ¿Quieres ir a pie o llamar a un taxi?

—Oh, demos un paseo, que hace buena tarde.

—¿Estás segura? Mira que son diez manzanas —le recordó, mirándole los zapatos nuevos con vacilación.

—No hay problema —dijo ella, metiendo un brazo en el abrigo—. ¡Oh, espera! ¡Se me olvidan los pendientes!

—Si no te das prisa, no nos va a dar tiempo a ir a pie —le dijo mientras ella se iba apresurada.

Margaret hizo como que no lo oía. Los cierres de los pendientes parecía que no estaban por la labor, pero al fin consiguió ponérselos y cruzó la habitación hasta el tocador para mirarse en el espejo una vez más.

«No está mal», pensó.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, reparó en el estante donde tenía expuestos sus recuerdos más importantes: dos premios, un cuaderno con recortes de sus obras, fotografías enmarcadas de las Bettys e imágenes de varias colegas, incluida la señora Graham. Katharine había fallecido en 2001, pero no había una semana en la que Margaret no pensase en su anterior jefa, en la mujer que tantas puertas le había abierto. Cogió la foto.

—Gracias por invitarme a esa habitación, Katharine. Ese almuerzo lo cambió todo.

Sylvia, que estaba algo desgastada pero seguía funcionando, también tenía un hueco en el estante. De vez en cuando, Margaret escribía una letra o dos, solo por el placer de teclear y oír el alegre sonido del rodillo. Hoy Sylvia descansaba encima del ejemplar de

1963 de *La mística de la feminidad*, cerca de una foto de Margaret con la autora.

Se habían conocido en un evento de recaudación de fondos en 1971. Friedan le había parecido una persona malhumorada, a la defensiva y un poco arrogante, nada que ver con la tía Betty que se había imaginado, pero no importaba. Lo que había alterado el camino de Margaret no era la mujer en sí, sino las palabras que había escrito. Ya fuese malhumorada o no, Friedan había escrito una obra que causó un profundo impacto en generaciones de mujeres, incluidas muchas que jamás habían oído su nombre ni leído su libro.

—Margaret Ruth Ryan —gritó Walt desde la entrada—, como no te des prisa, ¡vas a perderte tu propia fiesta!

—¡Ya voy! —Margaret volvió a colocar la fotografía de la señora Graham en la estantería y, luego, contempló la galería de imágenes una vez más—. Gracias, chicas. Gracias por todo.

Aunque el salón de baile de Lafayette empezaba a llenarse de gente cuando entraron, Margaret y Walt fueron los primeros de su grupo en llegar. Margaret vio a una gran cantidad de caras conocidas en la zona de la recepción, gente con la que había trabajado a lo largo de los años. La felicitaron por el premio, alabaron su atuendo y le dijeron que tenían que quedar pronto. Margaret tomó nota para ponerse al día después. Lo que había dicho la señora Graham hacía tantos años seguía siendo cierto: Washington se basaba en los contactos. Margaret tenía muy claro que debía cuidar de los suyos.

En la mesa de registro, una joven que se presentó como la «encargada de los homenajeados» los acompañó a sus asientos.

—Ustedes van aquí —dijo, señalando una mesa redonda en la parte delantera de la sala—. En la número 5. Hemos sentado a todos los galardonados cerca del escenario para acelerar las cosas. Recuerde que dispone de tres minutos para dar el discurso.

—¿Qué pasa si me excedo? ¿Vais a poner música para tapar mis palabras? ¿Me vais a echar a patadas? —Ante la expresión alarmada

de la encargada, se echó a reír—. No te preocupes —le dijo—, seré breve.

Cuando la mujer se marchó, Walt miró a Margaret con una mezcla de reproche y admiración.

—Eso ha estado mal por tu parte, Margaret. Vaya susto le has dado a la pobre chica.

Ella le dedicó una sonrisa traviesa.

—Bueno, es que ya no soy tan dulce como antes.

—Pero mucho más divertida, sí. —Le dio un beso rápido y apartó la silla para que tomara asiento—. ¿Por qué todos los salones de baile de los hoteles son iguales? ¿Y por qué, con la de gente que hay, nunca das con un camarero? Quiero tomarme algo.

—Yo también. ¿Puedes acercarte a la barra?

—¿Qué te apetece?

—Oh, no sé —dijo, distraída—. Sorpréndeme.

Walt se marchó a cumplir su misión. Margaret cogió una copia del programa que descansaba sobre el plato. Su premio era el decimotercero de veinte. La noche se le iba a hacer larga.

—¡Ahí está! ¡La mujer del momento! ¡Mi famosa amiga!

—¡Enfermera Buschetti!

Margaret se puso en pie de un salto y abrazó a Viv henchida de una alegría sincera, como si hubieran pasado años en vez de una semana desde la última vez que se habían visto.

Viv y Tony se habían quedado en Concordia más tiempo que las demás Bettys. Todos sus hijos salvo uno había terminado los estudios en el instituto de Concordia, donde entró a trabajar Viv como enfermera de la escuela. Después de que Jenny volara del nido, Viv, Tony y Betty, que para entonces tenía trece años, se marcharon para vivir una nueva aventura.

Durante diez años, los Buschetti vivieron en un barco hospital que navegaba por todo el mundo para dar asistencia médica a la población de países empobrecidos. Viv formaba parte del equipo médico y Tony, del equipo de operaciones. Cuando falleció Tony, Viv regresó a Virginia. Ella y Margaret se veían con frecuencia y

hablaban por teléfono casi todos los días.

Después de abrazarse con fuerza un buen rato, Margaret soltó a su vieja amiga.

—Gracias por venir. ¿Cómo estás? ¿Qué tal la rodilla?

—De maravilla. ¡Mira! ¡Ando sin bastón! —exclamó Viv, levantando las manos—. Y eso que solo han pasado dos meses. Increíble, ¿verdad? Mi doctora dice que me va genial. ¿A que sí, doctora?

Viv le sonrió con ganas a su pequeña compañera. Margaret también sonrió y le dio un abrazo.

—Me alegro de verte, Betty. Gracias por venir.

Los siete hijos Buschetti habían salido adelante. Jenny era piloto de Delta Air Lines. Betty, obstetra en el hospital Sibley Memorial. Viv vivía con Betty, su marido y sus tres hijos. Cada vez que se cruzaban sus caminos, Margaret no podía evitar recordar al bebé diminuto de la incubadora. En qué mujer tan fascinante se había convertido.

—Con suerte podré quedarme toda la gala —dijo Betty—. Ninguna de mis pacientes debería ponerse de parto esta semana, pero, aun así, estoy de guardia y los bebés siempre nacen cuando les viene en gana.

—A mí me lo vas a decir —dijo Viv, poniendo los ojos en blanco de forma exagerada—. Oye, Maggie, si a Betty le suena el busca y tiene que marcharse, ¿me puede ayudar Walt a llamar un taxi?

—¿Por qué no te quedas a dormir en nuestra casa? Siempre tenemos preparada la habitación de invitados y ya teníamos pensado invitar a todo el mundo para tomar algo después de la gala.

—¿Estás segura? ¡Sería fantástico! —exclamó Viv—. Me encantaría ponerme al día. Hace tanto tiempo que no hablamos. A ver, ¿dónde está Bitsy? Pensaba que ya habría llegado. ¿Y Walt?

—Se ha ido a la barra —dijo Margaret, mirando la sala, que se estaba llenando rápidamente, y sonriendo cuando reparó en una figura alta y esbelta cerca de la entrada—, Bitsy y Kyle acaban de llegar.

Margaret y Viv se giraron hacia la parte trasera de la sala,

llamándolos y agitando los brazos por encima de las cabezas. A Bitsy se le iluminó el rostro cuando las vio. Agarró de la mano al hombre muy alto y muy apuesto que la acompañaba y empezó a abrirse paso entre el gentío. Al cabo de unos instantes, las tres Bettys se abrazaron, chillaron de alegría y se dijeron las unas a las otras que estaban estupendas y que no habían envejecido nada. En el caso de Bitsy, era casi verdad.

Tenía arrugas en las comisuras de los ojos y alguna que otra cana en las sienes, pero era una persona esbelta y ágil y estaba tan encantadora como siempre. Ya no era la chica tímida e insegura que habían conocido Viv y Margaret, y todos sus sueños de la infancia se habían hecho realidad. Además de gozar de una larga y exitosa carrera como veterinaria equina, Bitsy tenía dos hijas mayores con Kyle y una casa preciosa en unos viñedos de California (Kyle era viticultor) con un establo para sus caballos. Por el momento ya tenía tres, y pronto vendría un cuarto, otro rescate.

Se acercó un fotógrafo para preguntar si podía sacar una foto de la mesa de Margaret.

—Todavía no. Mi marido parece que ha desaparecido y aún falta una persona.

Margaret notó que le tocaban el hombro y se dio la vuelta.

—Si lo dice por mí, aquí me tiene.

—¡Denise! —Comenzaron a humedecérsele los ojos, pero eran lágrimas de felicidad—. Oh, Denise. Me alegro tanto de verte, y me honra que hayas venido desde tan lejos para estar aquí.

—Bueno, no solo ha sido por usted —dijo con esa franqueza en el tono de voz que Margaret recordaba bien, aunque ahora hablaba con un poco de acento británico—. De todos modos, tenía que venir para la reunión anual de la familia con el fideicomisario, y también quería pasar algo de tiempo con Laura y ver cómo va todo por la galería de arte. Recibí su invitación en el mejor momento, ya ve. Y pensé… —Bajó la cabeza—. Bueno, pensé que a mi madre le habría gustado que viniese.

—Sí, entiendo —respondió Margaret—. Y creo que tienes razón.

Habían pasado diez años desde la insuficiencia cardiaca congestiva de Charlotte y Margaret seguía echándola de menos. Sin embargo, había vivido una vida plena y había dejado un legado extraordinario, incubando las carreras de un sinnúmero de mujeres artistas, algunas de las cuales habían llegado a destacar. Ahora Laura era la directora de la galería de arte. Charlotte se habría sentido orgullosa de ella, así como de Denise, que nunca se fue de Oxford. Esta última seguía siendo un bicho raro, pero esos suelen ser los bichos a los que vale la pena conocer.

—Sea cual sea el motivo, me alegro de que hayas venido. Ven —dijo Margaret, apartando una silla—. Siéntate a mi lado. Me gustaría que me hablaras de tu nuevo libro. Vas por el séptimo, ¿verdad?

—Sí. Empezaré el octavo pronto —dijo Denise, frunciendo el ceño mientras tomaba asiento—. ¿Qué tiene que hacer una chica para que le sirvan una bebida aquí?

Walt apareció en el momento oportuno, tratando de que no se le cayera una bandeja con siete copas de cóctel que rebosaban un líquido verde brillante.

—Lo de darle veinte pavos al camarero funciona.

Cuando dejó la primera copa en la mesa, Margaret, Viv y Bitsy chillaron de alegría al unísono. Margaret aplaudió, se puso en pie de un brinco y le dio un beso a su marido.

—¡No me lo puedo creer! ¡Eres el mejor!

—Bueno —dijo él, esbozando una amplia sonrisa y repartiendo las bebidas—, me has pedido que te sorprenda.

Denise miró la bebida con recelo.

—¿Qué es?

—¡El suero de la verdad! —dijo Viv, levantando la copa en dirección a sus amigas.

Bitsy se inclinó hacia Denise:

—Una receta de familia.

—No, en serio —contestó Denise—. ¿Qué es?

—*Vodka stingers* —reveló Margaret—. La bebida ideal para cementar nuevas amistades. U homenajear las viejas.

La gala no se hizo tan larga como había temido Margaret. Excepto por dos galardonados que parecía que no se callarían nunca, los discursos fueron entretenidos y, por suerte, breves. Margaret también habló poco: expresó la gratitud que sentía por su marido, sus hijos, la asociación y las Bettys («Las que fueron, las que son y las que serán dentro de los próximos años») antes de salir con su placa. La mayoría del público probablemente no tenía ni idea de a qué se refería, pero sus amigas lo entendían y ella también. Eso era lo importante.

Margaret ardía en deseos de volver a casa y abrir las botellas de vino antes de que la gente llegara. Mientras esperaba a que Walt recogiera sus abrigos, una joven mujer de pelo negro y rizado y cara nerviosa se le acercó, le dijo que era periodista y le pidió una entrevista.

—¿Quieres entrevistarme? ¿Por qué?

Margaret se lo preguntaba para que se lo aclarase, no por falsa modestia. Había varios periodistas importantes en la sala, gente cuyo estatus rozaba la celebridad. Aunque estaba orgullosa de sus logros, sabía que no estaba a su altura.

La mujer le dedicó una ancha sonrisa cargada de ilusión, como si Margaret fuese una celebridad de verdad.

—He leído su artículo acerca de Betty Friedan (me lo ha asignado mi profesora de historia moderna) y me ha animado a leer *La mística de la feminidad*. ¡Qué interesante! Todavía nos falta mucho para alcanzar la igualdad de verdad, pero las mujeres tuvieron que enfrentarse a grandes injusticias en los años 60. ¡Lo digo en serio! He convencido a varias de mis amigas de que lo leyesen; su artículo, quiero decir, y…

—Un momento —dijo Margaret, interrumpiendo el torrente de palabras de la mujer—. ¿Eres periodista? ¿Cómo te llamas? No me lo has dicho.

—Ah, claro. —Se puso un poco pálida—. Me llamo Emma Quinn.

No soy periodista del todo, más bien becaria. Si pudiera entrevistarla a usted o al menos conseguir una declaración, podría redactar un artículo y quizá mi editor llegaría a publicarlo.

Margaret sonrió para sus adentros, recordando la historia de la joven Jackie Bouvier, cuando, sin credenciales, forzó una audiencia con la princesa Isabel, con la esperanza de conseguir una primicia o al menos una cita. Hacía falta tener agallas para ser periodista. Emma Quinn era una novata, pero tenía agallas.

—No tiene nada de malo ser becaria. ¿Y para qué periódico trabajas?

—Para el *Washington City Paper* —dijo, algo avergonzada—. No es más que un semanario. Lo regalan en los quioscos.

—He leído algún número —dijo Margaret—. Es un buen periódico. Puede que no sea el *Post*, pero es un comienzo. Así que no te disculpes nunca por trabajar ahí.

Emma asintió y Margaret miró al otro lado de la sala. Walt venía de camino con los abrigos.

—Escúchame, Emma, me encantaría hablar contigo, pero…

—¿De verdad? ¡Genial!

Hizo ademán de sacar una grabadora y Margaret negó con la cabeza.

—No, no, no me has dejado terminar. Pero —añadió— ahora mismo no tengo tiempo. ¿Tienes tarjeta de visita?

—Los becarios no…

—No, claro que no. Seré tonta.

Margaret abrió el bolso de mano y le ofreció una de las suyas. Emma la cogió con ambas manos, como si tuviera miedo de que se le fuese a caer. Levantó la cabeza, mirando a Margaret extrañada.

—Llámame mañana y concretaremos un día para comer juntas. —Le sonrió—. Estoy segura de que tú y yo tendremos muchas cosas de las que hablar.

Una carta de la autora

Querida lectora:

Cuanto más vivo, más consciente soy de la naturaleza finita del tiempo y de la rapidez con la que pasa. Que hayas escogido pasar parte de tu tiempo, preciado y finito como es, conmigo y con mis «mujeres valientes» es un honor que no me tomo a la ligera. Gracias.

Aunque todas las novelas que he publicado en la última década aproximadamente se ambientan en la actualidad, comencé mi carrera escribiendo ficción histórica. Ha sido un verdadero placer, como volver a casa, escribir una historia ambientada en otra época, en particular en los comienzos de los años 60, marcados como estuvieron por cambios sociales tan profundos.

Una historia ambientada en un momento tan decisivo para la historia estadounidense, de la mano de un conjunto de personajes con personalidades, orígenes y destinos tan dispares, me ha dado mucho juego como escritora y muchas cosas en las que pensar. Me parece que las lectoras, en especial las que formen parte de clubes de lectura, estarán de acuerdo.

Al final del libro, aparecen algunas preguntas de debate para que los clubes de lectura rompan el hielo. Pero, para los clubes que quieran ir un paso más allá, en mi página web encontrarán un kit para reuniones de clubes de lectura *online* con recetas inspiradas en literatura, recomendaciones de lecturas adicionales, listas de

reproducción y mucho más: *www.mariebostwick.com* (también es el lugar indicado para dejarme un mensaje).

Siempre que leo ficción histórica, me pregunto qué partes de la historia serán fruto de la imaginación de la autora y cuáles estarán basadas en personas o acontecimientos de verdad.

Si has leído la dedicatoria, ya sabrás que este libro se inspira en una conversación que tuve con mi madre cuando tenía ochenta y nueve años: me dijo que leer *La mística de la feminidad* le cambió la vida. Tal y como descubrí rápidamente al investigar, no era la única.

Enfrentarme cara a cara con las normas, las actitudes y la indignidad que confinaban y limitaban a las mujeres de la generación de mi madre despertó con frecuencia un sentimiento de ira en mi ser… y una profunda admiración. Las oportunidades que yo doy por sentadas las pagó la generación de mujeres intrépidas, audaces y valientes que vinieron antes que yo.

Le puse el nombre de mi madre a la protagonista a modo de homenaje, pero el personaje de Margaret Ryan es completamente ficticio, al igual que las demás Bettys y la mayoría de los personajes secundarios. Sin embargo, hay algunos muy importantes basados en personas reales.

Antes incluso de que la muerte de su marido la convirtiera en la primera mujer editora de uno de los principales periódicos del siglo XX, Katharine Graham ya era una famosa anfitriona de la alta sociedad y una de las mujeres más influyentes de Washington. Con unas funciones como esas, sin duda alguna habría conocido y socializado con personajes políticos y miembros de la prensa importantes. Sin embargo, el almuerzo que celebró en su casa para el Club Nacional de Mujeres de la Prensa y para la señora Kennedy es inventado. Aunque la señora Graham aprendió a cabalgar a una edad temprana, Delilah es ficticia y no hay indicios de que tuviera caballos en los establos de Rock Creek Park. Estos elementos argumentales permitieron conectarla con Bitsy y, más adelante, con Margaret.

La primera dama Jacqueline Kennedy, por supuesto, existió de

verdad. Los acontecimientos en torno al asesinato del presidente Kennedy el 22 de noviembre de 1963 están bien documentados. Los detalles de su vida antes de casarse, incluidos sus comienzos en el mundo del periodismo y su etapa como «la chica curiosa de la cámara», son menos conocidos. Las historias que narra acerca de esos días durante el almuerzo ficticio en la casa de Katharine Graham reflejan hechos reales. Si quieres saber más, te recomiendo que leas *Camera Girl*, de Cari Sferrazza Anthony. Es un libro fascinante.

En el almuerzo del libro aparecen personajes, como Helen Thomas, Bess Furman, Nancy Dickerson y Susan Stamberg, existieron de verdad y trabajaron como periodistas en esa época. Helen Thomas fue corresponsal de la Casa Blanca durante casi cincuenta años, así como la única que tenía asiento propio en la sala de prensa de la Casa Blanca. Cuando el Club Nacional de la Prensa votó a favor de admitir a las mujeres en 1971, Thomas se convirtió en la primera mujer directiva. Susan Stamberg, una de las «madres fundadoras» de la Radio Pública Nacional, trabajó como directora de programación en la emisora WAMU a comienzos de los 60 y produjo y copresentó *Kaleidoscope*.

Las situaciones en las que se encuentran algunos de los personajes a lo largo de la historia (como que el doctor de Viv se negara a prescribirle anticonceptivos sin el consentimiento de Tony, que Margaret no tuviera permitido abrir una cuenta en el banco a no ser que contase con la firma de Walt o que los profesores de Bitsy se negasen a recomendar a una mujer a las facultades de veterinaria) son completamente fruto de mi imaginación, pero están basadas en la investigación que he realizado acerca de los obstáculos a los que se tenían que enfrentar las mujeres de la época.

En los años 60, el tipo y el grado de discriminación con el que se pudiera encontrar una mujer estadounidense dependía en gran medida de la ubicación y de las circunstancias individuales. Las leyes que influían en los derechos de las mujeres variaban entre estados. Sin embargo, no fue hasta la sentencia del Tribunal Supremo de

1965 en el caso de Griswold contra el Estado de Connecticut cuando se garantizó el derecho a la anticoncepción a las parejas casadas. En 1972, otra sentencia en el caso de Eisenstadt y Baird legalizó el acceso a los anticonceptivos a la gente soltera. Y no fue hasta 1974, con la aprobación de la Ley de Igualdad de Oportunidades de Crédito, cuando se garantizó el derecho a abrir una cuenta en el banco a las mujeres casadas en todos los Estados Unidos.

Así que, sí, hay personas, acontecimientos y normas sociales con fundamento histórico que han influido en el libro.

Pero lo que hizo que me enamorara de verdad de esta historia fueron los personajes (Margaret, Charlotte, Viv y Bitsy) y la forma en la que los libros que leen, la sororidad que forjan y los riesgos que corren transforma sus vidas y la percepción que tienen de sí mismas. Capítulo a capítulo, libro a libro, secreto a secreto, cuatro vidas se unen para iluminar un momento histórico único, una historia escrita para conmover a lectoras de todas las generaciones.

Si os soy sincera, aunque me encanta escribir, nunca me ha parecido fácil. Soy muy lenta, soy de esas autoras que tienen que batallar con el argumento y los personajes. Cada página publicada, en general, equivale a tres o cuatro eliminadas.

Pero esta vez fue… diferente. Especial.

Mientras escribía *El club de lectura de las mujeres valientes*, me sentí llena de paz, de un propósito, de la sensación de que estaba dando forma al libro de mi vida y de que no lo estaba haciendo sola. Me apoyaba en los hombros de mi madre y de todas las mujeres como ella: narraba sus historias, me embebía de su fuerza.

Conforme se fue acercando el plazo de entrega, empecé a arrastrar los pies, a retrasar el momento de escribir el último capítulo simple y llanamente porque no quería que la historia o el tiempo que pasaba yo con estos personajes llegase a su fin.

Espero que las lectoras (que tú) se sientan igual.

Gracias de nuevo por leer *El club de lectura de las mujeres valientes*. Las lectoras son el motivo por el que puedo dedicarme a este trabajo que tanto me gusta. Me siento agradecida por todo esto

y por ti.

Con cariño,

Marie Bostwick

Agradecimientos

Mil gracias a…

Laura Wheeler, una editora con talento, paciente y profundamente perspicaz. Te agradezco la fe que tienes en mis mujeres valientes, que hayas visto lo que otros no supieron ver y que me hayas ayudado con tu pericia y tu experiencia a perfilar la historia y darles vida con tanto dinamismo.

Liza Dawson, mi intrépida agente literaria, que nunca se rinde, me anima a dar lo mejor de mí y jamás me permite conformarme con menos. No podría pedir una compañera o paladina mejor.

Mis Bettys: Robyn Carr, Jane Green, Rachel Linden, Adriana Trigiani, Debbie Macomber, Rachel McMillan, Katherine Reay, Sheila Roberts y Karen White. Estas historias de mujeres que se apoyan entre sí no me las invento sin más. Son fruto de mi experiencia, como demuestran vuestra increíble generosidad, vuestro aliento y apoyo inquebrantable. La sororidad entre autoras es una de las mejores cosas de este trabajo. Os quiero y os aprecio a todas.

Brad Skinner, el mejor marido y animador del mundo, el que más apoyo da. Sé que no te gusta que te den las gracias en público, pero ¿qué le vamos a hacer? Te las doy igual. Te quiero con locura.

Betty y John Walsh, por los ánimos y por las habilidades de edición inmejorables. Qué suerte tengo de contar con dos *nerds* de la gramática a quienes no se les escapa una en la familia. ¡Sois los mejores!

Amanda Bostic, Caitlin Halstead, Savannah Breedlove, Nekasha Pratt, Margaret Kercher, Kerri Potts, Jere Warren, Taylor Ward y todo el equipo de Harper Muse Team. Publicar un libro es un auténtico deporte en equipo, y me siento muy afortunada de teneros a todos en el mío.

Linda McDonough, Adam Kortekaas, Ashley Hayes, Kathie Bennett, Kylie Balstad y todo el equipo entre bambalinas que me ayuda a conectar con lectoras en persona y en internet. ¡No sé qué haría sin vosotros!

A mis fieles lectoras, de quienes nunca me olvido cuando escribo y sin quienes no tendría la oportunidad de dedicarme a este trabajo que tanto me gusta.



MARIE BOSTWICK (Eugene, Oregón, Estados Unidos). Es una autora *bestseller* que ha alcanzado los primeros puestos en las listas de ventas de The New York Times y USA Today. Conocida por sus conmovedoras novelas, sus protagonistas exploran con honestidad la amistad, las segundas oportunidades y la capacidad de reinventarse a cualquier edad. Vive en el estado de Washington con su marido y una preciosa perrita.